

Tramas de la identidad, la memoria y los usos del pasado

En crónicas de la Conquista de México

Vol. 2

Autor:

Añón, Valeria

Tutor:

Colombi, Beatriz

2010

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título Doctor de la Universidad de Buenos Aires en Letras

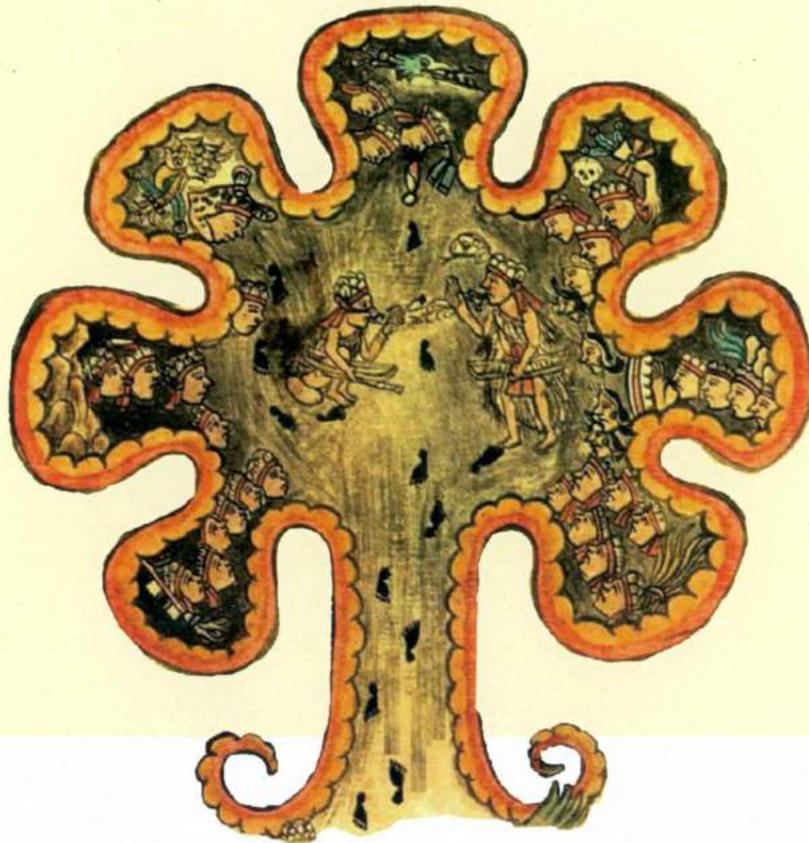
Posgrado

Tesis
4-4.7.2

Tramas de la Identidad, la Memoria y los Usos del Pasado

en Crónicas de la
Conquista de México

TOMO 2



Universidad de Buenos Aires
Facultad de Filosofía y Letras
Doctorado en Letras

Febrero de 2010

Candidata
Mg. Valeria Añón

Director
Dra. Beatriz Colombi

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS

ESB 45+

Tramas de la Identidad, la Memoria y los Usos del Pasado

en Crónicas de la
Conquista de México

TOMO 2

Tramas de la identidad

- 301 Capítulo V: Subjetividad, experiencia, alteridad: memorias de batalla**
302 V.1 Discurso bélico, memoria y legalidad
311 V.2 Primeros contactos: cómo aprehender al *otro*
320 V.3 *Comienzos*: Cintla
340 V.4 Avances: de tretas, matanzas y silencios
356 V.5 Aprendizajes: narrar la derrota
357 V.5.1 De la huida al duelo: la Noche Triste
368 V.5.2 ¿Derrotas? La Noche Triste en las crónicas mestizas

377 Tramas de la espacialidad

- 378 Capítulo VI: Escribir y conquistar: historia de las ciudades**
379 VI.1 Imágenes de ciudades
382 VI.2 Primeras fundaciones
385 VI.2.1 La doble fundación de la Villa Rica de la Vera Cruz
391 VI.2.2 La Villa Rica en las crónicas mestizas: ausencias
y fundaciones míticas
396 VI.3 Primeras ciudades indígenas
396 VI.3.1 Cempoala: no todo lo que reluce es oro
402 VI.3.2 Cholula: la matanza inconcebible
413 VI.4 Tenochtitlan: ciudad única, ciudad múltiple
414 VI.4.1 La ciudad deseada y el orden del conquistador
427 VI.4.2 Antítesis y diferencia: los límites de la mirada
435 VI.4.3 Tenochtitlan en las crónicas mestizas
444 VI.4.4 Tenochtitlan: la caída
445 VI.4.4.1 *¿Quién podrá sitiar a Tenochtitlan?*
455 VI.4.4.2 *¿Quién podrá conmover los cimientos del cielo?*
463 VI.4.5 Coda: Señales del fin
- 466 Capítulo VII. Espacialidad, naturaleza, desplazamientos:
el viaje a las Hibueras**
467 VII.1 Espacios, naturaleza, cultura
470 VII.2 El viaje a las Hibueras: desplazamientos en la subjetividad
473 VII.3 La expedición a las Hibueras y la codificación
del relato de viaje
477 VII.3.1 El narrador viajero

479	VII.4	La partida
487	VII.5	La travesía
498	VII.5.1	La muerte de Cuauhtémoc: el espacio de la disputa
506	VII.6	Finales: el encuentro y el retorno
512	Conclusiones	
	Mapas	
	Bibliografía	

5

Subjetividad, experiencia, alteridad: memorias de batalla

De entre los capturados en la Guerra Florida
escogeremos uno. Para él serán
las vírgenes del templo, la comida sagrada, todo el honor
que la Ciudad de México reserva
a quien es elegido por sus deidades.

Y pasados tres meses se vestirá
con la piel del dios vivo.
Será el dios mismo
por algunos instantes.

Más tarde subirá la escalinata
entre el aroma del copal y el lúgubre
sonido de atabales.

Hasta que en el remate de la pirámide
le abran el pecho para alimentar,
con la sangre brotada del sacrificio,
al sol que brilla entre los dos volcanes.

JOSÉ EMILIO PACHECO,
Ceremonia

V.1 Discurso bélico, memoria y legalidad

"Sobre nosotros se esparcen, sobre nosotros llueven
las flores de la batalla."
CANTARES MEXICANOS

Para narrar la conquista de México, la formación historiográfica con la que trabajamos aquí entrelaza múltiples tradiciones discursivas, occidentales e indígenas, en una nueva valencia del concepto de "trama". En el relato de las batallas entre españoles y poblaciones autóctonas –desde el desembarco en la costa de Veracruz hasta la caída de Tenochtitlan– se perciben, entreverados, el discurso caballeresco militar, el discurso legal acerca de las justas causas de la guerra –con su lógica específica tanto en el mundo occidental como en el mesoamericano–; también el discurso político y el discurso mítico-histórico, que inscribe las guerra de conquista (contra o como aliados de los españoles) en el derrotero diacrónico de la cosmovisión autóctona y la historia de cada comunidad. Por supuesto, en la tradición occidental tiene fuerte impronta el relato bíblico, que concibe la caída de Tenochtitlan en términos de la caída de Jerusalén, por ejemplo. Estos discursos dan cuenta de concepciones más amplias de la sociedad y del mundo, donde la guerra tiene diferentes funciones y ocupa lugares fundamentales en las representaciones y en las configuraciones identitarias.

En el mundo mesoamericano del posclásico, la guerra organiza la sociedad y su cultura. Siempre presente a lo largo de la historia mesoamericana, a medida que la hegemonía mexica se consolida y la perspectiva militarista articula todos los estratos de la sociedad, las tramas discursivas se hacen eco de esta cosmovisión, inscribiendo memorias, relatos de enfrentamientos histórico-míticos, retratos de grandes gobernantes-guerreros, deidades específicamente vinculadas con lo bélico, como la figura de Huitzilopochtli.¹ Relatos históricos, cantos, "poemas", códices o pinturas, inscripciones y obras artísticas de gran envergadura en monumentos y edificios públicos conforman la compleja textura de lo que podríamos llamar –en una analogía que reconozco perfectible– el "discurso militar mesoamericano", cuyas manifestaciones transmiten y conforman una concepción de la guerra que es también,

¹ Acerca de la característica militarización del posclásico mesoamericano y de la hegemonía "imperial" mexica, véase *El pasado indígena* de Alfredo López Austin y Leonardo López Luján (1996) y *Aztec Warfare* de Ross Hassig (1995).

en especial, una concepción del mundo y del hombre, y un relato histórico acerca de los vínculos entre las distintas comunidades.²

En términos específicos de textualidades –entendiendo el concepto de “texto” en un sentido amplio–, se destacan los cantos guerreros o *yaocuicatl*, “producciones en las que se recordaban las conquistas y luchas con otros pueblos. En ellas se enaltecían también los hechos de capitanes famosos o en general las victorias mexicas” (León Portilla, 1997: 320).³ Se trata de composiciones rítmicas, acompañadas con música, cantos, bailes (actos performativos en general) que se transmitían oralmente y se representaban durante algunas festividades religiosas, o bien se entonaban al comienzo de ciertas batallas. De una textura de enorme complejidad metafórica, donde se destacan las numerosas variantes de la analogía entre la guerra, la flor, la sangre y el sacrificio –en el vínculo entre el enfrentamiento bélico y lo divino–, los *cuicatl* se caracterizan, además, por un profundo sentido del ritmo y la sonoridad en su composición, articulada a partir de paralelismos y difrasismos propios de la lengua náhuatl en general y de las composiciones discursivas en particular. Estos *cuicatl* se refieren a la guerra como concepción

² Mención aparte merece la “guerra florida”, un tipo peculiar de enfrentamiento en el mundo mesoamericano, que además habría definido también las relaciones entre Tlaxcala y Tenochtitlan, asegurando la autonomía de la primera.

³ La producción discursiva mesoamericana es amplia y compleja; para su análisis, en especial de las producciones en lengua náhuatl, los principales estudiosos –abrevando en el trabajo pionero de Ángel María Garibay– han caracterizado esta “literatura” en dos modos o géneros. Ricas en metáforas y en imágenes de gran belleza, las composiciones se dividían en *cuicatl* (cantos y poemas) y *tlatolli* (relatos y discursos). Buena parte de ellas son anónimas o no tienen autor conocido; fueron transmitidas por generaciones, memorizadas y repetidas; no obstante, también se han encontrado composiciones de más de treinta autores conocidos. Entre ellos, el más famoso (gracias, en buena medida, a la reconstrucción de Alva Ixtlilxóchitl) es Nezahualcōyotl, gobernante de Texcoco. Son himnos sagrados que se entonaban en fiestas religiosas; cantos de guerra, historias de capitanes famosos, de sonadas victorias contra feroces enemigos o de enaltecimiento de la propia historia y la propia ciudad. Si bien buena parte se ha perdido, algunas producciones se conservan aún en los *Cantares mexicanos*, *Unos anales históricos de la nación mexicana* y en los *Anales de Cuathtitlan*. Otras composiciones nahuas son los *tlatolli*, relatos, historias, discursos. En ellas se encuentran los *huehuetlatolli*, palabras de los ancianos –muchas de las cuales fueron recopiladas por el fraile Andrés de Olmos a partir de 1530–. Estas palabras se repetían en las grandes ocasiones: la muerte de un gobernante, los casamientos, los nacimientos, las celebraciones públicas, y es a través de ellas que puede reconstruirse buena parte de la filosofía y el pensamiento de los pueblos del centro de México. También había *tlatollis* dedicados a las distintas divinidades, relatos “acerca de las cosas antiguas”, leyendas e historias mitológicas, e incluso conjuros, es decir, discursos de astrólogos y adivinos. (Al respecto, véase el ya citado libro de León Portilla, *La palabra de los aztecas* de Patrick Johansson, 1993, y *La América indígena en su literatura* de Gordon Brotherston, 1992.)

general, pero también narran acontecimientos históricos específicos, como la guerra entre tenochcas y tlatoalcas (en *Unos anales históricos de la nación mexicana*), "la derrota de los mexicas a mano de los tepanecas en Chapultepec, en los *Anales de Cuauhtitlan*" (León Portilla, 1997: 321) o bien la conquista de México-Tenochtitlan y la caída de la ciudad (*Cantares mexicanos*). A este tipo de composiciones tuvieron acceso Diego Muñoz Camargo y Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, utilizándolas como hipotexto de sus historias, o bien haciéndolas funcionar como subtexto en un sentido formal (ritmo, sonoridad, paralelismos, difrasismos). Junto a composiciones pictográficas poscortesianas como el *Lienzo de Tlaxcala*, constituyen la memoria indígena con que estos cronistas tramaron sus versiones de la historia de Tlaxcala y de Texcoco, desde los orígenes hasta el mundo colonial, atravesadas por numerosos enfrentamientos y sangrientas guerras, de las cuales la conquista llevada a cabo por los españoles constituye un importante desplazamiento en la medida en que se inscribe en otra visión de mundo, al hacer ingresar la cosmovisión cristiana, que transforma el vínculo del sujeto con el *yo* y el *otro*, produciendo una importante metamorfosis en los modos de la subjetividad.

Claro que la guerra también define, en buena medida, la historia del mundo occidental y, específicamente, del mundo medieval en su larga diacronía. Ya fueran guerras de expansión, defensivas o cruzadas, "la guerra se convierte en el centro de la historia política de la Edad Media, siendo también central para su historia cultural. Ciertamente, se puede argumentar que la cultura bélica secular de la Edad Media constituye uno de los pilares definitorios de su civilización, junto con la ideología cristiana. De ahí que, en ocasiones, la Edad Media se conozca como la Era de la Fe, la Era de la Caballería o la Era Feudal" (Keen, 2005: 18). En tanto, el siglo XVI constituye un momento de inflexión también respecto de lo bélico: junto con la incipiente conformación de imperios y estados modernos, tiene lugar el desarrollo de la guerra moderna, con nuevas tecnologías, nuevas estrategias y peculiares ajustes en la experiencia novohispana.⁴ En este marco, el entramado discursivo en el mundo occidental no es menos complejo que en el mundo mesoamericano, desde la poesía épica y los cantares de gesta, pasando por las novelas de caballerías y también por los

⁴ Respecto de estas transformaciones, véase "Ejército y Estado en el Renacimiento" de José Antonio Maravall (1961) y el ya citado libro de Maurice Keen, *La guerra en la Edad Media*, en especial el capítulo XIII: "Armas de fuego, pólvora y ejército permanente" (2005).

grandes relatos históricos retomados para narrar la conquista de las Indias y que, desde la Antigüedad, se centran en conquistas militares y batallas de gran calibre: recordemos los *Comentarios* de Julio César, las obras de Tucídides, Salustio y Tito Livio, por nombrar muy rápidamente algunos de los nombres específicamente citados por nuestros cronistas.⁵

En estas relaciones intertextuales de nuestras crónicas y en específica relación con la historia de España y su continuidad en las Indias, ocupan un lugar central los relatos de las Cruzadas y la Reconquista, articulados con las nociones de la "guerra justa" y la imagen del infiel y con la figura del caballero español.⁶ Para analizar la representación de las imágenes del *yo* y del *otro* en la batalla, y sus desplazamientos, las representaciones de cristianos y musulmanes en textos medievales constituyen un sustrato fundamental, que permea directa o indirectamente todas nuestras crónicas.⁷ En ella, la figura del héroe y su antagonista, el enemigo –en imagen especular que representa al *otro* en términos de lo demoníaco– ocupan un lugar central, reuniendo en la caracterización del primero dos tradiciones: "la devoción cristiana y el heroísmo en el campo de batalla" (Barkai, 1984: 39), algo perceptible aún en la imagen de Cortés construida por las *Cartas de relación* y la *Historia de la conquista de México*, y en la ampliación hacia sus soldados por parte de la *Historia verdadera*.

Concomitante con esta perspectiva y fundamental en la trama de los relatos bélicos de nuestros cronistas –en especial en la *Historia verdadera*–, el discurso caballeresco ha sido más ampliamente tratado por la crítica, en sus manifestaciones

⁵ No es mi intención aquí realizar una reflexión acerca de la épica en este vínculo (algo que claramente excedería el marco de este trabajo). En cambio, quisiera apuntar que la épica está en el origen de la crónica. Al respecto, apunta Leonardo Funes: "El fenómeno de la prosificación del discurso poético significó el encuentro productivo de la épica y la historia en el seno de la prosa historiográfica alfonsí, tanto en el plano de la forma como en el de la ideología" (2007b: xxxii). En esta tradición abrevan las crónicas de tradición occidental de este corpus.

⁶ Como muestra explícita de esta continuidad, basta recordar la afirmación de López de Gómara en la dedicatoria a Martín Cortes: "comenzaron las conquistas con los indios acabada la de los moros, porque siempre guerreasen los españoles contra infieles" (1988: 3).

⁷ Ron Barkai ha estudiado "la autoimagen y la del enemigo" en *Cristianos y musulmanes en la España medieval. El enemigo en el espejo*. Allí, analiza fuentes medievales del siglo VII al siglo XIII, es decir, "desde la conquista de España por los musulmanes hasta el fin de la 'Gran Reconquista'" (1984: 15). En mi análisis, sigo en líneas generales sus consideraciones. Hernán Taboada establece una lectura que revisa presupuestos acerca del imaginario de la Reconquista en la mentalidad de los conquistadores y los primeros criollos en *La sombra del Islam en la conquista de América* (2004).

en la poesía épica y la novela de caballerías. Este "discurso estereotípico representa los valores de la cultura masculina, caballeresca y cristiana" (Adorno, 1988: 56); presenta una determinada imagen del amerindio y suele focalizar lo narrado "desde una perspectiva europeizante" (Adorno, 1988: 57). En este marco, la novela de caballerías –cuyo vínculo con la conquista de América tal como lo concibe Irving Leonard en su clásico *Los libros del conquistador* ha tenido fundamental repercusión en los estudios coloniales– ha sido leída en sus cruces con la poesía épica y la crónica,⁸ y pensada para las crónicas de Indias en especial respecto de sus analogías temáticas: la figura del caballero andante; la caballería como "institución feudal y cristiana" (Rodríguez Prampolini, 1990: 61); la importancia del honor y la fama; el peso de lo maravilloso e incluso del milagro, del cual veremos una excelente muestra en la batalla de Cintla. Fundamental punto de contacto constituyen las representaciones de los *heroicos* soldados y sus siempre feroces enemigos –recordemos aquello de la imagen especular–, en relatos donde el soldado español vence, no sin superar antes penurias, heridas y padecimientos varios, pruebas a las que su honor, valentía y fe son sometidos antes de prevalecer sobre el enemigo y/o el infiel. Con desplazamientos y ambivalencias, nuestras crónicas recuperan estos discursos en la narración de batallas y combatientes españoles e indígenas, enfatizando distintos elementos o entrecruzando varios –como en el caso de las arengas incluidas tanto en la *Historia de la conquista de México* como en la *Historia verdadera*– de acuerdo con el ideal discursivo historiográfico de cada texto. Este discurso caballeresco militar no es privativo de las crónicas de tradición occidental: también se verifica en las crónicas mestizas. Así lo ha señalado Rolena Adorno para la *Historia de la nación chichimeca* de Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, donde "los actos autóctonos sirven de modelos de conducta caballeresca: o la alianza con los españoles en la guerra de conquista o la sumisión voluntaria en su vispera significan los niveles máximos de la caballería y la diplomacia" (1988: 65).

En dimensión complementaria, el discurso bélico de nuestras crónicas se articula con el discurso legal, exhibiendo, de manera directa o indirecta, una colocación y una toma de posición acerca de las "justas causas" de la guerra contra

⁸ Afirma al respecto Rodríguez Prampolini: "la novela caballeresca moderna procede de la poesía épica que a su vez se origina en la primera Cruzada; y al mismo tiempo incorpora la tradición historiográfica de la última parte de la Edad Media y de esta manera es síntesis de la tradición feudal cristiana" (1948: 75).

los indios, acusando el impacto de los debates teológico-jurídicos de la época. Los relatos acerca de la conquista de América deben ser considerados junto con las disputas filosóficas y legales que estaban teniendo lugar en ese momento, donde convergen varias líneas no siempre complementarias: la tradición de la guerra cristiana; el derecho a la guerra vinculado con las premisas clásicas; la incipiente conformación de la guerra moderna y las teorizaciones acerca de la guerra como arte, entre las cuales destaca la concepción de Maquiavelo. Es decir, estamos ante complejas tradiciones jurídico-legales acerca de la guerra, sometidas a revisión y reformulación a partir de la experiencia de Indias y de las transformaciones en los enfrentamientos bélicos en Europa.

Los historiadores han marcado el año de 1510 como el momento clave del comienzo de las discusiones sobre la guerra como problema indiano.⁹ La instancia remite a un sermón del fraile dominico Antonio Montesino ante los conquistadores, en el cual les recrimina el injusto trato a los indios y la brutalidad y crueldad en la guerra de conquista. Estas graves acusaciones llegan hasta España, a oídos del rey Fernando, quien "ordena formar una junta de especialistas para tratar las observaciones del dominico" (Tanzi, 1973: 80), la famosa Junta de Burgos, de la cual surgen las Leyes de Burgos (1512) y el escrito conocido como "requerimiento", redactado por Palacios Rubio. Este documento –largamente revisado y también criticado por los mismos españoles– fue utilizado en las conquistas del Darién, México, Perú, Nueva Galicia... En nombre de los reyes de España (Fernando y su hija Juana), se hablaba de Dios, San Pedro y el Papa, y se instaba a los indígenas a convertirse a la fe católica y, políticamente, a los reyes de España (en virtud de la bula papal). La negativa autorizaba la guerra inmediata, que de ese modo se convertía en "justa".¹⁰ Claro que el documento no conformaba a dedicados defensores de los indios como el

⁹ Para el resumen que presento a continuación sigo los trabajos clásicos de Lewis Hanke (1942), Silvio Zavala (1947) y Anthony Padgen (1988).

¹⁰ El requerimiento advierte: "Y si así no lo hicieseis o en ello maliciosamente pusieseis dilación, os certifico que con la ayuda de Dios nosotros entraremos poderosamente contra vosotros, y os haremos guerra por todas las partes y maneras que pudiéramos, y os sujetaremos al yugo y obediencia de la Iglesia y de Sus Majestades, y tomaremos vuestras personas y de vuestras mujeres e hijos y los haremos esclavos, y como tales los venderemos y dispondremos de ellos como Sus Majestades mandaren, y os tomaremos vuestros bienes, y os haremos todos los males y daños que pudiéramos, como a vasallos que no obedecen ni quieren recibir a su señor y le resisten y contradicen; y protestamos que las muertes y daños que de ello se siguiesen sea a vuestra culpa y no de Sus Majestades, ni nuestra, ni de estos caballeros que con nosotros vienen" (citado en Hanke, 1942: 48).

dominico Bartolomé de Las Casas, aunque fue utilizado largamente, como nuestras crónicas señalan. En verdad, el requerimiento ponía en escena varias cuestiones teológico-jurídicas centrales en la época: los "justos títulos" de la Corona de Castilla sobre las Indias; el vínculo entre el poder celestial y el terrenal (Zavala, 1947: 53); la servidumbre legal o natural de los indios, y sus implicancias en la esclavitud y la encomienda; la definición de lo bárbaro –y los distintos tipos de barbarie, según Las Casas–; los pasos que era preciso seguir antes de desatar el enfrentamiento bélico.¹¹ Así, mientras la conquista se desarrolla, las discusiones continúan; conducen a la famosa Junta de Valladolid, que tuvo lugar en la ciudad del mismo nombre entre 1550 y 1552, y que enfrentó a Juan Ginés de Sepúlveda y Bartolomé de Las Casas en torno a la naturaleza del indio y las distintas concepciones sobre de la conquista de las Indias.¹²

Estos debates exhiben transformaciones y desplazamientos en imaginarios de época, así como distintas concepciones de conquista y de imperio, que mostrarán su impronta en nuestras crónicas. Si las *Cartas de relación* establecen buena parte de su estrategia persuasiva en una peculiar lectura de la legalidad, la obediencia y el servicio al rey, el capitán es ampliamente conciente de la necesidad de exhibir la inevitabilidad de la conquista frente a la hostilidad de los indígenas, la negativa a aceptar la palabra divina o renunciar a sus dioses, ante el peligro de que su conquista sea declarada injusta o ilícita, y deba entonces renunciar a todo lo ganado.¹³ El cronista soldado,

¹¹ Según Juan Ginés de Sepúlveda, las justas causas de la guerra eran cuatro: estado de barbarie de los indios; la necesidad de desterrar la antropofagia; la justicia de la guerra en 'salvar de graves injurias a muchos inocentes mortales' (sacrificios humanos); la propagación de la religión cristiana (Tanzi, 1973: 94).

¹² La bibliografía acerca de esta controversia es abundante; además de los textos de Hanke y Lewis ya citados, véase el artículo de Rolena Adorno, "Los debates acerca de la naturaleza del indio" (1992). El texto fundamental de Juan Ginés Sepúlveda es el *Democrates Alter De Justis Belli Causis Apud Indios*; "escrito hacia 1547, permaneció inédito a causa de haber prohibido su impresión tanto el Consejo Real de Indias como el Consejo de Castilla [...] Sin embargo, circuló bastante en copias manuscritas" (García Pelayo, 1996: 4). La primera edición (con traducción castellana) corresponde a Marcelino Menéndez y Pelayo en 1892. Acerca de la esclavitud natural o legal de los indígenas y de las distintas interpretaciones que Las Casas y Sepúlveda acerca de la teoría aristotélica, véase Zavala (1947). Otro nombre fundamental en esta controversia es el de Francisco de Vitoria, fraile dominico quien en su *De Iuris Belli* analiza las causas justas e injustas de la guerra a los naturales. Muere en 1542, antes de la Controversia de Valladolid, pero sus argumentos son retomados en estos debates.

¹³ El capitán despliega un buen conocimiento de las justas causas de la guerra, lo cual se percibe de manera directa en las "Ordenanzas mandadas pregonar por Hernando Cortés en Tlaxcala al tiempo de partirse para poner cerco a México" (Tlaxcala, 22 de diciembre de

afectado directamente por las Leyes Nuevas y las restricciones a las encomiendas, tematiza este problema a lo largo de toda su crónica, ya desde los prólogos, y dedica un capítulo específico a la controversia de Valladolid, de la que fue testigo.¹⁴ En este sentido entonces –y no solamente en su valencia referencial– deben leerse las negociaciones, advertencias y requerimientos que las crónicas reiteran antes de cada combate, estrategias para promover textualmente la legalidad de una conquista efectuada de hecho, aún antes de recibir noticias efectivas del rey. También las crónicas mestizas se harán eco de estas disputas legales, al inscribir con insistencia la idolatría de los naturales (en especial en la *Historia de Tlaxcala*) y la resistencia de algunas poblaciones (los otomíes, por ejemplo) a las negociaciones y requerimientos de los españoles, frente a los cuales destaca la pacífica y cuasi "devota" actitud de tlaxcaltecas y texcocanos. De allí también la particularidad de la *Historia de Tlaxcala* que, siguiendo las versiones tlaxcaltecas (códices, testimonios y relatos orales) silencia por completo los enfrentamientos con los españoles y recrea una escena de pacífico entendimiento, en virtud de los pareceres de Xicotécatl (*tlahtoani* tlaxcalteca), cuya opinión prima en el consejo de principales. Esta supuesta aceptación pacífica de la palabra cristiana y del vasallaje al rey, así como la alianza contra los mexicas y la ayuda prestada a los españoles será utilizada luego para reclamar privilegios, exención de tributos, reconocimientos varios, tierras e incluso indios (*macehuales*) puesto que, inscrita en la misma lógica del requerimiento y las disposiciones jurídico-teológicas de la Corona, anula todo motivo de enfrentamiento y subordinación. Se percibe aquí un inteligente uso de las mismas regulaciones con que el poder central intenta subordinar las poblaciones originarias, así como una batalla

1520). En el proemio quedan señaladas con absoluta claridad las causas, centralmente, la idolatría: "...e desde ahora protesto en nombre de Su Magestad, que mi principal intención e motivo en facer esta guerra e las otras que ficiere, por traer y reducir a los dichos naturales al dicho conocimiento de nuestra fe e creencia, y después por los sojuzgar e supeditar debajo del yugo e dominio imperial e real a su Sacra Magestad" (*Documentos cortesianos*, 1993: 1-165).

¹⁴ Se trata del capítulo CCXI: "Cómo el año 1550, estando la corte en Valladolid, se juntaron en el Real Consejo de Indias ciertos perlados y cavalleros que vinieron de la Nueva España y del Pirú por procuradores, y otros hidalgos que se hallaron presentes, para dar orden que se hiziese el repartimiento perpetuo. Y lo que en la junta se hizo e platicó es lo que dire" (2005: 813). Ocupa aquí lugar central la figura de fray Bartolomé de Las Casas, con quien Bernal Díaz tiene una compleja relación y a quien le escribe al menos dos epístolas, que nunca obtienen respuesta. Rolena Adorno ha estudiado este vínculo y las tensiones inscritas a partir de él en la *Historia verdadera* en su artículo "Discourses on Colonialism: Bernal Díaz, Las Casas and the Twentieth Century Reader" (1988c).

historiográfica permanente por alejar la imagen del pasado indígena como ejemplo de "barbarie" –tal como la entendía Sepúlveda, por ejemplo– y acercarla a la analogía con el prestigioso mundo pagano de la Antigüedad (Grecia y Roma) y la ya mencionada *praeparatio evangélica*.

Esta reconstrucción nos envía a otra instancia crucial: la de la legalidad de la guerra en las comunidades nahuas. En sociedades altamente regladas y militarizadas como las del centro de México en el posclásico –que comprenden a mexicas, tlaxcaltecas y texcocanos–, la guerra era una actividad supeditada al "estado", con reglas efectivas ampliamente conocidas y compartidas. Si bien "el rey podía convocar a un enfrentamiento armado por algunas ofensas menores (tales como el asesinato de un embajador, por ejemplo), la decisión principal descansaba en su consejo de principales, quienes requerían una *causa justa* para ir a la guerra" (Hassig, 1995: 48). Entre estas causas se contaban la negativa a enviar tributos; la negativa a someterse a la autoridad mexicana; la abierta rebelión; el asesinato de mercaderes –*pochtecas*– que funcionaban como emisarios y espías para el poder mexica y cuya muerte era considerada una abierta provocación que en sí misma justificaba la guerra.¹⁵ Ahora bien, desatada la *justa causa*, todo enfrentamiento requería cierta ritualidad: en líneas generales, era anunciado previamente a la población y al enemigo; además, era considerado deshonoroso atacar un enemigo desarmado o mal provisto –de allí el envío de bastimentos y alimentos a los españoles por parte de los tlaxcaltecas durante todo el tiempo que duró el enfrentamiento. En este marco es que son narrados como sorprendentes, impensables y *contra natura* los castigos ejemplares de Cortés –la matanza de Cholula; el castigo a los espías tlaxcaltecas– y la Matanza del Templo Mayor llevada a cabo por Pedro de Alvarado. Allí, las crónicas ponen de manifiesto el límite de la analogía, la irreductibilidad de ciertos modos de la alteridad inscriptos en la forma en que se somete al *otro*, mutilándolo o aniquilándolo.

Las representaciones de batallas en nuestras crónicas de tradición occidental y mestizas ponen en escena tradiciones discursivas afines o encontradas, representaciones de la identidad y la alteridad, modulaciones de la subjetividad. El relato bélico, por su tema pero también por su forma y estructura, da cuenta de enfrentamientos: la antítesis (y su contracara, la analogía o comparación) serán las

¹⁵ Son varios los autores que tratan estos temas; resumo aquí los argumentos principales de Adolph Bandelier (2003), Ross Hassig (1995), Jacques Soustelle (1996).

figuras privilegiadas con las que se narrará el *yo* y el *otro*; también con las cuales se aprehenderá un espacio del cual apropiarse efectivamente a través de la conquista o sobre el cual reclamar derechos por medio del discurso historiográfico. Pero también es un espacio textual en el cual es posible observar desplazamientos y transformaciones en la manera en que el *yo* y el *otro* son percibidos y narrados, desde los primeros contactos hasta la entrada a Tenochtitlan. Si la batalla de Cintla prefigura la victoria final, en virtud de una lectura providencialista realizada a posteriori, el trabajo de narrar negociaciones y enfrentamientos con un *otro* de creciente complejidad (los tlaxcaltecas) exhibe un aprendizaje efectivo y textual. En un tercer momento, el relato de la Noche Triste en las crónicas de tradición occidental conduce a un nuevo aprendizaje narrativo: obliga a enfrentar las complejas inflexiones textuales de la derrota. En las crónicas mestizas, el relato de la derrota adquiere nuevos matices a partir de la elipsis y la contraposición con versiones autóctonas. Aquí, el fracaso puede ser leído también en términos de oportunidad, en la medida en que delinea alianzas, adscripciones y promesas, y exhibe los desvíos de una escritura subalterna ante los usos del pasado.

V.2 Primeros contactos: cómo aprehender al *otro*

"Y lo que allí nos acaeció e las guerras que nos dieron, diré adelante."
BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO

Para pensar la representación del *yo* y del *otro* (y la configuración de la identidad y la alteridad) en los relatos de batalla es preciso tener en cuenta los primeros contactos, las primeras escaramuzas, las negociaciones entre Cortés y las distintas poblaciones, la estrategia de los naturales: ir en son de paz, por un lado; atacar, por otro. Estas acciones conforman una densa trama de representaciones metonímicas del desarrollo de la conquista toda. Nuestras crónicas de tradición occidental detallan estos momentos, destinando varias páginas o capítulos a una dinámica de desembarco-negociación-preparativos-enfrentamiento.¹⁶ En cambio, nuestras crónicas mestizas los

¹⁶ En la *Historia de la conquista de México* trabajo con tres capítulos: "Combate y toma de Potonchan" (XVIII), "Demandas y respuestas entre Cortés y los potonchanos" (XIX) y "La batalla de Cintla" (XX). La *Historia verdadera* despliega este relato en "Cómo llegamos al río de Grijalva, que en lenguaje de los indios llaman Tabasco, y de la guerra que nos dieron y lo que más con ellos pasamos" (XXXI), "Cómo mandó Cortés a dos capitanes que fuesen con cada cien soldados a ver la tierra dentro, y lo que sobre ello nos acaeció" (XXXII), "Cómo Cortés mandó que para otro día nos aparejásemos todos para ir en busca de los escuadrones

refieren de manera altamente sintética, en una elipsis que funciona enalteciendo en la trama los roles de cada región o cabecera (Tlaxcala, Texcoco) a partir del encuentro con los españoles. De hecho, las historias tlaxcaltecas pasan directamente del hallazgo de los *lenguas* Marina y Aguilar al encuentro pacífico con los principales, Xicoténcatl y sus consejeros; sólo la *Historia de la nación chichimeca* se detiene a narrar los primeros contactos y la batalla de Cintla, en una trama que sigue, a manera de hipertexto, la *Historia de la conquista de México*.¹⁷

El desembarco de las huestes cortesianas en territorio mexicano marca la segunda fase del desplazamiento desde la apresurada salida de la isla de Cuba; es el momento en el que abandonan un viaje marítimo (con varias incursiones en tierra firme) y deciden "no pasar más adelante hasta *saber el secreto* de aquel río y pueblos que en la ribera del están por la gran fama que de riqueza se decía tenían" (Cortés, 1993: 126). "Saber el secreto", sintagma que se reitera en todas las crónicas —aunque con más énfasis en las cartas cortesianas— como mandato, pero también como ambición; penetrar tierras mesoamericanas como se penetra un cuerpo extraño: con ansiedad, con asombro, con temor, con decisión. Así, el acercamiento a este espacio ajeno, desconocido, se produce a partir de la conformación de un itinerario¹⁸ que la *Historia verdadera* ha ido construyendo en los capítulos previos y que enfatiza ahora, con la descripción del desplazamiento y la llegada, y con la insistencia en organizar una topografía a partir del uso de nombres propios (españoles e indígenas): Campeche, Puerto Escondido, río de Grijalva-Tabasco. En esta operación se juegan

guerreros, y mandó sacar los caballos de los navíos, y lo que más nos avino en la batalla que con ellos tuvimos" (XXXIII) y "Cómo nos dieron guerra y una gran batalla todos los caciques de Tabasco y sus provincias, y lo que sobre ello sucedió" (XXXIV). En cuanto a las cartas de relación, el hecho se refiere (de manera mucho más escueta) en la *Carta de Veracruz*.

¹⁷ En la *Descripción* y en la *Historia de Tlaxcala*, los primeros encuentros que se relatan son entre españoles y principales tlaxcaltecas, inmediatamente después de los presagios, y entrelazados con la figura de los intérpretes, Aguilar y Malinche. En la decimotercera relación del *Compendio* de Alva Ixtlilxóchitl tampoco se narra la batalla de Cintla, sino que se hace referencia escueta a los presagios de la venida de los españoles y a la buena acogida general de los indígenas, quienes "los recibían con mucha alegría y regocijo sin ninguna guerra ni contraste, y si alguno hubo, fue dándoles ocasión para ello" (1997: 1–451). En la *Historia de la nación chichimeca*, en cambio, sí se refiere, en el capítulo LXXIX: "Que trata de las cosas que la acaecieron a Cortés hasta llegar a la Veracruz", aunque con un alto grado de síntesis respecto de las crónicas de tradición occidental.

¹⁸ Entiendo este concepto vinculado a la tradición literaria del relato de viajes medieval, específicamente a la peregrinaciones, tal como lo explica Paul Zumthor en *La medida del mundo* (1994: 178 y ss.).

las estrategias de acreditación de los enunciadores. Aquí, Ángel Delgado Gómez hace notar que Cortés siempre habla de "el río grande que se dice de Grijalva" (1993: 126), sin reconocer la potestad de éste para conquistar, además de explorar. López de Gómara, de acuerdo con su proyecto historiográfico, acentúa las distintas formas de nominación (españoles e indígenas): "y sin parar, fueron hasta el río de Grijalva, que en aquella lengua se dice Tabasco" (1988: XVIII-29); "Antes un poco que los nuestros llegasen al lugar, salieron a ellos muchos barquillos, que allí llaman *tahucup*" (1988: XVIII-29). Bernal Díaz imita ese estilo: "llegamos con toda la armada al río de Grijalva, que se dice Tabasco" (2005: XXXI-74); "y también decir a los *calacheonis* cosas que sean de su provecho y servicio de Dios Nuestro Señor" (2005: XXXI-75). No obstante, en este último caso, el efecto no es sólo descriptivo, sino que se vincula a la acreditación del cronista en virtud de un saber basado en la experiencia.

En cambio, en la elaborada síntesis de la *Historia de la nación chichimeca*, el itinerario alude a todo el recorrido, marítimo y terrestre: "Partió [Cortés] de esta isla (Guaniganiga) el año de mil quinientos diez y nueve a veintiocho de febrero, y dio por contraseña a los suyos el nombre del bienaventurado apóstol san Pedro, su abogado; y con el recio tiempo que le hizo, tomó tierra en la isla de Acozanil" (LXXVIII: 195). Lo que importa en la historia texcocana no es delimitar el derrotero completo, sino sus hitos: el comienzo –marcado además por la referencia temporal exacta, seguida de la coordenada cristiana (el apóstol san Pedro, *santo y seña*) como identificación y reconocimiento– y el punto de llegada, la isla de Acozanil (*sic*). De isla en isla, en esta crónica los hitos del itinerario marítimo y la inscripción temporal evidencian un modo de concebir el espacio, el viaje, la notación temporal y la identificación del *nosotros* según las pautas del discurso historiográfico occidental, en su cruce con la tradición del relato de viajes medieval.¹⁹ En estas primeras instancias, la perspectiva autóctona no parece asumirse aún, ni siquiera como subtexto, aunque enseguida podremos verificarla en la descripción de los primeros encuentros con los naturales y el temor de éstos ante los españoles; también en la elipsis y la focalización sobre pequeñas

¹⁹ Acorde con el relato de viajes medieval, el itinerario marítimo casi no se describe, se elide; sólo se apuntan los momentos de desembarcos y los contactos en tierra. Este modo de la descripción del viaje marítimo comienza a transformarse en el siglo XVI. Jimena Rodríguez da cuenta de estos cambios y analiza las peculiaridades del itinerario marítimo en las crónicas de Indias y su vínculo con el relato de viajes medieval en "Caminar por la mar incógnita: las *naos* a California y el punto de vista del navegante" (2010).

escenas ausentes en las crónicas de nuestros conquistadores o del historiador soriano.

En todas estas crónicas, el desembarco es un momento de prueba y de pasaje: la tierra firme marca una frontera cuyo traspaso se debe a la inmovible resolución del capitán: "[Cortés] dijoles que *en ninguna manera* él podía dejar de entrar en el lugar y ver aquella tierra, para tomar y dar relación della al mayor señor del mundo" (Gómara, 1988: XVIII-30). Así, el desembarco constituye un hito en la expedición y es posible en virtud de haber conseguido un buen *lengua y faraute*: la presencia de Aguilar permite la actividad hermenéutica sobre el espacio del *otra*.²⁰ Por eso, en las crónicas de tradición occidental se reiteran las imágenes que remiten a las acciones de mirar o atisbar: quien escudriña busca saber, se prepara para el encuentro, ajusta la nueva percepción a concepciones previas. Así, en una primera instancia, el cuerpo indígena es observado desde lejos, depositario de numerosos interrogantes y de algunas certezas: es aquél sobre el cual se recortan concepciones previas acerca de la definición misma de "hombre". Se trata de medir al *otro* desde la certeza en el *nosotros*, primera persona del plural sobre la que se establecen diferencias (de cargo, procedencia o antigüedad en las conquistas), pero que tiende a aglutinarse en la percepción del indígena y, por supuesto, en las escaramuzas y batallas. En la *Historia de la nación chichimeca*, en cambio, remisos a la mirada de los recién llegados, los naturales se esconden, no se dejan ver: refractarios, temerosos, recelosos, se ocultan mientras definen la naturaleza de estos extranjeros. Cuando éstos desembarcan en la isla de Acuzamil, "los moradores de ella *de miedo se fueron al monte desamparando sus haciendas y casas*" (1997: II-LXXVIII/195); luego de haber encontrado a Aguilar:

²⁰ "Y el dicho capitán les habló con la lengua y farabte que llevábaros y con el dicho Jerónimo de Aguilar que había, como dicho es desuso, estado captivo en Yucatán, que entendía muy bien y hablaba la lengua de aquella tierra" (Cortés, 1993: 126). "Cortés se adelantó haciendo señas de paz, y les habló por Jerónimo de Aguilar, rogándoles que los recibiesen bien, pues no querían a les hacer mal sino a tomar agua dulce y a comprar de comer" (Gómara, 1988: XVIII-29). "Y desde Cortés los vio puestos de aquella manera dixo a Aguilar, la lengua, que entendía bien la de Tabasco, que dixese a unos indios que parecían principales que pasavan una gran canoa cerca de nosotros, que para qué andavan tan alborotados" (Díaz del Castillo, 2005: XXXI-75); Cortés mandó a Jerónimo de Aguilar predicase a los indios la fe de Cristo pues sabía su lengua, y lo hizo tan bien, que por sus amonestaciones se acabaron de convertir, los cuales tenían una cruz por dios que llamaban el dios de la lluvia" (1997: II-LXXVIII/195). En la crónica texcocana, se destacan las analogías entre los símbolos religiosos de los naturales y los cristianos: todo apunta a la *praeparatio* evangélica, desde el comienzo de la expedición; índices que este cronista marca y que los otros parecen no poder reconocer como tales.

"Durmió Cortés aquella noche *dentro del templo mayor* con todos sus compañeros *sin recelo, por haber los indios desamparado el lugar*, y otro día *envió por tres partes a conocer la tierra*, con *deseo* de haber algún natural de aquella tierra para *informarse* de los particulares de ella, y para con él, enviar a llamar al cacique sobre seguro. Trajéronle tres o cuatro que despachó muy contentos para su señor, y rogáosle mucho que viniese *sin temor*, porque él no venía para agraviarle, sino para declararle *grandes secretos*, y aunque anduvieron dos días yendo y viniendo, *nunca el cacique se quiso dejar ver*" (1997: II-LXXVIII/196).

De uso común en la época, el verbo reiterado en estas escenas es "desamparar" y, junto con él, el sintagma nominativo "miedo";²¹ ante la llegada de los extraños, los naturales no los enfrentan sino que se esconden, se retiran de la mirada del *otro*, no se dejan ver. Esta reticencia implica también cierta evidente resistencia al contacto, al cruce con el *otro*, también a una mirada y unas acciones invasivas: los españoles *entran tierra adentro* para traer (a la fuerza) *informantes*. De hecho, en este párrafo, buena parte de los sintagmas verbales y nominativos vinculados con el capitán remedan la frase "saber el secreto": conocer, informarse, transmitirle al cacique *grandes secretos*, todos ellos connotados, además, a partir de las múltiples valencias del término *deseo*: atisbar, pero también aprehender y apropiarse. El temor de los naturales —bien fundado por cierto—, no los lleva aquí al enfrentamiento (que no deja de ser, en cualquier caso, una forma de contacto), sino al ocultamiento completo, impidiendo así que el extraño universo del *otro* —ahora español— penetre la configuración del *yo*. Claro que, habiendo *desamparado sus haciendas*, estas poblaciones no se mantienen sólo a la expectativa: también están acechantes, ocultas incluso en los relatos de todos nuestros cronistas, incapaces de seguir las tierra adentro. Por otro lado, según las crónicas mestizas, estas poblaciones producen información acerca de los recién llegados, que es enviada —por medio de informantes y relatores que exhiben además minuciosas *pinturas*— a los principales de la zona y desde ellos a Motecuhzoma, intentando comprender la naturaleza de estos extranjeros: ¿hombres o dioses?²² Así, la observación se vuelve sobre el cuerpo

²¹ Según el *Diccionario de Autoridades*, "desamparar" significa, en su segunda acepción, "dejar, abandonar o ausentarse de algún sitio o lugar" (1737: 31-1).

²² En distintas instancias, todas las crónicas remiten a estas pinturas; en los relatos occidentales, además, se destaca cierta admiración por la minuciosa representación. Por ejemplo, apunta Bernal Díaz: "Allí junto donde fue esa reñida y renombrada batalla (para en estas partes así se puede decir, pues Dios nos escapó con las vidas) y en un pueblo que se dice Otumba, tienen muy bien pintada esta batalla y en retratos entallada los mexicanos y

español, concebido en términos de asombro o bien de amenaza, aunque la concepción acerca del *otro* cambia: el extranjero es pensado entre lo divino y lo humano; el indígena, en cambio, es concebido por el español como bárbaro o salvaje o infiel o, en el mejor de los casos, infante –es decir, subalterno.²³

En cambio, en las crónicas de tradición occidental las primeras imágenes (oteando la costa desde las embarcaciones) anuncian la peligrosidad y la inminencia del enfrentamiento, sugerida en las armas que cargan los españoles (“ciertas piezas de artillería”; Gómara, 1979: XVIII-31); en la forma en que están organizados los pueblos indígenas para defenderse de posibles ataques (“A poco más de media legua que subían por él, vieron un gran pueblo con las casas de abobe y los techos de paja, el cual estaba cercado de madera bien gruesa, pared y almenas, y troneras para flechar y tirar piedras y varas”; Gómara, 1979: XVIII-32); en la dificultad propia del terreno (“y entróse con ello el río arriba contra la corriente, que era muy grande”; Gómara, 1979, XVIII-32). A pesar de ese espectro amenazador, en la economía narrativa de estas crónicas las pruebas y dificultades que los conquistadores atraviesan hasta ganar la primera batalla –y, por tanto, el derecho a transitar y tomar posesión del territorio– funcionan simbólicamente como representación de un triunfo que, en providencialista mirada retrospectiva, se despliega inevitable.

Luego del desembarco, estas crónicas presentan una imagen de hostilidad aunque de maravilla, y precisan la cantidad de enemigos, corregida en la *Historia verdadera* –anota Barbón que en el original está tachado el número veintiocho mil e interlineado doze mil–: “Y andavan por el río y en la ribera, e entre unos manbrales, todo lleno de indios guerreros; de lo qual nos maravillamos los que havíamos venido con Grijalva. Y demás desto estaban juntos en el pueblo más de *doze mil* guerreros aparejados para darnos guerra” (Díaz del Castillo, 2005: XXXI-74). Esta ambivalencia numérica tiene dos vertientes: una, inserta en la tradición de los relatos de las cruzadas contra los musulmanes y las escenas bíblicas; otra, en el entramado de la memoria, donde la cantidad abrumadora connota el asombro, la valentía, la diferencia,

tlaxcaltecas, entre otras muchas batallas que con los mexicanos hubimos hasta que ganamos México” (2005: CXXVIII-401).

²³ Acerca de estas caracterizaciones véase “El sujeto colonial o la construcción cultural de la alteridad” de Rolena Adorno (1988a).

la distancia.²⁴ En estas primeras batallas, el indígena es número (corregido, ajustado o hiperbólico de acuerdo con las necesidades del relato antes que del referente), montón indiferenciado que se recorta sobre el espacio natural: el río, la ribera, los manglares. En la no individuación del *otro* –entendido, no obstante, como enemigo y como par, en el uso del término “guerrero”– se delinea una primera caracterización que ancla indígena/naturaleza y, por contraposición, español/cultura. Asimismo, la antitética comparación entre ambos grupos, los indígenas “armados, mostrándose muy feroces y ganosos de pelear” (Gómara, 1979: XVIII-29) y la actitud de los españoles, que se acercan pidiendo algo de beber y de comer, “haciendo señas de paz [...] como hombres que andando por la mar, tenían necesidad dello; por tanto, que se lo diesen, que ellos se lo pagarían muy cortésmente” (Gómara, 1979: XVIII-29), articula la justificación retórico-legal del enfrentamiento.

Esta violencia del *otro* es relatada en términos del asombro ante lo inesperado: “de los cuales nos maravillamos”, afirma Bernal Díaz (2005: XXXI-74). Aquellos que habían “venido con Grijalva” encuentran que el saber previo es útil para reconocer el terreno y organizar el desembarco, pero que la geografía humana ha variado entre una expedición y otra. En la contraposición pasado-presente de las dos expediciones se comprende el aprendizaje por parte de los naturales: han preparado una cerrada defensa de su territorio. “Y oído esto por los indios, respondiéronle que hablase desde

²⁴ Las diferencias y desajustes numéricos son muy habituales entre estas crónicas; de hecho, es casi imposible hallar una completa coincidencia en una batalla siquiera, aunque no era difícil calcular la cantidad de atacantes indígenas, ya que, al menos en el centro de México (en especial, en los enfrentamientos en espacios abiertos con los tlaxcaltecas), éstos solían atacar en escuadrones de 8000 guerreros (Hassig, 2003). No obstante, el permanente desajuste puede deberse a los distintos locus de enunciación, que implican una mayor o menor distancia respecto de lo relatado; también a las distintas fuentes con que los cronistas letrados trabajan –testimonios de varios soldados en el caso de la *Historia de la conquista de México*, por ejemplo. En otra de sus vertientes, cada número de enemigos se inscribe en una tradición específica del relato bélico, particularmente de las luchas contra los moros, donde *infinitos enemigos* suelen ser vencidos por apenas unos pocos centenares soldados españoles: no casualmente, algo que coincide con los relatos de esta conquista. Tal relación ya ha sido señalada por Ron Barkai (1984) y por Alfredo Mendiola Mejía (2003). Barkai explica que “en estos relatos la proporción de cristianos en relación con los infieles es notoriamente inferior: quinientos cristianos pueden derrotar en una batalla a treinta mil musulmanes, siendo sus pérdidas en total sólo dos caballeros y seis caballos. [...] La relación numérica en el campo de batalla entre cristianos y musulmanes se encuentra siempre a favor de estos últimos, mas la ventaja de los primeros consiste en su valentía” (1984: 234). Agrega Mendiola: “el estilo es el mismo, desde luego adaptado a las diferentes ‘realidades’ que se intentaban plasmar por escrito” (2003: 402). Vemos aquí un buen ejemplo de intersección entre tradiciones discursivas y relato de la experiencia, donde ambos confluyen, en todas las crónicas, para producir una imagen de la conquista como gesta o hazaña, más allá de las cifras exactas.

allí lo que quisiese, y que no había de saltar él ni su gente en tierra, sino que le defenderían la entrada" (Cortés, 1993: 127). "Y todavía ellos a porfiar que no pasásemos de aquellos palmares adelante, si no, que nos matarían" (Bernal Díaz, 2005: XXXI-75). "Replicaron los indios que no querían consejo de gentes que no conocían, ni menos acogerlos en sus casas, porque les parecían hombres terribles y mandones, y que si agua querían, que la cogiesen del río o hiciesen pozos en tierra; que así hacían ellos cuando menester la tenían" (Gómara, 1988: XVIII-30). Piedra de toque del arrojado español tal como lo concibe el cronista-soldado, el desplazamiento entre lo esperado y lo encontrado indica el tipo de actitud que define los encuentros en el proceso de conquista. En sutil diferencia, Gómara apunta otra inflexión: "Acudieron luego a mirar los navíos y gente muchos indios [...] y *no se maravillaban casi de ver nuestra gente y velas*, por haberlas visto al tiempo que Juan de Grijalva entró por aquél mismo río" (1988: XVIII-29). El asombro ahora es de los españoles hacia los indígenas, aún cuando el historiador pretenda que sea el cuerpo español el objeto de éste.

Este desplazamiento en la conformación del indígena se percibe asimismo en la descripción física: ahora son guerreros, "algunos con armas y plumajes, que a lo que *desde la mar parecía*, eran hombres lucidos y de buen parecer" (Gómara, 1979: XVIII-29). Recordemos que aún no se ha producido el contacto: se describe una expectante escena de observación mutua. La connotación positiva de las adjetivaciones contribuye desde este primer momento a construir la imagen de un enemigo digno, valeroso, aguerrido –en la tradición de los relatos épicos y las novelas de caballerías–, acorde con las supuestas cualidades de las tropas españolas. A partir de aquí se despliega una *danza* de pedidos, negociación, negativa y espera, en la que los tres cronistas apuntan la paciencia y el ánimo legalista de Cortés, y la feroz negativa de los naturales a brindar lo más mínimo para la supervivencia. "No quiso Cortés no hacer con aquellos *bárbaros* todo cumplimiento, según razón y conforme a lo que los reyes de Castilla mandan en sus instrucciones, que es requerir una y dos y muchas veces con la paz a los indios antes de hacerle guerra ni entrar por fuerza en sus tierras y lugares" (Gómara, 1988: XVIII-30). El trasfondo legalista de este párrafo es evidente: en la caracterización del otro como "bárbaro" se marcan ya las coordenadas del accionar del capitán, los derechos y deberes para dar comienzo a los enfrentamientos; se subraya también la referencia a las instrucciones reales y a la insistencia cortesiana

en seguir los protocolos antes de iniciar la batalla. Al mismo tiempo, en la porfiada agresividad de los naturales se justifica el ataque español y se interviene en las disputas acerca de la legalidad de la conquista. En este punto también se diseña una contraposición entre el cuerpo español, necesitado de alimento, abrigo, agua, y el cuerpo indígena, dueño y conocedor de su territorio. A los ojos de los españoles, la cerrada negativa legitima el ataque, dando inicio a la conquista.

Desde otro locus de enunciación, la escritura retrospectiva le permite a Bernal Díaz intercalar en la trama supuestas causalidades así como referencias a la organización de los pueblos de la zona:

"Y la causa dello fue porque los de Potonchan y los de Lázaro y otros pueblos comarcanos, *los tuvieron por cobardes, y se lo davan en rostro*, por causa que dieron a Grijalva las joyas de oro, que antes e dicho en el capitulo que dello abla; e que *de medrosos no nos osaron dar guerra*, pues eran más pueblos y tenían más guerreros que no ellos. Y esto les dezian por *afrentallos*, y que en sus pueblos nos avían dado guerra y muerto cincuenta y seis hombres. *Por manera que con aquellas palabras que les avian dicho determinaron a tomar armas*" (2005: XXXI-74).

Este tipo de argumento contiene *in nuce* una de las dinámicas del enfrentamiento en las sociedades mesoamericanas: la humillación del enemigo vencido, llevada a cabo a partir de la burla e institucionalizada en la imposición del tributo (Clendinnen, 2003). Algo similar parece ponerse en funcionamiento en las agresivas respuestas de los naturales a los reiterados pedidos de los españoles: "que si agua querían, que la cogiesen del río o hiciesen pozos en tierra; que ansí hacían ellos cuando menester la tenían" (Gómara, 1988: XVIII-30); también "Desto se rieron mucho, y mofando se fueron al lugar a contar las soberbias y locuras que les parecía haber oído" (Gómara, 1988: XVIII-30). El mundo indígena responde a una lógica guerrera distinta, que los españoles se esfuerzan por desentrañar, aunque no la compartan. La historiadora Inga Clendinnen comenta que "el combate requiere un sustancial acto de cooperación, donde cada bando construye las condiciones en las que ambos operarán y, entonces, donde la lucha tiene lugar entre extraños, obligando a una mutua 'transmisión de cultura'" (1993: 24). Con esta afirmación Clendinnen no niega la violencia de todo enfrentamiento, sino que pone el acento en la serie de reglas que rigen el combate y que deben ser compartidas para que éste se desarrolle de modo tal que la conclusión (en términos de victoria y derrota) sea posible. (De otro modo, se produciría una guerra sin fin, algo que pareciera ocurrir en cierta medida en

la guerra de Tenochtitlan, como explicaré luego.) Este primer momento de tensión y observación mutua en la zona de *Potonchan* abona ese complejo acto de refuerzo de la propia identidad tanto como de lectura del *otro*; si bien la lucha es "entre extraños", no puede serlo entre absolutos desconocidos, por eso la insistencia en aprender, decodificar al *otro*, comunicar a través de los *lenguas* para asegurar condiciones mínimas de intercambio. En este sentido, la lógica de la guerra resulta más funcional a la trama que la inabordable ausencia de aquellos que huían tierra adentro, porque rescata al indígena del universo de la absoluta alteridad, incorporándolo a la cosmovisión de los extranjeros en la medida en que puede ser integrado en la lógica ya conocida de la victoria o la derrota. Su *humanidad* se conforma en la batalla, experiencia común a todo el género humano, reforzando así el proyecto conquistador de los españoles. Entonces, si la batalla es posible, también lo es la victoria, el vasallaje y el tributo; por eso es tan importante el intercambio, en el cual Cortés insiste, porfiado. La ferocidad, la determinación, la destreza e inteligencia de los indígenas, la majestuosidad de sus civilizaciones es imagen especular que, proyectada sobre los españoles, enaltece sus acciones militares y legitima sus decisiones.²⁵

V.3 Comienzos: Cintla

"Tomaron los nuestros las armas y dejaron las palabras."
FRANCISCO LÓPEZ DE GÓMARA

Finalmente, luego de pedidos, repliegues, esperas e intentos de engaño mutuo, la lucha se desata: "Cada uno de ellos pensó engañar al otro; porque los indios tomaron aquel plazo para tener espacio de alzar aquella noche su tropilla, y poner en cobro sus hijos y mujeres por los montes y espesuras, y llamar gentes a la defensa del pueblo; y Cortés mandó luego a salir a la isleta todos los escopeteros y ballesteros, y otros muchos españoles que aún se estaban en los navíos, y hizo ir a río arriba a buscar vado" (Gómara, 1988: XVIII-29) Debido al distinto grado de detalle o *evidentia* con que cada cronista relata estos momentos, las batallas ocupan un lugar más acotado y

²⁵ Inversamente, el énfasis en la escasa cantidad de españoles que llegaron al centro de México, en la astucia de un solo hombre, Cortés, en su capacidad para la manipulación y el engaño, ha llevado a establecer la poco sustentada idea de una victoria "fácil" y de la superioridad de los extranjeros, esgrimida entre otros por Tzvetan Todorov en *La conquista de América. El problema del otro* (1982). Su perspectiva ha sido criticada por Clendinnen (1993 y 2000) y Adorno (1991), a partir de la relectura de los textos de nuestros cronistas.

sintético en la *Carta de Veracruz* y en la *Historia de la conquista de México*, las cuales se centran en especial en la llamada "batalla de Cintla".²⁶ La *Historia verdadera*, en cambio, establece una progresión de enfrentamientos, repliegues y preparativos, que ocupan del capítulo XXXI al XXXIV, estableciendo así un clímax que se resuelve en victoria.

Ahora bien, incluso en esta instancia límite, el combate es, primero, verbal: los textos ponen en escena los argumentos de cada bando –en general, por medio del discurso indirecto– con gran preeminencia de la voz de Cortés, para señalar sus acciones conforme a los mandatos del rey, en una nueva inscripción del discurso legal, estrategia textual de legitimación. "Y después de les haber *requerido* el dicho capitán *tres veces* y pedidolo por *testimonio al escribano* de Vuestras Altezas Reales que consigo llevaba diciéndoles que no quería guerra" (Cortés, 1993: 128). "Y como todas las cosas quería llevar *muy justificadas*, les hizo otro requerimiento delante de un escribano del rey que se dezía Diego de Godoy, e por la lengua de Aguilar, para que nos dexen saltar en tierra, y tomar agua y hablalles cosas de Dios Nuestro S[eñor] y de su Majestad" (Díaz del Castillo, 2005: XXXI-76). Lo que eliden, en cambio, es que esta era también una costumbre propia de la ritualidad de la guerra mesoamericana. En efecto, hay algo del orden de lo ritual (en términos de anticipo, preparación y aviso) que forma parte de la lógica guerrera indígena (Hassig, 2003), pero que los españoles parecieran leer como porfiada negativa, intento de engaño o insensatez. De hecho, el cuerpo indígena, inmerso en una compleja cosmovisión que articula mundo sagrado, guerra, vida y muerte, se encuentra particularmente sometido a la ritualidad de la negociación, el aviso previo, la necesidad de una causa justificada para iniciar el combate. Los españoles no han aprendido aún a leer la compleja dinámica de estos gestos, aunque lo harán de a poco, con la invaluable ayuda de sus intérpretes (Marina en especial), y gracias a la inteligencia y capacidad de observación cortesianas.

En estos diálogos, el cuerpo español está sujeto a la legalidad de la Corona; es un cuerpo cuyas acciones deben ser refrendadas a cada paso y para el cual la materialidad del texto escrito funciona como garantía. Por eso, el enfrentamiento se produce "por defendernos de algunas muertes" (Díaz del Castillo, 2005: XXXI-74) y

²⁶ Siguiendo a Mendiola Mejía, por *evidentia* entiendo un recurso propio de la retórica del siglo XVI "que consiste en poner ante los ojos los hechos para dar realismo al relato" (2004: 373). Para el autor, en esto consistirían los detalles de la *Historia verdadera*.

se desata ante el ataque de los indígenas: flechas y piedras extremadamente numerosas inician las hostilidades, narradas en una progresión de tensión, confusión, repliegue y nuevos preparativos. "Y luego en diciendo esto comenzáronse a poner orden para nos tirar flechas, amenazándonos e deciéndonos que nos fuésemos de allí" (Cortés, 1993: 127). "Y luego comenzaron a flechar y hazer sus señas con sus tanbores" (Díaz del Castillo, 2005: XXXI-74). En verdad, la batalla de Cintla se produce luego de dos escaramuzas a partir de las cuales los españoles aprenden las tácticas de los enemigos y logran contrarrestarlas:

"...viendo que la determinada voluntad de los indios era resistirle para que no soltase en tierra y que comenzaban a flechar contra nosotros, mandó soltar los tiros de artillería que llevaba y que arremetiésemos a ellos. Y soltados los tiros, al saltar que la gente saltó en tierra nos hirieron a algunos, pero finalmente con la priesa que les dimos y con la gente que por las espaldas les dio de la muestra que por el camino había ido, huyeron y dejaron el pueblo, y así lo tomamos y nos aposentamos en él de la parte del que más fuerte nos pareció. (Cortés, 1993: 127-128).

Los cuerpos indígenas forman parte fundamental de la guerra concebida tanto en su aspecto pragmático como simbólico, aunque en esta instancia los cronistas aún no se detengan demasiado en detalles de atuendos e insignias. Cortés trabaja con grandes pinceladas, describiendo al enemigo de manera un tanto monolítica: no se trata de transmitir conocimiento sobre el *otro*, sino de justificarse y enaltecerse, siguiendo la función retórico persuasiva característica de estas epístolas (cfr. *Carta de Veracruz*, 1993: 127–128). Gómara habla de una actitud feroz, refiere una predisposición cierta a la batalla y cita rápidamente las armas y plumajes de los naturales. No obstante su brevedad, esta pincelada permite atisbar la contigüidad entre atuendo y carácter: así ataviados, los indios guerreros son "hombres lucidos y de buen parecer" (Gómara, 1979: XVIII-29).²⁷

Como otras veces, es Bernal Díaz quien se demora en el detalle y agrega otro tipo de imagen relacionada con el guerrero enemigo, la imagen sonora: "que toda la costa no avía sino indios de guerra con todo género de armas que entre ellos se u[san], tañendo *trompetillas* y *caracoles* y *atabalejos*" (2005: XXXI-75). Al momento de

²⁷ Las insignias y los trajes ocupaban un lugar central en la preparación para la batalla y en el enfrentamiento mismo en el mundo prehispánico. Para los "aztecas", significaba el valor y el rol de cada guerrero; identificaba además a los capitanes principales y servía para atemorizar al enemigo (Hassig, 1995).

narrar, el sonido adquiere múltiples valencias: es signo destinado a atemorizar al enemigo; es señal para el propio bando; marca el inicio de las hostilidades: "Y luego comenzaron muy valientemente a flechar y hazer sus señas con sus tanbores" (Díaz del Castillo, 2005: XXXI–75). Es también inteligente táctica de ocultamiento y distracción: "Acuérdomme que quando soltávamos los tiros, que davan los indios *grandes silvos e gritos y echavan pajas y tierra en alto*, porque no viésemos el daño que les hazíamos, y *tañían atanbores y tronpetillas// e silvos y bozes y dezían: 'Alalala'*" (Díaz del Castillo, 2005: XXXIV–82). Nótese la profusión de objetos sonoros, silbos y gritos convocada por el texto, así como el esfuerzo del narrador por hacer presente la diversidad abrumadora del rumor de la guerra y los múltiples recursos del enemigo. Estos usos de instrumentos sonoros, cuyo funcionamiento exacto los españoles desconocían, son leídos correctamente en términos de táctica y como indicio claro de lucha: "Y como [Pedro de Alvarado] oyó las escopetas que tiravan, y el gran ruido de atambores y tronpetillas, y bozes e silvos de los indios, bien entendió qu' estaban envueltos en guerra" (Díaz del Castillo, 2005: XXXII-78). En otra de sus valencias, la decodificación del sonido de la batalla salva a los españoles, asegurándoles la llegada de refuerzos. Así, la enumeración recurre a ciertos términos indígenas, introduciendo en el texto sonoridades extrañas, distintas entre sí y diferentes a la lengua española. Esta elección reproduce en los fonemas —para el lector, ya que no para el autor, quien debe estar acostumbrado a ellos, luego de años de vivir en las Indias— las resonancias extrañas de un modo de batallar ajeno. Pero la atención al sonido de la batalla también nos reenvía a la estructura discursiva de las novelas de caballerías y los enfrentamientos bélicos durante el Medioevo, y exhibe la trama de las analogías con que este cronista rememora y representa sus batallas, en una reconstrucción memorialista inseparable de tradiciones discursivas específicas.²⁸

Ya en estas primeras instancias, y antes de que se produzca el combate final, cada avance es validado con la apropiación y la (inestable) toma de posesión del territorio:

²⁸ José Antonio Maravall considera el ruido como un arma sociopsicológica en el enfrentamiento; explica que "en los siglos medievales, el ruido se sigue considerando como un factor importante en la guerra, porque atruena y espanta al enemigo. De ahí, el vocerío y el estrépito que acompaña siempre a las batallas" (1961: 27). Por eso, puede leer allí la transformación de la guerra moderna, a partir de un principio de uniformidad que exige el orden, el *silencio*, la disciplina y la obediencia a tácticas y estrategias minuciosamente planeadas por aquellos que detentan *el arte de la guerra*.

"En los *cues* de aquel patio mandó Cortés que reparásemos y que no fuésemos más en seguimiento del alcance, pues iban huyendo. *Y allí tomó Cortés posesión de aquella tierra por Su Magestad y él en su real nombre.* Y fue desta manera: que *desenbainada su espada dio tres cuchilladas en señal de posesión en un árbol grande,* que se dize ceiva, qu'estava en la placa de aquel gran patio. Y dixo que si abía alguna persona que se lo contradijese, que él lo defendería con su espada y una rodela que tenía enbracada. Y todos los soldados que presentes nos hallamos cuando aquello pasó, respondimos que era bien tomar aquella real posesión en nombre de Su Magestad, e que nosotros seríamos en ayudalle si alguna persona otra cosa contradijere" (Díaz del Castillo, 2005: XXXI-77).

La escena y el espacio no son azarosos: remiten a una dinámica de expansión y conquista en la que es preciso asegurar cada centímetro. El capitán realiza un acto que refrenda la apropiación del universo del *otro*: la espada con la que se hiende el cuerpo del indio también hiende su territorio, contigüidad y mezcla de sangre y savia en el hierro del conquistador.²⁹ Este es un gesto destinado más a los propios hombres que a los indígenas, quienes a esta altura se han replegado y se preparan para un nuevo ataque. A posteriori, en el entramado de la memoria, la espada del capitán diseña una escena de inexorable conquista basada en una decisión plural. De hecho, Cortés inicia el gesto teniendo como testigos a sus hombres; los soldados que se hallaban "presentes cuando aquello pasó" asienten y se suman a la defensa: son testigos entonces; testimoniantes –como Bernal Díaz– luego. En cambio, la *Carta de Veracruz* es mucho más escueta; sólo señala que "soltados los tiros, al saltar en tierra nos hirieron a algunos, pero finalmente con la priesa que les dimos y con la gente que por las espaldas les dio de la muestra que por el camino había ido, huyeron y dejaron el pueblo, y así lo tomamos y nos aposentamos en él de la parte dél que más fuerte nos pareció" (Cortés, 1993: 128). Nuevamente incide aquí una estrategia retórica atenta a la legalidad de esta conquista, y a la precaria situación de Cortés y sus hombres en el momento de enunciación. Por eso, no se habla puntualmente de "toma de posesión", sino que se inscribe esta apropiación como producto del abandono de sus mismos pobladores y como táctica defensiva.

Al breve descanso se suceden nuevos preparativos, cada vez más pormenorizados; también se produce una inflexión en la estrategia de los españoles, ya que Cortés acude a su arma más poderosa: cuando tiene certeza de que "muy ciertamente nos venían a dar guerra, mandó que con brevedad sacasen todos los

²⁹ Se trata, además, de un gesto fundacional inscripto en una larga tradición de apropiación y nombramiento del espacio. (Cfr. más adelante, capítulo VI, apartado I: "Primeras fundaciones".)

cavallos de los navíos a tierra" (Díaz del Castillo, 2005: XXXIII-80). No obstante, en este primer momento del relato, los animales parecen hacerse cargo del desconcierto y el temor que deben haber colmado a muchos españoles, ya que "estaban muy torpes y temerosos en el correr, como avía muchos días qu'estaban en los navíos" (Díaz del Castillo, 2005: XXXIII-80). Caballos torpes y temerosos que la trama une, por contigüidad, a unos "seis o siete soldados mancebos e bien dispuestos, que *les dio mal de lomos, que no se podían tener en pie si no los llebavan a cuestras*. No supimos de qué se les recreció; an dicho que de las armas de algodón que no se quitavan de noche ni de día de sus cuerpos, e porque en Cuba eran regalados e no eran acostunbrados a trabajos, y con el calor les dio aquel mal" (Díaz del Castillo, 2005: XXXIII-80). Llama la atención esta digresión en cuerpos débiles para enfrentar las pruebas impuestas por la naturaleza –ciénagas, manglares, lagunas– y la guerra sin tregua ni fin. Por contraposición, quienes pelean son aquellos capaces de soportar la hostilidad del enemigo y de su espacio: la imagen del soldado-cronista se engrandece aún más.

"Y dexallo e aquí y diré lo que pasó en la batalla. Y bien se puede nombrar así, como adelante verán" (Díaz del Castillo, 2005: XXXIII-81).³⁰ Luego de una serie de preparativos en la que estos tres cronistas insisten, se produce la "gran batalla con todos los caciques de Tabasco, y s[us] provincias" (Díaz del Castillo, 2005: XXXIV-81). Las descripciones del comienzo de las hostilidades, enfáticas en sus alusiones al *orden* y *concierto* en ambos bandos, se contraponen a la confusión propia del fragor de la lucha, en la que los tres cronistas coinciden. Afirma Gómara que Cortés "*ordenó* la gente, *puso en concierto* la artillería y caminó hacia Cintla, donde el día antes fue la riña, creyendo que allí hallaría a los indios. Ya también ellos, cuando los nuestros llegaron, comenzaban a entrar en camino *muy en ordenanza*, y venían en *cinco escuadrones de ocho mil cada uno*" (1979: XX-34). El breve enunciado reitera verbos y adjetivos vinculados al orden, la buena organización y el *concierto*. Antes que de nombres propios, individuos o corporalidades expuestas, se trata de la alusión a

³⁰ Mendiola Mejía explica que, en el siglo XVI, el término "batalla" pertenece al ámbito de lo sagrado; según Georges Duby "es una cuestión de señores y se relaciona con la justicia divina" (2003: 375). De allí también las constancias referencias al favor divino y, en la *Historia de la conquista de México*, la inclusión de un milagro que habría definido el combate, como veremos enseguida.

ciertos saberes acerca de la guerra que ambos bandos ponen en escena a partir de un acuerdo de base.

"Ellos" y "los nuestros" se preparan para una batalla en la que aparecen configurados como semejantes, definidos por analogía en términos colectivos: "escuadrones", "millares de enemigos", "cientos de españoles". Tal como es narrada, la batalla no parece fácil sino, por el contrario, harto difícil e improbable, dada la ferocidad de los indígenas y la superioridad numérica: cuarenta mil hombres de ocho provincias contra apenas "cuatrocientos que nosotros éramos" (Cortés, 1993: 132); "cuarenta mil hombres" frente a "quinientos hombres en el campo, con trece caballos y algunas piezas de artillería" (Alva Ixtlilxóchitl, *Historia de la nación chichimeca*, 1997: I-LXXIX/197), como se relata siguiendo la historia gomariana. Así, mientras que la crónica texcocana describe el enfrentamiento en brevísima pincelada, en la tradición del relato de batallas y la referencia providencialista, en las crónicas del capitán y del soldado la hiperbólica corporalidad indígena deberá ser contrarrestada con el valor, el arrojo y la superioridad táctica de los españoles. Por eso, además, la *Carta de Veracruz* enfatiza las órdenes de Cortés y se detiene en su inteligente distribución de hombres en varios frentes, y en el astuto uso de las escasas armas y los aún más escasos caballos:

"Y estando así todos bien apercebidos, envió otro día ciertos capitanes con trescientos hombres adonde el día pasado habían habido la batalla a saber si estaban allí los dichos indios o qué había sido dellos. Y dende a poco envió otros dos capitanes con la retaguardia con otros cient hombres, y el dicho capitán Fernando Cortés se fue con los diez de a caballo encubiertamente por un lado" (1993: 129).

Mucho más minuciosa, la escena que presenta la *Historia verdadera* es sobrecogedora:

"Y topamos todas las capitánias y esquadrones que nos ivan a buscar. Y traían grandes penachos y atanbores y trompetillas; las caras almagradas, blancas y prietas; y con grandes arcos y flechas, y lancas y rodela y espad[as], como montan[tes de] a dos ma [nos] y muchas ondas y piedra y varas tostadas y cada uno sus armas colchadas de algodón. Y así como llegaron a nosotros, como eran *grandes escuadrones*, que todas las caravanas cobrian, y *se vienen como rabiosos y nos cercan por todas partes*" (2005: XXXIV-82).

Conforme la preeminencia del cuerpo en el texto, Bernal Díaz se detiene en los atributos del guerrero indígena, recuperando la plasticidad de una escena a todas

luces majestuosa. Estos guerreros de "grandes penachos" y rostros pintados han salido al encuentro del invasor, dando por comenzado el enfrentamiento. La memoria recupera un momento de amenazante expectación mientras el ojo registra insignias, atuendos, armas, "atanbores y trompetillas": nuevamente los instrumentos sonoros como parte esencial del modo de guerrear mesoamericano. La enumeración del armamento indígena intenta reponer en la escritura la simultaneidad de la imagen. En acelerada respiración a partir de la conjunción copulativa "y", el texto se abalanza sobre el ataque, tal como los indígenas, *rabiosos*, se lanzaban contra los españoles. En este primer momento, la superioridad del enemigo no es solo numérica: toma la iniciativa, cerca a los españoles, arremete contra ellos hiriéndolos, rompiendo sus filas, infligiendo sorpresa y dolor.

El cuerpo español –el cuerpo propio–, cercado, acosado, es presentado en su extrema vulnerabilidad: "de la primera arremetida hirieron más de setenta de los *nuestros*, y con las lanzas, pie con pie, *nos* hazian mucho daño; e un soldado murió luego de un flechazo que le dieron por el oído" (Díaz del Castillo, 2005: XXXIV-82). La muerte un tanto absurda de este soldado queda en la memoria de su compañero y en la memoria del lector. Esa flecha que atraviesa el oído muestra la imposibilidad de protegerse: no hay cotara ni armadura que los ponga a salvo de las flechas enemigas, que primero atemorizan sus sentidos con feroces sonidos de lucha y luego encuentran en el oído el resquicio a través del cual filtrar la muerte. Este aparente absurdo que la confusión provoca en el soldado –y que la escritura convoca para el lector– hace presente la sensación de la batalla como ningún otro relato, aún más en la medida en que el narrador elige pasar del pretérito imperfecto al presente en el uso verbal: "se *viene* como rabiosos y nos *cercan* por todas partes".³¹ La distancia entre el soldado y el cronista se acorta; la representación cede espacio a la sensación de *estar ahí*; para el narrador, el símbolo se confunde con su objeto: "que me parece que ahora que lo estoy escribiendo se me representa por *estos ojos pecadores* toda la guerra según y de la manera que allí pasamos" (Díaz del Castillo, 2005: XXXIV-82).

Aquí, a la hostilidad del enemigo se suma la hostilidad de la naturaleza, "y como había allí mucha lama y ciénaga no podíamos tan presto salir de esta" (Díaz del Castillo, 2005: XXXI-79), en un detalle propio de la *narratio* bélica. El control parece

³¹ Rafael Lapesa (1969) analiza estos usos en relación con el recuerdo y con el relato letrado –aunque no culto– tal como lo presenta Bernal Díaz. Explicar.

estar en manos de los indígenas, cuyas tácticas prevén las sinuosidades del terreno, usándolo para vencer al enemigo (y alcanzarán su máxima expresión en el emplazamiento de México-Tenochtitlan). Sin embargo, los españoles también consiguen apropiarse de ese espacio; de hecho, en algunos momentos, la naturaleza se vuelve protectora: la noche y la espesura los cobijan, les permiten "llegar hasta el lugar sin ser sentidos ni vistos" (Gómara, 1988: XIX-32),³² más tarde, servirá de velo protector en la huida de Tenochtitlan.

Tal como es relatada, la acción prepara al lector para lo que parece una inminente derrota. No obstante, de acuerdo con las causalidades articuladas en cada crónica, las tácticas de Cortés, los caballos, la valentía de sus capitanes y sus huestes y, en algunas, el milagro providencial consiguen torcer la batalla a favor de los extranjeros. Este giro resulta un tanto sorprendente de acuerdo a la organización del relato, aunque no es lo tanto si leemos esta batalla en el sentido alegórico que la historia gomariana le adjudica. Se trata, en verdad, de una trama que confiere importante lugar a la tensión narrativa, abriendo la puerta a la inclusión de referencias a lo milagroso, tal como decide hacerlo Gómara en el cierre de este capítulo, transformando la sorpresa en causalidad.

"No pocas gracias dieron nuestros españoles cuando se vieron libres de las flechas y muchedumbres de indios, con quien habían peleado, a nuestro Señor, *que milagrosamente los quiso librar*, y todos dijeron que vieron por tres veces al *de caballo rucio picado* pelear en su favor contra los indios, según arriba queda dicho; y *que era Santiago, nuestro patrón*" (Gómara, 1988: XX-35).

Este testimonio también es recogido por la historia texcocana, en una lectura hipertextual de la historia del soriano, entrecruzada con otros testimonios, como el de Francisco de Aguilar:

"...según lo que les pareció a los del ejército, se apareció el glorioso apóstol Santiago en un caballo blanco peleando, que fue la primera vez que a favor de los cristianos se apareció en esta conquista, aunque Cortés dijo ser siempre el bienaventurado príncipe de los apóstoles San Pedro su abogado, a quien siempre dedicó sus pensamientos y deseos, invocándole en todas las

³² Aunque en la *Historia de la conquista de México* este es el inicio de una emboscada, el narrador subraya todo el tiempo las órdenes de Cortés: él es quien piensa y elucubra todo, quien ordena y organiza la acción –y, luego, el relato.

ocasiones y lances peligrosos en que se vido" (Alva Ixtilxóchitl, *Historia de la nación chichimeca*, 1997: I-LXXIX/197).³³

Así, en la reconstrucción *a posteriori* a partir del discurso historiográfico letrado, el ingreso del milagro (lo maravilloso cristiano), conduce la lectura de esta primera batalla en un sentido alegórico hacia la confrontación entre lo divino y lo demoníaco, en la reunión "entre el personaje de la novela caballeresca con la providencia divina" (Mendiola Mejía, 2003: 346). Se trata de leer la conquista de México en términos de enseñanza de la palabra divina y evangelización –en las que Cortés siempre se muestra insistente desde cada primer contacto con los naturales, incluso contra los consejos de fray Bartolomé de Olmedo (cfr. capítulo LXI de la *Historia verdadera*, por ejemplo)–; entre la justificación del accionar bélico y la inscripción efectiva de un imaginario de época. El objetivo aquí no es tanto narrar la *novedad* de un modo de guerrear desconocido como encontrar en el relato los arquetipos y las resonancias bíblicas que construyan textualmente la configuración providencial de la conquista. De allí también las numerosas referencias a Santiago Matamoros –transformado en *Mataindios* luego– y también al apóstol San Pedro (patrono de Cortés, como reitera la historia texcocana) que vinculan esta conquista con una experiencia anterior (las cruzadas), y con otros contactos con lo diferente, lo conocido-desconocido, la alteridad (los moros), a partir de los cuales enfatizar analogías. Así, en los relatos de conquista, la aparición de los apóstoles constituye un espacio liminar, de pasaje: cifra la avanzada

³³ Andrés de Tapia también incluye la referencia a este episodio sobrenatural, aunque de manera más vaga (no identifica, por ejemplo, el santo involucrado): "...y como los enemigos nos tuviesen ya cercados a los peones por todas partes, apareció por la retaguardia de ellos un caballo rucio picado, y los indios comenzaron a huir y a nos dejar algún tanto por el daño que aquel jinete en ellos hacia [...] De manera que fueron tres veces las que apareció y le vimos; y siempre creíamos que fuese alguno de los de la compañía del marqués. El marqués con sus nueve de a caballo volvieron a venir por nuestra retaguardia, y nos hizo saber cómo no había podido pasar, y le dijimos cómo había visto uno de a caballo, y dijo: 'Adelante, compañeros, que Dios es con nosotros'" (2003: 74); Bernardino Vázquez de Tapia también refiere la aparición, aunque de modo más escueto (y menos logrado): "...y que aquí se vio un gran milagro, que, estando en gran peligro en la batalla, se vio andar peleando uno de un caballo blanco, a cuya causa se desbarataron los indios, el cual caballo no había entre los que traíamos" (2003: 129). Francisco de Aguilar, en cambio, quien coincide con los otros cronistas en el número de enemigos enfrentados en Cintla, no refiere ninguna aparición sobrenatural, sino que atribuye la victoria a la superioridad técnica española: "...y el dicho Cortés mandó sacar dos caballos armados y ciertos ballesteros y escopeteros y peones a resistir el ímpetu de los indios que venían de guerra, los cuales serían hasta cuarenta mil hombres, poco más o menos, donde los tiros que se jugaron y las ballestas que tiraban y los caballos que corrían mataron muchos de los indios, por manera que como cosa nueva para ellos, aterrorizados, huyeron y dejaron el campo" (2003: 158).

providencialista cortesiana al caracterizar con su *milagro* el éxito de la primera batalla, prefigurando la exitosa conquista posterior.³⁴

Por otro lado, se trata de la primera referencia a Santiago Matamoros en América, figura de extensa impronta posterior en toda la conquista del continente, útil en principio para someter al indígena, aunque luego, al ser incorporado, internalizado y transculturado, contribuya a la siempre subalterna incorporación de estas comunidades (Dominguez García, 2006).³⁵ En nuestras crónicas, el apóstol Santiago articula la continuidad entre la reconquista y la conquista; entre la batalla contra los infieles moros y la conquista de los indígenas. Así, "en la batalla de Cintla se hacen presentes por primera vez dos elementos centrales de la teología cristiana y de su comprensión de la historia, la confrontación entre el Dios cristiano y el Demonio idolátrico. Dios toma partido explícito por el ejército hispánico, que encarna a su pueblo por la mediación del emperador Carlos V" (Mendiola Mejía, 2003: 368). En la *narratio* desplegada por la *Historia de la conquista de México*, esta perspectiva providencial acerca de la primera batalla permite reunir los dos argumentos centrales que justifican la conquista: el teológico-evangelizador y el imperial.

Algo distinto es el caso de la *Historia de la nación chichimeca*, la cual sigue la tradición occidental (recordemos que las crónicas de tradición indígena casi no mencionan la batalla de Cintla; tampoco el milagro), marcando así un locus de enunciación claramente identificado con el argumento evangelizador y la religión cristiana. Táctica habitual en buena parte de las crónicas mestizas; índice de una cosmovisión y un imaginario en el cual la perspectiva cristiana tiene, genuinamente, un lugar preponderante, la adscripción a las versiones occidentales permite también asegurar el espacio narrativo contra toda sospecha de idolatría; habilita, entonces, una mayor legitimidad a la hora de narrar el pasado prehispánico y las críticas al accionar de los conquistadores.

³⁴ Para este concepto de lo maravilloso cristiano, el milagro, me baso en "Lo maravilloso en el Occidente medieval" de Jacques Le Goff. Según el historiador, lo maravilloso cristiano, el milagro, reduce lo maravilloso "porque lo remite a un solo autor, Dios; porque lo reglamenta; porque lo racionaliza. [...] Frente a lo milagroso, lo mágico se inclina por lo natural ilícito o engañoso, de origen satánico, diabólico" (1994: 19).

³⁵ La figura de Santiago Matamoros en América ha sido profusamente trabajada, en especial en el marco del debate en torno de las características medievales de la conquista de América. Al respecto, véase el libro clásico de Américo Castro, *La realidad histórica de España* (1966); de Luis Weckmann, *La herencia medieval de América* (1984) y, más reciente, de Francisco Márquez Villanueva, *Santiago: trayectoria de un mito* (2004).

No obstante, no hay un rotundo acuerdo sobre estas apariciones, en especial entre sus protagonistas: la *Carta de Veracruz* no la refiere; la *Historia verdadera* la pone en duda. Así, esta presencia "milagrosa" de Santiago Matamoros da lugar a una nueva polémica entre Gómara y Bernal Díaz:

"Aquí es donde dize Francisco López de Gómara que salió Francisco de Morla en un cavallo rucio picado antes de que llegase Cortés con los de a cavallo, y que eran los santos apóstoles Señor Santiago o Señor San Pedro. Digo que todas nuestras obras y vitorias son por mano de Nuestro Señor Jesucristo, y que en aquella batalla abía para cada uno de nosotros *tantos indios que a puñadas de tierra nos cegaran*, salvo que la gran misericordia de Nuestro Señor en todo nos ayudava; y *podiera ser que los que dize el Gómara fueran los gloriosos apóstoles Señor Santiago o Señor San Pedro, e yo, como pecador, no fuese dino de ver*" (2005: XXXIV-83/4).

Una vez más, la referencia explícita a López de Gómara instala la polémica y confiere un tono peculiar al fragmento, entre la retorsión, la contraposición y la confrontación de argumentos de validación del relato y de criterios de verdad. Más allá de esta polémica, en el plano narrativo de ambas historias la contraposición se estructura a partir del par antitético ver/no ver, que define a soldados e indígenas: en un sentido literal, sostiene el desenlace de la batalla; en un sentido alegórico, remite a la *ceguera* de la infidelidad versus la *luz* de la fe, en un campo semántico amplísimo, ya que las referencias a la luz (de la Fe, del Espíritu Santo, de Cristo, de la iluminación divina, entre muchas otras) abundan en todos los relatos bíblicos. De hecho, al cerrar el relato de la batalla, la *Historia de la conquista de México* amplía:

"Fernando Cortés quería que fuese sant Pedro, su especial abogado; pero cualquiera que dellos fue, se tuvo a *milagro*, como de veras pareció; porque *no solamente lo vieron los españoles, más aún también los indios lo notaron* por el estrago que en ellos hacía cada vez que arremetía a su escuadrón, y porque *les parecía que los cegaba y entorpecía*. De los prisioneros que se tomaron se supo esto" (Gómara, 1998: XX-35).

La escena retoma testimonios de conquistadores e indígenas (*de los prisioneros que se tomaron*) y explota las múltiples valencias del campo semántico de lo visual (recordemos que lo maravilloso, aún en sus distintas acepciones, se caracteriza a partir de imágenes visuales). Dado que se trata de un milagro, ser testigos de la presencia del santo no es una cuestión de Fe, sino una clara intervención divina a favor del ejército español. El apóstol (ya sea Santiago o San Pedro) interviene y se hace ver por fieles e infieles; actúa en la batalla *cegando* y

entorpeciendo al enemigo, el cual, vencido, brindará testimonio de esta presencia sobrenatural. En el entramado narrativo, este gesto que ciega al enemigo no sólo define la batalla: también anticipa las consecuencias de ésta, ya que, vencidos, estos indios tabasqueños *verán la luz*: destruirán sus 'ídolos' y templos, aceptarán la *palabra divina* y se transformarán en vasallos del rey. Doble funcionalidad entonces del apóstol en la batalla: alegoría de la victoria y la conversión, su acción confirma el avance español, legitima su conquista, define también un nuevo orden político, más allá de la impronta evangelizadora.

En otra de sus valencias, la polémica que la *Historia verdadera* establece con la historia gomariana también se estructura en función de esta antítesis ver/no ver, que define criterios de verdad y locus de enunciación. Tanto en la narración efectiva de la batalla como en la referencia al testimonio bernaldiano, la escena se juega en las distintas valencias de la *ceguera*: ahora son los indígenas lo que ciegan a los españoles y son los *ojos pecadores* del soldado medinense los incapaces de ver el milagro ("...en aquella batalla abía para cada uno de nosotros tantos indios que a puñadas de tierra *nos cegaran* [...] y pudiera ser que los que dize el Gómara fueran los gloriosos apóstoles Señor Santiago o Señor San Pedro, e yo, como pecador, *no fuese dino de ver*"). En un sentido, como señala Mendiola Mejía, esta referencia al pecado en relación con la creencia en la aparición de los apóstoles remite a un criterio de verdad específico en la época, vinculado con "la calidad moral del sujeto que observa: es decir, la verdad depende de algo subjetivo –una virtud–, no se determina por algo externo" (2003: 380). Sin embargo, una vez más, este narrador pareciera estar acudiendo a la retórica de la *captatio benevolentia* para reforzar su locus enunciativo, persuadiendo al lector de la veracidad de lo dicho, confrontado con otras historias. Recordemos que, según explica Jacques Le Goff, el milagro estaría dando cuenta de cierto agotamiento de lo maravilloso medieval, entendido en su multiplicidad, en sus vínculos en numerosas tradiciones, en sus relaciones con lo pagano, también en su racionalidad *otra*. No es casual que lo maravilloso medieval (tal como se presenta en los *Diarios* de Cristóbal Colón, por ejemplo) esté ausente en nuestras crónicas de tradición occidental: sólo queda espacio para lo maravilloso cristiano, y aún así esto es puesto en duda. Esta ausencia también puede estar remitiendo a un desplazamiento en el imaginario con que se percibe la identidad y la alteridad, a un paulatino cambio en la subjetividad.

En la *Historia verdadera*, si la cantidad de indios era tal *que a puñados de tierra nos cegaran*, el soldado español es capaz de *ver* y obtener la victoria no en función de un visión milagrosa, sino porque reconoce las estrategias del *otro*. Así, en virtud de su arrojo y valor, apoyados en el buen uso de armamentos y en la inteligente explotación de los caballos como arma de conquista, consigue dar vuelta la contienda. El recurso de la *evidentia* unido a la permanente reiteración de la primera persona protagonista y testificante conforma un discurso altamente persuasivo, que convence al lector de la verdad de lo dicho en la historia bernaldiana. En este sentido, se trata de una contraposición entre historia providencial y testimonio; entre un discurso historiográfico que trabaja con arquetipos y héroes, y otro que apela a la memoria y experiencia como herramienta de validación. En esta disputa –tal como la presenta la *Historia verdadera*–, la función alegórica de esta primera batalla se difumina y la tensión providencialista en el relato de la conquista sólo puede aparecer textualmente en algunas invocaciones a la ayuda o el favor divino. Esto hace que el argumento bernaldiano tenga menor peso en la justificación de la conquista: quizá por eso la versión providencialista gomariana y su referencia al "milagro" es la más retomada por otros cronistas: las historias de Alva Ixtlilxóchitl o la *Monarquía indiana* de Torquemada, por ejemplo.

Por otro lado, asociados con la figura de Santiago, las crónicas coinciden en la importancia de los caballos para obtener la victoria y en el rol fundamental del capitán, arengando a los hombres, organizando el ataque, llegando al rescate cuando todo parecía perdido. En estos relatos, Cortés reúne decisión, capacidad de raciocinio y de mando aún en la mayor de las confusiones, valentía y arrojo –virtudes que se engrandecerán a cada paso, a medida que se repitan los enfrentamientos, cimentando la conquista–. Veamos cómo lo presenta cada crónica:

"Y habiendo *dos horas* que estaban pelleando con los indios, llegó el *capitán Fernando Cortés con los de caballo* por la una parte del monte por donde los indios comenzarían a cercar a los españoles de la redonda, y allí estuvo peleando con los dichos indios *una hora*. Y tanta era la multitud de indios que ni los que estaban peleando con la gente de pie de los españoles vían a *los de caballos* ni sabían a que parte andaban *los mismos de caballo* entrando y saliendo en los indios se vían unos a otros. Mas desde que los españoles sintieron a *los de caballo* arremetieron de golpe a ellos, y luego fueron los dichos indios puestos en huida" (Cortés, 1993: 131).

La *Carta de Veracruz* enfatiza la figura del capitán en una acción singular ("estuvo peleando con los dichos indios") que diferencia distintos bandos y jerarquías: los guerreros indígenas; el capitán y los de a caballo; los españoles –refiriéndose así a los soldados de a pie que, confundidos por la extrañeza de un modo de batallar ajeno, sólo retoman *orden y concierto* con la guía de la autoridad–. A diferencia de lo que aclararán luego la *Historia de la conquista de México* y la *Historia verdadera*, esta carta de relación destaca el tiempo transcurrido en cada acción militar y engloba al enemigo en un colectivo ("los indios", "multitud de indios") que organiza la trama a grandes trazos: combate y posible derrota / llegada de refuerzos españoles con los caballos / nuevo avance de los españoles / huida de los indios. Es preciso reparar aquí en la insistencia con que se reitera el sintagma "los de a caballo", el cual subraya una función y una jerarquía específicas en el bando español, al tiempo que tiende a unir la figura del soldado y del caballo en la nominación –lo que se verá reforzado en la *Historia verdadera*–. Reparemos también en la modalización con que se menciona la victoria: "luego fueron los dichos indios *puestos* en huida" (Cortés, 1993: 131), donde el español es claro artífice del triunfo. Esta descripción de la primera batalla alude a una dinámica reiterada en la *Segunda* y la *Tercera* cartas de relación: el protagonismo del capitán, la importancia de las jerarquías y la toma de decisiones en contextos extraños en los que prima la confusión y la sorpresa; la conquista definida por la acción y subrayada, además, en los usos verbales: pelear, cercar, entrar, salir, sentir, arremeter, huir, algo que también ocurre en los enfrentamientos con los tlaxcaltecas e, incluso, en la batalla de Otumba.

En tanto, la reconstrucción que propone la *Historia de la conquista de México* no difiere demasiado de lo visto hasta aquí, si bien agrega elementos que hacen a la narración histórica del enfrentamiento, como el uso del discurso referido directo para representar la voz del capitán, en una clara relación hipertextual con los relatos épicos y las novelas de caballerías, por un lado, y con la crónica de Francisco de Aguilar, a la que sigue de cerca, por otro:

"Tornó entonces el de caballo tercera vez, y hizo huir a los indios con daño y miedo, y *los peones* arremetieron a semesmo, hiriendo y matando. [...] Entonces dijo Cortés: 'adelante, compañeros; que Dios es con nosotros y el glorioso san Pedro'. Y en diciendo esto, arremetió a más correr con *los de caballo* por medio de los enemigos, y lanzólos fuera de las acequias, a pare que muy a su talante los pudo alancear, y alanceando, desbaratar. Los indios dejaron luego el campo raso, y se metieron por los bosques y espesuras, no

parando hombre con hombre. Acudieron luego *los de pie*, y siguieron el alcance; en el cual mataron bien más de trescientos indios, sin otros muchos que hirieron de escopeta y de ballesta" (1988: XX-34/35).³⁶

Más allá del discurso referido, las principales diferencias con las versiones de la *Carta de Veracruz* y la *Historia verdadera* radican en el espesor con que se construye la acción, en selecciones léxicas, usos verbales, imágenes visuales de gran potencia. Claro que en la historia gomariana el protagonista indiscutido es el capitán, el *héroe* de esta contienda, quien arenga, arremete, hiere, mata. No se trata ya de varios bandos identificados en colectivos diversos sino, antes bien, de una individualidad que reúne voluntad, valor, voz y acción en un primer plano articulado de acuerdo con las reglas del discurso letrado. Inscribe así el rol del héroe en la tradición del relato bélico articulado a partir de la Reconquista.³⁷ Recién aquí ingresa la referencia al colectivo español ("acudieron entonces los de a pie") para rematar a los indios en huida, asegurando la victoria. Muertos y heridos sellan una escena que coloca en primer plano *las armas de la conquista*; escopetas y ballestas alcanzan al enemigo, demostrando así la superioridad militar que el texto adjudica a los españoles, y que se reitera también en la toma del *cu* de Huitzilopochtli en Tenochtitlan, por ejemplo: "Pelearon tres horas allá arriba, que como eran muchos indios, ni los podían vencer ni acabar de matar. En fin, murieron todos quinientos indios como hombres valientes. Y si tuvieran armas iguales, *más mataran que murieran, según el lugar y corazón tenían*" (Gómara, 1988: CVIII-152). En esta escena se subraya además la valentía y el *corazón* del enemigo, enalteciendo –en imagen especular– la figura del español (soldados y capitán), acorde con la tradición del relato bélico y con las novelas de caballería. Aunque el historiador soriano evite remitir a estas *historias mentirosas* como marco, en la representación de aliados y enemigos y en la adjetivación de ambos en la batalla puede verse la impronta de un discurso que atravesaba todos los estamentos sociales y funcionaba como trama narrativa de los relatos de batalla y los enfrentamientos de tinte épico.

³⁶ Estas interpelaciones a las tropas, inscriptas en discurso directo, abren algunas de las más importantes batallas en el *Amadís*, por ejemplo. Alberto Rivas Yanes (1994) estudia estos contactos para la *Historia verdadera*.

³⁷ En este marco, como explica Ron Barkai: "las crónicas cristianas españolas de la época de la Reconquista trataron de combinar en la imagen de sus héroes ambas tradiciones: la devoción cristiana y el heroísmo en el campo de batalla" (1984: 39).

Como es su costumbre, Bernal Díaz enfatiza el protagonismo del *nosotros* español, elección reiterada en toda la *Historia verdadera*, que adquiere fundamentales resonancias aquí, al tratarse del cuerpo del soldado que hace posible la victoria y la conquista.

"Estando en esto vimos asomar los de a cavallo, y como aquellos grandes escuadrones estaban embebezidos dándonos guerra no miraron tan presto en ellos, como venían por las espaldas. Y como el campo era llano y los caballeros buenos, y los cavallos algunos dellos muy rebueltos y corredores, danle tan buena mano y alancean a su plazer. Pues los que estábamos peleando, desde los vimos, *nos dimos tanta priesa que los de a cavallo por una parte y nosotros por otra, de presto bolvieron las espaldas. E aquí creyeron los indios que cavallo y el cavallero eran todo uno, como jamás avían visto cavallos.*" (Díaz del Castillo, 2005: XXXIV–83).

Nuevamente, el rol del caballo es crucial: muestra la diversidad en el campo español; remite a la sorpresa y el asombro del *otro*; define la suerte del combate. Así, en un nuevo matiz de la representación del *nosotros*, tamizada ahora por la perspectiva del *otro*, los cuerpos españoles se presentan vinculados a lo monstruoso ("creyeron los indios que cavallo y el cavallero eran todo uno"); en cambio, los cuerpos indígenas se debilitan porque lo nuevo juega aquí a favor del extranjero. Por otro lado, más cercana a la concepción escrituraria de la historia gomariana que a la escueta narración de las *Cartas de relación*, la *Historia verdadera* adjetiva escuadrones, caballeros, caballos y espacio, construyendo así un cuadro que explica claramente la emboscada y, por tanto, la dinámica de la victoria. Si bien el ataque sorpresivo no es algo nuevo o desconocido para los indígenas,³⁸ el hombre-caballo sí lo es: ante lo insospechado e incomprensible (por el momento al menos) solo resta la huida, amparados en un espacio (unos "espesos montes", Díaz del Castillo, 2005: XXXIV-83) acogedor por familiar y propio.

Si el cuerpo del indígena es presentado en estas crónicas a partir de la derrota y la huida, en la *Historia verdadera* el español triunfa en virtud de una corporalidad

³⁸ Varios historiadores concuerdan en que dos de las técnicas de guerra preferidas por los mesoamericanos eran el señuelo y la emboscada. Al respecto, véanse las aproximaciones – útiles en cuanto a los datos que ofrecen aunque cuestionables por su perspectiva acerca del mundo indígena– de Jacques Soustelle y ([1955] 1996) y Adolph Bandelier (2003). Con respecto a la concepción global de la guerra en el mundo mexica, un texto ineludible sigue siendo *Aztec Warfare* de Ross Hassig (1995) y la lúcida relectura de Inga Clendinnen en *Aztecs. An Interpretation* (2003); también me he servido de las investigaciones de Isabel Bueno Bravo (2007).

percibida como monstruosa, y traducida, por analogía, en una especie de centauro, ser mítico caracterizado tanto por su arrojo y agresividad como por su bestialidad.³⁹ Entre lo humano y lo natural, entre lo pagano y lo providencial (recordemos las múltiples referencias a Dios y a los santos), se juega una autocaracterización que define el desarrollo de la conquista toda.⁴⁰ Para triunfar en este territorio deseado, acechado, sorpresivo, hace falta un nuevo tipo de hombre: un nuevo tipo de guerrero. Si es cierto que muchas de las connotaciones del soldado español se vinculan al ideal caballeresco, no lo es menos que no se trata sólo de poseer la valentía, el arrojo y las armas (ballestas, escopetas, caballos) sino, en especial, de saber cómo y cuándo hacerlas intervenir en nuevos contextos, asegurando su eficacia.⁴¹

En términos de representaciones de la corporalidad, el cuerpo del indio se animaliza en la victoria. Explica Bernal Díaz: "Y esto pasado apretamos las heridas a los heridos con paños, que otra cosa no avía, y se curaron los cavallos con quemalles las heridas con *unto de un indio muerto que abrimos para sacarle el unto*" (2005: XXXIV-83). Como ya lo apuntó Margo Glantz, el cuerpo del indio muerto sirve para sanar, algo sólo posible a través de una apropiación que consiste en la animalización del *otro*: "En la guerra, el indio es sólo un objeto, a veces un cuerpo semejante al de las bestias. [...] Los indios cautivos pierden su categoría humana: los cerdos proporcionan el unto, tipo de grasa que no hace mucho se utilizaba con abundancia en México" (2001: 119). Cuerpo-objeto, toda humanidad le es negada, arrancada en un gesto brutal, apenas aludido por el texto en el verbo "abrir" ("que abrimos para sacarle

³⁹ La figura del centauro en la mitología clásica tiene complejas inflexiones, que no es mi objetivo analizar aquí. La imagen en esta crónica pareciera remitir simplemente a características icónicas, entendiendo el centauro como un ser con "busto y a veces las piernas de hombre, pero la parte posterior del cuerpo, desde el torso, es la de un caballo, y por lo menos en la época clásica, tienen cuatro patas de caballo y dos brazos humanos" (Grimal, 2006: 96).

⁴⁰ "Crean Vuestras Altezas Reales por cierto que esta batalla fue vencida *más por voluntad de Dios que por nuestras fuerzas*, porque para con cuarenta mill hombres de guerra poca defensa fuera cuatrocientos que nosotros éramos" (Cortés, 1993: 132). "No pocas gracias dieron nuestros españoles cuando se vieron libres de las flechas y muchedumbres de indios, con quien habían peleado, *a nuestro Señor, que milagrosamente los quiso librar*" (Gómara, 1988: XX-35). "Y después de apeados debajo de unos árboles y casas que allí estaban dimos muchas gracias a Dios por avernos dado aquella vitoria tan cumplida. Y como era día de Nuestra Señora de Marco llamóse una villa, que se pobló el tiempo andando, Santa María de la Vitoria, así por ser día de Nuestra Señora como por la gran vitoria que tubimos" (Díaz del Castillo, 2005: XXXIV-83).

⁴¹ De hecho, errores de cálculo costarán muy caros a los españoles, en la Matanza del Templo de Tenochtitlan y durante la Noche Triste: escenas que analizo en el próximo apartado.

el unto"). Abrir al *otro* para usarlo es legítimo en virtud de las jerarquías que la victoria establece: el triunfador define lo correcto, lo humano, lo moralmente aceptable. Si antropofagia, sodomía y sacrificios humanos constituyen la triada que anatematiza al indígena, justificando la conquista, la victoria vuelve aceptable (y, más complejo aún: transforma en *narrable*) este gesto de violencia con el cuerpo del *otro*. Alimenta incluso ciertas reminiscencias con el sacrificio humano practicado por los mexicas, que consiste en *abrir* el pecho del supuesto sacrificado para arrancarle una víscera (ya no la grasa): el corazón. Sin la poderosa ritualidad mexica, casi como un detalle más en la victoria, bando español y bando indígena se mezclan. Por eso, es preciso objetualizar el cuerpo del *otro*: solo así la convivencia de fluidos, de carnes, sangres es tolerable.

Finalizada la batalla, capitán y soldado se detienen en distintas escenas, de acuerdo a las intenciones de cada texto. La *Carta de Veracruz* puntualiza las acciones propias de un capitán responsable: tomar prisioneros, interrogarlos, enviar mensajes, asegurar la victoria.

"Y [Cortés] envió con ellos sus cartas a los *caciques* diciéndoles que si quisiesen venir adonde él estaba, que *les perdonaría el yerro que habían hecho y que serían sus amigos*. Y ese mismo día en la tarde venieron dos indios que parecían *principales* y dijeron que a ellos les pesaba mucho de lo pasado, y que aquellos caciques le rogaban que los perdonase[n] y que no les hiciesen más daño de lo pasado [...] y que dende adelante ellos querían ser *vasallos* de aquellos príncipes que les decía, y que por tales se daban y tenían, y que quedaban y se obligaban a servirles cada vez que en nombre de Vuestras Majestades algo les mandasen. Y así se asentaron y quedaron hechas las paces" (1993: 131).

El relato vuelve a organizar los bandos (españoles/indígenas) ahora a partir de la obtención de *vasallos* –posibles aliados– en una relación de sumisión, consecuencia de la victoria. Dicha relación es representada en el encuentro entre el capitán español y algunos principales indígenas (llamados "caciques" a esta altura del texto, analogía útil, en estas tempranas instancias, a falta de una mayor comprensión de la organización política mesoamericana). La batalla y su resolución han acercado a ambas partes, que comprenden y aceptan sus roles en una dinámica de guerra que les es afín. Claro que este énfasis en transmitir una escena tan cercana a los parámetros propios dice más acerca del destinatario de la carta que de lo referido: se trata de

mostrarle al rey tanto la victoria en términos militares como la habilidad política de Cortés para asegurar sus resultados.

La *Historia verdadera*, en cambio, ilumina las zonas más periféricas y, si se quiere, humanas, que suceden al enfrentamiento: volver al campo de batalla, contar muertos y heridos, curar hombres y caballos, enterrar a los muertos propios, comer, descansar:

"Y fuimos a ver los muertos que avía por el campo, y eran más de ochocientos, y todos los más d'estocadas y otros de los tiros y escopetas y ballestas; y muchos estaban medio muertos y tendidos. [...] Y como era tarde, hartos de pelear y no avíamos comido, nos bolvimos al real. Y luego *enterramos* dos soldados que ivan heridos por la *garganta* y otro por el *oído* y *quemamos las heridas* a los demás y a los cavallos con el *unto del india*, y pusimos buenas velas y escuchas, y *cenamos y reposamos*" (2005: XXXIV-83).

Se establece así una suerte de dinámica de la victoria que involucra a todos los soldados. La totalidad de lo mencionado alude al cuerpo propio y al ajeno: batallar/sobrevivir/alimentarse/descansar/morir. Para restablecer el orden es preciso limitar el desorden: contar, reparar, restituir. La victoria se mide, también, en enemigos muertos: más de ochocientos apunta la *Historia verdadera*; un poco más de doscientos, acota la *Carta de Veracruz*: "y que no les matasen más gente de la muerta, que fueron hasta docientos y veinte los hombres muertos" (1993: 132). Aquí, el cuerpo es cifra de todo padecimiento y todo valor; medida del éxito y del fracaso, representación metonímica (para la Corona) y especular (frente a los indígenas) de lo que se ha arriesgado y de lo que se espera a cambio.

V.4 Avances: de tretas, matanzas y silencios

"Y como Cortés no hacía sino marchar, llegó a los confines y términos
de esta provincia con su gente buena y católica compañía."
DIEGO MUÑOZ CAMARGO

Luego de la batalla de Cintla, el avance por territorio mesoamericano continúa. Las crónicas de tradición occidental lo relatan en una dinámica de comunicación, negociación, enfrentamientos armados, victoria española y alianza estratégica; las crónicas mestizas, en cambio, eligen describir un desplazamiento mucho más amable, enfatizando la comunicación y la negociación, y desplegando los conciliábulo y debates en las distintas poblaciones acerca de la naturaleza divina o humana de los españoles, aunque sin dejar de apuntar castigos y crueldades (en especial en las historias texcocanas).

Las crónicas de tradición occidental leen e inscriben los amables recibimientos en términos de vasallaje y a cada paso mencionan la predicación de la palabra divina, la destrucción de los dioses locales y la colocación de una cruz: una vez más, la coincidencia con los argumentos teológico legales de la conquista. No obstante, éstos parecen haber sido gestos de buena voluntad por parte de los indígenas hacia los extranjeros antes que muestras de verdadera conversión. De hecho, ante la porfiada insistencia cortesiana en derribar ídolos e inscribir los símbolos cristianos –relatada en todas las crónicas–, son los mismos frailes quienes lo calman y atemperan. Dicha insistencia se inscribe en la conformación de un discurso legalista que legitima la conquista posterior: si el vasallaje ha sido aceptado, todo cambio de parecer podía ser leído luego como desobediencia o rebelión. En cambio, las crónicas mestizas nos ofrecen una lectura distinta de estos recibimientos, inscribiéndola en la tradición y costumbre de estos pueblos de recibir, alimentar y agasajar a los extranjeros, también como una forma de observarlos y controlarlos. En estos casos, los obsequios y festejos parecen haber funcionado como estrategias de dilación, mientras los consejos de cada cabecera o población decidían qué acciones llevar a cabo con estos recién llegados. No olvidemos, además, que varios de estos pueblos eran tributarios sujetos a los mexica, o bien enemigos abiertos: infero que atender a los recién llegados parecía ser más una alianza provechosa para socavar el poder mexica que un rápido reconocimiento de sumisión a un lejano rey.

En cualquier caso, el capitán sabe muy bien que nada conseguirá sólo con sus tropas: necesita imperiosamente asegurar aliados para obtener bienes (comida, ropa, refugio y, por supuesto, oro y joyas), y cimentar su conquista –aunque no es seguro que las poblaciones autóctonas la experimenten como tal, al menos no en estas primeras instancias–. Así, según las crónicas de tradición occidental, se suceden encuentros bélicos con cempoaltecas, cholultecas, tlaxcaltecas (sus más valiosos “amigos” luego), a medida que van llegando noticias y embajadores de la ciudad magnífica, México-Tenochtitlan, atractivo señuelo para los extranjeros. Los enfrentamientos con pueblos de similares técnicas militares dotan a los españoles (en especial, a Cortés y a sus capitanes, pero también, aunque en forma más limitada, a sus tropas, como subraya Bernal Díaz) de valiosos saberes acerca de tácticas, estrategias, armas, intenciones e insignias. Esto se perfila en la atención que cada crónica presta a la descripción de técnicas de lucha, desplazamientos, armamentos, indicando así un conocimiento cada vez más ajustado de las concepciones militares del enemigo.

La trama del discurso bélico y el discurso legal se entrelaza cada vez más a medida que avanzan hacia Tenochtitlan, asegurando lo ganado sobre la base de complejas negociaciones o victorias militares. Aquí, otros modos del batallar mesoamericano y sus ritualidades ocupan el espacio central de las crónicas de tradición occidental, brindando nuevas pistas acerca de la manera en que los indígenas conciben al español como *otro* y también de su amplia capacidad de aprendizaje. Exhiben así el complejo desarrollo de una conquista harto difícil, más allá de la imagen posterior de un Motecuhzoma débil –largamente discutida por la historiografía–, algo que molesta a capitanes y soldados puesto que desmerece su honor, valentía y fama. En cambio, las crónicas de tradición indígena casi no se detienen en estos enfrentamientos –y las historias tlaxcaltecas directamente los silencian–, en una elipsis que subraya la intervención en las versiones de *lo* pasado para sostener los reclamos del presente. En esta contraposición de perspectivas se perciben dos modos de concebir la conquista, los vínculos entre españoles y naturales y los usos del pasado, con distinto énfasis en el discurso legal o el discurso militar, de acuerdo con el locus enunciativo.

En más de un sentido, las crónicas de tradición occidental exhiben, también en estas instancias, la trama de la relectura y la intertextualidad: refiriendo los mismos

hechos en orden semejante –en líneas generales, siguen el ordenamiento de las cartas cortesianas–, con distintos usos de la *amplificatio* y la *evidentia*. Así, la siempre escueta narración cortesiana, con su funcionamiento metonímico y su cuidadosa atención a la legalidad del avance por territorio mesoamericano se ve ajustada y ampliada en algunas escenas en la *Historia de la conquista de México*, en virtud del modelo letrado de la historia que confiere mayor énfasis al protagonismo cortesiano, pero también a la puesta en escena de las palabras del capitán, a partir de una arenga (capítulo LII: "Oración de Cortés a los soldados") con la cual impide la defección de buena parte de sus tropas, que pretendía volver a Veracruz, atemorizada ante el ataque de los tlaxcaltecas.⁴² La versión bernaldiana no difiere sustancialmente de las anteriores –aunque en el capítulo LXVI no se prive de criticar los errores de Gómara–; agrega algunos detalles (por ejemplo, nombres propios de soldados y animales, como la yegua que matan en la primera escaramuza o el perro que tanto intriga a los cempoaltecas); datos generales sobre compañeros muertos o tlaxcaltecas heridos; algunas diferencias con respecto a lo numérico (cantidad de enemigos y cantidad de bajas). Una vez más, la diferencia crucial radica en la perspectiva: el énfasis en el esfuerzo, el cansancio y el impacto de ese espacio en el cuerpo propio y ajeno. Aunque frío y hambre también son relatados en la *Segunda carta de relación*, aparecen allí referidos a terceros –como corresponde al decoro del relato de un capitán–: sus soldados y otros más lejanos, cuyas pérdidas no se lamentan.

"Desde aquí anduve tres jornadas de despoblado y tierra *inhabitable* a causa de su *esterilidad* y falta de *agua* y muy *grand frialdad* que en ella hay, donde Dios sabe cuánto trabajo la *gente padeció de sed y de hambre*, en especial de un turbión de piedra y agua que nos tomó en el dicho despoblado de que *pensé que pereciera mucha gente de frío, y así murieron ciertos indios de la isla Fernandina que iban mal arropados*" (Cortés, *Segunda carta*, 1993: 170).

Llaman la atención estas casi fantasmáticas (por lo elusivas) presencias de indígenas transportados desde el Caribe hacia las frías alturas de los valles del centro

⁴² La arenga es un tipo discursivo específico dentro del discurso historiográfico militar occidental, cuyos orígenes pueden rastrearse hasta la antigüedad grecolatina, y que tiene especial cabida en la historiografía renacentista, en especial vinculada con los modelos de Tucídides y Tito Livio. De hecho, según Navarro Antolín (2000), Juan de Ginés Sepúlveda sigue el modelo de arenga de Tito Livio para relatar esta arenga de Cortés a sus soldados antes de pasar a Tlaxcala. Recordemos aquí la cercana formación historiográfica de Sepúlveda y López de Gómara y los modelos que compartían; es harto probable entonces que en esta arenga cortesiana incluida por el escritor soriano hallemos también ecos de las arengas clásicas.

de México. De hecho, son muy escasos los momentos en los cuales el narrador de las cartas cortesianas refiere a esos indígenas (cautivos, rehenes): pérdidas ya presupuestas en la lógica de la avanzada militar. Esta trama no los convoca más que como índice de las necesidades pasadas, y también de la diferencia y subalternidad; estos indios iban *mal arropados*: el uso de la tercera persona elude la responsabilidad en el cuidado y la vestimenta de estos cautivos, y adjudica sus muertes a las inclemencias del clima mexicano...

Retomando el hilo cortesiano, el narrador de la *Historia verdadera* tuerce el relato hacia la primera persona, subrayando lo testimonial y experiencial, confiriéndole al texto un tono de lamento y queja retrospectivo que engrandece la figura de estos *esforzados soldados* dado su valiente accionar en las batallas posteriores:

"Y venía un viento de la sierra nevada qu' estava a un lado que nos hazía tenblar de frío; porque como avíamos venido de la isla de Cuba, e de la Villa Rica, y toda aquella costa es muy calurosa, y entramos en tierra fría, y no teníamos con qué nos abrigar, sino con nuestras armas, sentíamos las eladas, y como éramos acostumbrados a diferente temple. [...] Y tanpoco tuvimos qué comer y hazía rezio frío" (Díaz del Castillo, 2005: LXI-146).

La contraposición entre la costa caribeña y mexicana y la *tierra fría* se siente aquí en el cuerpo del soldado; no obstante, a pesar de la supuesta mirada popularista de la *Historia verdadera*, los indígenas muertos de frío no tienen espacio en esta crónica. Dicha ausencia funciona encareciendo la figura de los soldados que no tenían *con qué nos abrigar, sino con nuestras armas*. En esta extraña escena, el cuerpo del soldado se compenetra con su armamento, que le sirve no sólo de defensa sino también, en especial, de cobijo, anudando así la referencia –constante en estos capítulos– a lo *muy apercebidos* que siempre iban todos los soldados, "ansí de día como de noche" (Díaz del Castillo, 2005: LXII-149).⁴³ A las heladas se suma el

⁴³ Esta es una constante a la que los enfrenta la batalla en el mundo mesamericano: no hay descanso; los ataques son siempre recelados, inminentes. Eso tiene que ver con el modo autóctono de la guerra (si al principio no pelean de noche, luego lo harán en cualquier momento de la jornada, como veremos en las guerras de Tenochtitlan), pero también con cierta confusión e inquietud que embarga a soldados y capitanes en este territorio desconocido, en especial en los primeros momentos de la expedición de conquista, cuando desconocen las señales específicas del enfrentamiento: entonces, todo se convierte en signo amenazante. Más tarde, el estar siempre "muy apercebidos" se convierte en estrategia de guerra marcada por el capitán: según Bernal Díaz, en las ordenanzas militares que dicta en Tlaxcala, antes de la guerra contra Tenochtitlan, Cortés manda que los soldados debían dormir vestidos y armados, y los caballos, ensillados, listos para el ataque. Al respecto, véase Málaga y Pulido (2004: 347 y sgtes.).

hambre, varias veces mencionada a lo largo de la crónica: reconstrucción de una memoria corporal, acicate poderoso para avanzar y encontrar poblaciones donde proveerse de bastimentos, agua, alimentos, cobijo. Estas primeras escenas, narradas por el capitán y por el soldado a partir de la propia experiencia, exhiben una dureza del terreno que connota la dureza de los múltiples enfrentamientos posteriores, y también la diferencia respecto de lo conocido, algo ya anunciado en la batalla de Cintla: "Y siempre caminávamos muy apercebidos, y con gran concierto, porque *víamos que ya era otra manera de tierra*" (Díaz del Castillo, 2005: LXI-146). Este cambio entre la calurosa y selvática costa y la tierra fría, su impacto en el cuerpo de los soldados, es mojón que señala el pasaje del rescate a la conquista ya marcado por la batalla de Cintla y la fundación de la primera ciudad, la Villa Rica de la Vera Cruz.

Ahora, si de indicios se trata, la *Historia de la conquista de México* elude el argumento experiencial y la reiteración de los esfuerzos de las tropas cortesianas, y elige connotar el valor de su gesta a partir de una pormenorizada descripción de una muralla construida por los tlaxcaltecas (algo que también aparece referido, por cierto, en la *Segunda carta de relación*). Describe Gómara:

"...a la salida del valle por donde iba [Cortés] topó con una grand cerca de piedra seca, y de estado y media alta, y ancha veinte pies, y con un potrill de dos palmos por toda ella para pelear de encima, la cual atravesaba todo aquel valle de una sierra a otra. [...] Grandeza les pareció a nuestros españoles aquella pared allí tan costosa y fanfarrona, más inútil y superflua, pues había cerca otros pasos para llegar al lugar; pero no dejaron de *sospechar* que los de Tlaxcallan *debían ser bravos y valientes guerreros*, pues tales amparos les ponían delante" (1988: XLV-70).

La referencia a esta muralla, inútil en la batalla según el narrador, resulta útil en la trama del relato debido a sus connotaciones: la fiereza del enemigo, el grado de *civilización* de poblaciones capaces de erigir tamaña obra, indicio de los cambios y las resistencias a los que se enfrentarán los españoles y también de un desplazamiento tierra adentro hacia la sorpresa, el asombro, el más deslumbrante indicio de desarrollo: Tenochtitlan. En más de un sentido, estos desplazamientos y enfrentamientos funcionan como pasaje; preparación efectiva para la fastuosa ciudad mexicana; aprendizaje; prueba del valor de los españoles y de las dotes diplomáticas y retóricas de Cortés, astuto para tratar con los indígenas, "porque de todos era amigo por su buena destreza y ardid" (Alva Ixtlilxóchitl, *Historia de la nación chichimeca*, 1997: II-208) y para persuadir a sus tropas de no abandonarlo.

En líneas generales, las crónicas de tradición occidental avanzan sobre el relato dando cuenta de las difíciles alianzas con los cempoaltecas y de las enconadas y numerosas batallas con los tlaxcaltecas. Aquí, el ciclo ya anunciado antes de la batalla de Cintla se reitera: negociaciones y comunicaciones varias a través de los intérpretes (Bernal incluso menciona el envío de dos cartas a los principales tlaxcaltecas, con función claramente indicial: "...puesto que la carta bien entendimos que no la sabrían leer, sino que como viesan el papel diferenciado de lo suyo conocerían que era de mensajería; 2005: LXII-149) a través de las cuales se despliega el requerimiento y la legalidad de la conquista, buscando transmitir la idea de la inevitabilidad de la lucha armada, ante la desobediencia o la afrenta abierta.⁴⁴ Recordemos que, para que la guerra sea *justa* y legítima, la apelación a las armas debe ser la *ultima ratio*, de allí la insistencia en los requerimientos, negociaciones y llamados a la "paz". Una vez más, es el cronista soldado quien ofrece una escena de vivida amenaza al recrear el discurso de los principales tlaxcaltecas a los mensajeros aliados enviados por Cortés, puesto en boca de Xicotécatl el Joven ("Xicotenga" en la crónica bernaldiana):

"Ahora emos de matar esos que llamáis *teules* y *comer sus carnes*, y veremos si son tan esforzados como publicáis; y también comeremos vuestras carnes, pues venis con *traiciones* y *con enbustes de aquel traidor de Montezuma*. [...] Y desde que Cortés y todos nosotros entendimos aquellas soberbias palabras, y cómo estaban de guerra, puesto que nos dio bien que pensar en ello, diximos todos: 'Pues que así es, adelante en buen ora'" (2005: LXII-150).

La modalidad asertiva e imperativa y el tono intimidatorio no dejan dudas respecto de la respuesta tlaxcalteca. Así, la lógica de los españoles es presentada

⁴⁴ "Y yo les comencé a facer mis requerimientos en forma con las lenguas que conmigo llevaba por ante escribano, y quanto más me paraba a los amonestar y requerir con la paz tanto más prisa nos daban ofendiéndonos quanto ellos podían. Y viendo que no aprovechaban requerimientos ni protestaciones, comenzamos a nos defender como podíamos" (Cortés, *Segunda carta*, 1993: 177). "Cortés les hizo muchas señas de paz para que no peleasen, y les habló con los farautes, rogando y *requiriéndoselo en forma por ante escribano y testigos, como si hubiera de aprovechar o entendieran lo que era*; y como quanto más les decían, tanta más prisa ellos se daban en combatir, pensando desbaratarlos o meterlos *en juego para que los siguiesen hasta llevarlos a una celada* [...] Tomaron los nuestros las armas y dejaron las palabras" (Gómara, 1988: XLVI-72). "Cortés mandó que estuviéseos quedos, y con tres prisioneros que les avíamos tomado el día antes les enviamos a dezir y requerir no diesen guerra, que les queremos tener por hermanos. Y dixo a uno de nuestros soldados, que se dezía Diego de Godoy, que era escribano de Su Magestad, *que mirase lo que pasava y diese testimonio delloo, si se oviese menester, porque en algún tiempo no nos demandasen las muertes y daños que se recreciesen*, pues les requeríamos con la paz" (Díaz del Castillo, 2005: LXIII-152/3).

como inapelable: se les ha requerido la paz a los tlaxcaltecas a través de mensajeros e indicios (las cartas); se les han enviado señales de amistad en el intercambio de presentes; incluso se los ha aguardado varios días, sin recibir noticias suficientes. A pesar de ello, los españoles son objeto de amenazas y burlas, apelando a uno de los mayores temores de los soldados: ser comidos por los indios. En la morosa trama de la *Historia verdadera*, el enfrentamiento parece imponerse.

Las crónicas mestizas, en cambio, nos ofrecen otra versión de lo acaecido en este primer tramo del camino: una que apunta las intrigas suscitadas por los mismos españoles.

"Partió [Cortés] de allí [Cempoala] en diez y seis de agosto del mismo año de 1519, con mil indios de carga y trescientos de guerra, *llevando consigo ciertos rehenes* y en su compañía cuatrocientos españoles, quince caballos y seis tirillos. Tres días caminó *por tierra de amigos, muy servido y festejado, y el mismo acogimiento se le hizo en las de parte de Motecuhzoma*, porque de todos era amigo por su *buena destreza y ardid*; y habiendo andado tres días en unos *desiertos sin agua ni comida* llegó a Zacatlan, en donde fue recibido de Olintel, señor de allí, en nombre de Motecuhzoma, con mucha fiesta y regocijo" (Alva Ixtlilxóchitl, *Historia de la nación chichimeca*, 1997: II-208).

En un registro ligeramente diferente, la crónica texcocana ilumina un primer punto oscuro en las otras crónicas: el fuerte apoyo de los aliados locales, indios de carga y de guerra, así como *ciertos rehenes*: principales de las distintas poblaciones llevados como resguardo frente a posibles traiciones. Este parece ser, entonces, un desplazamiento bastante distinto de los narrados en las crónicas de tradición occidental: el avance de un ejército extranjero, con sus hombres, armas y animales, en actitud, sino abiertamente amenazante, al menos de cuidado. No obstante, según este cronista, en todos los poblados Cortés fue *muy servido y festejado*, tanto *en tierra de amigos* como en la de Motecuhzoma. Esta afirmación conlleva dos datos fundamentales: los enfrentamientos entre distintas poblaciones autóctonas y los usos que de éstos hace Cortés –algo también enfatizado en su *Segunda Carta*. La *buena destreza y ardid* cortesianos les permiten aprovechar los regalos y bastimentos ofrecidos por las distintas poblaciones, aunque, por contigüidad en la trama de la historia texcocana, funcionan desarticulando el argumento español acerca de la inevitabilidad del ataque y, por tanto, aunque de manera indirecta, de la legalidad de la conquista. Si bien luego se relatan los enfrentamientos, persiste la imagen de un

recibimiento amable, *con mucha fiesta y regocijo*, que los españoles quiebran, desatando la guerra.

En cuanto a las luchas en sí, si bien se alude a que fueron muy numerosas y se extendieron a lo largo de dos semanas al menos, las crónicas de tradición occidental recortan dos momentos: las primeras escaramuzas –donde los tlaxcaltecas matan dos caballos– y la batalla final, que sin embargo sólo se cierra al desatar el castigo ejemplar sobre los espías. Las primeras escaramuzas funcionan en las distintas tramas marcando el aprendizaje, el cambio y la intensificación. El cambio se percibe en el acercamiento y en algunas tácticas de lucha; la intensificación, en ciertas respuestas hostiles al avance español, en un marco de sociedades cada vez más complejas. El aprendizaje remite a la mirada de los indígenas acerca de los españoles: la escena de expectación mutua que abría la batalla de Cintla se mantiene a lo largo de todo el viaje por territorio mexicano. Si los españoles miran e inscriben las distintas poblaciones y sus respuestas, todas las crónicas relatan cómo éstos son a su vez observados abiertamente, o bien espíados y representados en códices para brindar información suficiente a los consejos de los principales de cada población. Ya mencioné que una de las preguntas centrales gira en torno de la divinidad o humanidad de estos recién llegados; en los conciliábulos que se insinúan en estas crónicas se distinguen algunos elementos que llaman poderosamente la atención de los indígenas: las barbas y vestimentas de los españoles; sus animales: los caballos y perros, utilizados como amenaza y como arma; su armamento, en especial escopetas y cañones.⁴⁵ Por eso, sorprende y enoja a los extranjeros la actitud de la primera avanzada tlaxcalteca, unos pocos hombres que se acercan a espiar y medir al enemigo antes que a atacarlo, pero que, encerrados por los españoles, no se repliegan sino que pelean *muy bravísimamente*, “juntos y remolinados con determinación de morir antes que rendirse” (López de Gómara, 1988: LXV-71). Este pequeño grupo, cubierto luego por un numeroso escuadrón tlaxcalteca que llega a la carrera, consigue su objetivo mayor:

⁴⁵ Relata Bernal Díaz: “...digamos cómo llevávos un lebrél de gran cuerpo, que era de Francisco de Lugo, y ladrava mucho de noche, parece ser preguntavan aquellos caciques del pueblo a los amigos que traíamos de Cenpoal, que si era tigre o león o cosa con que matávamos los indios. Y respondieron: ‘Tráenlo para que quando alguno los enoja, los mate’. Y también les preguntaron que aquellas lombardas que traíamos, que qué hazían con ellas. Y respondieron que con unas piedras que metíamos dentro dellas matávamos a quienes queríamos, y que los cavallos que corrian como benados, y que alcanzávamos con ellos a quiene mandávamos. Y dixo el Olintecle y los demás principales: ‘Luego de esa manera teules deben ser’” (Díaz del Castillo, 2005: LXI-147).

matar dos caballos y hacerse con la cabeza de uno de ellos: "Y entonces dieron una cuchillada a la yegua que le cortaron el pescueco redondo y colgado del pellejo allí quedó muerta. [Luego] se comencaron a retirar y llebaron la yegua, la qual hizieron pedacos para mostrar en todos los pueblos de Tascalá" (Díaz del Castillo, 2005: LXIII-153/4).

Así, por medio del acercamiento, la observación, el acotado enfrentamiento y cierto modo de la experimentación (el ataque y la muerte de los caballos) los tlaxcaltecas aprehenden al enemigo; la desacralización se realiza por medio a través de contactos en los que prima el pragmatismo y el razonamiento antes que esa suerte de "pensamiento mágico" que se les atribuía a estas poblaciones. Más allá de la insistencia de Cortés y Bernal Díaz en que eran considerados dioses o teules, y de su intento de utilizar esta percepción a favor propio, el argumento divino se desvanece y el español comienza a ser percibido como enemigo al cual derrotar. En esta línea, la representación del indígena en las crónicas de tradición occidental también es más compleja: priman las negociaciones y los diálogos a través de intérpretes; las embajadas van y vienen llevando solicitudes y respuestas o dilaciones varias por parte de los tlaxcaltecas; las opiniones entre los tlaxcaltecas mismos son discordantes, tal como apunta Bernal Díaz: Xicoténcatl quiere atacar sin tregua hasta liquidarlos; el consejo de principales, en especial Maxicatzin, propone una avanzada diplomática... En estas escenas, se destacan las tretas de los tlaxcaltecas, mencionadas por todos los cronistas. Luego de las dos primeras escaramuzas:

"Los que se fueron enviaron a decir al capitán [...] cómo los de Tlaxcallan decían que ellos no sabían de lo que habían hecho aquéllos, que eran de otras comunidades, y sin su licencia; pero que les pesaba, y que pagarían los caballos por ser en su tierra, y que fuesen mucho enhorabuena a su pueblo, que holgarían de acogerlos y ser sus amigos, porque les parecían valientes hombres. *Todo era recado falso. Cortés se lo creyó y les agradejó su buen comedimiento*" (Gómara, 1988: LXV-72).

Frente al *recado falso*, la *Historia de la conquista de México* construye un capitán algo ingenuo –sólo en esa instancia; pronto comprenderá la trampa–, argumento que califica a los tlaxcaltecas como taimados o traidores, subrayando, una vez más, la *necesidad* de la acción bélica. Pero también se construye progresivamente la imagen de un enemigo cada vez más complejo, astuto, subrepticio, feroz en el enfrentamiento y de múltiples recursos en la negociación y en la contienda. También la *Historia de la nación chichimeca* se inscribe en esta línea, tomando como hipotexto

directo la historia gomariana, aunque sin hacerse cargo por completo de la versión acerca de la trampa, lo cual se percibe en la referencia directa a las fuentes de su historia: "...mas luego la señoría envió sus mensajeros a Cortés, disculpándose de lo hecho y cargando la culpa a ciertos otomíes serranos, convidándoles (*según los autores que de esta historia tratan*) falsamente con su ciudad, con intención de cogerlos y matarlos dentro della" (1997: II-208).

Estos astutos engaños por la vía diplomática tienen su correlato en el campo de batalla, donde al enfrentamiento abierto se suman inteligentes trampas y celadas, que tienen por objeto encerrar a los españoles en espacios irregulares donde no puedan usar sus caballos y, de ese modo, atraparlos. A partir de aquí, en todas las crónicas comienzan a delinearse dos ejércitos en pie de igualdad: si los españoles cuentan con arcabuces, escopetas, lombardas (cañón de gran tamaño) y caballos, los tlaxcaltecas presentan una superioridad numérica aplastante y un excelente uso de sus armas: flechas, ballestas, escudos ("rodela" los llama Bernal) y espadas "de pedernales, que cortan más que navajas, puestas de arte que no se pueden quebrar ni quitar las nabajas, y son largas como montantes" (Díaz del Castillo, 2005: LXII-151).⁴⁶ A medida que el relato de los enfrentamientos bélicos avanza, las crónicas de tradición occidental destacan el gran despliegue de los ejércitos tlaxcaltecas, su alto grado de organización y sus saberes guerreros; la batalla casi sin tregua; sus insignias, organización y armas.

"Eran gente muy lucida y bien armada, según ellos, usan, aunque venían pintados con bija y jagua, *que mirados al gesto parecían demonios*. Traían grandes *penachios* y campeaban a maravilla; traían *honda, varas, lanzas, espadas*, que acá llaman bisarmas; arcos y flechas sin yerbas; traían asimismo

⁴⁶ Nótese que, aún desde un locus de enunciación muy posterior a lo narrado, el cronista de la *Historia verdadera* continúa nombrando el armamento del enemigo con los términos castellanos, en analogía con el armamento propio. Más allá del destinatario de la crónica, el *curioso lector* castellano, llama la atención esta falta de inscripción del nombre indígena, en especial en un soldado-cronista, atento a estos detalles y que, en otras zonas de su crónica, abunda en términos autóctonos (muchos de ellos, en verdad, del Caribe) y en un esbozo de traducción, aunque ambas operaciones presenten desajustes, imprecisiones y numerosos problemas textuales. Conjeturo que esta actitud frente a la lengua autóctona funciona, nuevamente, entrelazando los dos modos de autorización de la voz enunciativa: el saber letrado que presta especial atención a la lengua indígena (tal como hace Gómara) y el saber basado en la experiencia, en este caso, en el *oído* del soldado, que inscribe en su texto los términos que ha escuchado y utilizado, volviendo así sobre un nuevo uso del detalle signifiante. Respecto de los vocablos indígenas en la crónica bernaldiana, sigue siendo útil el trabajo de Manuel Alvar, *Americanismos en la Historia de Bernal Díaz del Castillo* (1970). José A. Barbón ofrece una revisión actualizada en su edición crítica (2005).

cascos, brazaletes y grevas de madera, mas doradas o cubiertas de pluma o cuero. Las corazas eran de algodón, las rodela o broqueles muy galanos, y no mal fuertes, ca eran de recio palo y cuero, y con latón y pluma, las espadas de palo y pedernal engastado en él, *que cortan bien y hacen mala herida*. El campo estaba repartido *por sus escuadrones*, e con cada *muchas bocinas, caracoles y atabales*, que cierto era bien mirar y nunca españoles vieron junto mejor ni mayor ejército en Indias después que las descubrieron" (Gómara, 1988: XLVI-74).

Más allá de la descripción de escuadrones, armamento y carácter en el pelear, la poderosa imagen visual de estos ejércitos la brinda la *Historia verdadera*:

"Ansi salimos de nuestro real y no avíamos andado medio quarto de legua quando vimos asomar los *canpos llenos de guerreros con grandes penachos e sus devisas*, y y mucho *ruido de trompetillas y bozinas*. Aquí abia bien qu'escrevir y ponello en relación lo que en esta peligrosa e dudosa batalla pasamos, porque nos cercaron por todas partes tantos guerreros *que se podría comparar como si oviese unos grandes prados de dos leguas de ancho e otras tantas de largo, en medio dellos quatrocientos honbres, así era*: todos los canpos llenos *dellos*, y *nosotros* obra de quatrocientos, muchos heridos y dolientes. Y supimos cierto qu'esta vez que venían con pensamiento que no avían de dexar ninguno de nosotros a vida que no avía de ser *sacrificado a sus ídolos*" (Díaz del Castillo, 2005: LXV-157).

Una vez más, la analogía que pone al lector *todo delante de los ojos* evoca una escena familiar para volver aprehensible lo extraño. Este imponente ejército tlaxcalteca también está marcado por divisas, insignias y sonidos específicos, donde las imágenes visuales y auditivas connotan, por medio de la metáfora, el asombro y el temor. En la descripción de las filas enemigas, el cronista reposa en el aguda memoria soldadesca, que, más allá de la abrumadora envergadura del ejército tlaxcalteca, más allá de la sorpresa y el temor, es capaz de diferenciar escuadrones, insignias, tipos de armas y ataques: saberes que salvarán las vidas de los españoles. Acorde con la retórica del discurso bélico, toda la escena se juega a la contraposición *nosotros/ellos*, donde la primera persona del plural remite a lo desfavorable de ciertas condiciones: la escasa cantidad de españoles, pero además su pobre estado físico: "muchos heridos y dolientes". Sumados al hambre y frío, forman un lamentoso autorretrato del *nosotros*, engrandeciendo aún más la batalla y la victoria. Repárese, en cualquier caso, que este *nosotros* una vez más deja afuera la verdadera dimensión del ejército aliado, compuesto por numerosos indígenas de las poblaciones que han ido atravesando, en especial cempoaltecas, adscriptos a Motecuhzoma y los mexicas, algo que, en cambio, sí es relatado por López de Gómara: "Hiciéronlo tan bien aquellos indios que iban en

nuestro ejército de los de Cempoallan y de Iztacmíxtitan, que les dio Cortés muy cumplidas gracias, ora fuese por miedo de ser comidos, ora por vergüenza y amistad" (1988: LXVI-73). El historiador soriano reconoce esfuerzos y motivaciones; el cronista soldado, en cambio, prefiere silenciar la decisiva participación de los *indios amigos*, enalteciendo la propia.

No obstante el permanente enfrentamiento (de día primero, luego también de noche, "porque decían que ya habían probado de día con nosotros y no les aprovechaba nada, y que querían probar de noche porque los suyos no temiesen los caballos ni los tiros ni las espadas"; Cortés, *Segunda carta*, 1993: 179), no se refieren batallas definitivas para uno u otro bando, aunque las diferencias entre los principales tlaxcaltecas parecen minar las fuerzas de los escuadrones de Xicoténcatl jugando a favor de los españoles, como relata la *Historia verdadera* (cfr. capítulo LXX). En una experiencia que se reiterará en la caída de Tenochtitlan, la lógica guerrera mesoamericana exige batallar hasta el fin, tomar cautivos, ofrecerlos a los dioses esperando que la suerte se tuerza a su favor. El final de la guerra suele ser el rendición total del enemigo.⁴⁷ La reiteración de enfrentamientos, hiperbólica en la *Historia verdadera*, crea el efecto de una guerra constante y sin fin. De allí que lo que ponga coto a la batalla no sea una victoria bélica, sino uno de los recursos más terroríficos y mejor administrados por Cortés: el castigo ejemplar.

⁴⁷ El tema de la guerra y la toma de cautivos ha sido motivo de prolongado debate, más allá de los argumentos en torno de la guerra florida. Esto remite a un universo simbólico-mítico donde el enemigo debe ser sacrificado a los dioses, en un contexto ritual específico, para ganar el favor divino y, en términos cosmológicos, para sostener el constante movimiento del mundo (*o'llin*), evitando así el caos cósmico. Claro que estas concepciones fueron utilizadas hábilmente por los gobernantes mexicas para fundamentar su violenta y feroz expansión, y sostener una organización social cada vez fuertemente militarizada, donde los roles de los guerreros, nobles y sacerdotes se entrecruzaban. En líneas generales, la guerra entre los mexicas (algo extensible a las poblaciones del centro de México) era concebida a partir de esta idea de la toma de cautivos, lo que también marcaba la destreza y la valentía de los guerreros (la cantidad de cautivos tomados en batalla determinaba, por ejemplo, la posición militar o el ascenso, según Ross Hassig). Este parece haber sido el modo predominante de enfrentamiento con los españoles en un principio. Luego, durante la guerra de Tenochtitlan, esto se vio atemperado: si bien se lucha para atrapar vivo al enemigo (Bernal Díaz lo narra muy bien en las reiteradas y espantadas escenas de sus compañeros sacrificados), si esto no es posible, se le da muerte de inmediato en el campo de batalla, diezmado así las filas del contrario. Inga Clendinnen (2000) sostiene la tesis de que, en cualquier caso, este límite no pudo ser quebrado y la concepción de que el capitán principal del enemigo (Cortés en este caso) debía ser tomado cautivo parece haber definido una parte de la contienda en la guerra de Tenochtitlan.

El relato de todas estas crónicas –excluyendo la *Historia de Tlaxcala*– instala dicha instancia como decisiva, producto además de las tretas de los enemigos, de su extraña lógica guerrera, pero también de la inferioridad numérica de las tropas españolas, de su cada vez mayor desesperación y cansancio, y de la necesidad de avanzar evitando la prolongación de una guerra harto costosa en bastimentos, hombres, caballos y esfuerzos. Tengamos en cuenta que parte de la burla y la provocación, pero también de la ritualidad de la guerra mesoamericana y la idea de valentía guerrera, consistía en proveer de comida y bastimentos al enemigo, puesto que los españoles venían "hambrientos, no digan después que los tomamos por hambre y de cansados" (Gómara, 1988: XLVII-74). También lo lee de este modo la historia texcocana: "...cuando estos tlaxcaltecas llegaron a vista de los *nuestros*, comenzaron a *mofar y hacer burla de ellos*, viéndolos cuan pocos eran, eviéndoles bollos de maíz, gallinas y cerezas, para que se animasen a la pelea y no dijese los mataban de hambre" (1997: II-LXXXIII/209). Este gesto se mantiene a lo largo de todas las batallas, ante la sorpresa de los españoles, que no obstante no dejan de aprovechar lo que se les envía. La celada es descubierta por los indios aliados –un cempoalteca, en este caso–, quien, en la versión del cronista soldado, se lo transmite a Marina, que lo hace llegar al capitán: "...anduviéronse por el real [cincuenta indios de los de Tlaxcallan] mirando los vestidos y armas de España, y los caballos y artillería, y hacían de los bobos y maravillados, aunque a la verdad *también se maravillaban de veras*, pero todo *su motivo era andar espiano*" (López de Gómara, 1988: XLVIII: 77).⁴⁸ Nuevamente, aparece en la historia gomariana el asombro en la percepción del

⁴⁸ Con algunas diferencias en el protagonismo de los intérpretes y el rol de los indígenas aliados, también Cortés y Bernal Díaz relatan esta escena: "Otro día siguiente vinieron fasta cincuenta indios que, según pareció, eran hombres de quien se hacía caso entre ellos, diciendo que nos venían a traer de comer, y comienzan a mirar las entradas y salidas del real y algunas chozuelas donde estábamos aposentados. Y los de Cempoal vinieron a mí y dijéronme que venían a *espian y mirar cómo nos podían dañar*, y que tuviese por cierto que no venían a otra cosa. Yo hice *tomar a uno dellos desmuladamente, que los otros no lo vieron*, y apartéme con él y con las lenguas y *amedrentéle para que me dijese la verdad*. El cual confesó que Sintengal, que es el capitán general desta provincia, estaba de trás de unos cerros que estaban frontero del real con mucha cantidad de gente para *dar aquella noche sobre nosotros*" (Cortés, *Segunda carta*, 1993: 179). "Y estuvieron aquel día y la noche, y se ivan unos con mensajes a su Xicotenga y venían otros: y los amigos que traíamos de Cenpoal miraron y cayeron en ello, que no era cosa acostunbrada estar de día y de noche nuestros enemigos en el real sin propósito ninguno, y que cierto eran espías. [...] Y súpolo luego la doña Marina y ella lo dixo a Cortés; y para saber la verdad mandó apartar dos de los tascaltecas que parecían más hombres de bien y confesaron que eran espías, y tomáronse otros dos y dixeron que eran ansimesmo espías de Xicotenga" (Díaz del Castillo, 2005: LXX-172).

español como *otro*, aunque esta vez sumada a la treta y el engaño: duplicidad de las actitudes de los indígenas que confluye para reforzar la astucia, la atención, incluso cierta *paranoia* del capitán. A esta supuesta traición le sigue la violenta represalia:

"Y visto, los mandé tomar a todos cincuenta y cortarles las manos y los invié que dijese: a su señor que de noche y de día y cada y cuando él viniese verían quiénes éramos" (Cortés, *Segunda carta*, 1993: 179).

"Así que por los indios destes los prendió a todos cincuenta y allí luego les hizo cortar a todos las manos, y enviolos a su ejército, amenazando que otro tanto haría a todos los espiones que tomase; y que dijese a quien los envió que de día y de noche y cada y cuando viniesen, verían quién eran los españoles" (Gómara, 1988: XLVIII-77).

"Y luego mandó prender hasta diez y siete indios de aquellas espías, y dellos se cortaron las manos y a otros los dedos pulgares y los enviamos a su Xicotenga, y se les dixo que por el atrevimiento de venir de aquella manera se les a hecho agora aquel castigo, e digan que vengan quando quisieren, de día y de noche" (Díaz del Castillo, 2005: LXX-172).

El mecanismo narrativo aparece con claridad en la contraposición; el germen del relato parece ser la escueta línea cortesiana, amplificada en la historia gomariana a partir de un fraseo que presenta la escena con mayor elegancia retórica, ya que suplanta la paratáctica reiteración de la conjunción copulativa "y" por el despliegue del gerundio y el uso de la subordinada, enfatizando entonces la correlación y la casualidad. La *Historia verdadera*, en característico movimiento, retoma los relatos anteriores y ajusta detalles: la cantidad de espías castigados (diecisiete en lugar de cincuenta), el tipo de castigo (a algunos les cortan las manos; a otros, "tan sólo" los pulgares). La contraposición también permite ver cómo este narrador atempera el impacto del castigo, personalizando además el destinatario de la acción, Xicotencatl como el principal tlaxcalteca. Por último, la yuxtaposición oracional para dar cuenta de acciones consecutivas provoca en el texto un ritmo afanoso y agitado que, si bien no denota las causalidades, anticipa en cambio, en su prosodia, el final de una contienda que se precipita a partir de aquí.

La diferencia más destacable es presentada por el cronista texcocano, cuyo escueto *racconto* –basado en buena medida en la historia gomariana– insinúa algo de la perspectiva indígena: "... y el siguiente que se contaba seis de septiembre vinieron al real de Cortés cincuenta hombres cargados con comida, y *mandoles cortar las manos*, porque supo de un capitán de Cempoalan llamado Tioc que eran espías" (Alva

Ixtlilxóchitl, 1997: II-209). La organización del fragmento es otra: las discusiones y sigilos cortesianos previos desaparecen por completo; el castigo ocupa el centro de la escena, así como la figura del capitán cempoalteca, por primera y única vez identificado con nombre propio. Esta nominación, unida al nombre de Cortés, permite identificar a los responsables (directo e indirecto) del brutal castigo, al tiempo que exhibe las rivalidades y confrontaciones abiertas entre las poblaciones autóctonas. En esta versión, el castigo inesperado provoca asombro en los tlaxcaltecas, reforzando en alguna medida la concepción de los españoles como seres divinos –dioses o demonios, como lo señala también Bernal Díaz–; según las versiones españolas, en cambio, provoca gran temor, pavor, ahondando las diferencias entre los tlaxcaltecas mismos:

“Y como fueron aquellos indios de las manos y dedos cortados , en aquel instante diz que ya Xicotenga quería salir de su real con todos sus poderes para dar sobre nosotros de noche, como lo tenía concertado; y *como vio ir a sus espías de aquella manera se maravilló, y preguntó la causa dello, y le contaron todo lo acaecido; y desde entonces perdió el brío y soberbia;* y demás desto, ya se le avía ido del real un capitán con toda su gente con quien avía tenido contienda y vandos en las batallas pasadas” (Díaz del Castillo, 2005: LXX-172).⁴⁹

Se trata de una lógica bélica extraña, casi ininteligible –en esta instancia– para los tlaxcaltecas. Por eso, en la economía narrativa de estas crónicas el castigo ejemplar pone fin a la contienda: “...*con que de punto cesaron sus contiendas,* reconociendo el gran valor de Cortés y de los suyos, y procuraron su amistad con toda diligencia, disculpándose de lo hecho lo mejor que pudieron” (Alva Ixtlilxóchitl, 1997: II-209). Así, a medida que avanza por el territorio mexicano, en forma progresiva el español se apropia del cuerpo del *otro*: las más espectaculares y sanguinarias represalias de Cortés tienen el cuerpo indígena como víctima –la masacre

⁴⁹ Relata la *Historia de la nación chichimeca* “...de que los tlaxcaltecas *se admiraron,* entendiendo que *Cortés les entendía sus pensamientos,* pues conoció a lo que iban y que eran sus espías” (1997: II-209); despliega la *Historia de la conquista de México*: “Grandísimo pavor tomaron los indios de ver cortadas las manos a sus espías; cosa nueva para ellos; y creían que tenían los nuestros algún familiar que les decía lo que ellos tenían allá en su pensamiento; y así se fueron todos, cada uno por do mejor pudo, porque no les cortasen las suyas, y alejaron las vituallas que traían para las huestes, porque no se aprovecharan dellas los adversarios” (1988: XLVIII-77).

indiscriminada en Cholula reiterará esta lógica—. ⁵⁰ Esos castigos hablan de crueldad, pero también de cierta debilidad: sólo atenazando el cuerpo del *otro* es posible sembrar el terror y asegurar una endeble alianza, más allá de negociaciones y prendas de paz.

⁵⁰ La matanza de Cholula se describe en la *Segunda carta de relación* (1993); en el capítulo LX de la *Historia de la conquista de México*, significativamente titulado "El castigo que se hizo en los de Chollola por traición"; en el capítulo LXXXII de la *Historia verdadera*, titulado "Cómo tenían concertado en esta ciudad de Cholula de matarnos por mandato de Montezuma y lo que sobre ello pasó". Volveré sobre este episodio en el capítulo VI.3.2: "Cholula: la matanza inconcebible".

V.5 Aprendizajes: narrar la derrota

"Quedó guarda en lo ganado, y volviéronse al real con hartas heridas, cansancio y tristeza, porque más sangre y ánimo perdían que tierra ganaban."

FRANCISCO LÓPEZ DE GÓMARA

Hemos visto ya que el desplazamiento, el aprendizaje y la complejidad de negociaciones y batallas se despliegan progresivamente en la trama de estos relatos, ahondándose a medida que se enfrentan con distintas poblaciones, y hasta alcanzar su clímax en las batallas guerras contra los tlaxcaltecas. Sin embargo, nada prepara a los españoles para lo que presentará Tenochtitlan: una ciudad lacustre cuya estructura de chinampas, azoteas, puentes rebatibles, lagos, diques y calzadas es deslumbrante muestra de la capacidad mexicana para transformar un emplazamiento natural muy arduo para el desarrollo de la vida cotidiana, aunque ventajoso en términos defensivos: esto será crucial para los mexicas durante la huida española en la Noche Triste.⁵¹ Recordemos que la inseguridad de los españoles en la ciudad lacustre lleva al máximo gesto de apropiación del cuerpo del *otro*: toman preso a Motecuhzoma, vejando así su estatus real y su aura *divina*. Pero no analizaré aquí la estructura de la ciudad y sus distintas descripciones –lo cual será objeto del próximo capítulo– sino que me interesa preguntarme acerca de los cambios en la percepción y representación del *yo* y del *otro* ya no en la victoria; ahora, en la derrota y el desastre. ¿Cuáles son las inflexiones, los cambios, los aprendizajes entre una escena y otra, entre uno y otro cronista? ¿Cuáles sus implicancias en las distintas tramas y en lo que se relata después? ¿Cómo incide la derrota en la representación textual del *yo*? Para pensarlo, la escena más adecuada es la resonante debacle conocida como la Noche Triste, que tiene lugar en julio de 1520, luego de los ominosos episodios de la Matanza del Templo Mayor y la muerte de Motecuhzoma.

⁵¹ Al respecto, explican Alfredo López Austin y Leonardo López Luján que "las ventajas de poblar los islotes de la parte occidental del Lago de Texcoco eran evidentes: los mexicas conocían las técnicas de la explotación lacustre, y calcularon que allí encontrarían abundante fauna y flora aprovechable. El lago, por otra parte, les ofrecía una ventajosa posición defensiva. Los aspectos negativos, sin embargo, también eran de importancia: un terreno exiguo, poca agua potable, falta de piedra y madera, y la necesidad de construcción de un albaradón para el cultivo del pantano, pues fluctuaba demasiado el nivel del espejo del agua y existía el peligro de la afluencia de aguas salobres desde la parte oriental del lago" (1996: 192).

V.5.1 De la huida al duelo: la Noche Triste

"Murieron en el desbarate de esta *triste noche* [...] cuatrocientos y cincuenta españoles, cuatro mil indios amigos, cuarenta y seis caballos y creo que todos los prisioneros."
Francisco López de Gómara

En las crónicas de tradición occidental, el relato de la Noche Triste presenta una estructura similar a la batalla de Cintla, desplegando, a lo largo de los capítulos previos, amenazas, preparativos, pedidos de tregua, decisiones de ambos bandos. Pocos días antes Cortés ha vencido a Pánfilo de Narváez (cuya armada, enviada por Diego de Velásquez, había arribado para tomarlo prisionero) y ha ganado para sí, por medio de alabanzas, promesas y regalos, buena parte de sus tropas, armas y cargamentos, detallados tanto en la *Historia de la conquista de México* como en la *Historia de la nación chichimeca*.⁵² Este episodio, extraordinario en varios sentidos – por la victoria de Cortés, pero también debido al momento en que ocurre– colma de orgullo y confianza al capitán, y hace de su entrada a México un grave error de cálculo, expuesto de manera más o menos explícita por los distintos cronistas.⁵³ Esto es evidente en la caracterización de los españoles: en cuestión de días pasan del triunfo ante Narváez a la derrota y la deshonrosa huida. Poco después de regresar a

⁵² Para el análisis, selecciono algunos fragmentos de la *Segunda Carta de Relación* de Hernán Cortés, los capítulos CVIII, "Los combates que unos a otros se daban", CIX, "Rehúsan los de México las treguas que Cortés pidió" y CX, "Cómo huyó Cortés de México" de la *Historia de la conquista de México*. En la *Historia verdadera*, selecciono el capítulo CXXXVIII, titulado "Cómo acordamos de irnos huyendo de México, y sobre lo que ello se hizo", aunque también haré referencia a escenas narradas en capítulos anteriores, en especial el capítulo CXXXVI, lo que se indicará en cada caso. De la *Historia de la nación chichimeca*, los capítulos LXXXVIII y LXXXIX. También tomo fragmentos del *Compendio histórico del reino de Texcoco* y de la *Historia de Tlaxcala*.

⁵³ Es cierto que Pedro de Alvarado y sus hombres se encontraban cercados en el palacio, en peligrosísima situación; allí donde están Motecuhzoma y su tesoro. Pero también lo es que Cortés, desoyendo ciertas señales, entra a la ciudad con todo su ejército, y esto dificulta sobremanera el repliegue que se les impone escasos días más tarde. Abiertamente, el capitán explica los motivos de su ingreso a Tenochtitlan: "Entré en ella casi a mediodía y vi poca gente por la cibdad y algunas puertas de las incrujadas y traviesas de las calles quitadas que no me pareció bien, aunque pensé que lo hacían de temor de lo que habían fecho y que entrando yo los aseguraría" (1993: 269). Como es evidente, más allá de la extrañeza y suspicacia propias, en esta escena el capitán elige señalar el temor en la mirada del *otro*, e intenta leer los signos de la inminente batalla de acuerdo con su grilla cultural. Al respecto apunta, perspicaz, Bernal Díaz: "y viendo que estaba todo muy al contrario de sus pensamientos, que aun de comer no nos daban, *estaba muy airado y soberbio con la mucha gente que de españoles traía*, y muy triste y mohino" (2005: CXXXVI-383). Ángel Delgado Gómez añade que "extraña que, a la vista de los trágicos sucesos que iban a desarrollarse, Cortés sea aquí peligrosamente franco en revelar tamaño error de percepción. [...] Este fue sin duda el mayor error militar de Cortés, que a punto estuvo de arruinar su empresa" (1993: 270, 395n).

Tenochtitlan, están abrumados por las múltiples batallas, el hambre, el frío, la falta de tregua: ahora son un cuerpo militar dividido entre *los de Cortés* y *los de Narváez*, algo que enfatizan López de Gómara y Bernal Díaz, y que Cortés calla, por obvia conveniencia.⁵⁴

Desde Cintla hasta aquí, el aprendizaje de los españoles es evidente: los indicios que anticipan el enfrentamiento se multiplican en los textos. Ahora, todo se caracteriza por el silencio y el vacío: caseríos despoblados, ausencia de embajadores y comitivas, falta de mínimo abastecimiento (comida, agua, lugar de reposo) y, especialmente, ausencia de gestos que indiquen intento de diálogo o negociación pacífica. Cortés lo anota enseguida: "y en todo el camino nunca me salió a recibir ninguna persona del dicho Muteecuma como antes lo solían hacer" (*Segunda carta*, 1993: 268). "Y toda la tierra estaba alborotada y *casí despoblada*, de que *concebí mala sospecha*, creyendo que en los españoles de la dicha cibdad habían quedado muertos y que toda *la gente de la tierra estaba junta esperándome en algún paso o parte* donde ellos se podrían aprovechar mejor de mí" (*Segunda carta*, 1993: 268). El capitán conoce las tácticas de los enemigos y teme las emboscadas. El silencio, el vacío, el espacio despoblado anuncian el ataque y son cara opuesta a la multitud de indios que los asediará luego. En este contexto, el narrador de la *Historia verdadera* se detiene a reflexionar sobre lo que vendrá, marcando, una vez más, la diferencia entre los conquistadores viejos y los recién llegados: en este caso, las huestes de Narváez: "Y desde que aquello oyó Cortés y algunos de nosotros, ciertamente nos pesó mucho, porque bien entendido teníamos los que solíamos batallar con los indios, la *mucha multitud que de ellos se suelen juntar*, y que por bien que peleásemos, y aunque más soldados trajésemos ahora, que habíamos de pasar gran riesgo de nuestras vidas y hambres y trabajos, especialmente estando en tan fuerte ciudad" (2005: CXXXVI-384).

La escena que da comienzo al asedio anticipa lo que se reiterará, con creciente intensidad, día tras día: el cuerpo español marcado, lastimado, herido, sangrante –pero

⁵⁴ "Y *los de Narváez* iban otros buenos jinetes, mas estaban espantados y temerosos, como se habían hallado en guerra de indios" (Díaz del castillo, CXXVII-393). "Pues también quiero decir las malediciones que *los de Narváez* echaban a Cortés, y las palabras que decían, que renegaban de él y de la tierra, y aun de Diego Velázquez que acá les envió, que bien pacíficos estaban en sus casas en la isla de Cuba, y estaban embelesados y sin sentido" (Díaz del Castillo, CXXVI: 389-90).

que aún resiste— frente al poderoso colectivo indígena, definido por términos como “multitud de guerreros” (Díaz del Castillo, 2005: CXXXVIII-389) o “infinita gente” (Cortés, *Segunda carta*, 1993: 278). Esto resulta más dramático aún en la contraposición entre la alegría de los españoles y el comienzo de las hostilidades: “y *con mucho placer* estuvimos aquel día y noche *creyendo que ya todo estaba pacífico*” frente a “el cual mensajero volvió dende a media hora *todo descalabrado y herido* dando voces que todos los indios de la cibdad venían de guerra y que tenían todas las puentes alzadas y junta tras él da sobre nosotros tanta multitud de gente por todas partes que ni las calles ni azotes se parecían con gente, la cual venía con *los mayores alaridos y grita más espantable que en el mundo se puede pensar*” (Cortés, *Segunda carta*, 1993: 270).

En el detalle, Bernal Díaz suma la amenaza de la muerte en sacrificio a manos de los mexicas, aliciente de peso para acicatear al soldado español: “E dixo aquel soldado que estaba toda la ciudad y camino por donde venía lleno de gente de guerra con todo género de armas, e que le quitaron las indias que traía y le dieron dos heridas, e que si no se les soltara *le tenían azido para meterle en una canoa y llevarle a sacrificar*” (2005: CXXVI-344). Este tipo de amenazas vuelve a aparecer con insistencia, en especial en los pasajes previos a la Noche Triste:

“Pues lo que dezían que en aquel día no avían de quedar ninguno de nosotros, y que *avian de sacrificar a sus dioses nuestros corazones y sangre*, y con las piernas y brazos que bien tendrían para hazer artazgas e fiestas, y que *los cuerpos echarían a los tigres y leones y bivoras y culebras que tienen encerrados*, que se harten dellos; y que [a aquel efeto a dos días que mandaron que no les diesen de comer” (2005: CXXVI-344).

Así, por medio de la reconstrucción pormenorizada de las más estremecedoras imágenes, se evoca en el lector el temor de los españoles y se ofrece una imagen brutal, aterradora, del enemigo. Desatada la guerra sin tregua ni cuartel, en cada ataque los indígenas controlan la escena: son retratados como más numerosos, decididos, valientes, determinados a la pelea, superiores incluso a los extranjeros en cuanto a su porfía y *determinación de morir*. Como contrapartida, el español parece impotente, desorientado, sorprendido, abrumado por el ataque enemigo; limitado a responder sólo a partir de su proverbial bravura. Ilustra Cortés: “Pero eran tantas y tan fuertes y de tanta gente pobladas y tan bastecidas de piedras y otros géneros de armas que *no bastábamos para gelas tomar todos ni defendernos que ellos no nos*

ofendiesen a su placer" (*Segunda carta*, 1993: 270). Agrega Bernal Díaz: "Y es que tuvieron tanto atrevimiento que unos dándonos guerra por unas partes y otros por otra, entraron a ponernos // fuego a nuestros aposentos, que *no nos podíamos valer con el humo y el fuego*" (2005: CXXVI-342/3). Resume López de Gómara: "Fueron tantos los indios que al ruido cargaron y apretaron en tanta manera a los nuestros que no les dieron lugar ni vagar de soltar los tiros. Y los de aquella casa tiraron tantas piedras y tan grandes de las azoteas, que desbarataron los ingenios y los ingenieros. Y los hicieron volver más de a paso en poco tiempo" (1988: CVIII-152).

No hay artilugio ni estratagema que haga retroceder a los mexicas y así los presentan todos los cronistas. Dueños de la ciudad, la saben una trampa mortal, prevén posibles vías de escape, bloquean las calzadas, cierran los diques, prenden fuego a los palacios, derrumban puentes, destrozan ingenios; en definitiva, minan la moral del español e infunden temor tanto en el ataque efectivo como en una omnipresencia enfatizada por las crónicas. Si la ferocidad y la valentía del enemigo no es obstáculo para el español (antes bien, provoca admiración y hace más deseable y honrosa la victoria), la superioridad numérica y militar de los indígenas, como se va descubriendo día a día, mina los ánimos de soldados y capitanes a un límite desconocido hasta entonces.

Las tramas de la *Segunda carta de relación* y de la *Historia verdadera* se hacen eco de estas resonancias al exhibir cierta dificultad para narrar lo simultáneo, la demasía, el asedio. Recurren con insistencia a las enumeraciones (con el uso de conjunciones copulativas *y, ni*); organizan el relato a partir de la yuxtaposición o la reiteración de escenas, impresiones, adjetivaciones, en correlato con la tradición del discurso bélico: "tan", "tantos", "muchos", "multitud". "Y era *tanta* la gente que estaba en defensa de dicha puente y azoteas y *tantas* las piedras que de arriba tiraban y *tan grandes* que nos desconcertaron los ingenios y nos mataron un español e hirieron muchos otros sin les poder ganar ni aun un paso aunque puñábamos mucho por ello" (Cortés, *Segunda carta*, 1993: 274). "Le salen *tantos* esquadrones mejicanos de guerra y *otros muchos* que estaban en las azoteas, y le dieron *tan grandes* combates que le mataron a las primeras arremetidas diez y ocho soldados" (Díaz del Castillo, CXXVI: 385). Esta estructura connota la abrumadora insistencia del ataque, pero no es capaz de desplegar causalidades o progresiones con cierta claridad para el lector. Antes bien, la parataxis funciona representando la escena de una guerra sin orden –o

con un orden *otro*, vinculado con la lógica bélica mexicana, que los extranjeros no aprehenden por completo aún– y sin fin, donde el asedio es constante y el temor se convierte en la sensación dominante.

Escena tras escena, la confusión y la desesperación se acentúan y se multiplican las referencias a los padecimientos diarios. Sin pausa, el cuerpo español, asediado, cansado, hambriento, desorientado por la lucha sin tregua y sin cuartel, de día y de noche, pierde la capacidad de resistencia. Página a página cada narrador detalla el hambre, el frío, las heridas, la muerte: “Porque ni los veinte y cuatro caballos que le quedaron podían correr, de cansados y hambrientos, ni los españoles alzar los brazos ni pies del suelo, de sed, hambre, cansancio y pelear, ca en todo el día y la noche no habían parado ni comido” (Gómara, 1988: CX-158). Se construye así el retrato de una corporalidad esforzada, sufrida, que enfrenta la guerra sólo en virtud de cierto debilitado ánimo caballeresco. “Y allí estuve aquel día y otro porque la gente, así *heridos* como los sanos, venían *muy cansados y fatigados y con mucha hambre y sed* y los caballos asimismo traíamos bien cansados” (Cortés, *Segunda carta*, 1993: 284). “En aquel cu e fortaleza nos alvergamos, y se curaron los *heridos*, y con muchas lumbres que hezimos, *pues de comer ni por pensamiento*. [...] Dexemos esto y volvamos a dezir qué lástima hera de ver curar y apretar con algunos paños de mantas nuestras heridas, y como se avían resfriado y *estaban hinchadas, dolían*” (Díaz del Castillo, 2005: CXXVIII-356). En su pincelada memorialista, Bernal Díaz actualiza el dolor de las propias heridas, en una forma de hacer ingresar el padecimiento corporal que acerca la experiencia al lector al tiempo que enaltece las propias acciones.

En este punto, las tres crónicas de tradición occidental presentan una escena que muestra hasta qué punto se ha sobrepasado el límite de las propias fuerzas: caído un caballo, se lo comen entre todos, y así es narrado, entre la tristeza y la desesperación:

“Y nos mataron un caballo que aunque sabe Dios cuánta falta nos hizo y cuánta pena rescebimos con habérnosle muerto, *porque no teníamos después de Dios otra seguridad que la de los caballos*, y *nos consoló su carne*, porque le comimos sin dejar cuero ni otra cosa dél según la grand necesidad que traíamos” (Cortés, *Segunda carta*: 1993–285).

“Caminando [Cortés] cargó tanta muchedumbre sobre él, y peleó tan recio, que hirieron cinco españoles y cuatro caballos, uno de los cuales se murió, y le comieron *sin dejar, como dicen, pelo ni hueso*. Tuvieronla por buena cena,

aunque no tuvieran hartos para tantos. No había español que de hambre no pereciese" (Gómara, 1988: CXI-158).

"E también nosotros a estacadas y cuchilladas matamos algunos dellos, y los de cavallo lo mismo, y así dormimos en aquellas casas y *comimos el cavallo que mataron*" (Díaz del Castillo, 2005: CXXVIII-399).

Si Bernal Díaz refiere la escena como una más entre las desesperadas acciones bélicas, Cortés y Gómara se detienen en ella, desplegando distintas razones. El capitán utiliza un giro retórico que enfatiza la desprotección en la batalla y subraya la importancia estratégica de los caballos para la defensa. En vida, el caballo es bienpreciado que brinda protección; una vez muerto, brinda *consuelo*. La desesperada acción señala el límite de la resistencia de las tropas españolas. Gómara, con elaborada sencillez, reescribe el suceso por medio del uso de un refrán rematado con una sentencia: la escena del caballo condensa los trabajos y sacrificios pasados. Por eso, agrega, acorde con su perspectiva de la conquista de México como empresa sin igual: "empero la nación nuestra española sufre más hambre que otra ninguna, y *estos de Cortés más que todos*, que tiempo aún no tenían para coger yerbas que de comer basto" (1988: CXII-158/9).

Acentúa la fatiga de los españoles el estilo guerrero de los mexicas: múltiples y rápidos ataques, tanto de día como de noche, con un sistema de relevos, aprovisionamientos, repliegues –algo especialmente anotado por Cortés, siempre atento a tácticas militares. Esta desigualdad desfavorable para los españoles se evidencia, en especial, en el cambio de signo de la contraposición *ellos/nosotros*: "Éstas y tales cosas *braveaban y aladreaban aquellos mexicanos*, y los *nuestros*, que de puro miedo estaban *ciscados*, los reprendían de semejantes boberías..." (Gómara, 1988: CV-149). Según el *Diccionario de Autoridades*, ciscarse significa "laxarle, aflojarlo, soltarse el vientre con ocasión de gran susto, o miedo repentino" (1729: 361–1): sorprende la contraposición entre la imagen del indígena y la del español, en especial por la descripción del cuerpo español ante el temor, vinculada a lo escatológico (y vulgar). Claro que tanta insistencia en la propia debilidad y esfuerzo, más allá de la retórica del relato bélico, tiene otras motivaciones: explicar los fundamentos de la pérdida de la ciudad y la desastrosa huida, algo mucho más necesario aún en la *Segunda carta de relación*, escrita cuando la derrota está fresca y, aunque la decisión de volver sobre México ya es cierta, la victoria es todavía muy lejana. Agotados los recursos efectivos y narrativos (en el hiperbólico relato de una

guerra sin fin), la muerte de Motecuhzoma sella la huida. Cautivo, el *uey tlahtoani* funcionaba asegurando cierta protección (cada vez más precaria); una vez muerto (en confusas circunstancias) la suerte de los españoles parece estar echada.⁵⁵ Las tres crónicas se detienen en este grave acontecimiento, al que le dedican un capítulo específico. Allí no solo deslindan responsabilidades propias (al afirmar que Motecuhzoma fue herido por los mexicas): también describen el definitivo sentido de la contienda, que ahora se les ha vuelto por completo hostil. En cada relato, capitanes y soldados se muestran respetuosos de la ritualidad de la muerte, en especial en lo que atañe a tan gran personaje, pero la lógica que oponen los mexicas parece tomarlos desprevenidos: la batalla no se detiene; un nuevo rey ha sido nombrado; el entierro se lleva a cabo a sus espaldas, en una temporalidad paralela a la guerra, refractaria a la mirada extranjera:

"Cortés, porque los indios viesan que moría de la pedrada que ellos le habían dado, y no de mal que él le hubiese hecho, lo hizo sacar a cuestras de dos caballeros mexicanos y presos, que dijeron la verdad a los ciudadanos; los cuales a la sazón estaban combatiendo la casa; *mas ni por eso no dejaron el combate ni la guerra, como muchos de los nuestros pensaban; antes la hicieron mayor y sin ningún respeto.* Al retirar hicieron muy gran llanto para enterrar al Rey en Chapultepec [...] Más perdieron los españoles con la muerte de Motecuhzoma que los indios, si bien consideráderes las muertes y destrozo que luego se siguió a los unos, y el contentamiento y descanso de los otros; ca muerto él, se quedaron en sus casas y tomaron nuevo rey" (Gómara, 1988: CVII-151).⁵⁶

Llegadas a este punto, las crónicas no albergan espacio para detenerse un momento más en el mundo indígena: es preciso escapar de la ciudad fabulosa que es

⁵⁵ La figura de Motecuhzoma también resulta opaca para los extranjeros, a pesar de que los tres cronistas han insistido, una y otra vez, en su magnificencia, poder y señorío.

⁵⁶ "Y yo lo fice sacar así muerto de los indios que estaban presos, y a cuestras los llevaron a la gente. Y no sé lo que del se hicieron, salvo que no por eso cesó la guerra, y muy más recia y muy cruda de cada día" (Cortés, *Segunda carta*, 1993: 272). "Y desde así le vieron muerto, vimos que hizieron muy gran llanto, que bien oimos las gritas y aullidos que por él davan; y aun con todo esto no cesó la gran batería que sienpre nos daban y era sobre nosotros de vara y piedra y flecha; y luego la encomencaron muy mayor y con gran braveza, y nos dezían: 'Ahora pagaréis muy de verdad la muerte de nuestro rey y señor y el desonor de nuestros ídolos; y las pazes que nos enbiáis a pedir, salí acá y concertaremos cómo y de qué manera an de ser'. Y dezian tantas palabras sobr'ello y otras cosas, que ya no se me acuerda y las dexaré aquí de dezir; y que ya tenían elegido un buen rey, y que no será de corazón tan flaco que le podáis engañar con palabras falsas como fue al su buen Montezuma; y que del enterramiento que no tuviésemos cuidado, sino de nuestras vidas, que en dos días no quedaría ninguno de nosotros para que tales cosas les enbiemos a dezir" (Díaz del Castillo, CXXVII-349).

ahora la ciudad-trampa y la ciudad-tumba. La decisión se resuelve en escenas colectivas de diálogo entre los capitanes y Cortés ("Fue acordado por Cortés y por todos nuestros capitanes que de noche nos fuésemos, cuando viésemos que los escuadrones guerreros estaban más descuidados"; Díaz del Castillo, 2005: CXXXVIII-393)), y en la enumeración y resumen de las razones (*Segunda carta*).

"Y viendo el *grand* peligro en que estábamos y el *mucho daño* que los indios cada día nos hacían, y temiendo que también desficien aquella calzada como las otras, y desfecha, *era forzado morir todos*, y porque de todos los de mi compañía fui requerido muchas veces que me saliese, y porque todos o los mas *estaban heridos y tan mal* que no podían pelear, *acordé* de lo facer aquella noche" (Cortés, 1993: 278).

Con su característica medida, las *Cartas de relación* construyen un cuadro de necesidad ante una muerte cada vez más segura. Por eso, términos como "peligro", "daño", "herida" organizan la descripción del agotado campo español. Nótese además la selección verbal, *acordé de salir*, remitiendo a una toma de decisión plural que, si bien no deslinda responsabilidades, hace del desastre huida consensuada e inevitable. En términos de construcción retórica, el suceso evocado por la *Historia de la conquista de México* se destaca por su lograda representación. El cuerpo español, definido en los capítulos anteriores por el hambre, el dolor, el miedo, termina de conformarse a partir de la negación y la carencia:

"Ca *no* había casi ninguno que herido *no* fuese. Tenían miedo de *morir*, aunque ánimo para morir; porque eran tantos indios, que aunque *no* hicieran sino degollarlos como a carneros, *no* bastaban. *No* tenían tanto pan que *no* osasen hartar; *no* tenían pólvora ni pelotas ni almacén ninguno; estaba aportillada la casa, que *no* pocos se la ocupaban en la guardar" (Gómara, 1998: CX-155).

Refranes, contraposiciones y metáforas –en la animalización del cuerpo del enemigo, algo habitual en la retórica bélica– abonan la descripción a posteriori y cierto grado de reflexión que excede lo coyuntural: "Todas eran bastantes estas causas para desamparar México y amparar sus vidas; aunque, por otra parte, les parecía mal caso volver la cara al enemigo; que *las piedras se levantan contra el que huye*" (Gómara, 1988: CX-155). Quizá porque no se ha visto involucrado en forma directa es que el historiador puede referir el fantasma que respira, soterrado, en las otras dos crónicas: que la huida de Tenochtitlan sea leída como un acto de cobardía, indigno de un soldado español.

Por último, la *Historia verdadera*: mientras enfatiza el colectivo del *nosotros* español –más cohesivo ante la inminencia del desastre–, expone con mayor claridad la dialéctica de la desigualdad entre fuerzas españolas e indígenas.

"Como *veíamos* que cada día *menguavan* nuestras fuerzas y las de los mexicanos *crecían*, e *veíamos* muchos de los nuestros *mue*rtos y todos los más *heridos*, e que aunque peleávamos *muy como varones*, no podíamos hazer retirar ni que se apartasen *los muchos esquadrones que de día y de noche nos davan guerra*, y la pólvora apocada, y la *comida e agua* por el consiguiente, y el gran Montezuma muerto, las pazes y las treguas que les embiamos a demandar no las querían acetar" (2005: CXXVIII-350).

Luego de esta enumeración, la acción a seguir se despliega evidente; *visible* para soldados y capitanes tanto como subrayada en la insistencia en el acto de *ver*, que alcanza su clímax en la potente metáfora: "en fin, víamos nuestras muertes a los ojos" (Díaz del Castillo, 2005: CXXVIII-350). La amenaza constante se condensa en esta sensación de mirar la muerte a los ojos, sentirla en su proximidad, aunque no como destino: como posibilidad a eludir. Si la muerte cumple un rol central en la cultura de los mexicas –escenificada con ritual espectacularidad de los sacrificios humanos–, este enunciado condensa la diferencia en el modo de concebirla: quizá uno de los elementos más poderosos en la conformación de la sociedad mexicana como un *otro* de irreductible alteridad.

En la huida, llevada a cabo durante la noche "y con gran niebla y muy calladito, por no ser sentidos, y encomendándose a Dios que los sacase con vida de aquel peligro y de la ciudad" (Gómara, 1988: CX-156), el cuerpo español presenta otra valencia: unido al oro, escenifica o bien el exceso que lleva a la perdición, o bien la humildad y el cumplimiento del deber, que permiten salvar la propia vida. Antes de relatar el escape por puentes y calzadas colmados de enemigos, cartas e historias se detienen a detallar el cuidado del oro, tanto del rey como propio. Aliados (más de ochenta tlaxcaltecas, comenta Bernal Díaz) y animales (una yegua cedida por Cortés y algunos caballos heridos) cumplen un rol central al salvar el *quinto del rey*, hecho que, por obvias razones, queda bien asentado en las cartas cortesianas: "Y tomé todo el oro y joyas de Vuestra Majestad que se podían sacar y púselo en una sala y allí lo entregué en ciertos lios a los oficiales de Vuestra Alteza que yo en su real nombre tenía señalados" (Cortés, 1993: 279). López de Gómara, por su parte, hace de la escena un cuadro de enseñanza moral, oponiendo la codicia de aquellos que vinieron

con Narváez a la supuesta buena voluntad de las huestes de Cortés: "*Los de Narváez, hambrientos de aquello, cargaron de cuanto pudieron; mas caro les costó, porque a la salida, con la carga, no podían pelear ni andar; y así, los indios mataron muchos dellos, arrastraron y comieron. El que menos tomó, libró mejor, ca fue sin embarazo y salvose*" (1988: CX-155/6). El cuerpo codicioso perece en la contienda, cubierto de pesados tesoros ("oro, plata y joyas, piedras, plumas y mantas ricas"; 1988: CX-155); el cuerpo despojado es más ágil para eludir al enemigo, se mimetiza con la oscuridad de la noche, llega hasta la calzada y la atraviesa cuando la rapidez define la vida o la muerte, ante el ataque de los mexicas, ya alertados del escape.⁵⁷

Por último, un sutil detalle en la *Historia verdadera* que exhibe el aprendizaje del soldado: "*Yo digo que no tuve codicia sino procurar salvar de la vida, mas no dexé de apañar de unas caxuelas que allí estaban unos quatro chalchuis, que son piedras entre los indios muy presciadas, que de presto me eché en los pechos entre las armas, que me fueron después buenas para curar mis heridas y comer el valor dellas*" (Díaz del Castillo, 2005: CXXVIII-351/2). Para marcar la diferencia, reaparece la primera persona en un enunciado performativo, contraponiendo codicia y sensatez. Este pequeño gesto, que incluye los vocablos indígenas para nombrar los tesoros rescatados (se refiere al jade, el *chalchihuitl*), configura un retrato que diferencia a este soldado: sabe qué tomar, qué valor puede tener en las sociedades mesoamericanas, de qué forma esconderlo *en su cuerpo*, cómo usarlo luego para *sanarse y alimentarse*. Así se representa la dinámica de un aprendizaje acerca del *otro* que anticipa las características de quienes podrán regresar a la ciudad para conquistarla, a diferencia de los recién llegados –"los de Narváez"– que perecen en los puentes.

Ya lejos de la ciudad, diezmados y perseguidos por los mexicas, intentan alcanzar territorio aliado: Tlaxcala. La *Historia de la conquista de México* resuelve en clave épica la narración de este doloroso hecho. La tristeza, reiterada varias veces en

⁵⁷ "Antes de llegar a la segunda estaba infinita gente de los contrarios sobre nosotros, combatiéndonos por todas partes, así desde el agua como de la tierra" (Cortés, 1993: 280). "Las centinelas de los enemigos y las guardas del templo y ciudad sonaron luego sus caracoles, y dieron voces que se iban los cristianos; y en un salto, como no tienen armas ni vestidos que echar encima y los impida, salió toda la gente tras ellos, a los mayores gritos del mundo (Gómara, 1988: CX-156). "E estando en esto suenan las voces e cornetas y gritas y silvos de los mejicanos, e dezian en su lengua a los de Tatelulco: 'Salid presto con vuestras canoas, qu' se van los teules y tajadlos que no quede ninguno con vida'" (Díaz del Castillo, 2005: CXXVIII-352).

la historia gomariana, muestra el ánimo que embarga al español ante el fracaso o la derrota, configurando un personaje no menos valiente por desasosegado. El historiador enfatiza esta sensación en el lector construyendo un dramático cuadro en el que el capitán detiene su huida para sentarse a contemplar lo perdido:

"Cortés a esto se paró y aún se sentó, y no a descansar, sino a *hacer duelo sobre los muertos y los vivos que quedaban*, y pensar y decir el baque la fortuna le daba con *perder* tantos amigos, tanto tesoro, tanto mando, tan grande ciudad y reino; y no solamente *lloraba la desventura* presente, más temía la venidera, por estar todos heridos, por no saber adónde ir y por no tener cierta guarida y amistad en Tlaxcallan; y ¿quién no llora viendo la muerte y estrago de aquellos que con tanto triunfo, pompa y regocijo entrado habían?" (Gómara, 1988: CX-156/7).

Las selecciones léxicas vinculadas al duelo –*dolor, muerte, perder, llorar*– se intensifican con la enumeración de lo perdido: "tantos amigos, tanto tesoro, tanto mando, tan grande ciudad y reino". El duelo atañe al lamento por el presente y al temor por el futuro: la derrota lo cubre todo en esta dramatización, aún cuando la escritura se produce conociendo el resultado final de la contienda. Ahondar esta imagen sirve también, retóricamente, para intensificar la grandeza del triunfo: el capitán será presentado como el único capaz de sujetar dos veces la ciudad, en un despliegue de valentía y virtud inigualables. Mientras tanto, aquí, la derrota obliga a la reflexión y al regreso. La representación de un capitán que se detiene *no a descansar*, sino a *pensar* y *llorar* construye una nueva diferencia con los mexicas, que ni siquiera detuvieron la batalla con la muerte de Motecuhzoma. En este retrato de Cortés – abrumado aunque no derrotado– el historiador cifra una caracterización del español como superior por sus virtudes morales. En la lógica de la *Historia de la conquista de México*, esto explicaría la victoria final.

Ahora bien, si la sensación de pérdida ante tanta *muerte y estrago* es total, también lo es la decisión de conquista. Recordemos el gesto que cierra la *Segunda carta de relación*: Cortés *nombra* el territorio que acaba de perder, y así se lo comunica al rey:

"Por lo que yo he visto y comprendido acerca de la similitud que toda esta tierra tiene a España, así en la fertilidad como en la grandeza y fríos que en ella hace, y en otras muchas cosas que la equiparan a ella, *me pareció que el más conveniente nombre para dicha tierra era llamarse la Nueva España del mar Océano; y así, en nombre de vuestra majestad se le puso aqueste nombre*" (Cortés, 1993: 308).

¿Qué más poderoso que nombrar aquello que se ambiciona, apropiación simbólica que anticipa la conquista efectiva? Escritas al calor de la batalla, las *Cartas de relación* transforman resolución en destino, edifican una Nueva España en las entrañas de esa Tenochtitlan que aún –en julio de 1520– se yergue, sugestiva, vencedora, entre las aguas salobres del inquietante lago de Texcoco.

V.5.2. ¿Derrotas? La Noche Triste en las crónicas mestizas

"Al cabo de los siete días después de haber sucedido grandes cosas,
los españoles con sus amigos los tlaxcaltecas, huetxotzincas
y demás naciones desampararon la ciudad."
FERNANDO DE ALVA IXTLILXÓCHITL

En más de un sentido, en las crónicas mestizas el relato de la llamada (por las crónicas de tradición occidental) "Noche Triste" pone a prueba la conformación del sujeto de la enunciación, las distintas adscripciones y consideraciones acerca de lo narrado, evidentes en una focalización algo extraña, difícil de asir por su elusividad. La posición de los narradores frente a este episodio marca lo que Rolena Adorno ha llamado las "posiciones simultáneas y divergentes del sujeto colonial", y nos permite acceder a una perspectiva "estereoscópica" (Todorov, 1974), ya no con respecto a los personajes sino a los enunciadores. La lectura comparada de la *Historia de Tlaxcala* y de las dos obras de Alva Ixtlilxóchitl que tratan este suceso –el *Compendio histórico del reino de Texcoco* y la *Historia de la nación chichimeca*–, exhibe una primera diferencia fundamental con las crónicas de tradición occidental: el uso de las fuentes indígenas tlaxcaltecas y texcocanas (pinturas, relatos y testimonios de protagonistas aún vivos en el momento en que se recavaron los datos). Si bien en todo momento los narradores se cuidan de referir a las historias occidentales como fuente principal para el lector, diferencian su locus enunciativo en el acceso a estos testimonios y pinturas, y en su rol de interpretación y traducción.⁵⁸ Este trabajo con distintas fuentes y su preeminencia sobre

⁵⁸ Por ejemplo, apunta el cronista texcocano: "Y todo lo más que he escrito y adelante escribiré, es según las relaciones y pinturas que escribieron los señores naturales recién ganada la tierra que se hallaron en los lances acontecidos en aquellos tiempos, porque en cuanto a las cosas de nuestros españoles, y más notables en aquestos tiempos, Francisco de Gómara en su *Historia de las Indias*, Antonio de Herrera en su crónica, el reverendo padre fray Juan de Torquemada en su *Monarquía indiana*, y como testigo de vista, el invictísimo don Fernando Cortés, marqués del Valle, en las cartas y relaciones que envió a su majestad, todos tratan muy específicamente, en donde los curiosos lectores hallarán a medida de sus

las crónicas de tradición occidental —a las que, no obstante, dicen subordinarse, en virtud del ajustado uso de la *captatio benevolentia*, en especial en la historia texcocana—, permitirá inscribir otras versiones de la Noche Triste, donde las escenas de batalla y el rol de las tropas cortesianas tienen menor peso, y donde los aliados y sus principales, en cambio, reciben espacios textuales centrales.

Claro que estas diferencias no las encontraremos en el sistema deíctico-pronominal: en concordancia con la posición requerida para habilitar el *locus* enunciativo, los españoles siempre son caracterizados como "los nuestros", *shifter* que señala tanto los protagonistas como la pertenencia común de narrador y lector, en el uso del posesivo. Si la tercera persona es la que predomina en estas crónicas, estableciendo una distancia con lo narrado más cercana a cierta objetividad de la historia que a la subjetividad del testimonio, la primera persona del testificante indígena hablará a través del trabajo narrativo del enunciador, del entramado de versiones y voces en la interpretación y traducción de relatos y pinturas.

En términos de conformación de subjetividades, el significado del par opositivo nosotros/ellos se desplaza y amplía con respecto a las crónicas occidentales, complejizando cada uno de sus componentes. Aquí, lo que define el contenido de ambos pronombres es la capacidad de percibir la diferencia y la heterogeneidad en la construcción del *nosotros* y del *otro*, lo cual también constituye una táctica de reivindicación del rol de cada población o cabecera. El *nosotros* involucra a españoles e indígenas aliados, donde tienen especial lugar los tlaxcaltecas, pero también otras poblaciones *amigas* o sojuzgadas, como los cempoaltecas o los de huetxotcingo, así como algunas referencias a *los de Narváez*, ya caracterizados de manera diferencial por las crónicas españolas. Este *nosotros* no implica la homogeneización o el olvido de la desigualdad y las relaciones de poder entre *amigos*, españoles y rehenes; por eso, se diferencia el rol de cada grupo en la batalla: facilitar la huida, recoger el oro o salvar a Cortés de una muerte segura. En cambio, en las crónicas occidentales el *nosotros* es menos abarcador y más tajante: identificado siempre con los españoles —y, en general, con las originales huestes cortesianas, en relato que expulsa a *los de Narváez*—, los indígenas no dejan de ser un *ellos* aliado o amigo, al que se le reconocen contribuciones

deseos lo que quisieren. *Prosiguiendo pues con la traducción de las dichas relaciones y pinturas, dice la de Tlaxcallan...* (Historia de la nación chichimeca, 1997: XC-67).

y valiosas ayudas,⁵⁹ útil también para culpar de ciertas cuantiosas pérdidas: "...y aunque algunos digan que se quedó allí mucha cantidad de oro y cosas, creo que no, porque los tlaxcaltecas y los otros indios dieron saco y se tomaron todo" (Gómara, 1988: CX-156).

En el otro componente del par opositivo, el *ellos* de las crónicas mestizas identifica en líneas generales a los mexicas, ofreciendo versiones encendidas y contrarias a éstos en la *Historia de Tlaxcala*, y otras, matizadas, en las historias texcocanas. En el primer caso, el cronista tlaxcalteca aúna versiones españolas y tlaxcaltecas para retratar a los mexica en términos de crueldad, ferocidad, porfía; cargando las tintas sobre su idolatría y antropofagia, sobre las amenazas de estos guerreros hacia los españoles y sus aliados; culpándolos abiertamente de la muerte de Motecuhzoma.

"Y tampoco bastó esto, antes como *gente obstinada en su desvergüenza se amotinaron contra su rey, llamándole de bujarrón y de poco ánimo, cobarde, con otras palabras deshonestas, vituperándole con deshonestidad*. Teniéndole en poco, le comenzaron a tirar con tiros de varas tostadas y flechas y hondas, que era la más fuerte arma de pelear que los mexicanos tenían, de suerte que le tiraron una pedrada con una honda y le dieron en la cabeza, de que vino a morir el desdichado rey" (Muñoz Camargo, 1998: 215).

Las historias texcocanas son más austeras y, aunque toman como fuente a las historias y pinturas tlaxcaltecas, se distancian de éstas al narrar a los mexicas, en especial cuando desplazan la focalización para relatar las muertes de sus principales a manos de los españoles: Motecuhzoma en el *Compendio histórico* y Cacama en la *Historia de la nación chichimeca*.

Los mexica "hicieron luego jurar al rey Cacama su sobrino, aunque preso, con intento de liberarle [...] mas no pudieron conseguir su intento, porque queriendo ya los españoles salirse huyendo de la ciudad aquella noche, antes le dieron cuarenta y siete puñaladas, porque como era belicoso se quiso defender de ellos; y hizo tantas bravezas, que con estar preso les dio en que entender, y fue necesario todo lo referido para poderle quitar la vida" (Alva Ixtlixlóchitl, *Historia de la nación chichimeca*, 1998: II-LXXXVIII/230).

"Moteczuma, viendo la determinación de sus vasallos, se puso en una cierta parte alta y reprendiólos, los cuales lo trataron mal de palabras, llamándole cobarde y enemigo de su patria, y aun amenazándole con las armas, en donde

⁵⁹ "...acordamos lo más presto que pudiéramos salir de aquel pueblo, y con cinco indios tascaltecas, que atinaban el camino de Tascalá, sin ir por camino, y nos guiavan con mucho concierto, hasta que llegávamos a unos caseríos que en un serro estaban, y allí junto un *cu*, su adoratorio como fortaleza, adonde reparamos" (Díaz del Castillo, 2005: CXXVIII-355).

dicen que uno de ellos le tiró una pedrada de la cual murió, aunque *dicen sus vasallos que los mismos españoles lo mataron y por las partes bajas le metieron espada*" (Alva Ixtlilxóchitl, *Compendio histórico*, 1997: 1-454).

Este relato, que brinda a su vez distintas versiones posibles sobre el mismo acontecimiento, pone en escena la conformación discursiva de un *entrelugar*, ni completamente adscrito a la perspectiva española ni a la indígena –tlaxcalteca o texcocana–, sino advirtiendo variables y matices, en crítica solapada al español, ya que la versión del asesinato de Motecuhzoma es adjudicada a los mexica. En cualquier caso, en líneas generales se trata de narrar desde el difícil lugar del aliado-subalterno, en tensión entre distintas perspectivas, aunando versiones del pasado y cosmovisiones en la reconstrucción de un *nosotros* que funcione como espacio textual de pertenencia para el *yo*.

En términos de la estructura de la trama, con respecto a las crónicas de tradición occidental es evidente la menor atención a las escenas de batalla, en una prosa que evita detenerse en la minucia del padecimiento o la valentía del soldado español, algo sólo mencionado con breves pinceladas en la medida en que sea funcional a la lógica del relato. Esto también se relaciona, infiero, con el decoro propio del subtexto autóctono, como veremos enseguida. Estas tramas presentan asimismo otro ordenamiento, donde comienzo de la huida, batallas en los puentes y acequias, llegada a Tacuba y huida hacia Tlaxcala son narrados de manera sintética, a grandes trazos, en especial en la *Historia de la nación chichimeca*, interrumpidos por digresiones, detalles o escenas que hacen al protagonismo de los principales autóctonos. En tanto, aquí vuelven a cobrar gran protagonismo Ixtlilxóchitl y los aliados texcocanos. Así, la *Historia de Tlaxcala* presenta un orden *desordenado*, vinculado con la subyacente estructura de la descripción que obliga a detenerse en ciertos datos geográficos o en los nombres y detalles de cada población, pero relacionado también con el lugar que le presta a ciertas digresiones, donde se perciben dos hipotextos: los relatos tlaxcaltecas, en especial el Lienzo de Tlaxcala –que ambos cronistas utilizan– a partir del protagonismo de Alvarado y de su salto, por un lado; el relato de los informantes de Sahagún en la mujer vieja que da el aviso de la salida de los españoles, por el otro.⁶⁰

⁶⁰ Acerca del famoso "salto de Alvarado" hay distintas versiones; la *Historia verdadera* en su ms Remón lo niega –en el momento de mayor enfrentamiento de Bernal Díaz con el capitán–; la *Historia de Tlaxcala* lo afirma, haciéndose eco de las versiones orales tlaxcaltecas y en consonancia con el buen vínculo de Alvarado y su familia con la provincia de Tlaxcala, donde

En cuanto a su trama, la historia texcocana –siguiendo el modelo historiográfico letrado– es ordenada alrededor de la figura de Cortés y de los principales indígenas. Aquí, las escenas de patetismo y de piedad para con los españoles son muy reducidas, y las referencias a tácticas de batalla, tretas de los indígenas y astucias cortesianas, escasas. La *Historia de Tlaxcala* sigue esta misma línea: la retórica testimonial de la experiencia y el padecimiento, tal como es presentada en las cartas de relación y en la *Historia verdadera*, no parece permear estos relatos; en cambio, las versiones autóctonas, mucho más controladas en este sentido –puesto que llevan hasta el decoro de la construcción retórica de la batalla la idea del valor y destino del guerrero mexicano– parecen estar en la base de estos relatos que atemperan quejas y padecimientos. Los *yaocuicatl* mencionados al principio del capítulo exhiben este decoro: se trata de hacer referencia metafórica a la batalla o de relatar escenas donde se enfrentan grandes y valerosos guerreros; la minucia del padecimiento corporal está por completo ausente en esta tradición discursiva; sus apariciones en textos poscortesianos parecen ser respuesta al intercambio con tradiciones discursivas occidentales. También es preciso tener en cuenta algunos objetivos fundamentales de estas historias: si la idea es reconstruir el pasado para incidir en los reclamos del presente, el patetismo del ataque y la muerte de las tropas españolas no tiene funcionalidad; es más, puede transformarse en argumento contrario. En este sentido también es que van cobrando densidad textual las figuras autóctonas, en especial en la inscripción de los nombres propios y en las promesas de Cortés, que las historias texcocanas detallan y reiteran. En cualquier caso, en ambas crónicas cobra progresivo espacio la transformación de la ciudad –con sus acequias colmadas de cuerpos de españoles y caballos muertos– en imagen especular al sitio de Tenochtitlan, un año más tarde, aunque ahora son los cuerpos de los españoles y sus aliados los que anegan los canales: “que las acequias y calles y pasos de donde habían quebrado los puentes, quedaban llenos de cuerpos muertos y las ciénagas y lagunas teñidas y vueltas en pura sangre” (Muñoz Camargo, 1997: 217). En este momento, ambos cronistas se detienen memorando nombres propios, historias, cautiverios, pérdidas:

“En este lugar y en otros aprietos en los que los nuestros se vieron prosiguiendo su retirada, *murieron entre otros señores que iban con Cortés así rehenes como*

éste tenía encomiendas. El grito de la anciana que alerta a los mexicas se refiere en el libro XII.

en su favor, cuatro señores mexicanos, que los dos eran hijos del rey Motecuhzoma y se llamaban Xoacontzin, Tzoacpopocatzin, Zepactzin y Tencucuenotzin, y de las cuatro hijas de Nezahualpiltzintli que se le dieron en rehenes murieron las tres [...]. Murieron otros dos hijos del rey Nezahualpiltzintli; y asimismo murió en esta demanda Xiuhtototzin uno de los grandes *del reino de Tezcuco, señor de Teotihuacan*, que era capitán general de la parcialidad de *Ixtlilxóchitl*, que en su nombre había ido a favor y ayuda de Cortés y los suyos” (Alva Ixtlilxóchitl, *Historia de la nación chichimeca*, 1997: II-231).

Esta inscripción de nombres propios –un memorial de principales muertos en la huida–, cierra el capítulo de la historia texcocana, con tono de lamento y queja, en especial porque refiere tanto aliados como *rehenes*, subrayando algo que las crónicas españolas apenas mencionan: la complejidad del enfrentamiento bélico, sus alianzas y apuestas; aquello que todos perdieron, no sólo los españoles: la propia vida.⁶¹ Además, la cuidada rememoración de estos nombres propios devuelve entidad a estos sujetos, funciona como inscripción que es también memorial respetuoso; modifica el tono y la prosodia de la historia texcocana, atravesada ahora por las suaves sonoridades del náhuatl, sus acentuaciones graves, la belleza de sus sintagmas nominativos. Se trata entonces de una memoria que se plasma en la lengua y de una lengua que atraviesa el texto castellano para dejar su huella, aún a través de la mediación y transformación escrituraria.

Por último, en el entramado y la relectura que constituyen las crónicas mestizas, la *Historia de la nación chichimeca* vuelve sobre la historia gomariana y la entrelaza con las fuentes autóctonas, transformando el lamento cortesiano en alianza y promesa. En el inicio del capítulo inmediatamente posterior a la muerte de principales y rehenes, cuando Cortés, sus tropas y sus aliados han escapado de Tenochtitlan por Tacuba y observan la ciudad perdida, se relata la siguiente escena:

“...se paró allí el capitán Cortés, triste, afligido y derramando muchas lágrimas, viendo por una parte la muerte de tantos compañeros y amigos, que dejaba muertos en poder de sus enemigos [...] y viendo cerca de sí a *Aexotécatl*

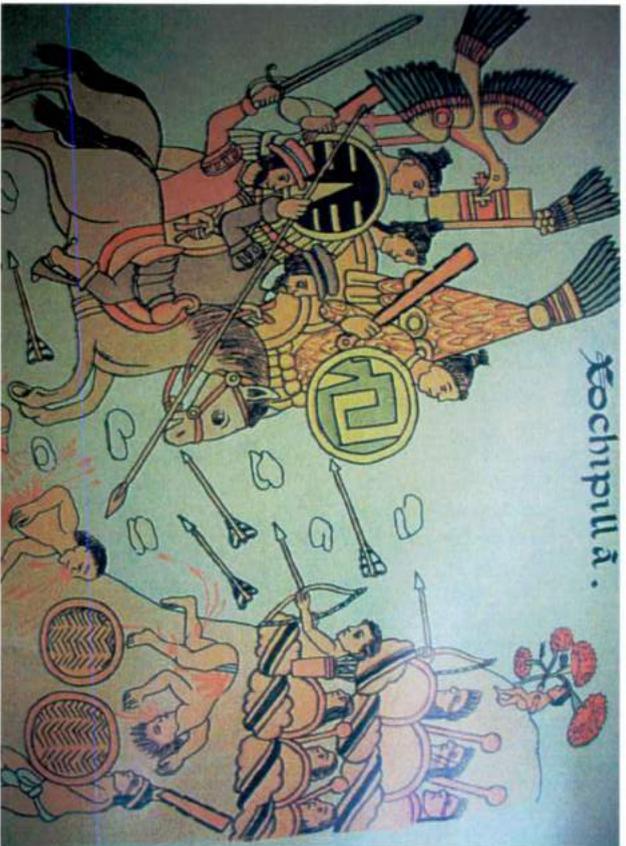
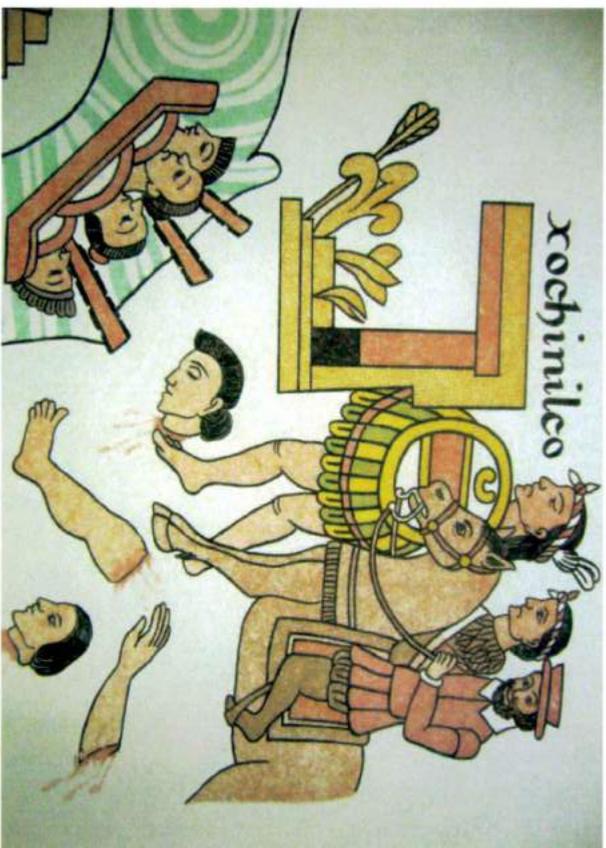
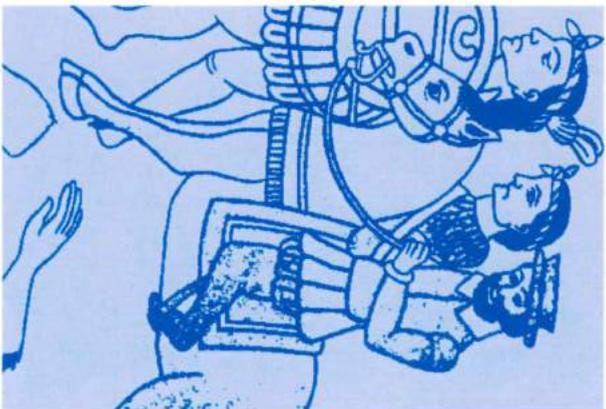
⁶¹ Cortés y López de Gómara aluden a este hecho de manera genérica, refiriendo apenas la identidad de los principales; Bernal Díaz lo silencia. “En este desbarato se halló por copia que murieron ciento y cincuenta españoles y cuarenta y seis yeguas y caballos y más de dos mill indios que servían a los españoles, entre los cuales mataron al fijo y fijas de Muteecuma y a todos los otros señores que tralamos presos” (Cortés, *Segunda carta*, 1993: 282); “Murieron en el desbarate de esta triste noche, que fue el 10 de julio del año de 20 sobre 1500, cuatrocientos y cincuenta españoles, cuatro mil indios amigos, cuarenta y seis caballos y creo que todos los prisioneros. Quien dice más, quien menos; pero esto es lo más cierto” (Gómara, 1988: CX-157).

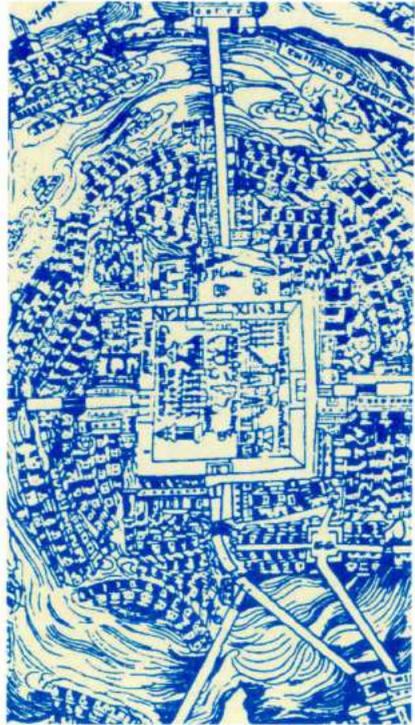
*Quetzalpopocatzin hermano de Maxicatzin, Chalchiuhtécatl, Calmecahua y otros caballeros y señores tlaxcaltecas, y a Tecocoltzin y Tocopacochtzin con otros señores que iban en rehenes, hijos del rey de Tetzcuco Nezahualpiltzintli y de Motecuhzoma, dijo por lengua de Marina: que no tuviesen aquel llanto y tristeza que en él había por falta de ánimo, pues no era; sino lo uno por los muchos compañeros y amigos que dejaban muertos, y lo otro por las señaladas mercedes que Dios obraba en él. [...] Y que les daba su fe y palabra a todos los señores que le eran leales y amigos, que si salía con victoria y conquistaba la tierra, no tan solamente los conservaría en sus estados y señoríos, sino que también en nombre del rey de España su señor, se los aumentaría y los haría participantes de lo que allí sojuzgase y conquistase” (Alva Ixtlilxóchitl, *Historia de la nación chichimeca*, 1997: II-LXXXIX/232).*

La derrota sella la alianza y se transforma en oportunidad que estos cronistas no olvidan: la resolución de asolar México ya no es sólo producto de la voluntad cortesiana –como en el relato gomariano, en la tradición del relato bélico. Ahora, ante el llanto y el lamento, el capitán se vuelve para ver a su lado, *cerca de sí*, a aliados y rehenes, a quienes debe explicar su congoja, comprensible y extraña a un tiempo para la lógica guerrera mexicana. En el texto, la posición espacial de estos personajes (que remeda también las escenas presentadas por el *Lienzo de Tlaxcala*) y la remembranza meticulosa de los nombres propios de los principales indígenas establece una escena de cercanía, contigüidad y alianza, donde la resolución de tomar México se sella sólo en virtud de estas presencias. Pero dicha presencia no es sólo épica, ni tampoco gratuita: por ello, el cronista se cuida de inscribir casi de inmediato las promesas cortesianas, en un discurso que se dice *por lengua de Marina*, a la que mucho parece debérsele en la correcta transmisión de este pedido y de esta oferta, algo lejanos o ilusorios en estos momentos de derrota. Pensemos que, si los españoles eran abandonados a su suerte por tlaxcaltecas, texcocanos y otros aliados, muy probablemente habrían perecido –de hambre, sed, heridas y en distintas escaramuzas– perseguidos por los mexicas...

Entonces, el llanto cortesiano por la ciudad perdida también es enfático pedido de ayuda, recubierto por las promesas futuras de reconocimientos, conservación de señoríos y aumento de éstos, participación en todo lo que *sojuzgase y conquistase*. La escena, tramada a partir de las versiones tlaxcaltecas, representa el clímax en el cual se sella la alianza. A partir de aquí, los despliegues para sitiar Tenochtitlan exhiben el cumplimiento de lo pactado por parte de las poblaciones autóctonas y funcionan sosteniendo los reclamos por algo que les corresponde de suyo, por palabra y promesa del capitán. Así, tal como está narrada esta escena, la derrota es también una

posibilidad y un pacto: en esa doble valencia se instala la trama de voces de las crónicas mestizas, para rememorar las alianzas y promesas resultado de esta noche... ¿triste?





**Tramas de la
espacialidad**

6

Escribir y conquistar: historia de las ciudades

Aquí cayeron los antepasados.
Pueblos hábiles para la Guerra, temerosos
de sus hoscas deidades.
Con manos delicadas para tallar la piedra,
entreteter las plumas,
abrir el pecho del cautivo
-y con lágrimas
para llorar después la servidumbre.

JOSÉ EMILIO PACHECO,
Ruinas del Templo Mayor

VI.1 Imágenes de ciudades

"Las ciudades, como los sueños, están construidas de deseos y de miedos, aunque el hilo de su discurso sea secreto, sus reglas, absurdas, sus perspectivas engañosas y toda cosa esconda otra".

ITALO CALVINO

Diversas aproximaciones críticas coinciden en señalar la estrecha vinculación entre historia, literatura y ciudad. Esta concepción de la ciudad como objeto, problema y espacio de contacto no es nueva ni privativa de la literatura, sino que responde a una perspectiva inscripta largamente en las ciencias sociales. Si la pregunta que abre el estudio de José Luis Romero, *Latinoamérica, las ciudades y las ideas*, sobre el papel de las ciudades en el proceso histórico latinoamericano resulta viable es porque "las ciudades –esto es, las sociedades urbanas y su densa creación– parecen ofrecer alguna clave aprehensible en medio de un cuadro muy confuso" ([1973] 2001: 9). Se parte de la tesis de la centralidad de la ciudad como lugar donde leer las claves de un desarrollo, político y sociocultural que pareciera darse en ella, con relación a ella y entendiéndola como condición de posibilidad.

En América Latina, la ciudad ha sido referente y objeto de constitución de una idea de territorio, alteridad, contacto y conquista ya desde la llegada de Colón a la isla de Guanahini.⁶² Ha sido también lugar de inscripción de un orden extraño (la cosmovisión cristiana occidental en la de los pueblos originarios) tanto como de la palabra, la escritura y la violencia (real y simbólica) sobre el *otro*; zona de disputa de poder y autoridad entre españoles y naturales, y entre los españoles mismos. Esta urbanización progresiva y sostenida, de similares características al principio y ajustada a las peculiaridades del territorio luego, fue punta de lanza y eje estructurador de un modelo de sociedad y de cultura que basó en el orden, el poder y la dependencia de las colonias su lógica intrínseca y su razón de ser.

La colonización del Nuevo Mundo fue posible porque, antes, "España imaginó su imperio colonial como una red de ciudades" (Romero, [1973] 2001: 12) donde se constituiría una sociedad *nueva* aunque dependiente, subordinada. El supuesto que subyace es el de la tierra conquistada como un espacio culturalmente vacío, sobre el cual se imprimía el requerimiento, símbolo del comienzo del mundo nuevo. Como

⁶² Las primeras fundaciones corresponden al fuerte Navidad y a la Isabela, nombrada en honor a la reina Isabel la Católica.

vimos en los capítulos anteriores, para ello era necesario traducir, prescribir, prever, nombrar: pasos que actúan en el universo de lo simbólico antes que en lo fáctico, pero que son su condición de posibilidad. En esta línea, para explicar la tensión que constituye la historia del continente en los últimos quinientos años, es preciso concebir los procesos tanto en términos de continuidad como de ruptura y cambio.⁶³ En la peculiaridad de la conquista europea se produce la reunión de "una teoría de la sociedad y la cultura y una experiencia práctica que España tradujo en una política" (Romero [1973] 2001: 13). De este modo, se imagina y regula la ciudad virtual y se erigen las primeras ciudades de Indias, definidas por su funcionalidad: las ciudades–fuerte y las ciudades–puerto. Conquista y defensa, comercio y comunicación, estas urbes –muy distintas en apariencia– cobran interdependencia en una red mayor y son el paso inicial del proceso de conquista y colonización como estaba previsto.⁶⁴

⁶³ José Luis Romero abre su ensayo con la referencia al primer ciclo de expansión europea, que se produce entre los siglos XI y XIV, porque entiende que la conquista y colonización del Nuevo Mundo es un segundo ciclo de expansión que no puede explicarse sin alusión al primero, tesis que comparto. En esta extensa línea temporal se sustentaría la génesis de las ciudades modernas y de América Latina, entendida como condición de perdurabilidad del mundo occidental y como "invención" no menos de cuatro siglos antes de 1492. En la génesis de esta primera expansión europea, comienza a aparecer la lógica de *lo nuevo* como necesidad y motor, reforzando así la dinámica de la ampliación de las fronteras como decisión de gobierno que anuda ciudad y poder. En este análisis histórico-filosófico, de riguroso orden diacrónico, Latinoamérica se constituye, a partir del SXVI, como "una proyección del mundo europeo, mercantil y burgués [donde las ciudades], vigorosos centros de concentración de poder, aseguraron la presencia de la cultura europea, dirigieron el proceso económico y, sobre todo, trazaron el perfil de las regiones sobre las que ejercían su influencia y, en su conjunto, sobre toda el área latinoamericana" ([1973] 2001: 10).

⁶⁴ La historiografía acerca de las ciudades del Nuevo Mundo es profusa. Aquí me limito a quienes trabajan específicamente la ciudad de Tenochtitlan en el momento de la conquista y las primeras ciudades indígenas encontradas a lo largo de "la ruta de Hernán Cortés". Me ha resultado de suma utilidad el ya citado libro de José Luis Romero (2001) y, más reciente y general, *Las ciudades latinoamericanas* (2009) y de Richard Morse *Las ciudades latinoamericanas* (1976). En cuanto a las ciudades mesoamericanas en general, es muy valioso *El pasado indígena* de Alfredo López Austin y Leonardo López Luján (1996), que además brinda profusa información acerca de la organización política, social, cultural y económica de Mesoamérica desde el Preclásico hasta el Posclásico. Respecto de la ciudad de México hasta 1521, el historiador mexicano José Rubén Romero Galván analiza los elementos míticos y prácticos de la fundación de la ciudad (2002) y contrapone la fundación mítica de Tenochtitlan con la segunda fundación, llevada a cabo por los españoles a partir de 1521 en su destacable "La ciudad de México: los paradigmas de dos fundaciones" (2004), en el que rastrea las huellas de la antigua Tenochtitlan en la organización territorial de México. Con respecto a las representaciones icónicas de la ciudad, con respecto a las representaciones icónicas de la ciudad, la primera representación occidental es el mapa de Tenochtitlan atribuido a Hernán Cortés que acompaña la edición latina de la *Segunda carta de relación* -Nuremberg, 1524- (véase Anexo mapas). José Rabasa analiza el mapa de Tenochtitlan que acompaña la *Segunda carta de relación* y demuestra que en esas

No obstante, si la "ideología extremada del imperio que aspiraba a moldear la realidad construyendo ciudades y sociedades que debían reflejarla era totalizante y sin fisuras" (Romero [1973] 2001: 15), el Nuevo Mundo pronto resquebrajó este ideal megalómano. Romero subraya aquí algo fundamental: si la "toma de posesión del territorio fue total" ([1973] 2001: 15), este encuentro y este territorio fuerzan la transformación, el ajuste y la revisión de los parámetros de conquista, si bien la tensión real-ideal se sostendrá siempre.⁶⁵ Conquista y ciudad contribuyen a delinear un tipo de conquistador cuya mentalidad asocia ideal y experiencia, que actúa y resuelve en ese complejo entramado. El ciclo de las fundaciones dibuja un "nuevo mapa de un nuevo mundo, urbano e intercomunicado" (Romero, [1973] 2001: 15) sobre las ruinas de las ciudades destruidas o sometidas.

En el plano de las representaciones, el Nuevo Mundo revitalizó preocupaciones, leyendas, ideales y utopías. Sobre este territorio se proyectaron comunidades ideales vinculadas al humanismo, ciudades edénicas o inspiradas por el espíritu milenarista vigente en la época.⁶⁶ En el vasto y heterogéneo territorio del Nuevo Mundo, varios modelos de ciudad parecen ponerse en conflictivo contacto: la ciudad medieval, la urbe romana, las concepciones renacentistas del espacio urbano, las ciudades originarias.⁶⁷ En las crónicas que nos ocupan, las ciudades mesoamericanas y las nuevas villas fundadas por los españoles son presentadas como núcleos y ejes

coordenadas ya puede leerse un "discurso de conquista" muy distinto a un "discurso de exploración" (1993: 95); Bárbara Mundy identifica allí el vínculo entre esta representación del espacio y sus usos para la justificación de la conquista y la expansión imperial (1998). No podemos olvidar, por supuesto, la mirada de Ángel Rama en *La ciudad letrada* (1984); el capítulo "La ciudad ordenada" es el que más interesa aquí.

⁶⁵ Afirma al respecto Richard Morse: "La organización social fue dictada por el medio ambiente y las oportunidades más que por el uso y el ceremonial. El factor determinante de la experiencia americana fue el espacio, más que el tiempo" (1976: 121).

⁶⁶ Estas imágenes son explicadas y sintetizadas por Richard Morse en *Las ciudades latinoamericanas* (1976). Beatriz Pastor analiza el *locus utópico* en América en *El jardín y el peregrino* (1999).

⁶⁷ En torno a las ciudades latinoamericanas se han formulado distintas hipótesis, que enfatizan la adscripción de modelos occidentales, ya sea la ciudad medieval o la ciudad del Renacimiento. Ambas se basaban en afirmaciones acerca del supuesto desorden de la primera y del estricto orden y planificación de la segunda que investigaciones recientes han relativizado. En la historiografía acerca de las ciudades del Nuevo Mundo, las tesis más interesantes destacan la experiencia de este impacto y los heterogéneos modos en que se resolvieron los desafíos, lo cual no implica desconocer los intentos de regulación del espacio urbano por parte de la Corona, explícitos ya en las instrucciones acerca del trazo de las ciudades que Pedrarias Dávila trajo al continente en 1514.

organizadores de la expedición de conquista. Esto es especialmente evidente en las *Cartas de relación* y en la *Historia verdadera*, donde el relato suele regirse por un derrotero previamente experimentado, cuyo ambicioso afán de apropiación identificaba las ciudades como objetivos principales y ejes de los desplazamientos. Pero Mesoamérica también era un vasto territorio articulado a partir de ciudades centrales; presentaba un tejido urbano donde la guerra se basaba en someter (por medio de la guerra y el tributo) poblados enemigos –de allí la enorme ventaja de los españoles, estos hombres sin ciudad conocida.

Con mirada retrospectiva, estas crónicas construyen, recuerdan, evocan ciudades mesoamericanas o españolas, las comparan con la ciudad natal (Medina del Campo) o con ciudades famosas, admiradas, extrañas, modélicas (Venecia, Sevilla, Salamanca, Roma, Jerusalén). Entre la retórica descriptiva y la experiencia, entre las ciudades míticas y la majestuosidad de los espacios mesoamericanos, estas crónicas erigen distintos tipos de urbes con funciones textuales diversas. Encontramos así ciudades que afirman la presencia española en tierras mexicanas (Villa Rica), ciudades aliadas (Cempoala, Tlaxcala), ciudades del castigo y la matanza (Cholula), ciudades ambicionadas y destruidas (Tenochtitlan).

VI. 2 Primeras fundaciones

"La mirada que percibe el espacio es apelación a la palabra, rechazo de la violencia que con esta percepción misma se le hace: el sujeto estaría poseído por el espacio, fagocitado por él si la palabra no invirtiese esta relación dramática."

PAUL ZUMTHOR

Violencia, fagotización, posesión: los relatos de la fundación de la primera ciudad española en Mesoamérica unen percepción y lenguaje para conjurar estos fantasmas. Más aún: estas crónicas invierten su signo y hacen de la fundación –nominal tanto como efectiva– la marca de un poder que se construye en forma progresiva luego de las primeras batallas: la Villa Rica se funda luego de la batalla de Cintla y lleva la impronta de sus proyecciones alegóricas. Es la palabra del conquistador (cronista, soldado o historiador) la que se apropia del espacio invirtiendo la dramática relación de posesión, como señala Paul Zumthor; también es la que recrea la violencia simbólica de nombrar el mundo americano, con la certeza de la legitimidad de este

gesto.⁶⁸ No obstante, para llegar hasta aquí, para poner a funcionar la maquinaria de la apropiación, la nominación, la inscripción de lo propio en lo *otro*, ha sido preciso transitar, batallar, vencer, quemar: la primera ciudad española en tierras mexicanas sólo puede ser fundada –en principio, simbólicamente– luego de haber *dado con las naves al través*, asegurando la imposibilidad de retorno, y de haber vencido en la batalla de Cintla, alegoría providencialista que connota la victoria.⁶⁹ Cada uno de estos acontecimientos constituye un mojón en el itinerario que define el viaje de conquista, donde el recorrido "consiste en una sucesión de nombres de lugares o su descripción, ordenados cronológicamente" (Rodríguez, 2008: 9). Se vuelve entonces sobre el

⁶⁸ Nombrar como forma de apropiación de un territorio concebido como *tabla rasa* forma parte de la historia del Nuevo Mundo desde el primer viaje de Colón. Pero el gesto va mucho más allá en la tradición occidental: desde el relato bíblico del gesto adánico de nombrar el mundo (que se pierde con la multiplicación de las lenguas en la amenazante Babel) hasta el "modelo de Hércules nombrando cada ciudad del territorio hispánico" (Funes, 2008). Con respecto a las crónicas de Indias, numerosos críticos se han referido a este tema, desde gran variedad de perspectivas. Edmundo O' Gorman explica que la designación de "Nuevo Mundo" que utilizaron Colón y Vespucci implicaba la inscripción de esas tierras en la cosmovisión occidental, y designaba, por contraposición con el "Viejo Mundo" ya conocido, "un ente ya conocido en la constitución y ser de mundo, nuevo, pues, sólo por la circunstancia de su reciente hallazgo" ([1958] 2004: 151). Al referirse a la fundación de las ciudades por parte de los conquistadores, Ángel Rama recuerda que "a pesar del adjetivo con que acompañaron los viejos nombres originarios con que designaron las regiones dominadas (Nueva España, Nueva Galicia, Nueva Granada), los conquistadores no reprodujeron el modelo de las ciudades de la metrópoli de que habían partido, aunque inicialmente todavía vacilaron y parecieron demorarse en soluciones del pasado" (1984: 11). Subraya así la distancia entre ideal y experiencia en el desarrollo de las ciudades americanas. En el avance de conquista, el cambio de toponimia era norma, práctica colonizadora fundamental y fundante de las representaciones europeas del continente. Martín Lienhard sostiene que a "través de la cristianización de la toponimia autóctona, el poder europeo se inscribe, algo más que metafóricamente, en el paisaje. [...] El repertorio de los nuevos topónimos, no es difícil constatarlo, es la esfera del doble poder político-religioso que representan los conquistadores" (1990: 51–2). Con respecto al corpus colombino, Noé Jitrik desglosa las distintas inflexiones del nombrar en *Historia de una mirada* (1992). Como ocurre en el caso de la Villa Rica, los nuevos nombres inscriben la cosmovisión cristiana en un espacio que se pretende virgen y, por lo tanto, apropiable.

⁶⁹ La sonada anécdota de la quema de las naves ha sido objeto de numerosas disputas historiográficas. En verdad, tanto Cortés como Bernal Díaz se refieren a *dar con las naves al través*, esto es, encallar las naves en la costa para que no puedan ser reutilizadas en un probable intento de regreso a Cuba. En verdad, las naves nunca fueron quemadas exactamente; esta versión –de gran fortuna luego– fue consignada en primer lugar por Cervantes de Salazar y, luego, por Juan Suárez de Peralta (Reynols, 1959; Amor y Vázquez, 1961). La realidad es más interesante y sugestiva: las naves fueron inutilizadas, de acuerdo a un plan propuesto por Cortés y llevado a cabo por algunos marinos y "maestros que le eran adictos" (Miralles, 2004b: 121) y los restos quedaron en la costa y en la Villa Rica. Cuando decide construir los bergantines para asolar México, recupera algunos elementos de estos barcos y, con ellos, sitia y toma la ciudad. La astuta reconversión (en su sentido literal y en su reverberancia metafórica) es evidente: el gesto que clausura el regreso asegura, a posteriori, la conquista.

movimiento textual propio de todo viajero-conquistador: transitar, nombrar, poblar (López de Mariscal, 2004). Ahora bien: para poblar es preciso fundar; para nombrar, es preciso conquistar; para ambos, es preciso un tránsito por territorio ajeno que, como vimos en el capítulo anterior, dista de ser uniforme o pacífico, lineal u homogéneo, incluso a pesar de la insistencia en un avance irreductible, rectilíneo, que la trama de la *Carta de Veracruz* busca connotar para el destinatario real. Por eso, las crónicas de tradición occidental brindan un lugar especial y específico a la Villa Rica en la trama de la conquista; en más de un sentido, esta fundación es espacio liminar en el relato, instauro un final y un comienzo; marca también la naturaleza del viaje de conquista como un desplazamiento con un claro punto de partida, pero ya sin posibilidad de regreso.⁷⁰

En una primera instancia la ciudad funciona a partir de sus valencias simbólicas: permite organizar el poder en la expedición –Cortés es nombrado capitán una vez que se instauro el cabildo de la Villa Rica–; marca el pasaje definitivo de la exploración a la conquista; intenta encuadrar las acciones de estos cuatrocientos hombres en el marco legal impuesto por la Corona, en cierta ficción de legitimidad y obediencia que todas estas crónicas construyen, atentas también a las posibles consecuencias de cualquier sospecha de autonomía o rebelión, ante el fantasma de los alzamientos de los comuneros en Castilla. Así, la llegada a la ciudad es presentada de manera sintagmática, progresiva; producto de una serie de pasos previos y, a la vez, instancia liminar que define el pasaje efectivo hacia la conquista. En las *Cartas de relación*, esta manera de aproximarse a la Villa Rica en la trama de la historia construye la irreductible linealidad que, más allá de los sinuosos caminos de la expedición, las derrotas y los asedios, significa la victoria final.

Distinto es lo que ocurre en nuestras crónicas mestizas, puntualmente en la *Historia de la nación chichimeca*, única que se detiene pormenorizadamente en la Villa Rica y sus fundaciones. En esta crónica, el itinerario del viaje de conquista pierde espesor, textura, ganado a su vez por otro tipo de focalización: podríamos hablar de una perspectiva apical que cartografía el espacio del valle de México de manera

⁷⁰ Recordemos que ni Cortés ni Bernal Díaz vuelven a asentarse directamente a Castilla, aunque viajen varias veces a la Península. En este caso, el vínculo se ha invertido: indios ya, el viaje a España es herramienta que les permite obtener bienes o intervenir en reclamos vinculados con sus posiciones respectivas en la Nueva España. Incluso Cortés, que muere en España, pide ser enterrado en México, y hace trasladar los restos de sus padres también a esa ciudad.

relacional, a partir de los vínculos entre las distintas poblaciones indígenas, incorporando la Villa Rica a ese tejido urbano. Aquí, también la nominación cambia de sentido, en consonancia con el constante esfuerzo de traducción y armonización: en la trama de la historia texcocana, se narran dos espacios, superpuestos; la existencia de un espacio *anterior* (contra la idea de la tabula rasa), autóctono, en el cual se imprime otro derrotero, el itinerario de los conquistadores. Nuevamente, no hay borramiento sino convivencia, también yuxtaposición de fuentes y modos de concebir la espacialidad. Por eso, en numerosas ocasiones estas crónicas exhiben una focalización vinculada con el modo de representación espacial autóctono, las *pinturas* o códices, donde cada ciudad se inscribe a partir del glifo que indica su nombre y ubicación, inserta en el contexto natural que le da origen y sentido (sierras, lagos, espacios propicios para la siembra, por ejemplo), unidas entre sí por caminos, claramente marcados en el código con la representación de sinuosos senderos y glifos de pasos. (Véase Anexo mapas.)

En la tradición autóctona, se trata de leer cada ciudad en su contexto natural y social, en sus vínculos relacionales con el entorno, con otras poblaciones, con su historia pasada. De este modo, las crónicas mestizas remedan también la representación simultánea, superpuesta, del código, al tiempo que aúnan las versiones de las distintas fuentes para iluminar algunas poblaciones elididas en las crónicas de tradición occidental, exhibiendo otros modos de la legalidad y la legitimidad, distintos de los que se aúnan en la Villa Rica.

VI.2.1 La doble fundación de la Villa Rica de la Vera Cruz

La Villa Rica de la Veracruz presenta dos fundaciones: una, simbólica; otra, efectiva. De ellas dan especial cuenta las crónicas de tradición occidental. La *Carta de Veracruz* destaca la primera fundación y desdibuja la segunda, creando así un relato unificador de ambos acontecimientos, relacionado con la legalidad en la que se sostienen las ambiciones de los conquistadores. Los textos de López de Gómara y de Bernal Díaz se ocupan de marcar la diferencia entre esas instancias e instauran dos momentos de distintas implicancias simbólicas: el primero, acordar, repartir el poder, fundar y dar mandato de poblar; el segundo, organizar el espacio y construir la fortaleza: levantar la ciudad. Si, astutamente, la *Historia de la conquista de México* presenta la escena de un "cabildo entero, [conformado] en nombre del Emperador, su natural señor" (Gómara,

1988: XXX-48) que se constituye invocando al rey, aunque a sus espaldas o más bien amparado en la distancia y el silencio, es en la contraposición de las dos fundaciones donde se percibe la desobediencia cortesiana y se verifica el enorme peso de la ley –y el castigo– en la conquista.⁷¹

"Y acordado esto nos juntamos todos y acordes de un ánimo y voluntad, hicimos un requerimiento al dicho capitán en el cual dijimos: que pues él veía cuánto al servicio de Dios Nuestro Señor y al de vuestras majestades convenía que esta tierra estuviese poblada [...] Y luego comenzó con gran diligencia a *poblar y a fundar una villa, a la cual puso por nombre la Rica Villa de la Veracruz y nombrónos* a los que la presente suscribimos, por alcaldes y regidores e la dicha villa, y en nombre de vuestras altezas reales *recibió el juramento y solemnidad* que en tal caso se acostumbra y suele hacer" (Cortés, *Carta de Veracruz*, 1993: 136).

El *nosotros* enunciador diluye la responsabilidad del capitán en un acuerdo colectivo. En verdad, construye una responsabilidad plural, arma de doble filo tanto frente al posible triunfo como al posible castigo. Dramatiza una decisión colectiva; trastoca la ambición de Cortés en pedido, deber, mandato.⁷² Los usos verbales definen las acciones que organizan la conquista: nombrar, poblar, fundar, organizar el cabildo en nombre del rey. La contigüidad textual de los términos organiza una dinámica de efectiva y legítima toma de posesión. La Villa Rica es pilar de la justificación de dicha legitimidad: la ciudad es imprescindible dada la forma en que el poder se constituye. Bernal Díaz agrega: "E luego le dimos poderes muy vastísimos delante de un escribano del rey que se dezía Diego de Godoy" (Díaz del Castillo, 2005: XLII-105). Más allá del uso de la primera persona del plural tanto en la *Carta de Veracruz* como en la *Historia verdadera*, las consecuencias son claras: Cortés queda a cargo de la expedición y organiza un avance que descarta cualquier idea de mero *rescate*.

El derrotero del conquistador se articula, como señalé más arriba, sobre una serie de acciones básicas: transitar, nombrar, poblar; es decir, apropiarse *de*, aprehender la novedad a través del signo. Esa operación supone acercarse al objeto

⁷¹ Legalidad y castigo que tienen su mejor representación en la picota y la horca, erigidas de inmediato: "Y fundada la villa, hizimos alcaldes y regidores [...] y *diré cómo se puso una picota en la plaza y fuera de la villa una horca*" (Díaz del Castillo, 2005: XLII-106).

⁷² Nuevamente, es Bernal Díaz quien mejor marca las sutilezas del carácter del capitán, en una frase que con ingenio recurre al refrán popular: "Por manera que Cortés aceptó, y aunque se hacía mucho de rogar, y como dicen el refrán, tu me lo ruegas e yo me lo quiero" (2005: XLII-105).

percibido o ambicionado, pero también alejarse de él al nombrarlo con una lengua extraña –en este caso, la lengua castellana. *Villa Rica de la Veracruz*. el énfasis en la explicación del nombre adquiere progresivos matices de las *Cartas de relación* a la *Historia verdadera*.

"Y luego comenzó con gran diligencia a poblar y a fundar una villa, a la cual puso por nombre la Rica Villa de la Veracruz" (Cortés, 1993: 136).

"Y puso nombre al consejo de la villa rica de la Veracruz, porque el *viernes de la Cruz habían entrado en aquella tierra*" (Gómara, 1988: XXX-48).

"Y luego ordenamos de hazer y fundar e poblar una villa que se nonbró la Villa Rica de la Vera Cruz, porque llegamos *Jueves de la Cena e desembarcamos en Viernes Santo de la Cruz, e rica por aquel cavallero que dixe en el capitulo [---] que se llegó a Cortés y le dixo que mirase las tierras ricas y que se supiese bien gobernar*, e quiso dezir que se quedase por capitán general, el cual era Alonso Hernández Puertocarrero (Díaz del Castillo, 2005: XLII-105/6).

El ordenamiento escalonado de las citas evidencia los variados énfasis en diversas facetas de la nominación. Si la *Carta de Veracruz* no se extiende en la justificación del nombre es porque aquí la fundación de la *villa* se destaca por su función performativa. En cambio, el clérigo soriano puntualiza la connotación religiosa, algo que también despliega el soldado medinense. En todos ellos, el término *Veracruz* se explica por su relación con las implicancias simbólicas de la entrada en estas tierras durante un Viernes Santo, fiesta fundamental de la cristiandad que da sentido a toda la doctrina. Este término, *Veracruz*, convoca un eje temporo-espacial de complejas articulaciones: remite a la Pascua con su idea tanto de sacrificio como de triunfo (a partir de la resurrección) e inscribe, desde la nominación, la temporalidad occidental-cristiana en una temporalidad mesoamericana a la que se superpone, silenciándola.⁷³ En términos espaciales, remite a la cruz, poderoso símbolo de la cristiandad, fuertemente connotado con imágenes de martirio y salvación; vinculado también a la noción de espacio abierto que confluye en un centro. En el sugerente

⁷³ Si muchos de los nombres indígenas de objetos, alimentos y poblaciones son recuperados en estas crónicas, ya sea para explicarlos, corregirlos o reemplazarlos, no ocurre lo mismo con los modos de medición temporal mesoamericana, por completo obliterados. Este es, sin embargo, uno de los ejes centrales del imaginario mesoamericano, complejo y distante con respecto al calendario de la cristiandad y quizá por eso de difícil comprensión. Pero su significación es crucial. Con respecto a las concepciones del tiempo en Mesoamérica véase, entre otros, el clásico de Miguel León Portilla, *La filosofía nahuatl estudiada en sus fuentes* ([1956] 2006) y *El tiempo en Mesoamérica*, volumen coordinado por Virginia Guedea (2004).

libro *La medida del mundo*, Paul Zumthor explica que "forma abierta, la cruz es marca perfecta del centro, universalidad triunfante. El cristianismo, a partir del siglo VI, clavó sobre este símbolo cósmico (historizado por el recuerdo de la Pasión) el cuerpo de su Salvador martirizado –que hasta el siglo XI, por no decir el XII, los artistas enmarcarán con los símbolos gloriosos de la victoria" (1994: 23). La cruz articula suplicio, fe y gloria: elementos que, en la sesgada perspectiva de nuestros cronistas, definen también el derrotero de la conquista y uno de sus finales posibles, el más anhelado –el más improbable a esta altura de los acontecimientos–. En su dimensión espacial, Veracruz se configura como extremo de la segunda fase del itinerario de conquista, allí donde se pasa del viaje fluvial al terrestre: "Y otro día caminamos tierra adentro hacia el poniente, y dexamos la costa" (Díaz del Castillo, 2005: XLVI–109). Se conforma entonces el inicio de la ruta hacia el centro de México, que tiene su fin en Tenochtitlan. Además, en términos de imágenes y leyendas de raigambre medieval, la cruz está vinculada con la figura del Árbol del Paraíso.⁷⁴ Esta connotación entrelaza ciertas ideas utópicas acerca del Nuevo Mundo con la percepción de la naturaleza de unas costas plagadas de manglares y de cerrada vegetación proliferante, ajena aún a la mano –al orden– del conquistador.

No obstante, según narran las crónicas de tradición occidental, la hostilidad de esta naturaleza determina la fundación *diferida* de la ciudad, que no puede ser construida en el primer lugar seleccionado y debe ser desplazada hasta el río Pánuco.⁷⁵ Explica al respecto López de Gómara:

⁷⁴ Continúa Zumthor: "La cruz del Cristo es un árbol que se alza. Una leyenda muy extendida en los siglos XII y XIII narraba la historia del árbol vivo del que se obtuvo la madera de la cruz: sus versiones más elaboradas lo identifican con el Árbol del Paraíso. Relacionado con los arquetipos ascensionales, el árbol representa el devenir y la vida, de cuyo tiempo es la medida. Las asociaciones proliferan. El árbol lleva las genealogías, desde sus raíces a sus últimas ramas. El árbol de Jesse dibuja así la historia bíblica en su totalidad hasta Aquel cuya prefiguración fue. En la epopeya, en muchos de los *roman* de los siglos XII y XIII, el consejo real, la manifestación de una orden, tal o cual acción heroica o amorosa tienen *lugar* a la sombra de un árbol" (1994: 23).

⁷⁵ Este "traslado" no es excepcional en la historia de las ciudades españolas en el continente, sometidas a emplazamientos hostiles o a los ataques de los indígenas. Afirma Richard Morse: "Una medida de la incertidumbre del establecimiento de ciudades en el Nuevo Mundo lo constituye la frecuencia con que eran abandonados los sitios que se habían elegido para construir las ciudades. Después del año 1500 era muy raro que esto ocurriera en Europa occidental, ya que para la época había quedado delineada la red moderna de ciudades. [...] A través de de toda la Latinoamérica colonial la ciudad ambulante o de corta vida aparece como rasgo previsible" (1976: 91–2).

"No les pareciendo buen asiento aquel donde estaban, para fundar la villa, acordaron de pasarse a Aquiahuiztlan, que era el abrigo del peñón que decía Montejo. [...] Los navíos se fueron costa a costa, y él echó hacia do le habían dicho que estaba *Cempoallan*, que era derecho a do el sol se pone [...] *No halló paso, bajose a la mar por vadearle mejor en la reventazón que hace al entrar en ella, y aun allí tuvo trabajo, porque pasaron a volapié*. Pasados, siguieron la orilla del río arriba, porque no pudieron la del mar, por ser *tierra anegadiza*. Toparon cabañas de pescadores y casillas pobres, y algunas labranzas pequeñuelas; mas a legua y media salieron de aquellos *lagunajos*, y entraron en unas *muy buenas y muy hermosas vegas*, y por ellas andaban muchos *venados*" (1988: XXXI-50).

Esta fase del viaje de conquista se realiza a través de un territorio sin caminos ni recorridos previamente trazados, virgen del orden occidental, cuya naturaleza se resiste a la lógica extraña de los españoles y esconde o confunde sus señales. A estas dificultades y a los pobres caseríos de la zona se contraponen las "muy buenas y muy hermosas vegas" y los venados: representación metonímica de las riquezas que esta tierra depara, en la mirada retrospectiva de la enunciación. Desde el presente de la enunciación, cuando ya se conocen las características del territorio, se brinda relevancia a ciertos elementos y se construye la antítesis naturaleza hostil/naturaleza pródiga. Dichas imágenes anticipan también el hallazgo de sitios favorables para erigir la ciudad fortaleza y las ciudades indígenas que encontrarán adelante en el camino, en el siguiente orden: Cempoala, Tlaxcala, Cholula, Tenochtitlan, por nombrar sólo las más importantes en la trama.

El momento de levantar efectivamente la Villa Rica no tiene cabida en la *Carta de Veracruz*; sólo encontramos una referencia, lejana, en la *Segunda carta de relación*: "a la sazón que yo me partí de la Villa de la Vera Cruz con demanda de este señor Mutezuma, *dejé en ella ciento cincuenta hombres para hacer aquella fortaleza que dejaba comenzada*" (1993: 162).⁷⁶ Acorde con las reglas del relato letrado, en el texto

⁷⁶ Las ciudades fortaleza son habituales en el Nuevo Mundo: "La ciudad-fuerte fue la primera experiencia hispanoamericana. Tras los muros se congregaba un grupo de gente armada que necesitaba hacer la guerra para ocupar el territorio y alcanzar la riqueza que suponía que estaba escondida en él. Necesitaba de los indígenas como intermediarios, tanto para obtener alimentos en medio de una naturaleza desconocida como para hallar el secreto de la riqueza. [...] Pero el conquistador necesitaba a los indígenas sometidos o, mejor dicho, sometidos y a la vez benevolentes. De esta duplicidad nació una política de aculturación y de mestizaje. La ciudad-fuerte fue su primer instrumento" (Romero, 2001: 49). Algunas de estas ciudades se convirtieron luego en ciudades-puerto, punto de comunicación fundamental, de enlace, aprovisionamiento, llegada de noticias. Explica Romero: "Punto de llegada y de partida de las flotas metropolitanas, la ciudad se levantó sobre un puerto natural, a veces sin considerar las

del capitán la construcción de la ciudad es una elegante elipsis, como si para erigirla bastaran su orden y voluntad y la obediencia de sus soldados. Se construye así, textualmente, una imagen de autoridad y responsabilidad, marcando la distancia entre Cortés y su tropa. En cambio, este momento es referido en forma detallada en la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, donde el esfuerzo de la construcción ocupa todo el relato:

"E hizimos una *fortaleza*, y desde en los cimientos y en acaballa de tener alta para enmaderar, y hechas troneras, e cubos, e barbacanas, dimos tanta priesa, que desde Cortés, que comencó el primero a sacar tierra a cuestas, y piedra, e aondar los cimientos, como todos los *capitanes* y *soldados*, a la continua entendíamos en ello, y travajábamos por la acabar de presto, los unos en los cimientos, y otros en hazer las tapias, y otros en acarrear agua, y en las caleras en hazer ladrillos e tejas, y en buscar comida; otros en la madera, los herreros en la clavazón, porque teníamos dos herreros, y desta manera trabajamos en ello a la continua, desde el mayor hasta el menor, y los *indios* que nos ayudaban; de manera que a estava hecha *iglesia* e *casas* e casi la *fortaleza*" (2005: XLVIII–117).

No se trata sólo de organizar y repartir el espacio, algo que Gómara explica en detalle;⁷⁷ en la memoria experiencial del soldado, en la construcción de Veracruz se despliegan el esfuerzo y la destreza española, la ayuda de los aliados indígenas, la utilización de los elementos que brinda la naturaleza (piedra, tierra, agua, caleras, madera). Así se cimenta la ciudad: construyendo raíces que se pretenden sólidas para un comienzo que también debe serlo –al menos, en la lógica del relato.⁷⁸ La escena coloca en primer plano el esfuerzo de los soldados, sin los cuales esta ciudad no

condiciones del terreno desde el punto de vista de su aptitud para el establecimiento de una población fija" (2001: 49).

⁷⁷ "*Repartiéronse los solares a los vecinos y regimientos, y señaláronse la iglesia, la plaza, las casas del cabildo, cárcel, atarazanas, descargadero, carnicería y otros lugares públicos y necesarios al buen gobierno y policía de la villa*" (López de Gómara, 1988: XXXVII–58). Recordemos las órdenes de Pedrarias Dávila: "Aveys de repartir los solares del lugar para fazer las casas y éstos han de ser repartidos segund las calidades de las personas, y sehan de comienco dados por orden" (citado en Morse, 1976).

⁷⁸ De la actual Villa Rica persisten hoy solo algunos despojos, ciertas paredes arrasadas del primer cabildo y una precaria (pero aún funcional) iglesia. Quien se asome por allí verá de qué manera la naturaleza se ha tomado revancha: los árboles, de nudosas raíces y sinuosas ramas, crecieron abrazados a cimientos y paredes, ocultándolas e incluso atravesándolas como si de espadas se tratara. Los cimientos exhiben materiales no mencionados en estas crónicas: bellas conchas marinas que emiten destellos de cambiantes colores, de acuerdo al modo de ingreso del sol a través de las copas de los árboles que ahora conforman el techo del antiguo cabildo.

habría sido posible; además, contiene *in nuce* las estrategias de desplazamiento, conquista y poblamiento desplegadas luego en las tramas de los tres relatos.

VI.2.2 La Villa Rica en las crónicas mestizas: ausencias y fundaciones míticas

En los relatos autóctonos y en las crónicas mestizas en general, la ocupación de un territorio y la fundación de la ciudad suelen ser presentados en su dimensión simbólico-mítica: unidos a ciertos relatos de génesis que, con la circunscripción del espacio para la comunidad –siempre a manos de un gran “príncipe”, entre lo divino y lo humano– inscriben el desarrollo histórico político de cada pueblo.⁷⁹ “Dicha ocupación reviste –las más de las veces– un carácter mítico-fundacional y sagrado, ya que la acción de la divinidad ha permitido la apropiación cultural y simbólica de un espacio. La apropiación del territorio materializa la alianza entre el hombre y los dioses” (Jiménez Padilla y Villela Flores, 2003: 96). Así, desde la fundación de Tollan –uno de los mitos que unifica el imaginario mesoamericano (Florescano, 2002)–, la mayoría de los relatos fundacionales sigue esta línea, explícita también en códices y títulos primordiales, donde distintos gestos de posesión marcan límites y linderos de la comunidad; señalan también el tipo de vínculo –tributo, alianza, subordinación– con la “provincia” y los territorios vecinos. De este modo, la fundación de la ciudad ingresa en los relatos como momento liminar de la historia de cada pueblo, hito fundamental en la conformación identitaria a partir de la frontera que separa, espacialmente, el *nosotros* del *ellos*. En las crónicas poscortesianas –e incluyo aquí también los títulos primordiales y los códices–, la delimitación del territorio propio a partir de un comienzo mítico histórico, datable incluso en la temporalidad occidental, permite reivindicar derechos territoriales, discutir encomiendas, negociar la posición de cada comunidad en el orden colonial. En esta cosmovisión, la descripción de las ciudades no es un tema en sí ni una muestra de cierta mirada exótica. Esto se debe, en parte, a que se trata de lo propio: la distancia con la materia narrada es distinta. Además porque, en la tradición autóctona, la referencia al espacio urbano sirve en tanto inscribe la posición de una comunidad, esto es, su vínculo con otras comunidades *comarcanas*. De allí también la importancia de la fundación mítica de Tenochtitlan y de la asombrosa transformación del inhóspito lago de Texcoco.

⁷⁹ Cfr., por ejemplo, el capítulo VI de la *Historia de la nación chichimeca*: “De cómo el gran chichimeca dio a otros señores poblaciones y provincias” (1997: II-19 y sgtes).

De aquí proviene, infiero, la escasa atención que las crónicas mestizas destinan a la Villa Rica: su fundación no aparece mencionada en la *Historia de Tlaxcala* ni en las primeras cuatro obras históricas de Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, ya que lo que pareciera primar en ellas es la memoria indígena o su *glosa y comentario*, articulada con las memorias e historias de tradición occidental. En ellas, el peso legalista y reivindicativo de la fundación de la Villa Rica se desdibuja; ya no se trata de legitimar una conquista, sino de exhibir la historia y la pertenencia a un territorio, el cual juega un papel primordial en la memoria de los pueblos autóctonos y en sus reivindicaciones presentes. En este sentido es que, en buena parte de las crónicas mestizas, las ciudades españolas en América son mencionadas pero *no son fundadas*, porque dicho gesto carece de funcionalidad específica en la trama de esta memoria entrecruzada, pero también porque estas ciudades no se inscriben en los patrones histórico míticos del mundo indígena, sino con respecto a cierta legalidad y a específicos gestos de posesión de tradición castellana medieval, con escaso impacto en la memoria de las poblaciones locales.⁸⁰ En este marco, cuando la *Historia de la nación chichimeca* se hace cargo de aludir a dicha fundación, ésto puede ser leído en consonancia con el esfuerzo de reunir memorias y tradiciones discursivas occidentales y autóctonas, aunque en el caso de la Villa Rica las primeras se vean supeditas a las segundas.

Pero las crónicas mestizas van aún más allá, porque en su alusión al desplazamiento de Cortés y sus tropas desde la costa hacia el centro de México, más que señalar una serie de mojones urbanos con que se percibe y aprehende el espacio, narran en verdad un *espacio social* (Zumthor: 1994: 43), entendido en términos de los vínculos entre las distintas poblaciones, sus alianzas y enfrentamientos (Muñoz Camargo llega a llamarlas "guerras civiles"); las relaciones de éstas con su tierra, con sus ciudades, con el común linaje chichimeca, algo que se ha venido desplegando desde las primeras páginas de las crónicas mestizas. Por eso, para comprender el funcionamiento de las ciudades españolas e indígenas en los capítulos acerca de la conquista cortesiana, es preciso leerlas en la trama global de ambas historias, donde alianzas y enemistades tienen sus orígenes; donde fundaciones míticas y efectivas construyen identidades de larga pervivencia en cada comunidad. Éste es el espacio

⁸⁰ Acerca de la tradición castellana medieval de gestos de posesión y su relación con las ritualidades mesoamericanas, véase el ya citado trabajo de Luis Weckman (1983) y el trabajo de Michel Oudijk, "La toma de posesión: un tema mesoamericano para la legitimación del poder" (2002).

social del centro de México que estas crónicas pueden reconstruir y las crónicas de tradición occidental no, aunque intenten dar cuenta de enemistades y jerarquías. Así, contra la descripción efectiva de la ciudad como territorio (límites, características generales, templos, edificios públicos), que implica además un tipo específico de focalización, una exterioridad y una distancia propias de la mirada del conquistador antes que del relato autóctono, nuestras crónicas mestizas se detienen a describir alianzas, vínculos de las distintas poblaciones con Cortés y de éstas entre sí, conciliábulos y decisiones en los consejos de cada cabecera; incluso profusos debates acerca de la naturaleza humana o divina de los extranjeros, pormenorizadamente desplegados en la *Historia de Tlaxcala* como un modo de dar cuenta de la mirada autóctona sobre el *otro*, que incide en forma directa sobre la detención o el avance de los extranjeros en cada población, como señalé en el capítulo pasado.

No obstante, en el despliegue de este espacio social se inscribe, desde el comienzo –antes incluso de la fundación de la Villa Rica– un dato crucial: Cortés “se *holgó infinito* de saber las alteraciones y bandos que había entre esos señores, porque Motecuhzoma los tenía descontentos y como tiranizados, y vio luego abierto el camino para la felicidad, que después le sucedió, y juntándose con uno de los bandos, se consumirían ellos entre sí, y él se haría señor de entrambos” (Alva Ixtlilxóchitl, *Historia de la nación chichimeca*, 1997: II-LXXX/201). En la mirada del cronista texcocano, el espacio social está contaminado *en sí*, antes de la llegada de los españoles. En la trama completa de la *Historia de la nación chichimeca*, las enseñanzas del rey-poeta Nezahualcóyotl se han abandonado dando paso a la avasallante hegemonía de los mexicas. Este cambio en la historia autóctona posibilita la conquista a manos de un capitán español que, astuto, presta especial atención a estos *bandos* y sabe hacer uso de ellos. Si bien este es un dato que el cronista texcocano puede haber tomado de las *Cartas de relación* o de la historia gomariana, la diferencia radica en que, en su formulación, la conquista es producto de la historia autóctona en virtud de dos factores: las divisiones entre las comunidades y la tiranía de Motecuhzoma, por un lado; las alianzas de estas poblaciones con los españoles, por otro. Es a partir de la división inscrita en la historia y en el discurso de estas comunidades que, en la *Historia de la nación chichimeca*, el capitán decide la conquista y, para ella, la fundación de la ciudad, atento aquí a las posibilidades efectivas de éxito antes que a

las justificaciones legales. En su alusión a la Villa Rica, el relato texcocano mezcla las dos fundaciones, poniendo en primer lugar la fundación efectiva y, luego, el nombramiento de Cortés como capitán general:

"... y viendo Cortés la resolución de Motecuhzoma y que su gobernador le había desamparado, *determinó poblar en aquella tierra y conquistarla de propósito, y proveyéndose de bastimentos y otras cosas necesarias de aquellos lugares comarcanos*, comenzó a edificar una villa, en donde después de haber platicado con los suyos de lo que convenía al buen suceso de su venida, llamó a Francisco Hernández escribano real en presencia de todos, y *por auto solemne tomó posesión de toda la tierra en nombre del rey don Carlos* nuestro señor de gloriosa memoria: nombró por alcaldes a Alfonso Fernández Portocarrero y a Francisco de Montejo, y regimiento, procurador, alguacil, escribano y todos los demás oficios a cumplimiento de cabildo entero, y *en nombre del rey les entregó las varas y puso nombre al consejo la Villa Rica de la Veracruz*" (Alva Ixtlilxóchitl, *Historia de la nación chichimeca*, 1997: II-LXXX/202).

La escena parece estar organizada a partir de las *Cartas de relación* y la *Historia de la conquista de México*, en la elipsis de la construcción de la ciudad y de una historia centrada en la figura del capitán, a partir de una serie concatenada de verbos de acción que definen a quien decide, ordena, se provee, edifica y organiza el poder en aquella villa, antes aún incluso de ser nombrado capitán general, pero presentado ya como representante real, en virtud de la presencia del escribano.⁸¹ Si bien no hay aquí alegoría que connote la victoria española, sí hay metonimia y fundación simbólica de una villa que insinúa la fundación de un nuevo mundo y un nuevo orden del poder. Con elegante giro sintagmático, se inscribe la apropiación del territorio: Cortés "por auto solemne *tomó posesión de toda la tierra en nombre del rey don Carlos*". El *solemne* acto oficial instauro la fundación de la ciudad como acto histórico-político y funciona en la trama mostrando otra mentalidad, otro modo de la apropiación y la conquista, distinto a los modos autóctonos que la historia texcocana ha venido narrando hasta aquí. En este sentido y por contraposición a las fundaciones territoriales autóctonas es que la fundación de la Villa Rica funciona en la *Historia de la nación chichimeca* como

⁸¹ En la línea de las historias cortesiana y gomariana, el relato se utiliza para ensalzar la figura del conquistador (que el cronista texcocano denostará luego en relación con sus aliados): "...e *importunado* Cortés aceptó el oficio [de gobernador y capitán general], el cual lo usó con tantas ventajas y magnificencia, que no le hizo ventaja el Magno Alejandro, ni Julio César ni ningún otro capitán de los famosos que ha habido en el mundo, como más largamente se verá en las historias de los autores que tengo citados" (Alva Ixtlilxóchitl, *Historia de la nación chichimeca*, 1997: II-LXXX/202).

anticipación del cambio y del nuevo orden, sin llegar, no obstante, a modificar la focalización del cronista respecto del espacio territorial y social del centro de México.

Ahora bien, para llegar hasta aquí los españoles han debido atravesar la primera ciudad mesoamericana de envergadura: Cempoala. Si las crónicas mestizas describen un *espacio social* y las ciudades en función de éste, en las crónicas de tradición occidental ninguna ciudad funciona en soledad, de modo autónomo, ya sea fortaleza, puerto o cruce de caminos. Cada texto conforma pares opuestos y complementarios que organizan acciones y desplazamientos: Cempoala y Veracruz, Tlaxcala y Tenochtitlan. Las crónicas de tradición occidental representan así el espacio según una lógica dual que organiza el vínculo entre ciudades y entre sujetos, en términos de amistad y hostilidad, lealtad y traición. Exhiben de este modo, aunque no siempre de manera directa, una organización del espacio social acorde con lo ya planteado por el historiador texcocano: *y juntándose con uno de los bandos, se consumirían ellos entre sí...*

VI.3 Primeras ciudades indígenas

VI.3.1 Cempoala: no todo lo que reluce es oro

La representación textual de Cempoala en las crónicas de tradición occidental es importante porque en ella se destacan las primeras referencias a Motecuhzoma y a Tenochtitlan; también debido al pródigo recibimiento, muestra de una dinámica social de encuentro e intercambio con el *otro*, y a la inclusión de una curiosa anécdota que desnuda uno de los principales intereses de los españoles: el oro. Por partes, entonces.

En las cercanías de Cempoala, la *Segunda carta de relación* ofrece una de las primeras referencias a Motecuhzoma a través de un mensajero y del intercambio de presentes. A partir de aquí, el nombre de Tenochtitlan (*Temixtitlan* en las *Cartas de relación*) y de su gobernante recurren una y otra vez en el texto y ya no lo abandonan, enfatizados por ciertas prolepsis acordes con el presente de la enunciación y la reorganización de la materia narrada en función de la relevancia de urbes y poblados. Por ejemplo, aclara Cortés: "Lo cual todo después supe más por entero de aquel grand señor Muteecuma y de ciertas leguas de aquella tierra que él tenía consigo" (*Segunda carta*, 1993: 168). En el itinerario que define el avance, pasan primero por Cempoala y por Xicochimalco, una fortaleza indígena. Explica Cortés: "Yo fui, Muy Poderoso Señor, por la tierra y señorío de Cempoal tres jornadas, donde de todos los naturales fui muy bien rescebido y hospedado" (1993: 169). A continuación, describe la fortaleza y nombra las poblaciones que van recorriendo, en el ya habitual gesto de superposición nominal: puerto del Nombre de Dios, puerto de la Leña –donde se describen las privaciones a los que los somete la naturaleza, en un hecho similar a los que tendrán lugar en las Hibuera–.⁸² Subrayando una direccionalidad específica vinculada al proyecto de conquista, Cortés no se detiene a narrar la ciudad, sino el derrotero y los enfrentamientos con y entre los distintos pueblos, siempre en una suerte de línea recta hacia Tenochtitlan, a pesar de lo problemático del camino. En la

⁸² "Desde aquí anduve tres jornadas de despoblado y tierra inhabitable a causa de su esterilidad y falta de agua y muy grand frialdad que en ella hay, donde Dios sabe cuánto trabajo la gente padeció de sed y de hambre, en especial de un turbión de piedra y agua que nos tomó en el dicho despoblado de que pensé que pereciera mucha gente de frío" (1993: 170).

Segunda carta, Cempoala funciona como un mojón en el camino trazado por el capitán, donde se obtiene información midiendo al *otro* a partir del encuentro. Ahora bien, llama la atención esta falta de demora en la ciudad del "cacique gordo" si leemos comparativamente la *Segunda carta de relación* con la *Historia de la conquista de México* y la *Historia verdadera*. Ambas dedican capítulos enteros a la entrada a la ciudad, el encuentro con el señor principal, la sorpresa, la admiración, también la farsa.⁸³ López de Gómara organiza el relato de un recibimiento amable, casi idílico, una suerte de remanso frente a una naturaleza hostil:

"Desde que pasaron aquel río hasta llegar a otro caminaron por muy gentil camino; pasáronle también a vado, y luego vinieron a Cempoallan, que estaría lejos una milla, *toda de jardines y frescura y muy buenas huertas de regadío*. Salieron de la *ciudad* muchos hombres y mujeres, como en recibimiento, *a ver a aquellos nuevos y más que hombres*. Y dábanles con alegre semblante muchas *flores y frutas* muy diversas de las que los nuestros conocían; *y aun entraban sin miedo entre la ordenanza del escuadrón*; y desta manera, *y con este regocijo y fiesta, entraron en la ciudad, que toda era un vergel, y con tan grandes y altos árboles*, que apenas parecían las casas. A la puerta salieron muchas personas de lustre, *a manera de cabildo*, a los recibir, hablar y ofrecer" (1988: XXXII-51).

La escena reitera adjetivos y sustantivos de positiva connotación: *belleza, vergel, regocijo y fiesta*. Se estiliza así un encuentro que anticipa la concordia y que podrá ser contrapuesto a las feroces luchas posteriores con los tlaxcaltecas. La puesta en escena de un cruce asombrado de miradas establece una jerarquía, donde los españoles son caracterizados como "aquellos nuevos y más que hombres". Una vez más, Gómara se hace eco de esta concepción del extranjero como ser poderoso o como un dios, imagen que las crónicas españolas nunca dejaron de incorporar, aún cuando la mirada indígena no lo justificara. En esta descripción, Cempoala reúne los elementos de una ciudad ideal, limpia, clara, sana: los jardines, las huertas, las flores y las frutas, enormes árboles que tapaban las casas. A diferencia de Veracruz, la naturaleza aquí no es hostil sino idílica; domesticada, es ofrecida, en sus bondades, a los recién llegados. Este relato es retomado –en forma bastante evidente– por Bernal Díaz, quien le suma una serie de marcas temporales mediatizando las percepciones y la habitual referencia a la experiencia articulada en el uso del *nosotros* exclusivo:

⁸³ Bernal Díaz lo relata en el capítulo XLV, titulado "Cómo entramos en Cenpoal, que en aquella sazón era muy buena poblazón, y lo que allí pasamos" (2005: 110–112). López de Gómara lo despliega en dos capítulos sucesivos: "El recibimiento que hicieron a Cortés en Cempoallan" (cap. XXXII), "Lo que dijo a Cortés el señor de Cempoal" (cap. XXXIII).

"E ya que ibamos entrando entre las casas, desque vimos *tan gran pueblo*, y no avíamos visto otro mayor, nos admiramos mucho dello; y como estaba tan *bicioso*, y hecho un *vergel*, y tan poblado de hombres y mugeres, las calles llenas, que *nos salían a ver*, dávamos muchos loores a Dios que *tales tierras avíamos descubierto*. [...] Y como veníamos hanbrientos y no avíamos visto otro tanto bastimento como entonces, pusimos nonbre [*a*] aquel pueblo, Villaviciosa, e [o]tros le [non]braron Sevilla" (Díaz del Castillo, 2005: XLV-110).

La selección léxica reitera el texto gomariano; no obstante, el recorte enfatiza la conquista, el descubrimiento y la apropiación en la nominación. En verdad, aquí se contraponen dos nombres, articulando lo familiar y lo nuevo: uno, describe la ciudad por analogía con lo conocido, Sevilla; otro, remite a la experiencia personal y corporal de hambre y sed contrapuesta a la abundancia de la urbe, y reitera el adjetivo *bicioso* en el nombre de la villa.⁸⁴ En consonancia con los lineamientos generales de la *descriptio civitatis*, se trata de breves pinceladas, caracterizaciones generales en términos de calles, casas y multitud de hombres y mujeres, donde prima el asombro de la mutua mirada –y el reclamo por el descubrimiento– antes que una apropiación del espacio en el relato.⁸⁵ Es el detalle, aparentemente anecdótico, el que brinda espesor o densidad a una descripción un tanto vaga:

"Y nuestros corredores del campo, que ivan a cavallo, parece ser llegaron a la gran placa y patios donde estaban los aposentos, y de pocos días, según pareció, *teníanlos muy encalados y reluzientes, que lo saben muy bien hazer*, y pareció al uno de los de cavallo, *que era aquello blanco que relucía plata*, y *buelve a rienda suelta a dezir a Cortés cómo tienen las paredes de plata*. Y doña Marina y Aguilar dixeron que sería yeso o cal; y *tubimos bien que reír de su plata e frenesía, que siempre después le dezíamos que todo lo blanco le parecía plata*" (Díaz del Castillo, 2005: XLV-111).⁸⁶

⁸⁴ Según el *Diccionario de Autoridades*, este término también tiene la acepción de vigoroso y fuerte.

⁸⁵ Paul Zumthor (1994) analiza los modos de la *descriptio civitatis* entre los siglos XII y XVI. Define una retórica de la descripción de ciudades que adquiere distintos matices a lo largo de los siglos. Se construye así un *tipo* a partir del cual se representa el espacio; en el caso de las ciudades, algunos elementos centrales con escasas variantes: el espacio que rodea a la ciudad –muchas veces vinculado a la imagen del *locus amoenus*–, puertas, murallas, puentes, torres e iglesias. En términos de recursos, las descripciones –muchas veces vagas o someras– recurren a la *amplificatio* para enmarcar un esquema y a la "acumulación de calificativos hiperbólicos de sentido impreciso (*grande, bello, el más... del mundo*), en una especie de balbuceo que parece sugerir que el objeto está fuera del alcance del lenguaje, en la esfera de lo maravilloso" (1994: 109; las cursivas son del original).

⁸⁶ Gómara refiere un relato similar, con explicaciones distintas: "Seis españoles de caballo, que iban adelante un buen pedazo, como descubridores, *tornaron atrás muy maravillados, ya que el escuadrón entraba por la puerta de la ciudad, y dijeron a Cortés que habían visto un patio de*

Menos benévolo que el historiador, el cronista-soldado refiere la anécdota como ejemplo de las expectativas (de la codicia) del español, como en efecto parece haber sido leída por sus compañeros. Sobre el espacio se proyecta el tamiz de la propia percepción subjetiva. Confundir el yeso o cal de las paredes con plata remite a un universo maravilloso, relacionado con el mundo de las caballerías y de las ciudades fabulosas o míticas, imágenes muy presentes en la conquista del Nuevo Mundo y que guiaron numerosas expediciones.⁸⁷ Habla también de aquello que podía ser verosímil en ese contexto, siempre controlado por el racionalismo de Cortés quien, en la pluma de López de Gómara, "les mandó volver, y que no hiciesen muestra ni milagros por ello, ni de cosa que viesen" (1988: XXXII-2). No obstante, la escena deja en el lector la imagen de una Cempoala luminosa, limpia, prístina; "aquello blanco que relucía plata" condensa el deseo de América como espacio de fabulosas conquistas y magníficos hallazgos.

Es en este sentido que, en las crónicas, Cempoala se estructura en contraposición a la Villa Rica de la Veracruz, la cual lleva inscrita en su nombre –y en la historia de su génesis– la ambición de riqueza. Bernal Díaz ha explicado que se llama "*rica por aquel cavallero que dixé en el capitulo [---] que se llegó a Cortés y le dixo que mirase las tierras ricas y que se supiese bien gobernar, e quiso dezir que se quedase por capitán general, el cual era Alonso Hernández Puertocarrero*" (2005: XLII-106). La Villa Rica propone una riqueza –un modo de conquista– cuyo secreto radica en el esfuerzo, el trabajo colectivo, el aprovechamiento de la tierra, el buen gobierno. Es lo que finalmente ocurrirá en la Nueva España con las encomiendas, los repartos de tierra, la explotación agrícola, ganadera y minera. Nada comparable sin

una gran casa chapado todo de plata. El les mandó volver, y que no hiciesen muestra ni milagros por ello, ni de cosa que viesen. Toda la calle por donde iban estaba llena de gente, abobada de ver caballos, tiros y hombres tan extraños. Pasando por una muy gran plaza vieron a mano derecha un gran cercado de cal y canto, con sus almenas, y muy blanqueado de yeso de espejuelo y muy bien bruñido; que con el sol relucía mucho y parecía plata; y esto era lo que aquellos españoles pensaron que era plata chapada por las paredes. Creo que con la imaginación que llevaban y buenos deseos, todo se les antojaba plata y oro lo que relucía. Y a la verdad, como ello fue imaginación, así fue imagen sin cuerpo y alma que deseaban ellos. Había dentro de aquel patio o cercado una buena hilera de aposentos, e al otro lado seis o siete torres, por sí cada una, la una dellas mucho más alta que las otras" (1988: XXXII-51/2).

⁸⁷ Desde las fantásticas imágenes colombinas del *Cuarto Diario*, donde cree haber encontrado el paraíso perdido, a la búsqueda del Dorado o de la Fuente de Juvencia, por nombrar sólo unos pocos. Entre la bibliografía más reciente, Beatriz Pastor analiza algunas de estas búsquedas en *El jardín y el peregrino* (1999). También Fernando Ainsa da cuenta de varias de estas imágenes y leyendas en *De la Edad de Oro a El Dorado* (1992).

embargo a los sueños de riqueza fácil, esperado botín de guerra de las tropas españolas. Con sus fabulosas paredes de reluciente plata, Cempoala materializa en los relatos una expectativa, una necesidad, una ambición que nunca se repliegan por completo, ni siquiera en los peores momentos, como en la ya analizada huida de la Noche Triste, en la que soldados españoles perecen bajo el peso de los tesoros que se niegan a abandonar. Pero si Cempoala es ciudad de asombrado remanso para los hambrientos y cansados soldados, también es espacio de aprendizaje de modos de comunicación y reciprocidad con los principales indígenas, de vital importancia en posteriores cruces con tlaxcaltecas y mexicas. Además, el diálogo con el "cacique gordo" permite organizar un mapa de alianzas y enfrentamientos en el valle de México, que determina el derrotero de aquí en más: los caminos que toman, aquellos que evitan temiendo trampas o emboscadas, dónde pasan la noche y en qué asentamientos permanecen alerta, temiendo un ataque.⁸⁸

En cambio, si en las crónicas mestizas Cempoala apenas se refiere como lugar de paso y en tanto población aliada de los mexicas, cabe hacer aquí un excursus para aludir a una curiosa escena entre Cortés y los embajadores de Motecuhzoma, que tiene al oro como centro, en sus valencias literal y metafórica. En el camino hacia Cempoala, Cortés come y platica con el "gobernador Teotlili", principal de la ciudad de Cuatlachtlan, gobernador de la comarca, y "criado del emperador Motecuhzoma" (Alva Ixtlilxóchitl, *Historia de la nación chichimeca*, 1997: II-LXXIX/198). Allí, Cortés se presenta como "embajador del rey Carlos de España señor del mundo, y que venía a visitarle de su parte y decirle algunas cosas en secreto que traía por escrito [...] y le preguntó ¿si Motecuhzoma tenía mucho oro?, porque era bueno para el mal de corazón, y que algunos de los suyos estaban lisiados de él. Tetotlili respondió que sí tenía" (Alva Ixtlilxóchitl, *Historia de la nación chichimeca*, 1997: II-LXXIX/198). La potencia significativa de esta metáfora es llamativa; remite además a la lengua y la

⁸⁸ Cuando ingresan a Cholula –ciudad enfrentada a Cempoala y a Tlaxcala– explica Cortés: "Y en el camino topamos muchas señales de las que los naturales de esta provincia nos habían dicho, porque hallamos el camino real cerrado y hecho otro, y algunos hoyos aunque no muchos y algunas calles de la cibdad tapiadas y muchas piedras en todas las azoteas. Y con esto nos hicieron estar más sobre aviso y a mayor recabdo" (1993: 192). "E inviome [Motecuhzoma] muchos de los suyos para que fuesen conmigo porque ya entraba por su tierra, los cuales me querían encaminar por cierto camino donde ellos debían de tener algúnd concierto para nos ofender. [...] Mas como Dios haya tenido siempre cuidado de encaminar las reales cosas de Vuestra Sacra Majestad desde su niñez y como yo y los de mis compañía íbamos a su real servicio, nos mostró otro camino aunque algo agro no tan peligroso com aquel por donde nos quería llevar" (1993: 197–8).

cosmovisión autóctonas, al tiempo que pone en escena la astucia de Cortés para obtener información y manipular el diálogo. En estas líneas, el cronista texcocano recupera una escena que funciona como sinécdoque del vínculo extranjeros-indígenas y del tipo de relación que se establece entre ellos, entre la negociación, el requerimiento, el engaño y la coacción. Pero va aún más allá, poniendo en boca del capitán una autodefinición descarnada: estos españoles *lisiados* sólo pueden curarse obteniendo oro: ambición, codicia, remedio, deseo nunca saciado. Si la conquista es búsqueda de una "medicina" para una enfermedad inscrita en la metáfora, este diálogo funciona también como sinécdoque de la tensión hacia la imposible "cura": en verdad, en sentido literal y figurado, el oro sólo *alimentará*, encarecerá el *mal de corazón* que aqueja al extranjero.

La escena resulta más significativa aún si la leemos en sus reverberaciones indígenas: en el mundo nahua, el corazón se denomina *yóllotl*, derivado de "*ollin*", movimiento, y alude al "aspecto dinámico, vital del ser humano. De aquí que la persona sea 'rostro-corazón'" (León Portilla, 2006: 356); en tanto, el dios protector de cada pueblo es "el corazón del pueblo, *altépetl iyollo*", que involucra "un ser consciente, volitivo, razón de existir del cuerpo social" (López Austin, 1998: 60). Posiblemente por esto, afirma León Portilla, "en la concepción místico-militarista de los aztecas se ofrecía al Sol el corazón, el órgano dinámico por excelencia, que produce y conserva el movimiento y la vida" (2006: 396). El mal del corazón que, según el capitán, aqueja a los españoles, intercepta y condiciona sus movimientos; enfermos en su centro vital, se entiende que busquen el diálogo con el *tlahtoani*, máxima autoridad connotada de un aura divina, en diálogo con los dioses protectores que, a su vez, deben velar por el *corazón del pueblo*. Así, en los múltiples sentidos y cosmovisiones que cada lengua adscribe a un mismo término, se connota el movimiento y el cambio; la debilidad y la codicia; la coincidencia y la alteridad. Forzando la metáfora: el extranjero produce una fisura en la dinámica de estas sociedades, en su movimiento, *ollin*; su llegada alumbra una ruptura que ataca el centro vital mismo de cada pueblo, el *altépetl iyollo*. Porfiado, destruye sus creencias y dioses; impone nuevos modos de concebir tiempo y espacio; derroca *ídolos* y destruye representaciones. Finalmente, la enfermedad que aqueja el corazón del extranjero convertirá los territorios, poblados y ciudades autóctonas en despojos, espacios saqueados, territorios arrasados por el fuego y la codicia, "entonces vienen a sacar de una barca todo el oro. Barras de oro, diademas de oro,

ajorcas de oro para los brazos, bandas de oro. Todo lo pusieron delante del capitán. Luego dice el capitán: –¿No más ése es el oro que se guardaba en México? ¿No más es ese? Tenéis que presentar aquí todo. [...] Todo el tributo y todo el oro” (Sahagún, 1992: XII–808). La metáfora de la enfermedad funciona, además, como sinécdoque de la conquista ya en Cempoala, la ciudad donde las paredes *relucian plata*.

VI.3.2. Cholula: la matanza inconcebible

En su búsqueda del remedio para el mal del corazón, estos hombres lisiados continúan el viaje, dispuestos a poner en escena todo tipo de recursos para encontrar la “cura”. La anécdota más resonante en este camino hacia Tenochtitlan, por su crueldad e implicancias simbólicas, es la matanza que tiene a la ciudad de Cholula como escenario, esa “vasta concentración urbana con un gran mercado, situada junto a lo que quizá fuese el mayor complejo ceremonial-religioso de América” (Gerhardt, 1986: 116). No es mi objetivo detenerme en las peculiaridades históricas de este hecho (ya muy trabajado por la crítica) o en las distintas versiones, recogidas en especial por las crónicas indígenas y los relatos de frailes como Las Casas, Durán o Sahagún; en cambio, quiero subrayar el impacto de la elección de este espacio para un *castigo ejemplar* –las crónicas mismas utilizan este sintagma– que, por su crueldad, asombra a los naturales y singulariza a los españoles.⁸⁹

Es conocida la significación de Cholula en el escenario mesoamericano: ciudad mítica vinculada con la compleja imagen de Quetzalcóatl, es violentada por los extranjeros, quienes, asumiendo una traición –probable aunque no probada, ni siquiera sugerida en forma suficiente– imponen de manera rápida, sorpresiva, determinada, cruel, el castigo ejemplar.⁹⁰ Desconocemos si Cortés estaba al tanto, siquiera en forma somera, de estos sentidos; sí es posible afirmar que la matanza inicia la

⁸⁹ Los testimonios y las historias, críticas, son numerosos. Entre los más relevantes, el relato que Bartolomé de Las Casas incluye en su *Brevisima relación de la destrucción de las Indias*, quien utiliza esta escena como ejemplo máximo de la crueldad de los conquistadores españoles, en su diatriba contra la encomienda y en el debate acerca de las justas causas de la guerra. Las versiones de indígenas tlaxcaltecas, mexicas y cholultecas fueron recogidas por Sahagún y Durán; Fernando de Alva Ixtlilxóchitl y Diego Muñoz Camargo recogen las versiones de los tlaxcaltecas.

⁹⁰ Respecto del significado de la ciudad Cholula como ciudad-santuario, dedicada a Quetzalcóatl, y las diversas versiones de la matanza, véase “La matanza de Cholula” (Camelo, 2004).

desacralización de espacios, cuerpos y objetos que define el avance español y que tanto peso tendrá en la entrada a Tenochtitlan y la caída de Motecuhzoma.

En el relato de las crónicas de tradición occidental, las tramas coinciden: contra los consejos de los tlaxcaltecas y a partir de la insistencia de los embajadores de Motecuhzoma, Cortés decide pasar por Cholula en su resistido avance hacia Tenochtitlan. La ciudad, aliada de los mexicas, era una de las urbes más importantes del valle, junto con Tlaxcala y Huejotzinco. Si bien los relatos españoles intentan dar cuenta de enemistades y alianzas cuya complejidad no alcanzan a comprender, una vez más son las crónicas mestizas las que atienden al espacio social construido por estos vínculos, el cual puede ser entendido a través de la metáfora de una red, no fija sino en persistente reacomodamiento, debido a la reorganización del poder en el valle de México. En verdad, la inscripción textual de Cholula se produce a partir de la narración antes que la descripción; esta *ciudad narrada* adquiere fundamental importancia en la trama de los relatos de la conquista porque, debido a su significación sagrada y a la matanza que en ella se desata, es la zona de clivaje que vence la resistencia del *uey tlahtoani* Motecuhzoma y sella la alianza de españoles y tlaxcaltecas. En nuestro corpus, Cholula adquiere múltiples valencias y, a posteriori, variados usos, según las polémicas en que cada cronista se vea inscripto, las críticas a la conquista, los reclamos a los tlaxcaltecas, las disputas entre distintas comunidades (las versiones de tlaxcaltecas contrarias a las de los mexicas, por ejemplo).

En esta línea, antes de la matanza la traza urbana y su emplazamiento no se han descrito; en la trama de las crónicas de tradición occidental, Cholula sólo adquiere contornos precisos, sólo es aprehensible a partir de la descripción como recurso que organiza y segmenta el espacio, luego de que la matanza se desata, los cholultecas se rinden y la alianzas se reformulan a favor de los españoles. En estos relatos, Cholula es ante todo ciudad misteriosa y sospechosa –no olvidemos que deben justificar una matanza muy criticada luego– donde los españoles están en permanente estado de alerta y temor. Una vez sojuzgada, adquiere ribetes definidos en la descripción cortesiana:

"Esta cibdad es muy fértil de labranzas porque tiene mucha tierra y se riega la mayor parte della, aunque *es la cibdad más hermosa de fuera que hay en España, porque es muy torreada y llana*. Y certifico a Vuestra Alteza que yo conté desde una mezquita *cuatrocientas y tantas torres en la dicha cibdad, y todas son de mezquitas*. *Es la cibdad más a propósito de venir españoles que yo*

he visto de los puertos acá, porque tiene algunos baldíos y aguas para criar ganados, lo que no tienen ningunas de cuantas hemos visto, porque es *tanta la multitud de la gente* que en estas partes mora que ni un palmo de tierra hay que no esté labrada. Y aun con todo en muchas partes padescen necesidad por falta de pan y aun hay mucha *gente pobre y que piden entre los ricos por las calles y por las casas y mercados, como hacen los pobres de España y en otras partes que hay gente de razón*" (*Segunda carta*, 1993: 195-6).

En evidente relación intertextual a partir de la amplificación y el despliegue de la analogía con lo conocido, la *Historia de la conquista de México* y la *Historia verdadera* siguen la mirada cortesiana.

"El lugar es de veinte mil casas *dentro de los muros*, y fuera, por los arrabales, de otras tantas. Por defuera es la las más hermosas que puedan ser a la vista. *Muy torreada, porque hay tantos templos, a lo que dicen, como días en el año*; y cada uno tiene su torre, y algunos más; y así, contaron cuatrocientas torres. [...] El término que alcanzan en llano es graso y de gentiles labranzas, que se riegan, y tan lleno de gente, que no hay un palmo vacío; a cuya causa *hay pobres que piden por las puertas*, que no lo habían visto hasta entonces por aquella tierra" (López de Gómara, 1979: LXI-103).

"Tenía aquella cibdad, en aquel tiempo *ciento y tantas torres muy altas que heran cues e adoratorios donde estaban sus ídolos*, especial el cu mayor hera de más altor qu'el de México, puesto que hera muy puntoso e alto el cu mexicano, y tenía otros cien patios para servicio de los cues. [...] Acuérdome quando en aquella cibdad entramos que desde vimos tan *altas torres y blanquear nos pareció al propio Valladolid*" (Díaz del Castillo, 2005: LXXXIII-203).

Más allá de ciertos elementos estereotípicos –la fertilidad de la tierra, las torres, las multitudes–, en estas crónicas Cholula se caracteriza por sus afinidades con lo español y con aquello que la hace habitable: las tierras de cultivo, los regadíos, la cría de ganado. Dos son los elementos que más sorprenden en principio: la cantidad de "mezquitas" y la existencia de pobres "que piden entre los ricos por las calles". Ambos aluden a cosmovisiones y modos de organización social que hacen a una idea de civilización: el mundo de la alteridad conocida, el moro, por un lado; la diferencia –entendida como algo dado de suyo, inevitable– por otro.

Si retomamos la trama de las crónicas, veremos que, al comienzo de cada capítulo, optan por referir pormenorizadamente el encuentro con los principales, el lugar donde los aposentan y las alianzas y enemistades entre cholultecas, mexicas y tlaxcaltecas, más intuitas que comprendidas por los extranjeros en esos momentos, aunque la temporalidad posterior de la enunciación reorganice la información brindando un mapa más claro de estas relaciones. Esta *ciudad narrada* es, en principio,

la majestuosa ciudad santuario donde los españoles son acogidos con "solemne recibimiento" (Gómara, 1979: LVIII-103):

"Otro día por la mañana llegaron nuestros españoles a Chololla. Saliéronlos a rescebir en escuadrones más de diez mil ciudadanos, muchos de los cuales traían pan, aves o rosas. [...] Entrando por la ciudad, salió la demás gente saludando a los españoles [...] Tras éstos salieron luego todos los religiosos, sacerdotes y ministros de los ídolos, que eran muchos y de ver, vestidos de blanco como por sobrepellices, y algunas cerradas por delante, los brazos defuera, y por orlas madejas de algodón hilado. Unos traían cornetas, otros huesos, otros atabales; quien traía braseros con fuego, quien ídolos cubiertos, y todos cantando a su manera. Llegaron a Cortés y a los otros españoles; echaban tierra y resina y copalli, que huele como incienso, en incensábanlos con ello. Con esta pompa y solemnidad, que por cierto fue muy grande, los metieron en la ciudad, y los aposentaron en una casa, do cupieron a placer" (Gómara, 1979: LVIII-103).

La llamativa escena enfatiza el *orden y concierto*; la organización social (escuadrones, ciudadanos, sacerdotes, principales); las ofrendas y regalos como signos de reconocimiento de la jerarquía del extranjero, especialmente identificables a partir de la analogía (en el copal-incienso, por ejemplo). La profusión de imágenes visuales, sonoras, olfativas funciona como pórtico que connota la relevancia del espacio en el cual los extranjeros se internan y que, en más de un sentido –casi metonímicamente–, anticipa el recibimiento del que serán objeto luego, en Tenochtitlan. Porfiados, pero algo confundidos aún, incapaces de aprehender de manera cabal la enorme complejidad social de los vínculos entre estas comunidades, los españoles se internan en "el pueblo de mayor religión de todas aquellas comarcas [...] y el santuario de los indios, donde todos iban en romería y a devociones y así tenía tantos templos" (Gómara, 1979: LVIII-103). Se trata de la ciudad del dios Quetzalcóatl, deidad fundamental del panteón mesoamericano –en sus distintas manifestaciones–, vinculado a posteriori con las imágenes de los españoles, dios de la civilización y del retorno, "dios del aire y fundador de la ciudad" (Gómara, 1979: LVIII-103). El "gran recibimiento que nos hicieron", en palabras de Bernal Díaz (2005: LXXXIII-197) connota la grandeza de la ciudad en la que se internan –a la usanza autóctona– antes que la importancia conferida a los españoles, quienes, aposentados, también eran examinados y vigilados, siguiendo las órdenes de Motecuhzoma. En estas primeras instancias, las crónicas de tradición occidental parecen no poder leer con claridad esta inflexión; en cambio, insisten en la importancia con que se los recibe, la maravilla que

sus trajes y sus caballos causaban en las poblaciones autóctonas, los regalos y dones que reciben, en tradición narrativa propia del relato de viajes y el encuentro con grandes cortes y reyes, que organiza la escena a partir de la importancia conferida al *nosotros* y de la mirada exótica sobre el *otro*.⁹¹

En otro sentido, la magnificencia de esta escena inaugural sirve para connotar la traición posterior, ya que del boato y la celebración en breve tiempo pasan a la escasez y desconsideración, lo cual aguza las sospechas del capitán, hábil lector de indicios, alertado también por tlaxcaltecas y cempoaltecas, que ven con malos ojos este cambio de actitud: "En tres días que allí estuve, proveyeron muy mal y cada día peor y muy pocas veces me venían a ver ni hablar los señores y personas principales de la ciudad" (Cortés, *Segunda carta*, 1993: 194); "Pasó Cortés la noche muy sobre aviso y a recaudo, porque por el camino y en el pueblo hallaron algunas señales de lo que en Tlaxcallan le dijieran y más que, aunque la primera noche los proveyeron a gallina por barba, los otros tres días no les dieron casi nada de comida, y muy pocas veces venían aquellos capitanes a ver los españoles; de que tomaba mala espina (Gómara, 1979: LIX-100).⁹² Así, en las crónicas de tradición occidental, la magnífica ciudad sagrada, la ciudad del dios donde los españoles son observados y tenidos por *teules* como indica ~~la~~ *Historia verdadera*, se convierten en la ciudad de la celada y la traición; un espacio donde las trampas se multiplican, las calles esconden peligros; todo lo bello y obsequioso se vuelve traición, y el fantasma del sacrificio y la antropofagia cobra especial protagonismo:

"Pues ya todo concertado, y los guerreros de Montecuma luego enbió estaban en unos ranchos e arcabuesos, obra de media legua de Cholula; y otros estaban ya dentro en las casas, y todos puestos a punto con sus armas e hechos manparos en las acoteas; y en las calles, hoyos y albarradas para que no pudiesen correr los cavallos. Y aun tenían en unas casas llenas de varas largas e colleras de cueros e cordeles con que nos avían de atar e llevarnos a México [...] Que pues como pago de que veníamos a tenerlos por hermanos y

⁹¹ Se trata en verdad de una convención narrativa rastreable hasta los relatos de viajes medievales, como han mostrado Sofía Carrizo Rueda (1997) y Blanca López de Mariscal (2004). Jimena Rodríguez analiza específicamente las analogías entre este tipo de escenas y el encuentro de Cortés con Motecuhzoma (2009b); volveré sobre ello en el próximo apartado.

⁹² Las versiones españolas insisten además en el protagonismo de Marina en estas escenas, ya que a ella le habla una anciana choltulteca, advirtiéndola de la celada en preparación. En una de las pocas escenas donde la voz de Malinche es referida por medio del discurso directo (cfr. capítulo LXXXIII de la *Historia verdadera*), la *lengua* exhibe su astucia para sonsacar a la anciana, y su indudable adscripción al bando de los españoles, alertando de inmediato a Cortés, quien ve entonces confirmadas sus sospechas y organiza el escarmiento.

dezilles lo que Dios Nuestro Señor y el rey manda, nos querían *matar e comer nuestras carnes*; que ya tenían aparejadas *las ollas con sal e agi e tomates*" (Díaz del Castillo, 2005: LXXXIII-198/204).

En su plástica referencia a las *ollas con sal e agi e tomates*, el cronista soldado amplifica la descripción del historiador soriano, centrándola ahora en una primera persona que le da carnadura –en ajustado uso del recurso de la *evidentia*– a la amenaza del sacrificio y la antropofagia.⁹³ Si la primera imagen de la ciudad remitía a los espacios aéreos (torres, cúes) y a la positiva impresión de un recibimiento plagado de amables colores, olores y movimientos, ahora priman los espacios ocultos y cerrados, las armas, los objetos del daño –*varas largas, colleras de cueros y cordeles*–, las emboscadas producto de un aprendizaje de los indígenas acerca de los españoles: *y en las calles, hoyos y albarradas para que no pudiesen correr los cavallos*. En más de un sentido, esta organización de la ciudad para la batalla anticipa los modos del enfrentamiento que los españoles sufrirán luego en Tenochtitlan, durante la Noche Triste y a lo largo del sitio, como veremos en el próximo apartado. En la trama de las crónicas de tradición occidental, esta alusión a la ciudad-trampa funciona como preparación y aprendizaje; también como espacio en el que se concentran todos los *crímenes* (antropofagia, sacrificios humanos, idolatría) que justifican la guerra y la conquista. En pocos párrafos, Cholula se convierte en la ciudad de la amenaza, del temor, de la emboscada, donde los soldados también verán *la muerte a los ojos*. Cortés decide entonces "prevenir antes de ser prevenido" (*Segunda carta*, 1993: 193), apresa a algunos "señores de la ciudad" y desata el ataque y la matanza, en una suerte de enfrentamiento bélico artero, ya que los principales cholultecas son encerrados y asesinados por los españoles, mientras que la matanza de la población se desata en las calles de la ciudad, con ayuda de los aliados tlaxcaltecas: "Así se hizo, que después que tuve los señores dentro en aquella sala, déjelos atando, y cabalgué, e hice soltar la escopeta y *démosles tal mano*, que en pocas horas murieron más de tres mil hombres" (*Segunda carta*, 1993: 193). Despliega la *Historia de la conquista de México*:

⁹³ Afirma Gómara: "De esto postrero [un pedido de Cortés] se sonreían y *diciendo entre dientes*: ¿Para qué quieren comer éstos pues presto les tienen de comer a ellos en aji cocidos, y si Moteczuma no se enojase, que los quiere para su plato, aquí los habríamos comido ya?" (1979: LIX-100). Respecto de este relato en la *Historia verdadera* en relación con las versiones de Las Casas y López de Gómara, véase el trabajo de Sarah Beckford, "Con sal, aji y tomates: las redes textuales en la matanza de Cholula" (1995).

"Pelearon cinco horas, porque, como los del pueblo estaban armados y las calles con barreras, tuvieron defensa. *Quemaron todas las casas y torres que hacían resistencia*. Echaron fuera toda la vecindad; *quedaron teñidos en sangre*. *No pisaban más que cuerpos muertos*. Se subieron a la torre mayor, que tiene ciento veinte gradas, hasta veinte caballeros, con muchos sacerdotes del mismo templo; los cuales con flechas y cantos hicieron mucho daño. Fueron requeridos, pero no se rindieron, y así, *se quemaron con el fuego que les prendieron*, quejándose de sus dioses cuán mal lo hacían en no ayudarlos ni defendiendo su ciudad y santuario" (Gómara, 1979: LIX-104).

La ciudad admirable, "de las más hermosas que puedan ser a la vista" (Gómara, 1979: LXI-103) se transforma, a partir de la destrucción que propicia el extranjero, en la ciudad del saqueo, el fuego, la muerte: otra urbe, que anticipa también la caída de Tenochtitlan. El color blanco que definía los vestidos de "sacerdotes, religiosos y ministros de los ídolos" (Gómara, 1979: LXI-103), se tiñe ahora de sangre, junto con la ciudad, y el fuego adquiere una valencia "purificadora" de la idolatría con que esta urbe es definida a los ojos de los españoles. Los cuerpos muertos de sus ciudadanos constituyen las aceras, en una imagen especular que se reiterará innumerables veces durante el sitio de Tenochtitlan. Así, Cholula pone de manifiesto otras lógicas de la batalla y el enfrentamiento, que se van desplegando poco a poco a ojos de los españoles y que el capitán apunta con cuidado. En especial, una peculiar relación con el cuerpo y la muerte; una concepción que es epitome de la alteridad –el sacrificio y la antropofagia–; un ataque al enemigo que, aunque ajeno, será hábilmente utilizado por Cortés en éste y en los siguientes enfrentamientos: "Se saqueó la ciudad. Los nuestros tomaron el despojo de oro, plata y pluma, y los indios amigos mucha ropa y sal, que era lo que más deseaban, y destruyeron cuanto les fue posible, hasta que Cortés mandó que cesasen" (Gómara, 1979: LXI-105). Seleccionando distintos objetos de la codicia y el deseo, cada bando saquea, despoja y destruye; por primera vez, aquí, los aliados tlaxcaltecas son presentados con una actitud de asoladora destrucción del enemigo autóctono, lo cual se repetirá en la matanza que define la caída de Tenochtitlan.

No obstante, antes ya de la entrada a Cholula, la *Historia de Tlaxcala* nos ha provisto de un testimonio único, articulado a partir de estas concepciones *otras* de la reciprocidad, la crueldad, el castigo, la venganza. De hecho, en esta crónica no se narran los preparativos de la matanza sino, nuevamente, el espacio social del valle de México: la inquina entre cholultecas y tlaxcaltecas, la creencia de los primeros en Quetzalcóatl y la manera en que los mexicas desollan a un embajador tlaxcalteca,

como manera de explicar la matanza posterior: una venganza ya acordada entre los tlaxcaltecas y los extranjeros:

"...y en lugar de este buen consejo por buena respuesta a los de Tlaxcallan, *desollaron vivo la cara de Patlahuactzin*, su embajador, persona de mucha estima y principal de valor, y *lo mismo hicieron de sus manos, que se las desollaron hasta los codos, y cortadas las manos por las muñecas, que las llevaba colgando.* [...] Y visto *tan gran atrevimiento y mal tratamiento* de que murió Patlahuactzin en servicio de su patria y república, adonde dejó eterna fama entre los suyos como así lo refieren en sus enigmas y cantares, fueron *indignados los tlaxcaltecas* porque los recibieron por gran afrenta, una cosa que jamás había pasado en el mundo" (1998: 210).

En las versiones tlaxcaltecas, los españoles y Cortés pierden protagonismo; su lugar es ocupado por la mitología autóctona (luego de esta escena se incluye una detallada alusión a Quetzalcóatl y sus significados) y un modo distinto de comprender la violencia y el vínculo efectivo (visual) con el cuerpo. En la poderosa y pavorosa imagen del embajador desollado en rostro y brazos late la referencia directa a una de las deidades más antiguas y respetadas del panteón náhuatl, Xipe Totec, "nuestro señor desollado"; este castigo-respuesta denota el rechazo, el enfrentamiento, también uno de los tormentos habituales en el mundo guerrero nahua (recordemos que era práctica común que algunos cautivos fueran desollados y que el "sacerdote" se cubriera con esa piel durante la práctica del sacrificio).⁹⁴ El cronista mestizo, en hábil selección sintagmática, reúne dos cosmovisiones. Cuando señala "Y así vino el pobre embajador con *harta lástima y dolor*, el cual puso horrible espanto y *pena* en la república" (Muñoz Camargo, 1997: 210) focaliza desde la perspectiva occidental, que entiende el desollamiento como grado máximo de la crueldad y barbarie, sin explicación alguna, de allí las referencias a la lástima, el dolor y la pena. No obstante, estos sentimientos no son los principales en el reclamo tlaxcalteca; cuando el narrador alude al *gran atrevimiento*, la afrenta y la indignación de los tlaxcaltecas, focaliza la escena desde la perspectiva autóctona: lo más grave no es el desollamiento en sí, sino el atrevimiento de atacar de ese modo a un embajador, un mensajero ("...siempre temidos y honrados de los reyes y señores extraños, porque con ellos se comunicaban

⁹⁴ Respecto de estas deidades y prácticas, véase *Dioses prehispánicos de México* de Adela Fernández (1985) y *Vida y muerte en el Templo Mayor* de Eduardo Matos Moctezuma (1998).

las paces y las guerras y otros acontecimientos que entre las provincias y los reinos pueden suceder”, Muñoz Camargo, 1997: 210).⁹⁵

En esta escena, la génesis de la matanza es otra, el signo se invierte: aquí, los cholultecas atacan al embajador de Tlaxcala –motivo suficiente para el enfrentamiento– y el cronista refiere una guerra entre españoles, tlaxcaltecas y cholultecas, donde el escarmiento y la venganza no se deben tanto a la trampa, como a enfrentamientos previos a la llegada de los extranjeros, referidos por la *Historia de Tlaxcala* desde sus primeras páginas.⁹⁶ En estas escenas, Cholula modifica su sentido: es la ciudad de uno de los dioses principales del panteón mesoamericano, cuyo sentido se despliega en estas líneas; es el espacio de la disputa entre comunidades autóctonas, donde los españoles aparecen, en verdad, como un instrumento utilizado por los tlaxcaltecas para saldar viejas inquinas e impulsar venganzas. Lo autóctono – sus lógicas, sus creencias, sus disputas de poder– adquiere el protagonismo central, también a partir de una pormenorizada inscripción de los nombres propios de los principales tlaxcaltecas y cholultecas, y del uso del discurso directo para referir las voces de los tlaxcaltecas y los cholultecas, donde además se percibe el subtexto de la memoria autóctona, en difrasismos, paralelismos, metáforas e incluso giros léxicos que denotan agresión (recordemos la injuria verbal como fundamental componente del conflicto bélico).⁹⁷

⁹⁵ Si bien el ataque a los embajadores también era uno de los motivos de la guerra en el mundo occidental (según despliega incluso Juan Ginés de Sepúlveda en su *Tratado sobre las justas causas de la guerra* (1996), la diferencia aquí estriba, a mi juicio, en la percepción y el tipo de ataque al embajador que la *Historia de Tlaxcala* dramatiza, así como en el uso que los tlaxcaltecas hacen de este evento (y en el detalle de enorme plasticidad con que se inscribe en el texto) para obtener de los españoles la justificación de un ataque vengativo contra los enemigos.

⁹⁶ De hecho, la alianza para la venganza y el castigo ejemplar se relata explícitamente, en una versión que contradice lo hasta aquí narrado, culpando a los españoles y sus aliados antes que aludiendo a la trampa cholulteca, aún a pesar de las intenciones explícitas de la *Historia de Tlaxcala* de favorecer a españoles y aliados: “Y así con esta indignación dijeron a Cortés [los tlaxcaltecas]: ‘Señor muy valeroso, en venganza de tan gran desvergüenza y maldad y atrevimiento, queremos ir contigo a asolar y destruir aquella nación y provincia, que no quede vida de gente tan pernicioso, obstinado y endurecido en su maldad y tiranía’ [...] El valeroso Cortés les respondió con rostro severo diciéndoles de esta manera: ‘Que no tuviesen pena, que él les prometía venganza de ello’, como en efecto lo hizo; así por esto como por otras traiciones, se puso en ejecución dalle guerra muy cruel, adonde murieron grande muchedumbre de ellos como se verá por las crónicas que de la conquista de esta tierra está hecha” (1998: 211).

⁹⁷ “Dejadlos llegar a estos *advenedizos extranjeros*, veamos qué poder es el suyo, porque nuestro dios Quetzalcohuatl está aquí con nosotros, que en un imprevisto los ha de acabar. Dejadlos lleguen los *miserables*, veámoslos agora, *gocemos de sus devaneos y engaños* que

Así, en el cruce entre las crónicas de tradición occidental y las crónicas mestizas, Cholula se constituye en la ciudad de lo semejante y lo desemejante, de la diferencia y la alteridad, pero también del aprendizaje en el enfrentamiento y en la venganza: aquí también tlaxcaltecas y españoles pelean juntos por primera vez, con un enemigo autóctono común, y desarrollan tácticas de alianza y reconocimiento. "Usaron los de Tlaxcalla de un aviso muy buen que les dio Hernando Cortés porque fueran conocidos y no morir entre los enemigos por hierro porque sus armas y divisas eran casi de una manera y había en ellas poca diferencia [...] porque si esto no fuera en tan gran aprieto se mataran los unos a los otros sin conocerse, y *ansí se pusieron en las cabezas unas guirnaldas de esparto a manera de torsales y con estos eran conocidos los de nuestra parcialidad*" (1998: 212). En el relato de Cortés, Cholula es la ciudad más semejante a lo propio, "la cibdad más a propósito de vevir españoles que yo he visto de los puertos acá" (1993: 195). Atento a ciertas diferencias e irreductibles cosmovisiones, no obstante, allí donde cree poder aprehender mejor las coordenadas sociales, el capitán desata la matanza; organiza un castigo ejemplar cuyas consecuencias cree poder controlar y que recubre con un aura de profundo temor su propia imagen. La guerra/matanza desatada en Cholula cambia el parecer de Motecuhzoma –hasta aquí, siempre reacio a permitir el avance de los españoles–; funciona como umbral que vence la resistencia mexica a partir del temor, vinculado – en la concepción autóctona– con la lectura de una señal desfavorable de los dioses: "Aunque todas estas cosas les aprovechaban muy poco, no por eso dejó de causar *grandísimo temor a toda la tierra*, cuyo vencimiento rebajó los bríos de todos los comarcanos, sin entender por dónde viniese *tan gran castigo de los dioses*" (Muñoz Camargo, 1997: 213). Según narran los informantes nahuas –mexicas y tlatelolcas– de fray Bernardino de Sahagún en el libro XII de su *Historia general de las cosas de la Nueva España*, Motecuhzoma se estremeció al enterarse de lo ocurrido en Cholula y su confusión aumentó. La desacralización de la ciudad mítica ha comenzado; la percepción del fin de un orden conocido gana los relatos indígenas:

traen, que son locos de quien se fian aquellos *sométicos mujeriles*, que no son más que *mujeres bardajas de sus hombres barbudos* que se han rendido a ellos de miedo; dejadlos lleguen a los alquilerados que bien les han pagado las vidas a los miserables, mirad a los ruines tlaxcaltecas, cobardes, merecedores de gran castigo. Como se ven vencidos de los mexicanos, andan a buscar gentes advenedizas para su defensa" (Muñoz Camargo, 1998: 208).

"Y toda la gente acá en México y donde venían los españoles y en todas las comarcas, andaba muy *alborotada y desasosegada*, parecía que *la tierra se movía*, todos andaban espantados y atónitos" (Sahagún, 1992: XXI-733).

En la bellamente metafórica representación verbal autóctona, el mundo conocido comienza a resquebrajarse con la matanza que mancha la ciudad de Quetzalcoátl. La espada del cristiano que hiende el cuerpo indígena abre una fisura en la historia de estos pueblos nahuas. En la mirada retrospectiva que formula profecías y designios, la tierra tiembla, anunciando un final.

VI.4 Tenochtitlan: ciudad única, ciudad múltiple

"Desde donde se posan las águilas,
desde donde se yerguen los tigres,
el Sol es invocado.
Orgullosa de sí misma
se levanta la ciudad de México-Tenochtitlan."
YAOUCUICATL (canto guerrero mexica)

Como vimos hasta aquí, la descripción de las distintas ciudades y del derrotero de conquista excede ampliamente la narración de las vicisitudes y batallas que llevaron a Cortés y a sus hombres a someter el valle de México. Cada relato es, también, la *historia de una mirada* o de un modo de mirar al otro y de reconocerse en esa instancia. Recordemos que el cronista soldado se define a sí mismo como *testigo de vista*: nunca como en Tenochtitlan este sintagma adquiere potencia para conformar la propia identidad a partir de la mirada como experiencia. A la vez, la experiencia de la mirada asegura la autodefinición como testigo; en el texto, esto se inscribe en el dispositivo retórico del testimonio, cuya aparente falta de mediación construye el efecto de verdad de esta historia.

En este apartado, analizadas ya algunas de las modalidades en que se despliega la aprehensión del espacio en la escritura, me detendré en la mirada de los narradores en relación con la ciudad de México-Tenochtitlán, centro de la conquista – y de la vida para los pueblos del valle de México–, y eje que estructura las tres crónicas de tradición occidental.⁹⁸ En cada una de ellas, México Tenochtitlan es muchas ciudades a la vez: superpuestas, como las construcciones de las pirámides mesoamericanas; progresivas, en el orden sintagmático del texto escrito. Es la ciudad anhelada, imaginada, asombrosa de las primeras imágenes y del primer encuentro con Motecuhzoma; es la ciudad antitética en su prodigalidad y su crueldad, representadas por dos espacios paradigmáticos: el mercado y el templo. Hacia el final, con el ataque definitivo de españoles y aliados, surge también la ciudad de la guerra, el sitio, la muerte y la destrucción. En los relatos, Tenochtitlan parece sintetizar expectativas y

⁹⁸ Explica al respecto José Rubén Romero Galván: "La ciudad de México era considerada por sus residentes como el *axis mundi*, el centro del universo. En sus orígenes se entrelazan la historia y los mitos, lo real y lo ideal, dando sustento a una ciudad que había comenzado a existir mucho antes de que tuviera sitio sobre la tierra, como había ocurrido en los casos de Roma o Jerusalén, cuyos inicios se sitúan en épocas anteriores al establecimiento de sus pueblos en los lugares en que florecieron" (2004: 14).

leyendas; es asimismo objeto del temor y la inquina por parte de los enemigos de los mexicas, quienes no vacilan en proponer la destrucción completa de cada uno de sus canales y casas para reforzar el triunfo.

Ciudad que representa la omnipotencia y la fragilidad del poder, aparece siempre vinculada a su principal gobernante o *uey tlahtoani*. En los primeros momentos, Tenochtitlan funciona como marco para Motecuhzoma y éste como representación metonímica del poderío de la urbe que rige su imperio. Preso y muerto Motecuhzoma –desacralizado, en la perspectiva mexica (Clendinnen, 2003)–, la ciudad persiste como objetivo alrededor del cual se articulan todas las acciones, estrategias, preparativos –ambiciones y expectativas– de los españoles durante los largos meses que pasan en tierras tlaxcaltecas luego de la Noche Triste y la batalla de Otumba. Asociada al último *tlahtoani*, Cuauhtémoc, cuyo destino es cifra del final del imperio, Tenochtitlan es presentada como la ciudad de la porfiada guerra, la destrucción y la muerte. En su caída, se convierte en la urbe cuya resistencia *obliga* a Cortés a destruir lo que más desea, contracara trágica de las fabulosas descripciones iniciales.

Con grandes trazos que intentan describir lo inenarrable, nuestras crónicas de tradición occidental estilizan los espacios, idealizan los encuentros, exasperan las contradicciones entre la belleza y la muerte –cara y ceca de una misma cosmovisión de la sociedad mexica–. Organizan así la imagen de una ciudad única –en la historia y en el relato– por la cual el lamento y la nostalgia ingresan en la escritura: "Digo otra vez que lo estuve mirando que creí que en el mundo obiese otras tierras descubiertas como éstas, porque en aquel tiempo no avía Perú ni memoria d'él. *Agora todo está por el suelo perdido, que no ay cosa*" (Díaz del Castillo, 2005: LXXXVIII-219).⁹⁹

VI.4.1 La ciudad deseada y el orden del conquistador

La lectura comparativa de estas tres crónicas permite diferenciar tres momentos centrales en la caracterización de Tenochtitlan: las primeras imágenes; la entrada a la ciudad y el encuentro con Motecuhzoma; la descripción de los espacios fundamentales: el mercado y el templo.

⁹⁹ Con mirada retrospectiva, nótese la involuntaria ironía de este comentario en la pluma del soldado que contribuyó con sus acciones a destruir la ciudad y que hace de la historia de esa guerra una epopeya para obtener riquezas y compensaciones.

En las *Cartas de relación*, la primera imagen se presenta en forma gradual, como parte culminante de un recorrido que los ha llevado por distintas ciudades construidas en lagunas, también admirables o sorprendentes para el ojo extranjero: Mizquic, en las orillas del lago de Chalco ("Y todavía seguía el camino por la costa de aquella grand laguna, y a una legua del aposento donde parti vi dentro en ella, casi dos tiros de ballesta, una cibdad pequeña que podría ser hasta de mill o dos mil vecinos toda armada sobre el agua, sin haber para ella ninguna entrada y muy torreada, segúnd lo que de afuera parecía"; Cortés, *Segunda carta*, 1993: 204); Cuitláhuac, situada en una isla del lago de Chalco ("Y otra legua adelante entramos por una calzada tan ancha como una lanza jineta por la laguna adentro de dos tercios de legua, y por ella fuimos a dar *en una cibdad la más hermosa aunque pequeña que hasta entonces habíamos visto*, ansí de muy bien obradas casas y torres como de la buena orden que en el fundamento della había, por ser armada toda sobre agua"; Cortés, *Segunda carta*, 1993: 205); Iztapalapa, ubicada en el istmo entre los lagos Texcoco y Xochimilco ("Y llegando a esta cibdad de Iztapalapa, me salió a rescebir algo fuera della el señor y otro de una grand cibdad que está cerca della. [...] Terná esta cibdad de Yztapalapa doce o quince mill vecinos, la cual está en la costa de una laguna salada grande, la mitad dentro en el agua y la otra mitad en la tierra firme. Tiene el señor della unas casas nuevas que aún no están acabadas que son tan buenas como las mejores de España"; Cortés, *Segunda carta*, 1993: 206).¹⁰⁰ El entramado urbano del valle de México es presentado por medio de una gradatio de ciudades progresivamente más grandes, más bellas, más pobladas; se constituye así, antes los ojos del capitán, "un verdadero tejido urbano" (Baudot, 1981: 5). En estas breves pinceladas se asientan los elementos que se referirán luego en Tenochtitlan: las casas sobre el agua, las torres, las calles, los puentes; todos ellos construyen el *tipo* de la ciudad mesoamericana, amoldado según los elementos de una retórica descriptiva conocida. Se reitera también la medición de las calzadas en relación con el largo de las lanzas jinetas: el ojo militar de Cortés apunta una analogía que imprime el rumor de la batalla —el aliento de la conquista— en territorio mexicana.¹⁰¹ Además, el narrador

¹⁰⁰ Para las características geográficas de estas ciudades, véase Gerhardt (1986). Para el análisis general de la construcción retórica de estas poblaciones en la *Segunda carta* cortesiana, véase Checa (1996) y Zambrana (2007).

¹⁰¹ David Boruchoff (1997) da pormenorizada cuenta de esta característica de la mirada cortesiana.

intenta reponer la temporalidad consecutiva de experiencias e impresiones, por eso su cuidado al notar "fuimos a dar en una cibdad la más hermosa aunque pequeña *que hasta entonces habíamos visto*". Por último, la analogía: característica que define las concepciones predominantes en el capitán con respecto a la urbe ideal: "Tiene el señor della unas casas nuevas que aún no están acabadas que *son tan buenas como las mejores de España*".

No obstante los cuidados del texto, nada los prepara para lo que verán en Tenochtitlan ni para los problemas que presentará narrarlo. Por eso, antes de comenzar la pormenorizada descripción, Cortés comenta:

"Porque dar cuenta, muy poderoso señor, a vuestra real excelencia, de la *grandeza, extrañas y maravillosas cosas de esta gran ciudad de Temixytan*, del señorío y servicio de Mutezuma, señor della, y de los ritos y costumbres que esta gente, y de la orden en la gobernación, así de esta ciudad como de las otras que eran de este señor hay, sería menester mucho tiempo y *ser muchos relatores y muy expertos*; no podré decir yo de cien partes una, de las que dellas se podrían decir, mas como pudiere diré algunas cosas de las que vi, que aunque mal dichas, bien sé que serán de *tanta admiración que no se podrán creer*, porque *los de acá* con nuestros propios ojos las vemos, *no las podemos con el entendimiento comprender* (Cortés, *Segunda carta*, 1993: 232;).

La interpelación al rey a través del tópico de lo inefable inscribe la imposibilidad de narrar con palabras aquello que solo puede ser aprehendido a través de los sentidos y guardado en la memoria. Conforme a una retórica de la maravilla del Nuevo Mundo, remite a un saber descriptivo letrado ("muchos relatores y muy expertos") cuya falta se resiente. Con respecto a ellos, cierta *captatio benevolentia* recubre la imagen del capitán y produce un momento de pausa que funciona como marco de la mirada sobre Tenochtitlan. Repárese en el uso hiperbólico del calificativo "gran" –de importante tradición en estas descripciones– para nombrar a la ciudad: a partir de aquí, "la gran ciudad de Temixytan" conforma un sintagma reiterado párrafo a párrafo. Esta primera aproximación insiste en términos no tan frecuentes en las cartas cortesianas: "extrañas y maravillosas cosas", "tanta admiración que no se podrán creer". La maravilla y lo fabuloso –más habituales, en cambio, en el relato del soldado– confluyen articulando la contraposición entre la experiencia y su racionalización, ya sea mediante la comprensión o mediante el relato. Sin embargo, el capitán no pierde de vista su deber, allí donde su función militar se vincula con la función informativa. Por eso, acepta las limitaciones de su relato y enumera aquello sobre lo que debe dar

cuenta: "el señorío y servicio de Mutezuma", los "ritos y costumbres", el "orden en la gobernación", a partir de un modo de ordenamiento narrativo que denota un tipo de organización social específica, cierta ostentosa concepción del poder político en la sociedad mexicana. De este modo, el narrador anticipa la construcción de una ciudad y su gobernante como objeto digno de la conquista de "vuestra real excelencia" Carlos V, más ambicionada y gloriosa cuanto más lograda sea su configuración textual.

Es la mirada del soldado la que organiza un campo de referencias relacionadas con el mundo maravilloso de las novelas de caballerías, en su ansioso intento por dar cuenta de lo nuevo:

"Y desde vimos tantas cibdades y villas pobladas en el agua, y en tierra firme otras grandes poblaciones, y aquella calcada tan derecha y por nivel como iba a México, nos quedamos admirados; y *dezámos que parecía a las cosas de encatamento que cuentan en el libro de Amadís*, por las grandes torres y cues y edificios que tenían dentro en el agua, y todos de calicanto, y *aun algunos de nuestros soldados dezían que si aquello que vían si hera entre sueños*. Y no es de maravillar que yo escriba aquí desta manera, porque *ay mucho que ponderar en ello que no sé cómo lo cuente, ver cosas nunca oídas, ni aun soñadas, como víamos*" (Díaz del Castillo, 2005: LXXXCII–218/9).

La primera impresión de la cuenca del lago de Texcoco, vista desde el camino, se plantea en términos de encantamiento y maravilla, sueño y vigilia. Este fragmento – ampliamente citado por la crítica para ejemplificar la vinculación entre las novelas de caballerías y la concepción de mundo del soldado español–, utiliza un patrimonio cultural común a las tropas de los cristianos al tiempo que revela su insuficiencia para narrar lo nuevo inesperado, lo arrebatadoramente magnífico. Se trata de escribir y ponderar, erigir en el texto "cosas nunca oídas, ni aun soñadas, como víamos". Si la experiencia y el asombro fueron compartidos –así lo marca la primera persona plural que funciona como testigo en esta escena–, la narración es singular. Sustentada en una tradición literaria que interpela a un lector afín, la escritura ordena los materiales de la memoria, entrecruza sensaciones con imágenes visuales y sonoras. Lo maravilloso descrito supone un testigo maravillado y pretende maravillar al lector. Se apela así a un dispositivo retórico propio de la descripción de lo nuevo en América ya desde los diarios de Colón; en la supuesta maravilla del referente se conforma una perspectiva dual de asombro y apropiación.¹⁰²

¹⁰² Sigo a José Rabasa cuando, analizando la retórica descriptiva de los diarios colombinos, afirma que "lo maravilloso produce una grieta, una ruptura entre el sujeto y el objeto

Frente a los ojos del lector se erige una Tenochtitlan fabulosa cuyo exotismo pareciera poner en duda la verdad de esta historia. Con una hábil dosificación de la información y la sorpresa, el narrador de la *Historia verdadera* –a diferencia de lo que ocurre con el narrador de las cartas cortesianas– ha llegado hasta aquí escatimando las descripciones puntuales de otras ciudades, como Cholula o Tlaxcala: ha guardado todo el impacto para la primera imagen de Tenochtitlan. Este recurso convierte a México en una ciudad sin par en la *Historia verdadera* y hace posible –pertinente– la comparación con las historias de Amadís.¹⁰³

En cambio, las imágenes previas que ofrecen las *Cartas de relación* y la *Historia de la conquista de México* han preparado al lector para la majestuosidad, tejiendo un entramado urbano, mostrando a Tenochtitlan como la culminación de ciertos modos de organización social y de ciertas concepciones del espacio que incluyen pero exceden a los mexicas, sin olvidar por ello los elementos que la vuelven única entre las demás e impar ante los ojos cristianos. Reparemos, además, en la importancia de la experiencia para construir estas primeras escenas de asombro: el narrador de la *Historia de la conquista de México* no presenta nada igual porque su discurso no puede contener el recuerdo íntimo de lo que se ha visto con los propios ojos. En este sentido, la experiencia de primera mano –y su configuración textual– suman un caudal de información que la lógica del texto letrado, articulado sobre distintas fuentes, no puede reclamar para sí. Detengámonos ahora en la primera descripción que cada uno de estos textos ofrece:

representado, donde la naturaleza emerge como *locus* descriptivo, esto es, como una superficie que produce admiración al tiempo que conlleva el proyecto de explotación de sus riquezas” (1993: 84).

¹⁰³ Georges Baudot explica que “cubriendo una superficie construida de más de un millar de hectáreas, estructurada sobre una red de canales, de vigas y de calzadas elevadas que los ingenieros y arquitectos mexicas habían dispuesto poco a poco y a medida de la extensión de la ciudad, México contaba entre 80.000 y 100.000 hogares que comprendían cada uno de cinco a seis personas, sin contar las edificaciones más imponentes de los poderosos que albergaban una domesticidad numerosa. De hecho, su población podía evaluarse entre 400.000 y 600.000 personas, lo que en el siglo XVI era casi inimaginable en el Viejo Mundo. Recordemos que las mayores ciudades de Europa que podían haber visitado los conquistadores antes sólo conocían cifras de población muy inferiores a las de México hacia 1519. [...] Únicamente Estambul, en las puertas de Asia, podía enorgullecerse de sus 400.000 habitantes hacia 1520, mientras que aquella Sevilla que vio partir a los hombres que descubrieron a México contaba apenas con 90.000 habitantes a mediados de siglo. Comprendemos, así, los términos y el tamaño de la sorpresa de Cortés y sus compañeros” ([1992] 2004: 133–134).

"...a media legua andada, *entré por una calzada que va por medio de esta dicha laguna*, dos leguas hasta llegar a la gran ciudad de Temixtitan, que está fundada en medio de la dicha laguna, la cual calzada es tan ancha como dos lanzas, y muy bien obrada que pueden ir en ella ocho de caballo a la par. [...] Y así seguí la dicha calzada, y a media legua antes de llegar al cuerpo de la ciudad de Temixtitan, a la entrada de otra calzada que viene a dar de la tierra firme desta otra, está *un muy fuerte baluarte con dos torres cercado de muro* de dos estados, con su petril almenado por toda la cerca que toma con ambas calzadas y no tiene más de dos puertas, una por donde entran y otra por donde salen" (Cortés, *Segunda carta*, 1993: 207/8).

"De Iztacpalapan a México hay dos leguas por una calzada muy ancha, que holgadamente van ocho caballos por ella a la par, y tan derecho como hecha por nivel, y quien buena vista tenía, alcanzaba a ver las puertas de México. [...] Llegó acerca de la ciudad, donde se junta otra calzada con ésta, y donde está un baluarte fuerte y grande, de piedra, dos estados de alto, con dos torres a los lados, y en medio un petril almenado y dos puertas; fuerza harto fuerte" (Gómara, 1988: LXV-98).

"Luego, otro día de mañana, partimos d'Estapalapa muy acompañados de aquellos grandes caciques que atrás he dicho. *Íbamos por nuestra calcada adelante*, la qual es ancha de ocho pasos y va tan derecha a la ciudad de México que me parece que no se torcía poco ni mucho; e puesto qu'es bien ancha toda iba llena de aquellas gentes que no cabían: unos que entravan en México y otros que salían, y los indios que nos venían a ver" (Díaz del Castillo, 2005: LXXXVIII-220).

En la primera impresión de la ciudad que brindan estos tres cronistas se destacan tres cuestiones fundamentales: el orden, el asombro, la mutua percepción de la alteridad. El orden funciona como instancia fundamental de la aprehensión descriptiva, estrategia privilegiada de percepción: en la alusión a la calzada se destacan la anchura, las medidas, la cantidad de gente que circula por la ciudad *en buen concierto*.¹⁰⁴ Unos pocos elementos erigen esta pintura de Tenochtitlan: la laguna salada, las calzadas, las calles, las canoas, los puentes y las torres; las adjetivaciones se reiteran en todos los casos: puentes, canoas y calles "muy anchas y

¹⁰⁴ En *La ciudad letrada*, Ángel Rama pone el acento en la idea de "orden" que estructura el espacio urbano (y sus representaciones) y la manera en que se erigen las ciudades en América a partir de una concepción del espacio vinculada al espacio de origen más que a la nueva realidad. Rama sostiene que, en todo el sistema urbano europeo de la época (aunque también en ciertas ciencias y disciplinas como la historia natural, la arquitectura y la geografía), la noción de orden es fundamental. Existe, de hecho, toda una prescripción con respecto a la manera de erigir las ciudades, que no sólo tiene que ver con esta fundación escrituraria. Entonces, se indicaba de qué manera, con qué concepción erigir las ciudades en este espacio *otra*. Estas ideas posibilitaron la construcción de nuevas ciudades y la destrucción de las ciudades indígenas.

muy derechas" (Cortés, *Segunda carta*, 1993: 233). Esta idea de lo ancho y "recio y bien labrado" (Cortés, *Segunda carta*, 1993: 233), de una calzada "tan derecha como hecha por nivel" (Gómara, 1988: LXV-98) repite el campo semántico de lo grandioso y concertado, y da cuenta, a través de la descripción espacial, del grado de *civilización* de la población que la ha erigido. Lo *ancho* remite también a la multitud en constante tránsito, a la comunicación, el intercambio, el comercio, todas características de una ciudad de porte cuya conquista, a ojos de estos cronistas, jalonaría de honor y riqueza el imperio español y justifica el avance cortesiano, cuya legalidad es aún incierta a esta altura de las cartas de relación.

Claro que la mirada del capitán concibe el espacio en términos militares, como ya se anotó en las ciudades de Mizquic o Iztapalapa: la cantidad de hombres de a caballo que pueden atravesar las calzadas a la par, la medición de la distancia en términos de *lanzas jinetas*, la descripción del baluarte y las puertas en la entrada de la ciudad. Tenochtitlan es una ciudad vital, asombrosa, magnífica y por eso nunca deja de ser –al menos en las *Cartas de relación*– objetivo militar, referido como tal. Con estos pocos elementos se construye una Tenochtitlan extraña y codiciable a un tiempo. Con algo de nostalgia y mucha astucia, en una nueva apelación a esa Fama que intuye esquivada, Bernal Díaz propone leer esta ambición en términos de valentía:

"Y nosotros aun no llegávamos a quatrocientos soldados, y teníamos muy bien en la memoria las pláticas e abisos que nos dixeron los de Guaxocingo e Tascala y de Tamanca y con otros muchos avisos que nos avían dado para que nos guardásemos de entrar en México, que nos avían de matar desde dentro nos tuviesen. Miren los curiosos letores si esto qu'escrivo, si avía bien que ponderar en ello: *¿qué honbres [ha] avido en el universo que tal atrevimiento tuviesen?*" (2005: LXXXVIII-220).

El temor a la muerte, el arrojo y al *atrevimiento* conforman el sustrato más humano de esta empresa, aquél que se encuentra detrás de las apreciaciones estratégico-militares de Cortés. En la apelación al *letor* se busca la identificación primero y el reconocimiento de inmediato, marcas de una escritura que conoce el desarrollo final de la conquista y que no deja de solicitar honores y bienes en función de los servicios prestados a la Corona. Dicha perspectiva actualiza, siempre que le es posible, la autoconfiguración valerosa que sostiene el reclamo. Esta mirada, vinculada a una práctica expansionista y colonizadora, articula un uso del espacio que refuerza cierta imagen propia de superioridad.

La magnificencia, el asombro, el orden tienen su correlato en la figura de Motecuhzoma tal como es percibido en el primer encuentro. Referida por los tres cronistas, la escena resulta crucial porque condensa las coordenadas de la relación entre españoles y mexicas, y del destino final de la ciudad. Por supuesto, no es que la suerte estuviera echada en este primer contacto: los relatos españoles crean esa imagen de tenacidad, brío, decidida voluntad, "lo cual le otorga [al narrador] un *locus* de superioridad respecto de su objeto" (Colombi, 2006: 27). El círculo se cierra con las referencias providencialistas que jalonaron el camino hasta el centro de México: "Mas como Dios haya tenido siempre cuidado de encaminar las reales cosas de Vuestra Sacra Majestad desde su niñez y como yo y los de mis compañía íbamos a su real servicio..." (Cortés, *Segunda carta*, 1993: 198). La alteridad se construye en un desigual diálogo de mutuas miradas: en los españoles, por el asombro de la ciudad; en los mexicas, por la curiosidad acerca de hombres nunca vistos. Refiere Gómara que Cortés "apenas podía andar, con la pretura de la mucha gente que a ver los españoles salía" (1988: LXV-98). Bernal Díaz agrega:

"... e puesto qu'es bien ancha [la calzada] toda iba llena de aquellas gentes que no cabían: unos que entravan en México y otros que salían, y *los indios que nos venían a ver, que no nos podíamos rodear de tantos como binieron*, porqu'estaban llenas las torres e cues y en las canoas y de todas partes de la laguna; y *no hera cosa de maravillar, porque jamás avían visto cavallos ni honbres como nosotros*" (2005: LXXXVIII-220).

Esta mutua extrañeza crea una escena especular: se mira al *otro* con genuina curiosidad y con *ojo imperial*; se halla en la mirada del *otro* la pregunta y la sorpresa. En vínculo con la retórica bélica –aludiendo así, indirectamente, a la expectación como amenaza y a cierto temor ante la entrada a la ciudad– Bernal Díaz acentúa el elemento numérico –la multitud de *indios* contra los cuatrocientos españoles– y oculta el dato del apoyo aliado que Gómara destaca: "Por esta calzada fue Cortés con sus cuatrocientos compañeros, y otros *seis mil indios amigos*, de los pueblos atrás que pacificó" (1988: LXV-98). Ocurre que, si buena parte de estos aliados acampó en el límite de la ciudad por obvios motivos estratégicos, su presencia en este encuentro –y en esta crónica– presenta al español como punta de lanza de una entrada no tan pacífica ni amistosa como Cortés se empeña en narrar. Nuevamente, la mirada del conquistador dosificando, esta vez, lo que se calla.

El ingreso a escena de Motecuhzoma se construye mediante cierta gradación que concuerda con la gradatio a través de la cual se ha ido presentando la ciudad. Laguna, torres, calzadas ordenadas y anchas, multitudes expectantes crean el marco adecuado para la aparición majestuosa del uey tlahtoani. Las tres crónicas desgranar aquí una mirada sobre el *otro* indígena conformada en términos de su ubicación en el estrato social, su vestimenta y algunos atributos distintivos de la pertenencia a diferentes poblaciones, etnias o *calpullis*.¹⁰⁵ La mirada retrospectiva despliega la organización social inscrita en el cuerpo indígena.

Más allá de algunas referencias a la multitud, la perspectiva de los cronistas alumbra el estamento dominante de la sociedad mexicana. Primero, se refiere un buen número de señores o nobles, definidos en términos de su vestimenta, rodeada de una multitud indiferenciada perteneciente a los otros estamentos sociales. "Aquí me salieron a ver y hablar hasta mill hombres prencipales cibdadanos de la dicha cibdad, todos vestidos de una manera y hábito y, segúnd su costumbre, bien rico" (Cortés, *Segunda carta*, 1993: 208). Detrás, se presentan los señores principales, identificados por el nombre y la ciudad a la que pertenecen: "Ansí qu'estuvimos parados un buen rato; y desde allí se adelantaron *el Cacamací, señor de Tescuco, y el señor de Oztapalapa y el señor de Tacuba y el señor de Cuyacac* a encontrarse con el gran Montecuma" (Díaz del Castillo, 2005: LXXXVIII-220/1). Se trata de una mirada que percibe amistades y enemistades a partir del aprendizaje desarrollado en el derrotero desde Veracruz, ya que el nombre propio y la pertenencia a una ciudad conforman un incipiente mapa político de alianzas y enfrentamientos. Por último, Motecuhzoma, figura fundamental en todas las crónicas:

"Pasada esta puente, *nos salió a rescebir aquel señor Muteecuma con fasta ducientos señores, todos descalzos y vestidos de otra librea o manera de ropa ansimismo bien rica a su uso y más que la de los otros. Y venían en dos procesiones muy arrimados a las paredes de la calle, que es muy ancha y muy fermosa y derecha. [...] Y el dicho Muteecuma venía por medio de la calle con dos señores, el uno de la mano derecha y el otro a la izquierda. [...] Cada uno le llevaba de su brazo. Y cuando nos juntamos yo me apeé y le fui a abrazar solo, y aquellos dos señores que con él iban me detuvieron con las manos para que no le tocase*" (Cortés, *Segunda carta*, 1993: 208–209).

¹⁰⁵ "Calpulli" es una forma de agrupación que cruza lo territorial con el linaje y que define el modo de organización de la sociedad mexicana, en especial en sus linajes nobles. Al respecto, véase "Los linajes nobles del México antiguo" de Pedro Carrasco (1976).

Esta primera descripción de Motecuhzoma exhibe los elementos que son capaces de percibir y retener estos cronistas, caracterizando la mirada del español en torno al indígena: la riqueza y el cuerpo. Se despliega así una mirada de lo exótico, orientalista, que inscribe la riqueza del *otro* al tiempo que planifica su apropiación. Todas las escenas presentan cuerpos vestidos, ricamente ataviados, cuyo tipo y calidad de ropa constituyen las marcas de la diferenciación social –algo perfectamente comprensible para un cristiano. Son cuerpos ordenados, disciplinados, sometidos a una lógica de organización social extraña a la occidental, pero admirable por su despliegue y por el impacto sensible de su presentación en la entrada de Tenochtitlan. La escena tiene mucho de dramatización: construida a partir de imágenes visuales de fuerte riqueza y cromatismo, por medio de objetos que, inscriptos en el cuerpo de los principales indígenas, funcionan como sinécdoque de los tesoros que el conquistador espera encontrar en la ciudad. Refiere Gómara:

"Hasta esta puente salió Moteczuma a recibir a Cortés, debajo de un *palio de pluma verde y oro, con mucha argentería colgando*. Traíanle de los brazos Cueltlauac y Cacama, sobrinos suyos y grandes príncipes. Venían todos los tres a una manera *riquísimamente ataviados*, salvo que el señor traía unos *zapatos de otro y piedras engastonadas*, que solamente eran las suelas prendidas con correas, como se pintan a lo antiguo" (1988: LXV-98).

Retoma y corrige Bernal Díaz:

"Traíanle [a Motecuhzoma] de braco aquellos grandes caciques, debajo de un palio *muy riquísimo a maravilla y la color de plumas verdes con grandes labores de oro con mucha argentería y perlas y piedras chalchiuís*, que colgaban de unas como bordaduras, que ovo mucho que mirar en ello. Y el gran Montezuma venía muy ricamente ataviado según su usanca, y traía calcados unos como cotaras, que así se dizen lo que se [calcan], *las suelas de oro y muy preciada pedrería por encima de ellas*" (2005: LXXXVIII-221).

Ya sea en los nombres de los "caciques" o en los nombres indígenas de piedras y calzadas, las voces mexicas resuenan con suaves sibilantes, sumando poderosas imágenes auditivas a esta magnífica dramatización. Conforman una escena vinculada a la mirada exótica, de larga tradición en el relato de viajes y enraizada en toda práctica colonizadora (Said, 1978). Esta perspectiva es la que opera en selecciones, modalizaciones, puestas en relieve y silencios.

Llama poderosamente la atención de los tres cronistas la actitud de los mexicas hacia el cuerpo de Motecuhzoma. Leyendo de manera acertada la compleja

organización del poder mexica, Cortés es quien establece una línea de continuidad entre la primera descripción de la ciudad y la aparición de su principal señor, al enfatizar el orden en que utiliza el espacio de la calzada: por los límites de una calle "muy ancha y muy hermosa y derecha" dos procesiones se desplazan y funcionan como marco; Motecuhzoma, rodeado por dos señores –llevado en andas por ellos–, avanza por el medio de la calzada con la majestuosidad de quien reclama para sí el centro. No obstante, el *tlahtoani* no puede ser observado por los indígenas: con cierta sorpresa, los cronistas relatan que nadie se atrevía a mirarlo al rostro. Explica Gómara: "Moteczuma venía por medio de la calle, y estos detrás y arrimados cuanto podían a las paredes, *los ojos en tierra, por no miralle a la cara, que es desacato*" (1993: LXV-98). El historiador reitera este punto, al que asocia con el ejercicio del poder: "Tenía [Motecuhzoma] con los suyos tanta majestad, que no les dejaba sentar delante de sí, ni traer zapatos ni mirarle a la cara, sino era a poquísimos y grandes señores" (1988: LXVII-101).

La entrada de Motecuhzoma articula también un discurso de la sociedad mexica acerca de sí misma. Este hecho, clara marca de poder, establece en las crónicas una curiosa escena: de algún modo, a pesar de la multitud que lo rodea, Motecuhzoma queda solo ante la atrevida mirada de los españoles. Asimismo, en su vestimenta, su comportamiento y sus desplazamientos, su cuerpo se diferencia y recorta de los demás; es un cuerpo anunciado y escatimado, ambicionado por los españoles y, al menos en este momento, reverenciado y temido por su pueblo. Con el correr de los días, será objeto de disputa, intrigas y estrategias, incluso de diversas versiones, nunca aclaradas, con respecto a su muerte. Apresado por los extranjeros, será dejado solo por sus súbditos, que nombran sucesor antes de su muerte (algo sin precedentes en la historia mexica (Clendinnen, 2003).

Interesa detenerse en este primer momento de reconocimiento debido a la información que brinda acerca de la mirada del español, la aceptación o el rechazo de ciertos usos y costumbres, y también debido al funcionamiento peculiar del intercambio de presentes entre Motecuhzoma y Cortés, cuyo contenido los define a ambos. Del lado indígena se establece una distancia aparentemente infranqueable: ya hemos dicho que Motecuhzoma no puede ser mirado ni tocado por sus súbditos, tampoco por los extranjeros. Del lado español, las crónicas ponen en escena la voluntad constante de cruzar esos límites (voluntad que define toda conquista): lo

primero que el conquistador hace es mirar a Motecuhzoma, observar con detenimiento sus características y guardar en la memoria esta imagen. Esa mirada directa, violenta en su desparpajo, se actualiza en la escritura, ya que el recuerdo obliga a volver la vista hacia el rostro del *tlahtoani* al narrarlo.¹⁰⁶

Los relatos refieren también cierto contacto físico: Cortés avanza sobre el cuerpo del *tlahtoani* al darle la mano y colocarle el collar. Los principales que secundan a Motecuhzoma lo detienen en forma perentoria cuando intenta traspasar el límite permitido y confundirse con él en un abrazo: "Y quando se le puso le iba a abrazar, y aquellos grandes señores que ivan con el Monctezuma detuvieron el brazo a Cortés, que no le abracase, porque lo tenían por menosprecio" (Díaz del Castillo, 2005: LXXXVIII-221). El capitán no olvida este dato, midiendo con perspicacia sus implicancias simbólicas.¹⁰⁷ Esta medida, que parece asegurarles cierta protección, conlleva el comienzo de la destitución del *tlahtoani*; en la lógica de los mexicas, anticipa la expulsión de los españoles.

Presentes y regalos tienen funcionamientos diversos en cada crónica. En cuanto a los bienes enviados por Motecuhzoma, el objetivo era desalentar el avance de Cortés hacia México-Tenochtitlan. Si bien es cierto que los presentes alimentaron la codicia de los españoles, en el mundo mesoamericano esta prodigalidad era la marca de la majestuosidad del *tlahtoani* y su ciudad, y suponía el acatamiento de sus pedidos. En compleja comunicación, comitivas y regalos estaban proponiendo una asimétrica relación de poder entre mexicas y extranjeros. Desconociendo estas implicancias, Cortés desconcertaba una y otra vez a los embajadores al continuar el

¹⁰⁶ En el capítulo XCI de su *Historia verdadera* Bernal Díaz ofrece un detallado –y estilizado– retrato de Motecuhzoma, enfatizando la mirada del *tlahtoani* como cifra de la idealizada calma que el cronista le atribuye: "Era el gran Montezuma de edad de hasta cuarenta años y de buena estatura y bien proporcionado, y cenceño y ocas carnes, y el color ni muy moreno, sino propio color y matiz de indio, y traía los cabellos no muy largos, sino cuanto le cubrían las orejas, y pocas barbas, prietas y bien puestas y ralas, y el rostro algo largo y alegre, y los ojos de buena manera, y mostraba en su persona, en el mirar, por un cabo amor y cuando era menester gravedad" (1982: t 2, 165). También hace lo propio Gómara, aunque en su retrato se especifican características generales del *uey tlahtoani* sin referir los detalles acerca del rostro y de la mirada que agrega Bernal Díaz: "Era Moteczuma hombre mediano, de pocas carnes, de coor muy bazo, como loro, según son todos los indios. Traía cabello largo, tenía hasta seis pelillos de barba, negros, largos, de un jeme. Era bien acondicionado, aunque justiciero, afable, bien hablado, gracioso pero cuerdo y grave y se hacía temer y acatar" (1988: LXVII-101). Acerca de los retratos de Motecuhzoma y su relación con la tradición discursiva historiográfica letrada, véase *Rhetorical Conquests* de Glen Carman (2006).

¹⁰⁷ En otra dimensión, Maite Málaga y Ana Pulido recuerdan que el "abrazo como signo de respeto está presente en los códigos caballerescos de la época" (2004: 344).

avance, lo cual puede haber abonado las dudas y cierta aparente debilidad de Motecuhzoma, especialmente referidas, en mirada retrospectiva, por las crónicas indígenas. "Cortés declaró que había llegado como embajador, y parece haber sido recibido como tal. Aún si Motecuhzoma de algún modo hubiera adivinado la intención hostil de los españoles, atacar sin advertencia formal no era opción para un gobernante de su magnificencia" (Clendinnen, 1993: 17).

Para este primer encuentro, Cortés elige un collar de cuentas de vidrio enhebrado con un hilo de oro, perfumado: "Y entonces sacó Cortés un collar que traía muy a mano, de unas piedras de vidrio que ya he dicho que se dizen margaxitas, *que tienen dentro de sí muchas labores e diversidad de colores, y venía ensartado en unos cordones de oro con almizque, porque diesen buen olor, y se la hechó al cuello al gran Montecuma*" (Díaz del Castillo, 2005: LXXXVIII-221). Sabemos que el perfume tenía un peculiar funcionamiento en la sociedad mesoamericana y en la cuenca de México y que era privativo de los estamentos dominantes (Bernand, 1996). No estoy sugiriendo que Cortés supiera cómo funcionaban estos elementos, pero sí que existía cierta reciprocidad en el intercambio; en estos términos, acierta en la elección del objeto que lo representa ante Motecuhzoma. El encuentro se cierra con el ingreso de los españoles a la ciudad, guiados por el tlahtoani:

"E quando se bolvían con su señor, *estávamoslos mirando cómo iban todos los ojos puestos en tierra, sin miralle, y muy arimados a la pared, e con gran acato le acompañavan. En así tuvimos lugar nosotros de entrar por las calles de México sin tener tanto embaraco*" (Díaz del Castillo, 2005: LXXXVIII-222).

La contraposición mirar/no mirar (mirar/ser mirado) que articula toda la escena adquiere aquí otro ribete. En sugestiva referencia, Bernal Díaz da cuenta de la vergüenza que produce la mirada curiosa del *otro* sobre el propio cuerpo, en perturbadora especularidad. Por contigüidad en el texto, los españoles ingresan en la ciudad detrás de Motecuhzoma, sin ser mirados. Se establece una relación entre el español y *tlahtoani*, que se refuerza a lo largo del texto: una relación de comunicación y acercamiento que los recién llegados no tardarán en traicionar. Claro que ninguna de estas crónicas lo expone de ese modo; no obstante, si la reciprocidad es traicionada y la sumisión subvertida al tomar a Motecuhzoma prisionero, la ciudad se encargará de expulsar a los extranjeros o bien de sepultarlos en las entrañas de los mismos canales que tanta admiración causan en estos primeros momentos.

VI.4.2 Antítesis y diferencia: los límites de la mirada

Pocos días después de esa "venturosa e atrevida entrada en la gran cibdad de Tenustitan, México" (Díaz del Castillo, 2005: LXXXVIII-223), aposentados y comidos, aunque siempre "muy apercebidos, así los de a cavallo como todos nuestros soldados" (Díaz del Castillo, 2005: LXXXVIII-223), Cortés decide salir a recorrer la ciudad. Así se lo hace saber a Motecuhzoma, quien organiza una comitiva de señores y principales para acompañarlos, y reserva para sí la visita al Templo Mayor porque, como expresa abiertamente Bernal Díaz, "temió no le fuésemos a hazer algún desonor en sus ídolos y acordó de ir él en persona con muchos de sus principales" (2005: XCII-234).

En ese recorrido, las tres crónicas organizan la descripción de la ciudad sobre la base de dos espacios presentados como antitéticos: el mercado de "Tatelulco, qu'es la pla[ca] mayor, y el gran cu de su Uichilobos" (Díaz del Castillo, 2005: XCII-234). Mercado y templo representarán las dos instancias en la mirada con que estos cronistas se aproximan a la ciudad. Por un lado, el asombro, la admiración, la apreciación del espacio del *otro* en una perspectiva que privilegia el detalle exótico; por otro lado, el límite de esta mirada: templos y escenas de sacrificios humanos y antropofagia que delinearán la estereotípica imagen de un *otro* bárbaro, transformando el asombro en escándalo. Se articula así la dualidad de una mirada ya presupuesta en la relación asimétrica con que el testigo-testimoniante concibe los hechos y su relato.¹⁰⁸ Veamos las primeras referencias al mercado de Tlatelolco:

"Y desde que llegamos a la gran placa que se dize el Tlatelulco, como no aviamos visto tal cosa, quedamos admirados de la *multitud de gente* y mercaderías que en ella avía y del *gran concierto y regimiento* que en todo tenían" (Díaz del Castillo, 2005: XCII-235).

A diferencia de la perspectiva de Cortés y de Gómara –quien presenta una descripción eficaz pero más distante–, el cronista soldado organiza la comitiva casi como invitando al lector a acompañarlo en la recreación del paseo.¹⁰⁹ Se subraya así la

¹⁰⁸ Eduardo Subirats detalla estos argumentos en *El continente vacío* (1994).

¹⁰⁹ En cambio, Cortés refiere directamente: "Tiene esta cibdad muchas plazas donde contino mercado y trato de comprar y vender. Tiene otra plaza tan grande como dos veces la cibdad de Salamanca, toda cerrada con portales alderredor, donde hay cotidianamente arriba de sesenta mill ánimas comprando y vendiendo" (1993: 234). Gómara agrega información lingüística y social: "Llaman *tianquiztli* al mercado. Cada barrio y parrocha tiene su plaza para

función del cronista, su focalización, que guía la perspectiva y el recorrido del lector, objetivando ambos. Una primera imagen del lugar hace hincapié en dos cuestiones: por un lado, la multitud –de gente y de objetos–; por otro, el orden y *concierto*. Recordemos que, en la *Historia verdadera*, la admiración es reconstruida –actualizada– en la narración y conecta el tiempo del enunciado con la enunciación, años después de la entrada a la ciudad. Acorde con tópicos descriptivos específicos, la "gente" es presentada en términos de multitud, es decir, no se define por alguna característica humana particular, sino metonímicamente, en términos de los objetos que venden o compran. Metonimia también de un funcionamiento social, lectura que la misma sociedad mexicana parece propiciar al delimitar los espacios que pueden ser visitados por los extranjeros y aquellos que quedan ocultos.

El orden en que se narra una multiplicidad de objetos percibida en forma simultánea acerca las miradas de capitán y soldado y las diferencia levemente de la perspectiva del historiador. Dado que las propias ambiciones condicionan la percepción del conquistador, los dos primeros abren con el relato del oro y los bienes suntuarios: "joyas de oro y de plata, de plomo, de latón, de cobre, de estaño, de piedras, de huesos, de conchas, de caracoles y de plumas", apunta Cortés (1993: 234); "comencemos por los mercaderes de oro y plata y piedras ricas y plumas y mantas y cosas labradas", abre su descripción Bernal Díaz (2005: XCII-235). Luego, en hiperbólica y abrumadora enumeración, encabezada anafóricamente por verbos de estado, se despliegan todos los objetos de la vida cotidiana: variadísimas comidas, animales, vasijas, lozas, jarritos, maderas, ropas, calzado, mantas, cueros, etcétera. En la descripción que propone Bernal Díaz ingresan con especial énfasis los términos indígenas –algunas veces sin mayores explicaciones–; todos ellos subrayan la diversidad de las mercaderías para evocar cierta maravillada extrañeza. Ocupan lugar de relevancia algunos objetos que caracterizan la preferencia del soldado por el detalle exótico, aquél que particulariza la ciudad: el papel o el tabaco, por un lado ("...papel, que en esta tierra llaman amal, y unos cañutos de olores con liquidánbar lenos de tabaco, y otros ungüentos amarillos y cosas deste arte" (Díaz del Castillo, 2005: XCII-236), los excrementos y orines, como su contraparte, por otro ("Que

contratar el mercado. Más México y Tlatelulco, que son los mayores, las tienen grandísimas. [...] La plaza es larga, ancha, cercada de portales, y tal, en fin, que caben en ella sesenta y aun cien mil personas, que andan vendiendo y comprando; porque como es la cabeza de toda la tierra, acuden allí de toda la comarca, y aun lejos" (1988: 114).

ablando con acato, también vendían muchas canoas llenas de yenda de hombres, que tenían en los esteros cerca de la placa; y esto hera para hzaer sal e para cortir cueros, que sin ella dizen que no se hazía buena" (Díaz del Castillo, 2005: XCII-235). En fin, la vastísima mercadería abruma al cronista de la *Historia verdadera*, que insiste en referir las dificultades de configuración de esta escena, con enunciados como: "¿Qué quieren más que diga?", "Para qué gasto yo tantas palabras delo que vendían en aquella gran placa porqu'es para no acabar tan presto de contar por menudo todas las cosas"; "Ya querría aver acabado de dezir todas las cosas que allí se vendían porque eran tantas de diversas calidades, que para que lo acabáramos de ver e inquirir, que como la gran placa estava llena de tanta gente y toda cercada de portales, en dos días no se biera todo" (2005: XCII-235/6). Toma cuerpo así una ciudad inventariada: el conquistador detalla lo que se apropiará luego o lo que destruirá, palmo a palmo, en el sitio de Tenochtitlan. La pregnancia de esta escena se debe también a que retrata un espacio (una sociedad) espectral: se trata de representar "lo intencionalmente ausente, lo hecho desaparecer mediante alguna forma de violencia material o simbólica" (Grüner, 2001: 67).

Tanto los conquistadores como el historiador cierran la visita a este mercado con la alusión a jueces e inspectores; Bernal agrega referencias al oro y a ciertos canutos donde se introducía polvo o pequeños fragmentos de oro que también servían como moneda de cambio: las coordenadas de orden y riqueza inician y finalizan el recorrido, adecuado marco para la exuberancia. Cuenta Cortés: "Hay en esta grand plaza una grand casa como de abdiencia, donde están siempre sentados diez o doce personas, que son jueces y libran los casos y cosas que en dicho mercado acaecen y mandan castigar los delincuentes. Hay en la dicha plaza otras personas que andan contino entre la gente mirando lo que se vende y las medidas con que miden lo que venden y se ha visto quebrar alguna que estava falsa" (1993: 237). Confirma Gómara: "Y en una casa, que *todos ven, están* doce hombres ancianos, como en judicatura, librando pleitos. [...] *Tienen* cuenta, porque por una manta o gallina dan tantos cacaos. *Tienen medida* de cuerda para cosas como centli y plumas y de barro para otras como miel y vino. *Si las falsan, penan al falsario y quiebran las medidas.*" (1988: LXXIX-16). En una enumeración algo heteróclita y más desorganizada, donde constantemente agrega distintos elementos, apelando a su memoria, Bernal acota: "Y tenían allí sus casas adonde juzgavan tres juezes y otros como alguaziles executores que miravan las

mercaderías" (2005: XCII-236). Estableciendo un diálogo intertextual, las tres crónicas enumeran elementos similares en una progresión semejante, característica que evidencia tanto una retórica descriptiva compartida como ciertas afinidades con respecto a los objetos suntuarios y los detalles exóticos o extraños.

En continuidad diegética, al mercado de Tlatelolco se contraponen el "templo de Uiticilopuchtli" (Gómara, 1979: LXXX-129) o "gran cu de su Uichilobos" (Díaz del Castillo, 2005: XCII-234). Se conforma de este modo el par antitético mercado/templo que articula la descripción intraurbana y la fascinación o el rechazo del cristiano. La hipérbole, el tópico de la abundancia, el ordenamiento de una fabulosa heterogeneidad inventarían un mundo arrasado poco después. El relato no funciona como intento de restitución, sino como esforzada memoria que enaltece la propia imagen. La escena se construye en un frágil equilibrio entre la majestuosidad de esta civilización y la destrucción de la conquista; por eso, la necesidad de su articulación con el templo, cuyas características –expresión de una religión presentada como demoníaca e infernal–, sustentan el asedio a Tenochtitlan.

Como inflexión entre ambos espacios, la *Historia verdadera* provee una nueva mirada sobre la ciudad desde una perspectiva apical: la visión desde la altura del templo; colocación del observador que denota la relación asimétrica con su objeto. Se establece aquí una escena panorámica de lo que se arrebatará luego, que además recuerda la entrada a Tenochtitlan. Ahora, desde la altura que domina el valle, el ojo del cronista vuelve a detenerse en el detalle que particulariza la ciudad y la vuelve única. El elemento acuoso, omnipresente en la descripción, lo determina todo: desplazamientos, canales, casas, modos de comunicación y de transporte, alimentación de la ciudad, relación con su entorno y vinculación con las ciudades circundantes.

"Y víamos el *agua dulce* que venía de Chapultepeque, de que se proveía la cibdad; y en aquellas tres calçadas las *puentes* que tenían hechas de trecho a trecho, por donde *entrava y salía el agua de la laguna* de una parte a otra. E víamos en aquella *gran laguna* tanta *multitud de canoas*: unas venían con bastimentos e otras que bolvían con cargas y mercaderías. E víamos que cada casa de aquella gran cibdad y de todas las más cibdades qu'estavan *pobladas en el agua*, de casa a casa no se pasava sino por unas *puentes levadizas* que tenían hechas de madera, o en canoas" (Díaz del Castillo, 2005: XCII-237/8).

El agua, fundamental en el mundo mesoamericano, elemento esencial en la fundación mítica de Tenochtitlan y en el panteón de las principales deidades, se

despliega en forma progresiva ante los ojos del observador; define una extraña urbe que hace de sus barrocos y móviles muros fuente de alimentación, fortaleza, privilegiado emplazamiento defensivo. La mirada del soldado toma temprana nota de los elementos que, a esta altura del relato, parecen simplemente descriptivos, pero que luego tendrán valor amenazante y volverán tan complejo el asedio a la ciudad, casi un año más tarde. En esos momentos posteriores, el agua obligará a una guerra de características inesperadas, una improbable batalla naval. Por fin, el agua deberá ser eliminada para obtener la victoria. Además, esta imagen de Tenochtitlan, una de las últimas escenas de la urbe en todo su esplendor, funciona de manera especular con la imagen postrera antes de la caída, representada metafóricamente en el profundo silencio que sella el fin: "Y desde que se ovo preso Guatemuz quedamos *tan sordos todos los soldados* como si de antes estuviera uno onbre encima de un campanario y tañesen muchas campanas, y en aquel instante que las tañían cesasen de tañer" (Díaz del Castillo, 2005: CLVI-508). Ingreseemos ahora al templo:

"E así dejxmos la gran placa sin más la ver, y llegamos a los grandes patios // y cercas donde estava el gran cu. Y tenía, antes de llegar a él, un gran circuito de patios que me parece que heran más que la placa que ay en Salamanca, y con dos cercas alrededor de calicanto; e el mismo patio e sitio todo enpedrado de piedras grandes de losas blancas y muy lisas, e donde no avía de aquellas piedras estava encalado y bruñido y todo muy limpio que no hallaran una paja ni polvo en todo él" (Díaz del Castillo, 2005: XCII-236).

Esta primera impresión establece una imagen antitética entre el interior y el exterior, acorde con la forma de la mirada definida hasta aquí. Dos dimensiones contrapuestas estructuran la descripción, no sólo en términos de objetos, sino también de colores, olores, sonidos, *hedores*. El exterior está caracterizado a partir del color blanco, presente en las paredes de "losas blancas y muy lisas [...] encalado e bruñido", que remiten también a aquellas primeras fantásticas paredes de Cempoala. Dichas asociaciones refuerzan la oposición con los interiores, pequeños, oscuros, pestilentes, que conforman un espacio concebido como infernal. A estos elementos se suma toda una serie de referencias a estos dioses (tanto Huixilopóchtli como Tláloc) que trabajan el campo semántico de lo infernal. Bernal Díaz habla de diablillos, de infierno, de maldición ("yo les doy mi maldición", "tenía diablillos chicos", un poco más adelante habla de "sacrificios infernales"); las mismas imágenes se reiteran en las *Cartas de relación*. A partir de ellas se busca inscribir lo radicalmente ajeno visto desde la

cosmovisión cristiana y presentar a un capitán porfiado, casi mesiánico que, en arrebatado impulso, intenta derribar los ídolos mexicas, algo que es incluso desaconsejado por el fraile que los acompañaba, Bartolomé de Olmedo, y que les gana el enojo de Motecuhzoma, como no se priva de recordar Bernal Díaz.¹¹⁰

Comenta López de Gómara:

"Están [los ídolos] todos bañados en sangre y negros, de cómo los untan y rocían con ella cuando sacrifican algún hombre. Y aun las paredes tienen una costra de sangre dos dedos de alto, y los suelos un palmo. Hieden pestilentemente, y con todo esto entran en ellas cada día los sacerdotes; y no dejan entrar allá sino a grandes personas, y aun han de ofrecer algún hombre que maten allí" (1978: LXXX-130).

Recuerda Bernal Díaz:

"E luego que con ellos ovo hablado dixo que entrásemos en una torrezilla e apartamiento a manera de sala donde estaban dos como altares con muy ricas tablazones // encima del techo. [...] Y estaban todas las paredes de aquel adoratorio tan vañado y negro de costras de sangre, y asimismo el suelo, que todo hedía muy malamente" (2005: XCII-238).

Ambos narradores despliegan una rica y estremecedora descripción articulada con imágenes visuales pródigas en cromatismo, donde predominan el rojo del fuego y de la sangre y el negro de las costras que recubren paredes y techos. La escena se conforma a partir de un dispositivo descriptivo de imágenes sensoriales que evocan modos de conocimiento que la dinámica de la batalla también ha puesto en juego. La operación es semejante a la narración de los primeros enfrentamientos y a una escena donde las flechas son descritas (en términos comparativos y metafóricos) como langostas la vívida descripción se conforma en la apelación al lector a partir de un universo común que vuelve tangible la experiencia.¹¹¹ Esta antítesis exterior-interior

¹¹⁰ "Y el Montezuma respondió medio enojado, y dos papas que con él estaban mostraron malas señas y dixo: 'Señor Malinche, si tal desonor como as dicho creyera que avías de dezir, no te mostrara mis dioses. Aquéstos tenemos por muy buenos, y ellos nos dan salud y aguas y buenas sementeras e temporales y vitorias quantas queremos, e tenémoslos de adorar y sacrificar. Lo que os ruego es que no se diga otras palabras en su desonor'" (2005: XCII-239).

¹¹¹ La escena tiene lugar en una de las primeras escaramuzas, durante la expedición de Grijalva: "*Acuérdome* que quando estábamos peleando en aquellas escaramuzas *por mí memoradas* que avía allí unos prados y en ellos muchas langostas de las chicas, que quando peleávamos saltavan y venían bolando y nos davan en la cara, y como heran muchos los indios flecheros y tiravan tanta piedra como granizos, nos parecía que heran alguna dellas *langostas*

–organizada también en torno a las diferencias entre lo percibido visualmente y lo percibido por medio del oído o el olfato– se refuerza en las asociaciones del soldado. Por eso, la comparación del exterior del templo con Salamanca y del interior con las carnicerías de Castilla: "Y tenía en las paredes tantas costras de sangre y el suelo todo bañado dello, como en los mataderos de Castilla no había tanto hedor" (2005: 2005: XCIII-239). A semejanza de las batallas, el cuerpo experimenta el templo en forma directa; su incomodidad es metáfora de lo insoportable de estas escenas para el ojo del cristiano. Ante la experiencia radical de la alteridad, el texto solo puede proponer el desagrado y la huida: "y como todo hedía a carnicería no víamos la ora de quitarnos de tan mal hedor y peor vista" (Díaz del Castillo, 2005: XCIII-239).

En esa oscuridad "acecha", estremecedor, *Uchilobos*, ese "bulto" –término también usado por Cortés para designar los dioses indígenas.¹¹² El término "bulto" intenta describir una figura vagamente antropomorfa, que se percibe inexplicablemente vinculada a representaciones zoomorfas y objetos codiciables (perlas, piedras preciosas, oro) o abyectos (corazones y sangre de los sacrificados). Por supuesto, no se detallan los atributos de los dioses ni sus diferencias, ni siquiera en la mirada retrospectiva del soldado, que podría reponerlos. En la perspectiva del capitán, los *bultos* son contruidos a partir de una mezcla de sangre humana y semillas comestibles, "harina" que conforma el cuerpo del dios:

que bolaban, y no nos rodelávamos, y la flecha que venía nos hería; otras veces creíamos que heran flechas, y heran langostas que venían bolando: fue harto estorvo para nuestro pelear" (Díaz del Castillo, 2005: IX-30). Se trata de encontrar aquellas imágenes que evoquen sensaciones en el lector, que vuelvan tangible la experiencia. Para ello se utiliza la comparación, igualando en un mismo plano flechas y langostas. Sintagmáticamente, y por sustitución, se apela a una comprensión que funciona en términos de identificación basada en saberes compartidos.

¹¹² "Los bultos y cuerpos de los ídolos en quien estas gentes creen son de muy mayores estatuas que el cuerpo del grand hombre" (Cortés, 1993: 240). E en cada altar estaban dos bultos, como de gigante, de muy altos cuerpos y muy gordos; y el primero, qu'estava a man derecha, dezían que hera el de Uchilobos, su dios de la guerra, y tenía la cara y rostro muy ancho y los ojos disformes e espantables; en todo el cuerpo tanta de la pedrería e oro y perlas e aljófár pegado con engrudo [...] E tenía puestos al cuello el Uchilobos unas caras de indios y otros como coracones de los mismos indios, y éstos de oro y dellos de plata, con mucha pedrería, azules. Y estaban allí unos braseros con encienso, que es su copal, y con tres coracones de indios que aquel día avían sacrificado e que se quemavan" (Díaz del Castillo, 2005: XCII-238).

"Los bultos y cuerpos de los ídolos [...] son hechos de masa de todas las semillas de legumbres que ellos comen molidas y mezcladas unas con otras, y amásanlas con sangre de corazones de cuerpos humanos [...] y de aquella sangre que sale dél amasan aquella harida y así facen tanta cantidad cuanta basta para facer aquellas estatuas grandes" (Cortés, *Segunda carta*, 1993; 240).

La cosmovisión mexicana, sus concepciones acerca de lo sagrado y lo profano, la vida y la muerte son simplificadas a rajatabla y percibidas como abyecta y antinatural mezcla en la mirada del conquistador. Estas "carnicerías" tienen sus artífices: los sacerdotes que cuidan el Templo Mayor y cada uno de los adoratorios individuales:

"Y en cada casa o *cu* y adoratorio que e dicho estaban *papas* con sus vestiduras largas de mantas prietas y las capillas largas asimismo como de dominicos, que también tiravan un poco a las de los canónigos, y el cavello muy largo y hecho que no se puede desparcir ni desennetrar, y todos los más sacrificadas las orejas, y en los mismos cavellos mucha sangre" (Díaz del Castillo, 2005: XCII-241).

Nuevamente, analogía y diferencia para diseñar el retrato del *otro*. La comparación entre estos sacerdotes y los dominicos o los canónigos acerca el relato al *curioso lector* aunque implica un gesto problemático, dado el espacio y la función de estos *papas*. La diferencia tiene que ver no tanto con el tipo de vestimenta sino con el color de la misma (negra, "prieta") y con la sangre que recubre los cabellos. Espacio y sujeto se relacionan e interpenetran: las características del interior del templo se imprimen en los cuerpos. En la *Historia de la conquista de México*, la representación del sacerdote conlleva una nueva asociación, de múltiples resonancias: "Para lavarse los sayones y ministros del demonio de la sangre de los sacrificios, y para regar y para servicio de las cocinas y gallinas, hay un gran estanque, el cual se hinche de un caño que viene de la fuente principal de que beben" (1978: LXXX-131/131). El agua que alimenta y define la ciudad lava la sangre del sacrificio humano: a partir de este elemento, el clérigo soriano extiende el *pecado* a toda la urbe.

Señalé más arriba que la mirada del narrador reorganiza el espacio; es decir, impone una lógica propia, antitética, sobre lo narrado. Tanto el mercado como las casas, las *chinampas* y las calzadas se implican con el espacio destinado a los dioses, los sacrificios y las fiestas. Sin embargo, para quien narra, todo se halla segmentado y es percibido como opuesto: uno, constituye el asombro; el otro, el límite de la mirada, aquello que no puede ser percibido en su complejidad, mucho menos comprendido. Este nuevo orden erigido en la escritura también se imprime, de hecho, en la ciudad

misma a lo largo del sitio y en la construcción de una nueva México sobre las ruinas de la urbe mexicana.

VI.4.3 Tenochtitlan en las crónicas mestizas

"Otros quieren decir que se llamó Tenuchtitlan, porque el tunal que nació en él era de las salvajinas de unas tunas que llaman los naturales tenuchtli, que por su dureza las llaman así; que por estas tunas se llamó México Tenochtitlan: que quiere decir en el lugar de las tunas duras y empedernidas."

DIEGO MUÑOZ CAMARGO

El vínculo de nuestras crónicas mestizas con Tenochtitlan es complejo y multiforme, ya desde su colocación en la trama. Si las crónicas de tradición occidental presentan esta ciudad como objetivo y centro, en la construcción de un desafiante derrotero rectilíneo por el territorio mexicano, las crónicas mestizas, acorde con su objeto –la historia de cada comunidad– relegan la ciudad a un lugar más periférico, tanto en la reconstrucción del pasado autóctono como en los relatos de la conquista. Frente a México, Tlaxcala o Texcoco cobran dimensión, importancia política e histórica, funcionalidad profética o providencialista en función de la *praeparatio evangélica* ya mencionada. Además, y acorde con los modos autóctonos de representación de la espacialidad, no priman en estas alusiones las descripciones minuciosas de las urbes sino, antes bien, su colocación en un territorio, su vínculo con los pueblos comarcanos, su posición en la constitución de un espacio social complejo, de fuertes tensiones, evidenciadas a partir de las múltiples referencias a las guerras entre mexicas, texcocanos, tlaxcaltecas y tlatelolcas, y al ciertamente rápido ascenso de estos grupos, presentados muchas veces como bárbaros o advenedizos. En este marco, ya no es pertinente hablar de una antítesis o de una contraposición manifiesta, que a la vez delinear una ciudad única, asombrosa, inefable en las crónicas de tradición occidental. Antes bien, en nuestras crónicas mestizas se trata de narrar a Tenochtitlan como una más, en reunión y concatenación con otras urbes del centro de México, e incluso en situación de rebajamiento o menosprecio de la historia mexicana frente a la prestigiosa historia texcocana y el brillo de su rey poeta, Nezahualcōyotl, tal como los configura la *Historia de la nación chichimeca*, por ejemplo.

Más allá de estos puntos en común, estas dos crónicas presentan importantes distancias en el relato de Tenochtitlan, vinculadas con la pregnancia de las memorias locales y con la parcialidad de los usos del pasado en cada comunidad. En la *Historia*

de *Tlaxcala*, Tenochtitlan es, con absoluta claridad, la ciudad enemiga. Anatematizada en el texto a partir de la no representación (la ausencia lisa y llana o la alusión indirecta), el cronista vuelve sobre el cuestionario de la *Descripción* para fundamentar su elipsis. Exhibe entonces un hábil uso de los marcos genéricos: mientras que no vacila en organizar una historia proliferante de la *ciudad y provincia de Tlaxcala*, excediendo ampliamente los límites de la Instrucción y Memoria (aunque amparándose, con astucia, en la naturaleza enciclopédica de éste), cuando se trata de narrar Tenochtitlan, el cronista tlaxcalteca recorta el hilo del discurso, remitiéndose al referente específico exigido en la *Descripción* y acudiendo a las fuentes autorizadas, en una sutil utilización de la *captatio benevolentia*. Por eso, ni la *Descripción* ni la *Historia de Tlaxcala* narran la entrada de Cortés a Tenochtitlan ("Como nuestros españoles y los de Tlaxcalla hubieron conseguido tan gran victoria y tomada la ciudad de Cholula y quedando por misericordia, prosiguieron su viaje a la ciudad de México, adonde en breves días llegaron, y el capitán Cortés fue muy bien recibido de paz del gran señor y rey Motecuhzomatzin y de todos los señores mexicanos; y dejando el suceso de esta tan famosa historia a los que de ella escriben y han escrito prosiguiendo lo que vamos tratando"; 1998: 213), ni el sitio y caída de la ciudad ("...se comenzó a proseguir la guerra, conquistando y sujetando toda la redondez de este reino, especialmente los lugares y provincias más circundantes y vecinas de México, y de donde se presumía que le podía venir socorro, hasta que a honra y dios nuestro señor, se conquistó y pacificó toda la máquina de este Nuevo Mundo, como más elegantemente lo tratan los escritores de la conquista a que me refiero"; 1998: 233), fundamentando en ambos casos la omisión en la cita de autoridad.

Claro que Tenochtitlan no está del todo ausente en esta historia; principal antagonista de Tlaxcala, funciona en el relato como urbe hostil, cuyos desmanes y porfiada resistencia a la entrada de los españoles y a la evangelización permiten encarecer, por contraposición, la aparentemente pacífica conversión tlaxcalteca y su irreductible colaboración con los extranjeros, al menos en las versiones de esta comunidad. Entonces, la ciudad de México es referida a partir de su entramado político y en relación con la historia del valle: sus gobernantes, los enfrentamientos con los tlaxcaltecas, las guerras civiles. Se conforma así la ciudad antagonista y enemiga; la ciudad del sojuzgamiento y el tributo:

"[Decidió Motecuhzomatín] destruir a Tlaxcalla y asolarla, porque no convenía que en el gobierno del mundo hubiese más de una voluntad y mando y un querer, y que estando Tlaxcalla por conquistar, que no se tenía por señor universal del nuevo mundo, y que, por tanto, que todos a una y en un día señalado se le entrasen por todas partes, y que fuesen destruidos a fuego y sangre [...] para acabarles y que no hubiera memoria dellos en el mundo. [...] Y habida tan gran victoria [de los tlaxcaltecas] dende allí en adelante vivieron los tlaxcaltecas con más cuidado, pertrechando sus fuertes, fosas y reparos, porque Motecuhzoma no los sujetara" (1998: 186).

Más allá de este rol, en la *Historia de Tlaxcala*, México Tenochtitlan es aludida a partir de cierto grado de abstracción o generalidad: como centro de un extenso imperio en la figura de su *uey tlahtoani* –representante y sinécdoque textual de la expansión y crueldad mexicana–, por un lado; a partir de la inscripción, traducción y explicación del nombre de la ciudad, por otro. En la contraposición entre ambas es posible observar el cruce de las cosmovisiones occidental y autóctona acerca del poder y la organización social, y la pregnancia de la memoria local en sus modulaciones alegórica y simbólica. Con respecto a la primera dimensión, reseña el cronista:

"En este tiempo, estaba tan pujante el imperio de los mexicanos y el señorío de Motecuhzomatín, que no había otra cosa en este nuevo mundo; ya que su *imperio y monarquía* llegaba más de trescientas leguas delante de Guatimala y de Nicaragua. [...] Por esta orden, maña y astucia, fue Motecuhzomatín muy *gran señor de la mayor parte deste nuevo mundo*; aunque, en algunas partes, se le rebelaban y alzaban algunas *provincias*, las cuales tornaba a pacificar con sus gentes, castigando a los rebeldes: a unos por amor, y a otros con promesas y dádivas y franquezas según su usanza. Finalmente, aunque *bárbaros*, se conservaban, en su modo, en pujanza y poder con disciplina militar, la cual sustentó y sustenta la *monarquía universal de todo el universo*" (1998: 187).

En la selección léxica puede apreciarse la trama conceptual vinculada con la organización del poder imperial y, específicamente, de España y sus colonias: la monarquía universal –que remite a la concepción imperial de Carlos V–; la caracterización del espacio autóctono en términos de provincias e imperio; la referencia al Nuevo Mundo; el concepto de *bárbaros* para definir a los mexicas. La focalización parece reducirse aquí a observar el mundo mexica desde la distancia y en términos de alteridad, al tiempo que adscribe a los modos occidentales de organización del poder para explicar el poderío de *Motecuhzomatín* y los límites de su imperio, definidos en términos territoriales. Aquí, la espacialidad remite no a una urbe central, sino a una noción territorial del poder, a una concepción política que articula

además, las analogías (el poder militar, la figura central del rey o emperador, el universalismo y los distintos centros del imperio), y el vínculo entre la metrópolis y sus colonias. El cronista retoma los debates inscriptos en los textos de la época – recordemos la impronta de la noción imperial persistente en las crónicas gomarianas, por ejemplo– y los utiliza para construir una imagen estereotipada acerca del mundo mexica. Se percibe aquí una importante distancia para concebir y narrar aquello de lo autóctono que es percibido como *otro*, de allí que las referencias generales y las construcciones narrativas estereotípicas conformen una zona del texto *plana*, de escasa densidad explicativa; un relato ajeno del cual el narrador parece no poder apropiarse. Esto también puede estar relacionado, infiero, con la fisura que el cuestionario mismo de la descripción produce en la percepción espacial autóctona.

Distinto es el relato del nombre de la ciudad, conformado a partir del subtexto de las memorias locales:

"...Tenuchtitlan, que quiere decir lugar o barrio de la tuna de piedra, cuya derivación quieren interpretar por muchas maneras y vías [...] // "Otros dicen que encima del cu grande de la dicha ciudad de *Huitzilopuchtli*, que era el templo mayor de los ídolos de aquella ciudad, nació este tunal sobre una gran *peña o peñasco duro* [...] y así por ser caso inaudito nacer una planta sobre un peñasco seco, y sin humedad y sin tierra, los naturales desta tierra lo tuvieron por caso de admiración, y por esta causa desde que sucedió de allí en adelante llamaron a la ciudad de México de este nombre, por más excelencia México Tenuchtitlan; y así tuvieron este caso por pronóstico de que la población de México había de ser eterna y permanente, pues los frutales se *arraigaban en peñascos secos y duros*, que con más razón los hombres habían de arraigarse y permanecer allí para siempre. Otros quieren decir que México se llamaba Quauhnochtitlan, que quiere decir el tunal del águila [...] Que con la gran antigüedad, se había perdido el nombre de Quauhnochtitlan y se llamó Tenuchtitlan, e que *corrompiéndose* el vocablo antiguo se vino a llamar Tenochtitlan" (1998: 227–8).

En esta extensa explicación se inscribe un ideal de lengua y una idea de corrupción de la lengua acordes con el narrador-traductor que configura la crónica. De allí también que su búsqueda pueda leerse en la tradición filológica que, aunque sin los vuelos retóricos y formales de otra crónica mestiza, los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso de la Vega, define el trabajo de estos traductores y el saber específico de un locus de enunciación diferencial respecto de las crónicas de tradición occidental. De aquí también proviene, infiero, la insistencia en referir numerosas versiones, semejantes pero distintivas acerca de la conformación del nombre de la ciudad, cuya

explicación aúna lo mítico, lo histórico y lo identitario, en movimiento simbólico habitual en todas las poblaciones mesoamericanas. Las distintas versiones también indican las numerosas tradiciones y memorias con que el narrador se ve enfrentado, que conforman su sentido en la convivencia y la multiplicidad antes que en la síntesis. En la *Historia de Tlaxcala*, Tenochtitlan es en especial un nombre y su historia, aunque ambos narrados de modo peculiar. Si bien se subraya el vínculo entre ciudad, lengua y sus habitantes (que alumbra una idea del territorio y del poder cifrada en el nombre y en su historia mítica), la crónica tlaxcalteca deliberadamente omite todo elemento fastuoso o fabuloso de la ciudad contemporánea; sus referencias lacustres, su modo peculiar de organización y producción. Tampoco remite a las otras ciudades "hermanas", también enemigas en la medida en que formaban parte de la Triple Alianza, Texcoco y Tlatelolco. Incluso se eliden los elementos fabulosos, gloriosos o que connotan fuerza y poderío (el águila, la serpiente) presentes en varias de las tradiciones tlaxcaltecas o tenochcas. En cambio, se reiteran los sintagmas que denotan dureza, esterilidad, porfía: si Tenochtitlan es la tierra de las *tunas duras y empedernidas*, las versiones tlaxcaltecas eligen focalizar estos elementos para caracterizar, en su correspondencia alegórica, a sus habitantes, los mexicas.

En tanto, la perspectiva que propone la *Historia de la nación chichimeca*, si bien afín a las versiones tlaxcaltecas, resulta más compleja y sutil, en especial por su tramado de tradiciones occidentales y autóctonas. En principio, y en relación con la historia texcocana, Tenochtitlan resulta ser tanto aliada como antagonista, dependiendo del momento en la trama; no abiertamente enemiga y censurable como en la historia texcocana. Si la ciudad de Texcoco forma parte de la *excan tlatoyan* o Triple Alianza regida por el *uey tlahtoani* mexica, la posición de este cronista es, a la fuerza, más comprometida y ambigua, puesto que debe censurar la inicial resistencia texcocana a los españoles y los castigos de Cortés, poniendo en escena el verdadero motivo de la alianza: las luchas de poder entre distintas facciones texcocanas y las disputas de familias con derecho al trono, así como la "parcialidad" de Motecuhzoma, que terea en la disputa eligiendo un sucesor y, por tanto, desfavoreciendo al otro. El parteaguas de la construcción nosotros/ellos será entonces la aceptación *inmediata* de la palabra divina por parte del capitán Ixtlilxóchitl y, a partir de ella, su alianza con los españoles, al tiempo que la negativa de otros principales texcocanos permite agruparlos en torno del *ellos* enemigo, que conformarán con los mexicas –aunque de

manera desplazada y ambigua. Así, Tenochtitlan funciona poniendo en escena los usos del pasado en la historia texcocana. La preparación del sitio y la guerra en la ciudad (la ciudad transformada por la guerra) no son aquí el eje del relato, sino escenarios privilegiados para la construcción del protagonismo de Ixtlilxóchitl junto a Cortés.

Ahora bien, en su organización diegética, la *Historia de la nación chichimeca* sigue el modelo de las crónicas de tradición occidental; en especial, es evidente el intertexto con la *Historia de la conquista de México*, de la cual toma contenidos, organización de los capítulos, pautas de brevedad y concisión y algunas escenas puntuales. Así, la entrada a la ciudad de Tenochtitlan se narra en el capítulo LXXXV: "Que trata de la ida que hizo Cortés a la ciudad de México y lo que en ello le sucedió hasta prender a Motecuhzoma". Se percibe aquí una primera diferencia con la *Historia verdadera*, en la medida en que el paratexto nos informa la variedad de acontecimientos que contará este capítulo, –distinto de lo que ocurre con Bernal quien, fiel a su trabajo con el detalle y al asombro que la ciudad le produjo, destina varios capítulos a relatar sus impresiones de la ciudad, el mercado, el templo, las calles, los jardines, etcétera. Esta síntesis en el texto puede obedecer tanto a una perspectiva de relato histórico que ve en la brevedad y en la eliminación de detalles superfluos un valor como a las peculiaridades del locus de enunciación y el objetivo de esta crónica. Recordemos que la llegada de los españoles ocupa los capítulos finales de la *Historia de la nación chichimeca*, lo que tiene que ver con la disputa en torno a la constitución de una memoria y un lugar social de cierto privilegio en la sociedad novohispana.

"Luego que salió Cortés de la ciudad de Chololan fue a hacer noche en la parte que llaman Quauhtécatl, que es en la obra que está entre el volcán y la sierra nevada y a otro día por la mañana desde allí reconoció la laguna, en donde estaba fundada la ciudad de México y otros muchos y hermosos pueblos" (1997: II-248).

A diferencia de lo que vimos en Bernal, no puede caracterizarse la mirada de este cronista como asombrada ante la ciudad de México,¹¹³ lo que importa aquí es la

¹¹³ Alva la nombra siempre de este modo, *México*, a diferencia de Bernal y Cortés, por ejemplo, y este dato es significativo puesto que este cronista pone especial cuidado en transcribir y recordar los nombres de cada uno de los principales de cada ciudad, y de todos los que acompañan a Cortés, ya que ese saber es el que lo diferencia de otros cronistas, además de permitirle constituir una identidad propia, la identidad de un nuevo sujeto individual y colectivo.

manera en que el narrador se acerca a ella: la enmarca en el entorno natural, señal topográfica que es presentada sin calificativos explícitos, y que tiene especial importancia dada la constitución lacustre de Tenochtitlan y su relación con las ciudades aledañas. En un sentido, se trata del *locus amoenus*, tópico inscripto en la *descriptio civitatis*, caracterizada además por el uso de adjetivos y adverbios no inespecíficos, indeterminados. Asimismo, el narrador relativiza la admiración de los cronistas españoles y ubica la ciudad en una dimensión social e histórica distinta: el contexto mesoamericano que se esfuerza por traer a la memoria. No estamos frente al inventario del conquistador como ocurre en las cartas de Cortés, ni frente al mundo extraño y propio de las historias de Amadís que señala Bernal: nos encontramos frente a un espacio cuya lógica y estructura resultan familiares para el narrador, en el que ingresan otros problemas (perceptibles a partir de los detalles que se eliden, de lo que se deja de lado o silencia, de lo que se elige focalizar) y donde tiene lugar la tensión entre distintos pueblos, los problemas constantes con los mexicas, las quejas y el descontento que se han venido desgranando desde los capítulos anteriores.

Luego de este primer acercamiento, se relata el "encuentro" entre Cortés y Motecuhzoma, a partir de un plano general que sólo se detiene en algunos detalles significativos, en un marco de contención y mesura narrativas. No hay grandes diferencias con las crónicas de tradición occidental en cuanto al contenido de lo que se cuenta: tanto Bernal como Alva Ixtlilxóchitl están de acuerdo en que Cortés ingresa en la ciudad acompañado por sus capitanes y varios señores de pueblos vecinos; se encuentra luego con Motecuhzoma, quien sale a recibirlo acompañado por sus principales y en medio de un enorme despliegue de gestos rituales (lo llevan en andas, le colocan mantas en el suelo, evitan mirarlo a la cara); intercambian presentes de diversa naturaleza y Motecuhzoma hace ingresar a Cortés a la ciudad para instalarlo en el palacio de su padre y ofrecerle abundante comida.¹¹⁴ Lo que singulariza la mirada de Alva es su capacidad para explicar e interpretar, en breves pinceladas,

Alva también habla de "reyes" para describir a Motecuhzoma y sus acompañantes, lo que sostiene la tesis de que el lenguaje que usa también está ligado al universo español, vinculado con un ideal de lengua que tiene que ver con el arte de la historia, tal como señala O'Gorman (1997).

¹¹⁴ Aquí termina el capítulo de Bernal Díaz, mientras que el de Alva continúa, de manera más escueta, narrando la conversación posterior entre Cortés y Motecuhzoma, los días subsiguientes de Cortés en la ciudad, y por último, el apresamiento del *uey tlahtoani*.

aquello que ve en el estamento indígena, la ductilidad para mostrar las diferencias, las disputas, los objetivos implícitos y las intenciones de los aliados de Cortés.

"Y andando más adelante junto a un puente encontró a Motecuhzoma que venía a recibirle de pie y le traían de brazo su sobrino el rey Cacama y su hermano Cuitlahuatzin y traían los tres encima a manera de lío de pluma verde y de riquísimo oro y pedrería, que usaban los señores que eran los capitanes generales de los ejércitos de México y Tezcucó" (1997: II-248/9).

Si bien la nominación utilizada para definir a estos sujetos (habla de "capitanes generales" y de "reyes") está ligada a una lengua docta y a los modos occidentales de organización política, lo distintivo de este fragmento es la información funcional que aporta: los nombres propios, los parentescos, el simbolismo de la vestimenta (la pluma, el oro, las borlas más adelante) como emblema y marca de poder. El narrador percibe esta compleja sociedad mesoamericana *en funcionamiento*: ese dinamismo es lo que distingue su relato. Otro dato importante ingresa aquí: la referencia a las ofrendas que intercambian Cortés y Motecuhzoma. Frente al "collar de cuentas de vidrio que parecían margaritas y diamantes" del primero, las "dos cadenas o collares de oro riquísimo y en él engastados unos camarones colorados de concha, que eran de mucha estima" que ofrece el *tlahtoani* mexicana. En esta descripción despojada, el narrador desliza un juicio comparativo a través de la contigüidad y la confrontación de los presentes. Estamos, entonces, ante una escena de falsa reciprocidad, sinécdoque de la relación establecida por el indígena (mexica, texcocano, cholteca, tlaxcalteca), que entrega en demasía objetos de enorme valor a un español cegado por la codicia – tópico que se reitera en toda la obra de Alva, con mayor o menor énfasis, desde la *Sumaria relación* hasta la historia que ahora nos ocupa.

Entonces, si Bernal Díaz narra desde el lugar de quien mira y es *mirado*, curioso y maravillado, Alva Ixtlilxóchitl lo hace desde la distancia necesaria en todo discurso histórico, pero atento a dejar en claro quiénes estaban allí, cómo se llamaban, cómo vestían, es decir, a brindar la información específica que los cronistas españoles reponen sólo parcialmente. Si bien este enunciador se erige como poseedor de un saber diferencial, producto de la conjunción de varios y disímiles relatos, narra desde la tensión de quien vive entre dos mundos, y de quien percibe este encuentro desde la pérdida y la subordinación. Lo que se perfila en su texto es la constitución de una nueva identidad para el sujeto colonial, afinada en la memoria gloriosa –y dolorosa– del pasado, pero con un proyecto prospectivo de reivindicación y reclamo.

Ahora bien, si en esta primera escena directa de la ciudad de Tenochtitlan en la crónica texcocana no hay asombro, ni maravilla, ni exotismo como en las crónicas de tradición occidental, eso no implica que ese tipo de perspectiva esté ausente en esta historia. Al atender a su trama vemos que México-Tenochtitlan funciona como imagen especular y algo degradada de la entonces imponente ciudad de Texcoco. La mirada orientalista y exotista se entrecruza con la memoria autóctona para narrar los palacios y templos de Nezahualpilli y Nezahualcōyotl, el tezuctzinco, los jardines, la traza urbana: "Estos bosques y jardines estaban adornados de ricos alcázares suntuosamente labrados, con sus fuentes, atarjeas, acequias, tanques, baños y otros laberintos admirables, en los cuales tenía plantadas diversidad de árboles y flores de todas suertes, peregrinos y traídos de partes remotas" (Alva Ixtlilxóchitl, *Historia de la nación chichimeca*, 1997: II-XLII/114).¹¹⁵ La selección léxica (que incluye varios términos del español arábico) y la referencia a lo remoto construyen la perspectiva exótica; la adjetivación y la enumeración organizan el tópico de la abundancia; la construcción retórica alumbró un espacio asombroso, descollante en relación con las más contenidas descripciones de Tenochtitlan. Esta mirada para describir los magníficos espacios del gobernante, junto con la *descriptio civitatis* que introduce la ciudad de Texcoco en su marco natural, y al mismo tiempo el uso de las memorias y documentos locales (el cronista hace referencia al mapa de Quinatzin y a las "pinturas, historias y cantos" en el capítulo XXXVI), que inscriben el entorno territorial y político sus comarcas tributarias (cfr. capítulo XXXVI) son utilizadas, en este contexto y en relación con la ciudad de México para connotar asombro y civilización respecto del espacio texcocano, en consonancia con las múltiples virtudes de sus gobernantes, Nezahualpilli y Nezahualcōyotl. En este sentido también es que México y su *uey tlahtoani* pierden brillo: en la *Historia de la nación chichimeca*, su descripción atemperada muestra la delicada negociación entre los modelos occidentales, las crónicas de tradición occidental y las memorias autóctonas en la representación del espacio mexicano.

¹¹⁵ Cfr. los capítulos XXXVI, "De cómo Nezahualcoyotzin edificó unos palacios para su morada, que fueron los mayores que hubo en la Nueva España, y de su descripción" (1997: II-92 y sgtes.); XXXVII, "Que prosigue en la descripción de las casas de Nezahualcoyotzin y templos que dentro de ellas tenía" (1998: II-98 y sgtes.); XLII: "De cómo hizo Nezahualcoyotzin casas de recreación, bosques y jardines, y la gente que mandó a ocupar en su adorno y en el de las casas reales y cerco de ellas" (1997: II-112 y sgtes.), entre otros.

VI.4.4 Tenochtitlan: la caída

"Todo discurso sobre la ciudad pertenece, por una necesidad interna, a la retórica del elogio o a la de la censura. Una misma ciudad, según las circunstancias o el punto de vista del autor, será Jesurálén o Babilonia."

PAUL ZUMTHOR

Ahora, la caída.

Las representaciones cronísticas de la caída de Tenochtitlan han sido objeto de debates y opiniones encontradas, antagónicas incluso, pero que entiendo pueden reunirse en la trama de las tradiciones discursivas. Hay quienes enfatizan la tradición retórica occidental y la impronta de la cosmovisión medieval –prolífica en los textos de la conquista– para leer los relatos de la caída de Tenochtitlan como una alegoría bíblica o una serie de escenas escatológicas vinculadas con las imágenes apocalípticas. Entre éstos, Guy Rozat Dupeyron (1993) y Alfonso Mendiola Mejía (2003) señalan que tanto los relatos de historiadores, soldados y capitanes españoles como los testimonios o reconstrucciones de cronistas indígenas o mestizos –sometidos a la aculturación por la evangelización– abreviarían en la tradición escatológica, y que la caída de Tenochtitlan copia pormenorizadamente los relatos de la caída de Jerusalén, en especial a partir de la relectura del famoso libro de Flavio Josefo, *La guerra de los judíos* –al cual, en efecto, Bernal Díaz remite en su crónica.¹¹⁶ Pestes, hambrunas, la ciudad arrasada hasta los cimientos, episodios de antropofagia incluso y la quema del Templo Mayor habrían sido reconstruidos según este modelo, y

¹¹⁶ Afirma Rozat Dupeyron: "Nos parece que este esquema de la destrucción de Jerusalén se aplica perfectamente a la destrucción de Tenochtitlan-México. Basta reemplazar judíos por indios, gentiles por cristianos, para que se establezca el mismo esquema de la ruptura. [...] La caída de Tenochtitlan significa, de una manera mística, el progreso de la enseñanza del Cristo, el desarrollo de la religión cristiana entre los 'indios'; una ruptura tan fabulosa y tan simbólicamente importante para los indios como la caída de Jerusalén para los judíos. Las fuentes 'indígenas' y españolas nos permiten ver cómo ese esquema fue utilizado como ordenador discursivo para la redacción de los hechos 'históricos' y militares que contienen los relatos de la conquista" (1993: 95). Amplía Mendiola Mejía: "Una de las obras apegada a la estructura apocalíptica del siglo I que más influirá en la escritura de la historia medieval es *Las guerras de los judíos* de Flavio Josefo. [...] El pasaje en que el autor relata la caída de Jerusalén a manos de los romanos sirvió de base a los cronistas españoles para contar la caída de Tenochtitlan" (2003: 387). En cuanto a la referencia de Bernal Díaz, es la siguiente: "Yo e leído la Destrucción de Jerusalén; mas si fue más mortandad qu'ésta, no lo sé cierto, porque faltaron en esta ciudad tantas gentes guerreros, que de todas las provincias y pueblos sujetos a México que allí se avían acoxido, todos los más murieron que como ya e dicho, así el suelo y laguna y barbacoas, todo estava lleno de cuerpos muertos" (2005: CLVI-509).

su función en las crónicas sería reforzar la visión providencialista de la historia y asegurar el lugar de España en el Nuevo Mundo en relación con su misión evangelizadora. En otra línea, investigadores como Inga Clendinnen, Miguel Ángel Pastrana Flores, José Rubén Romero Galván y Patrick Johansson proponen revisar las fuentes de tradición indígena (con especial atención a los textos compuestos en lengua náhuatl) e interpretar los relatos de la caída de Tenochtitlan –así como las referencias a las pestes o los presagios de la conquista– en relación con la cosmovisión autóctona; sus concepciones del mundo, la religiosidad y la guerra; sus objetivos histórico-políticos en la sociedad novohispana.

Después del análisis propuesto a lo largo de los capítulos de esta tesis, resulta claro que la respuesta no puede estar en uno u otro polo en exclusividad, sino en el entramado de cosmovisiones y fuentes. No se trata, como propone Rozat Dupeyron, de rastrear la identidad étnica de los autores, sino de asediar locus de enunciación y contemplar tradiciones en tensionada convivencia; de alumbrar subtextos autóctonos (más allá de la idea de aculturación, a través de las nociones de transculturación y mestizaje). Con estas herramientas es que ingresamos aquí a las representaciones de la caída de Tenochtitlan en nuestro corpus, todas ellas de un verismo hiperbólico, escatológico en su doble acepción: occidental y nahua.¹¹⁷

VI.4.4.1 ¿Quién podrá sitiar a Tenochtitlan?

La guerra, el asedio y el sitio a Tenochtitlan, un año después de la Noche Triste, conforman una nueva imagen de la ciudad, descripta en términos militares ofensivos y defensivos. Párrafo a párrafo se presenta la progresiva destrucción: estamos ante una ciudad desordenada, hostil, desconocida para quien se haya asomado con el cronista soldado a la calzada de Tacuba en el primer encuentro. No hay pintura ni mapa posible

¹¹⁷ Alfonso Mendiola Mejía explica el modo escatológico como "la construcción del texto en función del fin de los tiempos" (2003: 386) y sostiene que los relatos de Bernal Díaz, López de Gómara y Juan de Torquemada acerca de la caída de Tenochtitlan cumplen con las características del relato escatológico. Así, "para el lector de los siglos XVI y XVII, ésta anuncia el fin de los tiempos" (2003: 388). Por su parte, Patrick Johansson explica que "el significante 'escatología' corresponde en castellano a dos significados distintos: uno que cubre el campo semántico de lo excrementicio, otro que expresa el destino del hombre después de la muerte. [...] En náhuatl la relación etimológica [...] no es tan fragante, pero existen sin embargo analogías manifiestas entre los términos que remiten a la muerte y los que expresan la destrucción y la descomposición" (2000: 149). A partir de allí establece una sutil y compleja imbricación entre "escatología y muerte en el mundo náhuatl precolombino" (2000: 149), que utilizaré para leer los relatos de tradición indígena y mestiza.

de la ciudad: la guerra la somete a un cambio constante. En estos acontecimientos, que ocupan la mayor parte de la *Tercera carta de relación*, catorce capítulos (breves) de la *Historia de la conquista de México* y ocho extensos capítulos en la *Historia verdadera*, se articula nuevamente la retórica de la guerra, extremada ahora hasta límites inenarrables de ferocidad y resistencia en ambos bandos. La *Historia verdadera* recurre a una reiterada hipérbole para explicar el asedio y el enfrentamiento, lo cual tiene por resultado cierto desorden en el texto. La batalla es recordada a través de profusas imágenes visuales, auditivas y táctiles; el desorden de la lucha constante se traslada a la diégesis; la *Historia verdadera* se colma de retrospectivas y anticipaciones, agregados, digresiones y remisiones a la primera persona del soldado-cronista: "saber agora yo decir con qué rabia y esfuerzo se metian en nosotros a nos echar mano es cosa d' espanto, porque yo no lo sé aquí escrevir, que agora que me paro a pensar en ello, es como si agora lo viese y estuviese en aquel tranze e batalla" (Díaz del Castillo, 2005: CLII-275). A través del tópico de lo inefable y la apelación a la memoria experiencial, se conforma la contracara de la urbe ideal, fabulosa, ordenada, vislumbrada un año antes desde lo alto del *cu*.

También en las crónicas mestizas y los relatos de tradición indígena se relata algo vital ante las mutaciones propias de la minuciosa construcción de la desolación: una urbe *en movimiento*, preparándose para la guerra y la defensa, modificando su fisonomía y su territorio con la construcción de albarradas, la fortificación de casas y templos; la preparación de armamentos e *infinitas* canoas. En las instancias previas a los enfrentamientos efectivos, la *Historia de la nación chichimeca* se detiene, además, a dar cuenta de los movimientos hacia afuera de la ciudad que realizan sus representantes y embajadores: en el capítulo XCIV los muestra reclamando favores y buscando alianzas en las poblaciones de Chalco, Xochimilco, Texcoco, al tiempo que reconstruye (o erige o inventa) una enconada discusión entre Ixtlilxóchitl (y el consejo texcocano) y Cuauhtémoc y sus "consejeros", momento en que el capitán texcocano defiende abiertamente la palabra evangelizadora, y por ello adscribe a las huestes cortesianas. Si *ollin* (movimiento) es el término que define lo vital en el mundo nahua – y, en relación con él, su cosmogonía y sus concepciones del cuerpo y del hombre –, estas primeras escenas muestran una ciudad *viva* preparándose para la *muerte* –para dar muerte al enemigo, en principio, pero también para morir. Entonces, si la tradición escatológica occidental lleva a pensar estos episodios como la ineluctable lucha ante

la prefigurada destrucción, la cosmovisión nahua nos permite sumar otro sentido, en la medida en que vida y muerte son parte de un mismo movimiento vital.¹¹⁸ La muerte, en verdad, es la entropía, la inacción, la pérdida de energía que conduce al "caos por inacción cósmica" (Johansson, 2000: 152): éste será el tipo de imágenes que se reiterará hacia el final del sitio en las crónicas mestizas e indígenas...

Pero no nos adelantemos. Los primeros momentos de la guerra exhiben una ciudad majestuosa y feroz, que multiplica las señales del combate. "Grandes ahumadas" en toda la urbe y entre las poblaciones aledañas establecen un diálogo gestual, convocando las flotas de canoas: "en tierra firme hacían grandes ahumadas y les respondían con otras ahumadas de otros pueblos qu'están poblados en la laguna, y era señal que se apellidaban todas las canoas de México y de todos los pueblos del rededor de la laguna, porque vieron a Cortés que ya // avía salido de Tezcuco con los treze vergantines" (Díaz del Castillo, 2005: CL-460). El movimiento de Tenochtitlan preparándose para la batalla exaspera los elementos que la definían en las primeras, asombradas imágenes en las crónicas de tradición occidental: una laguna colmada de canoas; casas fortificadas; ensordecedores sonidos de caracoles, atabales; gritos que no cesarán hasta el final; fuegos en lo alto de los templos; el aroma del copal ofrecido a los dioses sobre los corazones de los sacrificados para asegurar un desenlace favorable a los mexicas. Todos los sentidos (oído, olfato, vista) son convocados para asistir a esta ciudad en pie de guerra, pletórica antes de su destrucción.

Estas primeras instancias del combate subrayan los astutos usos de la ciudad por parte de sus habitantes y la necesidad de ajustar las estrategias de lucha en el campo español. El emplazamiento lacustre constituye un reto permanente para los invasores; la velocidad y destreza de los bergantines no alcanza para vencer.¹¹⁹ Tal

¹¹⁸ Al dar cuenta de la muerte y la entropía en el mundo prehispánico nahua, explica Patrick Johansson que "según establecen los ritos cosmogónicos nahuas, la vida, *yoliztli*, surge de la instauración de la dualidad y del movimiento subsecuente *ollin* que anima al mundo mediante la subida evolutiva y la bajada involutiva tanto del sol como de la luna. En efecto, la cesación de este movimiento hubiera significado el regreso al caos primordial. El sacrificio humano entre otras funciones religiosas buscaba preservar la vitalidad del ciclo solar alimentando al astro rey con corazones palpitantes" (2000: 151).

¹¹⁹ En Tenochtitlan se lleva a cabo una verdadera batalla naval, que no era extraña a los españoles ni a los mexicas y otras poblaciones ribereñas. No obstante, el sitio a la ciudad y el trabajo de segar calles y canales le confiere a este enfrentamiento inflexiones particulares, obligando a ambos bandos a improvisar sobre la marcha, como todas las crónicas refieren en distinta medida. Isabel Bueno Bravo ha trabajado este tema desde el punto de vista histórico en "La guerra naval en el valle de México" (2006).

como había ocurrido en los relatos de la Noche Triste, las escenas de batalla exhiben el rápido aprendizaje de los mexicas acerca de los modos del combate español y de sus armas. Nuevamente, los españoles se encuentran ante una batalla que no admite descanso; la ferocidad de los mexicas afecta incluso la temporalidad: se pelea día y noche, sin pausa, sin repliegue, hasta que son los españoles los que "se vuelven al real" o se repliegan agradeciendo "que viniese el aguacero temprano, porque como se mojaban los contrarios no peleaban tan bravosamente y nos dexaban retraer en salvo y desta manera teníamos algún descanso" (Díaz del Castillo, CLIII-493). Este asedio constante define una ciudad *de pie*, firme ante el enemigo, escena que se reiterará, con extremo patetismo (y otros sentidos), en los últimos momentos del sitio: "aunque los veíamos *estar encima de las azoteas* cubiertos con sus mantas que usan, y sin armas; e hice este día que se les requiriese con la paz, y sus respuestas eran disimulaciones" (Cortés, *Tercera carta*, 1993: 421).

Si la retórica de la batalla se inscribe en una retórica del cuerpo esforzado y valeroso (tanto aliado como enemigo), el relato del sitio de Tenochtitlan en la *Historia verdadera* agudiza esta relación y hace de la corporalidad un elemento omnipresente en descripciones, retratos, narraciones, metáforas. Los primeros momentos del asedio se hallan atravesados por el espantado recuerdo de los sacrificios de españoles apresados por los mexicas. La amenaza del Templo Mayor y su "Uichilobos" se hace efectiva en reiteradas escenas de sacrificios colectivos: el funcionamiento de los *cúes* se asegura sobre los cuerpos de los españoles, con sus compañeros, a salvo, como espantados testigos. La lógica mexicana de la guerra está cifrada en el ataque al cuerpo del enemigo, al que se apresura para sacrificar, se desarma, desmembra, desparrama. Los corazones de los españoles son ofrecidos a los dioses y quemados con copal; las cabezas, seccionadas, forman parte del *xoonpantli* al que Gómara le dedica un capítulo completo, o son arrojadas a los pies de Cortés, quien, ante semejante escena, "desmayó mucho más de lo que antes estava y se le saltaron las lágrimas de los ojos y a todos a los que consigo tenía" (Díaz del Castillo, 2005: CLII-480). Barrigas y tripas son servidas a "leones y tigres y cierpes y culebras que tenían en la casa de las alimañas" (Díaz del Castillo, 2005: CLII-480); brazos y piernas son comidos "con chilimole" o usados contra los tlaxcaltecas como amenaza de muerte. El oxímoron de un "atanbor muy *doloroso*" (Díaz del Castillo, 2005: CLII-480) o "un atanbor, el más

triste sonido" (Díaz del Castillo, 2005: CLII-479) sintetiza la heterogénea ferocidad del ataque mexicana.

Ante esta constante amenaza a la propia identidad cifrada en la unidad del cuerpo, la *Historia verdadera* multiplica los usos de la metáfora cristalizada acerca del ejército como un cuerpo y las acentúa para definir el propio bando: "y a esta causa estábamos muy penosos y todos juntos, así heridos como sanos, *hechos un cuerpo* estuvimos sosteniendo el ímpetu de la furia de los mexicanos que sobre nosotros estaban" (Díaz del Castillo, 2005: CLII-480); "y luego mandó [Cortés] que si no fuéramos desbaratados que mirásemos que en el real oviese buen recaudo y que *todos juntos hiziésemos cuerpo*" (Díaz del Castillo, 2005: CLII-481). La metáfora reúne el bando español en *un solo cuerpo* para defenderse del enemigo y alcanzar el objetivo: internarse en el "cuerpo de la ciudad" (Díaz del Castillo, 2005: CLII-476) y llegar a su centro, el mercado de Tlatelolco.

Por otro lado y a diferencia de los enfrentamientos anteriores, aquí entran en escena otros actores: los aliados tlaxcaltecas, mucho más decisivos para la victoria de lo que reconocen las crónicas españolas. Bernal Díaz siempre los identifica como "nuestros amigos", fundamentales ya desde el momento en que quiebran el acueducto de Chapultepec.¹²⁰ Los tlaxcaltecas cuidan las espaldas de los españoles; pelean *cuerpo a cuerpo* con los mexicas; desbaratan al enemigo; son decisivos en la toma del acueducto y en el sitio de la ciudad. Incluso ciertas costumbres percibidas como abyectas (me refiero al canibalismo del cuerpo vencido) son permitidas por Cortés, quien las usa para minar el ánimo del enemigo. "Y como los capitanes y principales de la cibdad nos vieron andar por ella a hora no acostumbrada, *quedaron tan espantados* como de la celada pasada y ninguno osó salir a pelear con nosotros, y así nos volvimos a nuestro real con harta presa y *manjar para nuestros amigos*" (Cortés, *Tercera carta*, 1993: 413). Pero esta relación no es gratuita; la familiaridad entre extranjeros y nativos a la que obliga la guerra produce cambios en la subjetividad de ambos bandos.

¹²⁰ "E yendoles a quebrar los caños topamos muchos guerreros que nos esperavan en el camino, porque bien entendido tenían que aquello avía de ser lo primero en que les podríamos // dañar, y así como nos encontraron cerca de unos pasos malos, comencaron a nos flechar y tirar vara y piedra con hondas, e hirieron a tres de nuestros soldados; mas de presto les hizmos bolver las espaldas, y nuestros amigos los de Tascala los siguieron de manera que mataron veinte y prendieron siete u ocho dellos; y desde aquellos esquadros estuvieron puestos en huida les quebramos los caños por donde iva el agua a su cibdad y desde entonces nunca fue a México entre tanto que duró la guerra" (Díaz del Castillo, 2005: CL-458).

Nuevamente, será el cuerpo el escenario de este desplazamiento: los heridos tlaxcaltecas acuden al padre que bendice a los heridos españoles, para que también a ellos los santigué: "...pues *nuestros amigos los de Tascala*, que vían que aquel hombre que dicho tengo nos santiguava, todos los heridos y descalabardos ivan a él, y eran tantos, que en todo el día harto tenía que curar" (Díaz del Castillo, 2005: CLI-464). Como contrapartida, los españoles incorporan alimentos y costumbres, y encuentran reparo en ellos: "...volvimos a *nuestro* real bien heridos, donde *nos curamos con azeite* y apretar las heridas con mantas, y comer *nuestras tortillas con axi e yerbas y tunas*" (Díaz del Castillo, 2005: CLIII-490). En este marco, las crónicas de tradición occidental sólo insinúan otra guerra, superpuesta o subyacente, entre mexicas y tlaxcaltecas, evidente por ejemplo en las amenazas de los primeros específicamente dirigidas a los segundos. ¿Cómo saber si en la lógica, hoy opaca, de la guerra, este enfrentamiento no cobró principal relevancia en la negativa mexica a rendirse ante el bando español y sus aliados?

Si el recorrido de Tenochtitlan se articuló a partir de dos espacios referidos como antitéticos, el templo y el mercado, en la toma de la ciudad los españoles también los designan como centros, sabedores ahora del hondo significado de cada uno de ellos para los habitantes de Tenochtitlan. Las progresivas, constantes e hiperbólicas imágenes de la barbarie y lo diabólico, identificadas con los sacrificios humanos, la idolatría y la antropofagia, se intensifican hasta alcanzar un tono casi paroxístico –en especial, en la *Historia verdadera*, que articula en estas escenas experiencia, temor y modelos retóricos. Entonces, la asociación con lo demoníaco justifica la destrucción total. En términos bélicos, lo que cambia la suerte de la guerra es la progresiva asfixia consecuencia del sitio y la decisión de destruir por completo la ciudad –en este sentido funciona también el modelo de la destrucción de Jerusalén, irrevocable, completa: "...no quedará piedra sobre piedra que no sea destruida" (Lucas, 21: 5–6). Sin bastimentos ni agua, Tenochtitlan obliga a sus habitantes a replegarse en espacios cada vez más reducidos –aunque no a rendirse. En esta redefinición de los espacios que la guerra impone, incluso luego de la quema de los templos y de asistir a la destrucción de sus ídolos, el mercado se convierte en baluarte de los mexicas, último refugio cuando la ciudad va siendo arrasada; sus canales, tapados con lodo, piedras, maderas y *cuerpos* de sus habitantes; sus casas, incendiadas. Allí prepara Cortés un banquete para la rendición, al uso de la guerra

medieval: escena diametralmente ajena a la perspectiva bélica mexicana. Desde el mercado, entonces, el capitán observa la ciudad arrasada:

"Y yo miré desde aquella torre lo que teníamos ganado de la ciudad, que sin duda de ocho partes teníamos ganado las siete; y viendo que tanto número de gente de los enemigos no era posible sufrirse en tanto angostura, mayormente que aquellas casas que les quedaban eran pequeñas y puestas cada una en ellas sobre sí en el agua, y *sobre todo la grandísima hambre que entre ellos había, y que por las calles hallábamos roídas las raíces y cortezas de los árboles*, acordé de los dejar de combatir por algún día y moverles algún partido por donde no pereciese tanta multitud de gente; que cierto *me ponía en mucha lástima, y dolor el daño que en ellos se hacía*, y continuamente les hacía acometer con la paz; y ellos decían que *en ninguna manera se habían de dar, y que uno solo que quedase había de morir peleando*" (Cortés, *Tercera carta*, 1993: 412).

La victoria del bando español –posible en virtud del consejo y el apoyo de los aliados tlaxcaltecas– es representada en la mutación que sufre el cuerpo del enemigo: de los guerreros múltiples, valerosos, feroces, que pelean "como tigres" (Díaz del Castillo, 2005: CLII-476) a los cuerpos flacos, hambrientos, sedientos, enfermos, desesperados de los sobrevivientes.¹²¹ La ciudad, asfixiada, segada, seca, es asolada además por la peste –la viruela, traída por los españoles–, que destruye buena parte de la población y es leída, retrospectivamente, como señal del fin.¹²² En las modulaciones de las retóricas bélica y escatológica, guerra y enfermedad se unen para dar comienzo a la catástrofe demográfica que acompaña la caída de la ciudad y de su imperio. Estos cuerpos enemigos, desesperados, son inscriptos en cierta retórica del patetismo y en un discurso que engrandece al enemigo para enfatizar, en movimiento especular, la propia valía. No obstante, en la siempre escueta y contenida

¹²¹ La caracterización del cuerpo del guerrero y su ferocidad a partir de estas imágenes de animales feroces (tigres, leones) funciona tanto con respecto a los soldados españoles como a los mexicanos, y es utilizada en especial en la *Historia verdadera* y en la *Historia de la nación chichimeca*. Estos sintagmas remiten a los relatos de las cruzadas y las guerras contra los moros, por un lado, tanto como a la concepción guerrera mexicana, que trabaja en la metáfora y en la literalidad de estas imágenes. Recordemos, por ejemplo, la existencia de "guerreros águila" y "guerreros ocelote", caracterizados como tales para las batallas (cuya vívida reconstrucción puede observarse en el Museo del Templo Mayor de México, DF, por ejemplo).

¹²² Al respecto, véase en especial el libro XII de la *Historia general de las cosas de la Nueva España* de fray Bernardino de Sahagún. También algunos españoles interpretan esta peste – que se había desatado un año antes– como signo o ayuda de la Providencia. No lo hace Cortés, siempre mucho más cauto en este tipo de afirmaciones.

prosa cortesiana, también dan cuenta de una genuina admiración ante el inaudito valor del mexica, incluso ante su inexplicable –para Cortés al menos– negativa a rendirse:

"Y yo, viendo cómo estos de la ciudad estaban tan rebeldes y *con la mayor muestra y determinación de morir que nunca generación tuvo*, no sabía qué medio tener con ellos para quitarnos a nosotros de tantos peligros y trabajos, y *a ellos y a su ciudad no los acabar de destruir, porque era la más hermosa cosa del mundo*" (Cortés, *Tercera carta*, 1993: 415).

El agua que da vida, define y estructura a Tenochtitlan ha obligado a una batalla inesperada de canoas contra bergantines; la valerosa resistencia mexica condujo a españoles y aliados a múltiples cambios de táctica, como detalla en especial el cronista soldado. Esta misma resistencia articula una porfiada reconstrucción nocturna de casas y puentes, arrasados por los españoles durante el día. "... y como les íbamos ganando muchas torres de ídolos y casas y otras aberturas de canjas y puentes que de casa a casa tenían hechos, y todo lo cegávamos con adobes y la madera de las casas que deshazíamos y derrocávamos y aun sobr'ellas velávamos, y aun *con toda esta diligencia que poníamos lo tornavan ahondar y ensanchar* y ponían más albarradas" (Díaz del Castillo, 2005: CLII-472). Ante la evidencia de que cada jornada deben recomenzar el avance porque todo espacio es una trampa, cada casa puede albergar armas o emboscadas, cada mexica es un guerrero, se decide la destrucción de la ciudad. Cortés así lo explica, aunque no sin lamentarlo:

"Y yo, viendo que el negocio pasaba de esta manera, y que había ya más de cuarenta y cinco días que estábamos en el cerco, acordé de tomar un medio para nuestra seguridad y para poder más estrechar a los enemigos, y fue que *como fuésemos ganando por las calles de la ciudad, que fuesen derrocando todas las casas de ellas del un cabo y del otro, por manera que no fuésemos un paso adelante sin lo dejar todo asolado*" (Cortés, *Tercera carta*, 1993: 412).

El agua –la naturaleza misma de la ciudad, su núcleo histórico-mítico; aquello que la vuelve única y sorprendente; el elemento en perpetuo movimiento, *ollin*– debe ser eliminada para que la victoria española sea posible: las crónicas retratan entonces la destrucción que produce una ciudad seca, ya que cada canal debe ser segado y cada casa incendiada antes de continuar el avance. En un nuevo vínculo entre espacio y subjetividad, la ciudad agoniza y, con ella, el imperio mexica. En la guerra contra los extranjeros, el signo de la contienda cambia: ahora se vuelve desfavorable para los mexicas. Las crónicas indígenas leen estos signos –la toma del Templo Mayor, la

pérdida del estandarte en la batalla, la sed, la peste— como presagios del fin.¹²³ Explica Jacques Soustelle que "una ciudad era vencida, se declaraba vencida, cuando el asaltante había logrado penetrar hasta su templo e incendiar el santuario de su dios tribal. Por eso, el símbolo de conquista en los manuscritos indígenas es, la mayoría de las veces, un templo en llamas en el cual se ha clavado una flecha" ([1955] 1996: 210). Si el signo que remite a la guerra sagrada es el *atl tlachinolli*, doble glifo que significaba "agua —es decir, sangre— e incendio" (Soustelle: [1955] 1996: 203), la muerte de la ciudad presenta la doble valencia agua-sangre que la lengua náhuatl connota. Agua que alimenta y da vida a la urbe, sangre que habita cada uno de sus habitantes: ambas son vertidas, consumidas, derramadas en la victoria de un modo de batallar extraño. "*Andando por la ciudad hallaron montones de cuerpos muertos por las casas y calles y en agua y muchas cortezas y raíces de árboles roídos, y los hombres tan flacos y amarillos, que hicieron lástima a nuestros españoles. Cortés les movió partido. Ellos, aunque flacos de cuerpo, estaban recios de corazón, y respondieron que no hablase en amistad ni esperase enojo ninguno dellos, porque habían de quemar todo lo que tenían, o echarlo al agua, do que nunca pareciese, y que uno sollo dellos quedase, había de morir peleando*" (Gómara, 1988: CXLII-203). Por eso, la contigüidad entre el fin de una y la muerte de los otros: la negativa a rendirse, la "determinación a morir" exhiben en verdad un modo de vivir no tanto porfiado, como lo entienden los españoles —demoníaco, también, ya que "el mal, Satán, no se rinde fácilmente" (Mendiola Mejía, 2003: 403), sino acorde con una cosmovisión que tiene a Tenochtitlan como centro.

Se da paso entonces a la terrible mutación: el agua se convierte en tierra y lodo; la hediondez que recorre la ciudad ya no proviene de los templos sino de los cuerpos muertos de sus propios habitantes: "y no podíamos sufrir el mal olor de los muertos que había de muchos días por aquellas calles, que era la cosa del mundo más pestilencial" (Cortés, *Tercera carta*, 1993: 423); "Todo estaba lleno de cuerpos muertos, y hedía tanto que no avía hombre que lo pudiese sufrir" (Díaz del Castillo,

¹²³ Refieren los informantes de Sahagún una misteriosa señal: "El día siguiente cerca de medianoche llovía menudo, y a deshora vieron los mexicanos un fuego así como torbellino que echaba de sí brasas grandes, y menores, y centellas muchas, remolineando y respandando y estallando: anduvo alrededor del cercado o corral de los mexicanos donde estaban todos cercados que se llamaba *Coionacazco*, y como hubo cercado el corral tiró derecho hacia el medio de la laguna, y allí desapareció, y los mexicanos no dieron grita como suelen hacer en tales visiones: todos callaron por miedo a los enemigos" (Sahagún, 1992: XII-754).

2005: CLVI-509). En el máximo signo del fin, los canales se tapan con cadáveres; cuerpos apilados en casas y templos conforman el esqueleto de una ciudad que muere junto a sus habitantes: "y así por aquellas calles en que estaban hallábamlos los montones de los muertos, que no había persona que en otra cosa pudiese poner los pies" (Cortés, *Tercera carta*, 1993: 425). Reitera –y amplifica– Bernal Díaz: "...digamos de los cuerpos muertos y cabezas qu'estaban en aquellas casas adonde se avía retraído Guatemuz; digo que juro, amén, que todas las casas y barbacoas y laguna estaban llenas de cabezas y cuerpos muertos, que yo no sé de qué manera lo escriba, pues en las calles y en los mismos patios de Tatlulco no avía otra cosa, y no podíamos andar sino entre cuerpos y cabezas de indios muertos" (2005: CLVI-509). Cuando Tenochtitlan finalmente cae y los españoles entran en ella, los cuerpos de los mexicas constituyen las calles por las que caminan, en pavorosa imagen de destrucción.¹²⁴

No obstante, antes de la rendición final –en verdad, para que ésta sea posible– es preciso atrapar a su tlahtoani, Cuauhtémoc: representante máximo de la agonizante y porfiada Tenochtitlan y de sus gentes, es aquél que no ha querido rendirse; aquél que, si vivo, aún sostiene el último latido de la ciudad.¹²⁵

"Y luego el dicho capitán Garcí Holguín me trajo allí a la azotea donde estaba, que era junto al lago, *al señor de la ciudad y a los otros principales presos*, el cual, como le hice sentar, no mostrándole rigurosidad ninguna, llegóse a mí y *dijome en su lengua que ya él había hecho todo lo que de su parte era obligado para defenderse a sí y a los suyos hasta venir en aquel estado, que ahora hiciese de él lo que yo quisiese; y puso la mano en un puñal que yo tenía, diciéndome que le diese de puñaladas y le matase*. Y yo le animé y le dije que no tuviese temor ninguno" (Cortés, *Tercera carta*, 1993: 427).

En la lógica del relato épico, las crónicas de tradición occidental reiteran esta escena: en especial, el retrato del guerrero enemigo pidiendo la muerte y sellando el gesto al tomar el arma del capitán. Acorde con la porfiada e hiperbólica resistencia

¹²⁴ "La imagen se vuelve macabra: la operación iniciada con palas y azadones se acelera al final del sitio, y son los cadáveres de los habitantes de la ciudad los que en lugar de las piedras, la madera y el carrizo, usados por los españoles para cubrir las zanjas, rellenan los estratégicos canales" (Glantz, 1992: 57).

¹²⁵ Nuestras tres crónicas de tradición occidental e incluso el *Compendio histórico* de Alva Ixtlilxóchitl dan reiterada cuenta de las embajadas que Cortés envía a Cuauhtémoc requiriéndole la paz, y que éste rechaza, una y otra vez, en negativa que es leída por Cortés como porfiada e inútil resistencia y, según el modelo escatológico, como tenaz negativa a recibir la palabra divina.

que se ha venido narrando, el guerrero mexicano no se rinde, sino que intenta decidir su destino final. El temor está ausente en este encuentro de hondo dramatismo; en cambio, el honor (desplegado en su sentido occidental) parece cubrirlo todo. La enaltecida imagen de Cuauhtémoc engrandece a su vez el retrato de su antagonista, el capitán Cortés; al mismo tiempo, funciona como otro modelo –irreductible, confuso en varios sentidos, pero no por ello menos admirable– de gobernante, muy distinto del parco y amable Motecuhzoma. En la lógica narrativa de las crónicas de tradición occidental, la *ciudad más hermosa del mundo*, la ciudad parecida a las *cosas de encantamiento*, exige una destrucción completa y una rendición apoteósica, hiperbólica, significada en la valía y el honor de ambos bandos que, a manera de sinécdoque, esta dramática escena final presentifica. "Y así, preso este señor, luego en ese punto cesó la guerra, a la cual plugo a Dios Nuestro Señor dar conclusión martes, día de san Hipólito, que fueron 13 de agosto de 1521 años" (Cortés, *Tercera carta*, 1993: 427).

VI.4.4.2 ¿Quién podrá conmover los cimientos del cielo?

En las crónicas mestizas y en las crónicas de tradición indígena, la caída de Tenochtitlan se articula a partir de la tensión sonido-silencio, movimiento-quietud, entrecruzando modelos retóricos occidentales y autóctonos, con especial acento en las memorias locales y los testimonios de algunos testigos o protagonistas directos. Anticipé ya en el apartado anterior que la *Historia de Tlaxcala* elide completamente el relato del sitio y la caída, limitándose a narrar la invaluable ayuda tlaxcalteca para preparar el sitio, los consejos a los españoles, incluso su intervención decisiva en la organización de la estrategia de ataque, subrayando así el cumplimiento del acuerdo y las promesas hechas por Cortés en tanto representante del rey.

"...habiéndoles tratado Hernando Cortés largamente el negocio de la guerra con el más encumbrado encarecimiento que pudo, y habiendo cada uno dado su parecer, unos contrarios de otros, los señores de Tlaxcalla y sus capitanes dieron el suyo, y fue que ante todas cosas se conquistase la provincia de Tepeayac y toda su comarca y las demás provincias sujetas a los mexicanos, e que haciendo esto, sería desmembrar y cortar las raíces del árbol, y que quedando destroncado sin fuerza ninguna, que con facilidad se derribaría por el suelo, porque ganádole los sujetos que estaban menos fuertes, quedaría la ciudad de México sola, sin que le pudiese entrar ningún socorro de parte ninguna" (1998: 232–3).

Se trata de poner en escena una memoria que legitima los reclamos y construye una imagen diferencial, única de Tlaxcala en relación con el resto de las poblaciones nahuas. Se explica así que el sitio y caída de Tenochtitlan no tengan cabida: cualquier escena de patetismo o de piedad, incluso el relato de las también *bárbaras* estrategias de lucha de los tlaxcaltecas (que las crónicas de tradición occidental relatan con pavor) opacarían esta imagen.¹²⁶ La caída es expulsada del relato y, por contigüidad en la trama, se unen la ayuda y el leal apoyo de los tlaxcaltecas con la historia de la evangelización. "Habiéndose ganado y conquistado la ciudad de México y pacificado mucha parte de la Nueva España, como está tratado, llegaron de España los doce frailes de la orden de señor San Francisco en el año veinte y cuatro, con gran gozo y contentamiento de Fernando Cortés, a los cuales recibió con muy gran veneración y acatamiento" (1998: 233).

En cambio, tanto el *Compendio histórico* como la *Historia de la nación chichimeca* relatan con distinto despliegue la preparación del sitio, las guerras con las poblaciones comarcanas, y el asedio y caída de Tenochtitlan, en un complejo movimiento textual de colocación del enunciador, obligado al constante desplazamiento en la conformación del *nosotros*. En estas escenas es donde se percibe con más claridad el entramado de las memorias autóctonas y la historiografía letrada occidental –la historia gomariana y las cartas de Cortés en especial–, y la construcción de la heroica figura enaltecida del capitán Ixtlilxóchitl junto a Cortés (como vimos en el capítulo II), piedra de toque de los reclamos presentes. La caída de Tenochtitlan funcionará aquí como escenario que permite desplegar el retrato de este *esforzado* capitán texcocano, representando en su imagen la irrevocable participación y ayuda de su linaje, a partir de ciertos usos del pasado que permiten construir un relato no verdadero pero sí verosímil, especialmente útil en el posicionamiento de la ascendencia del cronista. Tenochtitlan será, en este marco, espacio de disputa entre mexicas y texcocanos, donde ambos bandos presentan igual protagonismo; igual valentía y astucia; igual arrojo para intentar atrapar a Cortés o para defenderlo. Así, las figuras de los españoles retroceden y la historia texcocana alumbró una compleja

¹²⁶ Rogó Cortés a los señores indios que mandasen a los suyos no matasen aquella mezquina gente, pues se daba. Empero no pudieron tanto, que no matasen y sacrificasen más de quince mil de ellos. (Gómara, 1988: CXLII-228); Hubo tanta mortandad porque anduvieron tan crueles y encarnizados los indios nuestros amigos, que a ningún mexicano daban vida, por más reprehendidos que fueron" (Gómara, 1988: CXLII-226).

guerra entre "sus deudos y de su linaje" (*Historia de la nación chichimeca*, 1997: II-XC/235), incluso entre parientes cercanos: "...demás que muchos dellos tenían dentro de la ciudad de México muchos deudos y parientes, y aún había algunos dellos que tenían a sus padres, tíos o hermanos, con quien peleaban especialmente Ixtlilxúchitl, sus hermanos y los demás señores" (*Compendio histórico del Reino de Texcoco*, 1997: I-468). De allí cierta tensión en la representación, debida al intento de reunir la alianza de Cortés e Ixtlilxúchitl (y el apoyo texcocano a los españoles y sus aliados), el *reconocimiento* entre texcocanos y mexicas, y la crítica abierta e insistente hacia los tlaxcaltecas. Es esta compleja colocación la que atraviesa el relato del ataque y sitio a los mexicas, y la que está detrás de ciertas escenas de patetismo y alusiones a la piedad, lástima y pena para con los derrotados:

*"Y asimismo nadie se acuerda de los aculhuas-tezcucanos y sus señores y capitanes, aunque es toda una misma casa, sino es de los tlaxcaltecas, los cuales, según todos los historiadores, dicen que más aínas venían a robar que a ayudar como claro parece, que aun en la ciudad de Tezcucó y otras partes que eran amigos y de la parte de los cristianos, robaron las casas especialmente los palacios de Nezahualpiltzintli, y quemaron los mejores cuartos que había dentro de ellos y parte de los archivos reales que fueron los primeros destruidores de las historias de esta tierra. [...] Sea como fuera, ellos tomaron cuanto pudieron y vinieron en favor de los cristianos, lo cual no hicieron los aculhuas y demás provincias y lugares sus sujetos, porque se compadecían de las mujeres, niños y viejos que defendían sus haciendas, rogándoles que se las dejaran, y que se contentasen con quitar la vida de sus maridos o padres o hijos" (*Compendio histórico*, 1997: I-468).*

Tal es así que, aunque lo rebate, el *Compendio* incluye la más dura acusación de los mexicas hacia este linaje texcocano: la traición, construyendo entonces no sólo la complejidad de la nueva lealtad del linaje de Ixtlilxúchitl, sino también cierto espacio de la duda y el reproche, de la crítica indirecta hacia la situación presente y sus máximos favorecidos: los españoles, claro; los tlaxcaltecas en segundo lugar: "...y aun muchas veces aconteció estar Ixtlilxúchitl peleando con alguno de sus parientes, y desde las azoteas deshonorarle *sus tíos los señores mexicas* llamándole de traidor contra su patria y deudos y otras razones pesadas, *que a la verdad a ellos les sobraba la razón, mas Ixtlilxúchitl callaba y peleaba*, que más estimaba la amistad y salud de los cristianos que todo esto" (1997: I-468). El relato del sitio y toma de la ciudad presenta nuevas valencias aquí, en términos de reclamo y reivindicación, pero también

como un complejo movimiento de incorporación de una historia y una ciudad que son *otros* y son propios, en el entrelugar de este locus enunciativo.

Vayamos ahora a los cruces de tradiciones discursivas en esta crónica, para lo cual será útil tener en cuenta tanto lo ya analizado en las crónicas de tradición occidental como algunos relatos de tradición mexicana (tlatelolca): los testimonios de los informantes de Sahagún. En términos formales, estos testimonios, incluidos en el libro XII de la *Historia general* y traducidos del náhuatl mantienen algunas marcas de su lengua original: la amplia recurrencia de las metáforas; los difrasismos y paralelismos; ciertos juegos fonéticos y rítmicos vinculados con la impronta de una lengua eminentemente oral, perceptibles como subtexto incluso a través de la mediación de la traducción. Una breve escena de batalla servirá como ajustado ejemplo: "Parecían llover los dardos; cual una serpiente van pasando las flechas, van deslizándose en tropel. Cuando de la lanzadera salen son como un velo amarillo que se tiende sobre los enemigos" (Sahagún, 1992: XII-801). La ambivalencia pasado-presente remite a la transmisión oral y a la lectura de las pinturas en la conformación del relato histórico; las metáforas de la serpiente y el velo amarillo (uno de los colores del fuego en el mundo nahua) exhiben la aguda polisemia de esta lengua, enfatizada además en el recurrente uso del paralelismo: de aquí cierta prosodia específica de estos testimonios, distinta de la que presentan las historias texcocanas. Éstas, más ajustadas a la lengua docta y la retórica de la historiografía letrada, exhiben el subtexto indígena a partir de la alusión directa a fuentes, testimonios y pinturas; también en la reconstrucción de nombres, derroteros, linajes, mitos y versiones autóctonas; además, en la compleja representación del espacio social y los modos de la batalla. Aquí, el sustrato específico de la lengua náhuatl es más sutil y difícil de asir; se evidencia en la prosodia que el texto adquiere al enumerar e inscribir los nombres originarios; también en la reconstrucción de la voz de los principales texcocanos o mexicanos, donde se insinúan ciertos modos de la retórica del lenguaje de los *pipiltzin*, así como imprecaciones y adjetivaciones propias del mundo nahua.

En concordancia con las escenas ya analizadas, estas crónicas mestizas y de tradición indígena representan la caída a partir de la progresiva y paroxística destrucción de la ciudad, cuyo elemento acuoso se convierte en principal protagonista de la contienda y enemigo central para los españoles, esa "gente extraña" en la conceptualización local (Alva Ixtlilxóchitl, *Compendio histórico*, 1997: 1-237). Las

primeras escenas insisten en la contraposición entre bergantines y canoas, restableciendo, en plástica reconstrucción, una batalla naval donde los elementos de la naturaleza –el viento en este caso– funcionan en un sentido providencialista, terciando a favor de las naves españolas. En ambas tradiciones discursivas, esto es leído como un signo favorable a los extranjeros y contrario a los mexicas: "Ya que querían dar la batalla los nuestros, les vino un *viento muy favorable* que fue de mucha consideración [...] y hecho esto todos imbistieron en las canoas, aunque pelearon algún rato, y viendo el *viento contrario* comenzaron a huir con tanto ímpetu que unas a otras se quebraban o se topaban o se iban al fondo, y todos los que pudieron alcanzar los mataron" (Alva Ixtlilxóchitl, *Compendio histórico*, 1997: I-464). En el concepto mesoamericano de la batalla, todo significa: el dios del viento, Ehécatl, una de las deidades fundamentales de este panteón, relacionada también con Quetzalcóatl (a veces se lo considera como una de sus manifestaciones), se asocia además con el sonido y la música, y con el movimiento del mundo, infundiendo vida en lo inerte. Conjeturo que el *viento contrario* en esta escena también puede tener la valencia alegórica del favor de los dioses contrario a los mexicas, así como del cambio de signo en la contienda: un sonido distinto inicia la transformación de la ciudad.

De hecho, en el *Compendio histórico*, ésta resulta ser una de las primeras escenas en las que aparece la asociación agua-sangre, imagen recurrente y paso previo a la segazón completa de la urbe: "Fueron tantos los que murieron que teñía toda la laguna grande de sangre que verdaderamente no parecía agua y con esta victoria quedaron los nuestros por señores de la laguna" (1997: I-464). Esta batalla, en sus sentidos literal y metafórico, contiene *in nuce* la resolución final de la contienda, que a partir de aquí se desplegará en imágenes hiperbólicas y recurrentes imágenes que asocian ciudad, canales, agua, sangre, cuerpos muertos, en una progresiva destrucción que es también descomposición y quietud. Claro que este despliegue tiene su contracara, en la que coinciden las versiones texcocanas y los relatos de los informantes de Sahagún: la enconada resistencia mexica, la manera en que se rearmen, los aprendizajes, la porfiada reconstrucción:

"Nuestros enemigos iban cegando los canales. Pero apenas se habían ido los enemigos, luego sacaban los mexicanos las piedras con que los enemigos habían cegado. Tan pronto como amanecía todo estaba como había estado el día de ayer. [...] Esa fue la razón de prolongarse la guerra; con trabajos los

derrotaban, y eran las acequias como si fueran grandes muros" (Sahagún, 1992: XII-800).

Si la perspectiva escatológica occidental exigía una resistencia acentuada para justificar y volver necesaria la destrucción de la ciudad, la concepción mexicana de la guerra y del guerrero, su perspectiva acerca de la gloriosa muerte en batalla y la estrecha asociación entre la urbe y su pueblo refrendan y vuelven acuciante la representación de la resistencia y el valor, aún más si tenemos en cuenta que estos relatos se construyen cuando se conoce el resultado final de la contienda. De allí que las crónicas mestizas y los testimonios indígenas insistan en retratar capitanes y soldados con sus nombres e insignias, batallando a favor y en contra de los españoles. En las historias texcocanas, esta recurrencia afianza la hiperbólica figura del capitán Ixtlilxóchitl; en los testimonios tlatelolcas, funciona como memoria gloriosa de la ciudad y de su pueblo, perdidos; como espacio de inscripción de personajes principales –en otra de las inflexiones de la Fama, esta vez desde la perspectiva nahua.¹²⁷ Brindan además valiosas informaciones acerca de los modos de pelear mexicas, en escenas en las que se adivinan los entramados de ambas tradiciones discursivas, puesto que los momentos de crueldad o pavor se obliteran (no hay representaciones directas de sacrificios humanos ni escenas de antropofagia, por ejemplo), y los gestos de piedad, responsabilidad y humanidad se multiplican.¹²⁸

En la peculiar temporalidad de la guerra –más que de días y noches, parece tratarse de una extensa jornada marcada por la reiteración– la fisonomía de la ciudad se transforma radicalmente, al tiempo que los testimonios indígenas se pueblan de señales del fin: las pestes, hambrunas, padecimientos, muertes son leídos en términos proféticos; se suceden prodigios: llamas, sonidos extraños, gritos de espectros en mitad de la noche. El fuego se levanta en cada casa y cada templo; la quema del Templo Mayor y la destrucción de Huitzilopochtli sella la alianza entre Cortés e Ixtlilxóchitl y define el sentido de la batalla: "...y subieron a la torre y derribaron

¹²⁷ Aunque Cortés omite las referencias al capitán Ixtlilxóchitl en la mayor parte del relato del asedio, Bernal Díaz lo menciona en numerosas ocasiones, con ojo atento a las autoridades autóctonas, pero también como manera de matizar el protagonismo del capitán, bien respaldado aquí por sus otros capitanes (Cristóbal de Olid, Pedro de Alvarado, Gonzalo Sandoval), sus soldados y sus aliados.

¹²⁸ Creo que se ese modo puede leerse, por ejemplo, la siguiente explicación, intercalada en la trama del enfrentamiento: "No desamparaban a las mujeres y a los niños: con grandes trabajos en las barcas los colocaban o en algunas casas les buscaban refugio, para llevarlos a Amáxac" (Sahagún, 1992: XII-801).

muchos ídolos, especialmente en la capilla mayor donde estaba Huitzilopochtli, que llegaron Cortés e Ixtlilxúchitl a un tiempo y ambos emvistieron al ídolo. Cortés cogió la máscara de oro que tenía puesta este ídolo con ciertas piedras preciosas que estaban engastadas en ella. Ixtlilxúchitl le cortó la cabeza al que pocos años antes adoraba por su dios" (Alva Ixtlilxóchitl, *Compendio histórico*, 1997: I-466). En la contraposición evidente (aunque no explicitada) entre la codicia de uno y la nueva lealtad del otro la figura del capitán texcocano se engrandece aún más que la del extremeño.

El hedor de la corrupción y la muerte habita la ciudad, pero ya no en su sentido vital, regenerador, sino en términos de una entropía que lleva a la quietud y la inmovilidad. El ritual se quiebra; los cadáveres, en lugar de ser enterrados o retirados, se convierten en principales habitantes de la ciudad, marcan la enfermedad y el fin, la imposibilidad de que el tiempo renazca.¹²⁹ Todo connota, significa la muerte total. De allí la reiteración de escenas de quietud: agotados, ya sin armas ni alimentos ni agua, los mexicas no se rinden sino que se mantienen quietos, expectantes. Junto con la calma espectral, la muerte también es significada a partir de la suciedad y el excremento que cubre los cuerpos de sus habitantes: "Es arrastrada la gente, se saca llena de lodo, se saca llena de fango" (Sahagún, 1992: XII-803). Luego de la prisión de Cuauhtémoc, lo excrementicio, vinculado con la idea de la muerte y la regeneración, se hace presente en las vestimentas de los principales mexicas, ahora prisioneros, en su diálogo con Cortés:

"Tenía puesta Cuauhtémoc una manta de hilo de maguey de color verde, con bordados de color, con fleco de pluma de colibrí como suelen usar los de Ocuila; toda esa manta estaba sucia y no tenía puesta otra cosa. A su lado enseguida estaba Coanacotzin, rey de Tezcoco. También tenía puesta una manta tejida de fibra de maguey, con fleco y ribete de flores, con flores labradas esparcidas por toda ella. También estaba muy sucia. Luego seguía Tettlepanquetzaltzin, rey de Tlacopan. También no tenía más que una manta de hilo de maguey, y también manchada, muy manchada" (Sahagún, 1992: XII-808).

La insistencia en estas vestimentas ajadas, sucias, manchadas, indignas de estos grandes hombres, lejos de ser un detalle anecdótico, inscribe otros sentidos: la alegoría de la muerte. Las mantas remiten al ritual mortuario mexicano, en el cual

¹²⁹ "Al igual que el excremento que ensucia y puede transmitir enfermedades, el cadáver debe ser apartado de la colectividad después de los debidos rituales de despedida. Una cadáver que permanece entre los vivos después de los cuatro días establecidos por Topiltzin Quetzalcóatl mata a la gente" (Johannson, 2000: 168).

"unos cantores vestidos de harapos negros, sucios, cantaban los *tzocuicati* o 'cantos de porquería', que buscaban estimular culturalmente la putrefacción del cadáver a la vez que permitían una catarsis de los deudos, mediante el paroxismo de los gritos y los cantos" (Johansson, 2000: 175). Pero aquí no hay catarsis ni regeneración, sino pura derrota; la muerte inscrita en la vestimenta y los cuerpos del *tlahtoani* y otros principales, sometidos ahora al orden codicioso del conquistador, que no vacilará en atormentar a Cuauhtémoc para recuperar "el oro que se guardaba en México", el *excremento de los dioses* o *excecrencia divina* (ese es el significado literal del término nahua para el oro, *teocuitlatl*), paradójica ironía en la metafórica lengua del vencido.

En nuestras crónicas mestizas e indígenas, estas pinturas de la ciudad connotan el fin cósmico. Poco a poco el *oillin* vital se agota, y ya no puede ser regenerado: recordemos que el cese del movimiento, conducía, según la cosmogonía nahua, al caos cósmico. Por eso, relatan los informantes de Sahagún que "de golpe acabó la batalla. Todo quedó en calma y nada más sucedió. Se fueron luego nuestros enemigos y todo quedó en calma. Nada aconteció durante la noche. Y al día siguiente nada en absoluto pasó" (Sahagún, 1992: XII-805). El difrasismo y el paralelismo insisten en la quietud; la reiteración brinda al texto un ritmo de letanía vinculado con lo mortuario. La expectación parece señalar también una última esperanza: que el ciclo cósmico recomience. Pero, si en la cosmovisión nahua los dos elementos fundamentales de la vida son el agua y el fuego, la ciudad segada exhibe el agotamiento o la contaminación de uno de éstos (el agua): por tanto, la regeneración será imposible.

También en el *Compendio histórico* se hace presente este subtexto, de manera más sutil aún, en la referencia a la temporalidad del sitio, divergente de lo que afirman las crónicas de tradición occidental: "Duró el cerco de México, según la historias, pinturas y relaciones, especialmente la de don Alonso Axayaca, *ochenta días cabalmente*" (Alva Ixtlilxóchitl, 1997: I-479). Ya indiqué en los relatos de batalla que las cifras suelen ser espacios privilegiados para leer el cruce entre experiencia y tradición discursiva. Noventa días de sitio afirman las crónicas españolas; ochenta días sostienen las versiones autóctonas: ochenta días dura el luto lunar en el mundo náhuatl. Ese es el tiempo preciso para hacer el duelo por lo perdido; además, corresponde "al período más virulento de la putrefacción del cadáver y establece un paralelismo entre el destino escatológico del difunto y el comportamiento de sus

deudos" (Johannson, 2000: 176). Infero que estos ochenta días, transmitidos en la letra del cronista texcocano, connotan también la correspondencia entre la fabulosa ciudad de Tenochtitlan, agonizante, y la fama y honra de sus habitantes-deudos, que atraviesan el duelo entre el paroxismo, la putrefacción y el despojo. El sistema de imágenes y metáforas de estas crónicas, en su subtexto indígena, simboliza otros modos de concebir el espacio, la ciudad, la muerte y el fin, supervivientes, a pesar de mediaciones e interpolaciones, en el cuerpo del relato. ¿Habrá en esa apuesta a la memoria la voluntad de volver a poner en movimiento (*ollin*) el pasado y, con él, la vida?

VI.4.5. Coda: señales del fin

"Llovió y relanpagueó y tronó aquella tarde y hasta medianoche mucho más aguas que otras veces. Y desde se ovo preso Guatemuz quedamos tan *sordos todos los soldados* como si de antes estuviera uno onbre encima de un campanario y tañesen muchas campanas, y en aquel instante que las tañían cesasen de tañer; y esto digo a propósito porque todos los noventa y tres días que sobre esta cibdad estuvimos, de noche y de día davan tantos gritos y bozes unos capitanes mexicanos aperciendo los escuadrones y guerreros que abían de batallar en las calcadas. [...] Y desta manera de noche y de día teníamos el mayor ruido, que no nos oíamos los unos a los otros, y después de preso el Guatemuz cesaron las bozes y todo el ruido; y por esta causa he dicho como si de antes estubieramos en campanario."

BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO

"Y se vino a aparecer una como grande llama. Cuando anocheció llovía, era cual rocío la lluvia. En este tiempo se mostró aquel fuego. Se dejó ver, apareció cual si viniera del cielo. Era como un remolino; se movía haciendo giros, andaba haciendo espirales. Iba como echando chispas, cual si restallaran brasas. Unas grandes, otras chicas, otras como leve chispa. Como si un tubo de metal estuviera al fuego, muchos ruidos hacía, retumbaba, chisporroteaba. Rodeó la muralla cercana al agua y en Coyoacazco fue a parar. Desde allí fue luego a medio lago, allí fue a terminar. Nadie hizo alarde de miedo. Nadie chistó una palabra."

FRAY BERNARDINO DE SAHAGÚN

En el relato del instante preciso de la caída de Tenochtitlan, con su capacidad memorialista y su voluntad de narrar, el cronista-soldado ofrece una escena por demás abrumadora en su potente significación. Preso Cuauhtémoc, rendida México, cesan "las bozes y todo el ruido" y los soldados quedan sordos, como si todas las campanas de una ciudad, que sonaron juntas durante meses, cesaran al unísono en afilado instante, perfecta metáfora de la historia de Tenochtitlan. La capacidad evocativa, representacional de esta escena es tal que el silencio de la caída puede palpase, como un difuso oleaje, en estas significativas líneas de la *Historia verdadera*. Aquí, el

súbito callar es metáfora del silencio del conquistador sobre el cuerpo y las voces de los otros; marca el fin y anticipa el principio; postula la necesidad de nuevas voces para un nuevo espacio, futuro, desconocido para todos los involucrados, conquistadores y conquistados.

No se trata de un acto de acercamiento o de comprensión ante la alteridad; en verdad, en irónica y atroz paradoja, el momento de mayor cercanía con el *otro*, en la común dinámica de la guerra, es la atemporal ráfaga de silencio. Tenochtitlan –la cultura, la historia, la memoria del vencido– existe, de este modo, en *el gesto que la suprime*. El sonido de la alteridad, que hasta este momento asombra (en el mercado), o atemoriza, hiere, mata (en la batalla), se detiene por un momento y articula el fin o la mitificación de la *región más transparente del aire*, para decirlo con palabras de Alfonso Reyes. En verdad, la oscilación oír/no oír se formula a partir de un forzamiento: "porque todos los noventa y tres días que sobre esta cibdad estuvimos, de noche y de día davan tantos gritos y bozes unos capitanes mexicanos" que no podían ser acallados ni podían dejar de ser escuchados, en imagen sonora que parece filtrarse en cada resquicio de la memoria. En la caída de Tenochtitlan, el cuerpo propio inscribe el recuerdo de un instante crucial, y el soldado, aun en la victoria, queda inerme ante el oxímoron de un silencio ensordecedor. Por eso es necesaria la escritura que restituye un sentido, una colocación, y reerige la propia figura con un trazo evocativo que se pretende épico, a pesar de codicias y miserias.

En una línea convergente y divergente a un tiempo, la segunda cita, correspondiente a los testimonios de las informantes de Sahagún (mexicas y tlatelolcas), subraya también el profundo y abrupto silencio, el tenaz "no chistar una palabra" de quienes se presentan como testigos del fin y depositarios de su historia. Los informantes nativos, cuyas voces traman la escritura en náhuatl y en castellano del libro de Sahagún, articulan a partir de la profecía, de una temporalidad de anticipaciones y prospecciones, las señales del fin. La memoria plural, transmitida, transcrita, se constituye en modo de volver inteligible la experiencia a partir de lo indicial. El fin de Tenochtitlan, que como narran las crónicas llega tras un insostenible sitio de más de tres meses y una tensa expectación de varios días, con la población acorralada en el último reducto irredento de la ciudad, es anunciado en los relatos por la chispa, la brasa, el fuego que cae "a medio lago, allí fue a terminar".

En la acuciante trama de la memoria del vencido, es preciso el fuego, la noche, la lluvia para construir una escena en la que reverberan las graduales imágenes, las sucesivas metáforas de la "grande llama" que debía anunciar la caída. No se trata tanto de narrar lo real, de recordar lo que en efecto ha tenido lugar, sino, antes bien, de concebir la representación como modo de comprensión y de conocimiento: del *otro*, del pasado, del *yo*. En la proliferante temporalidad de la metáfora, estas voces aluden al remolino y a la espiral, imágenes que rememoran –anticipan e inventan– el vértigo, el temblor y, *multiplicado en el eco*, el ruido de la llama que retumba, atronadora, antes de morir en las salobres aguas de Texcoco. La metáfora recupera también la ineludible asociación ciudad-lago, agua-sangre (agua-tinta), vida-muerte que organiza el sentido –parcial, residual, falto y, no obstante, irrenunciable– de la ciudad de Tenochtitlan, tal como ha llegado hasta nosotros en la palabra de estos cronistas. Voces y miradas se reúnen para erigir, en la sintagmática corporalidad de la palabra escrita, la ciudad deseada y vislumbrada, la ciudad ambicionada y cercada, la orgullosa ciudad que sólo se rinde al precio de su completa destrucción.

7

Espacialidad, naturaleza, desplazamientos: el viaje a las Hibueras

De la gran ciudad maya sobreviven
arcos, desmanteladas construcciones, vencidas
por la ferocidad de la maleza.
En lo alto el cielo en que se ahogaron sus dioses.
Las ruinas tienen
el color de la arena. Parecen cuevas
ahondadas en montañas que ya no existen.
De tanta vida que hubo aquí, de tanta
grandeza derrumbada, sólo perduran
las pasajeras flores que no cambian.

JOSÉ EMILIO PACHECO,
Ciudad maya comida por la selva

VII.1 Espacios, naturaleza, cultura

En el capítulo anterior me referí a los espacios: sociales y urbanos; entendidos en términos literales y metafóricos; a la producción del espacio como inflexión cognitiva y social; al espacio como algo construido, ni dado ni preexistente. En ese sentido es que las diversas representaciones de las ciudades nos exigieron volver sobre retóricas discursivas específicas tanto de la tradición occidental como de la autóctona; retratos de principales y *tlahtoanis* que funcionaban como metonimia de la ciudad que regían; transformaciones y metamorfosis drásticas, de la negociación a la guerra abierta y de allí a la destrucción. Así, espacio urbano y espacio social se entrelazaban y reconfiguraban entre sí, y exigían, para ser analizados, una trama de lecturas y voces que es una trama de miradas acerca del mundo. Pero el espacio urbano no es el único presente en estas crónicas: con él, junto a él, imbricado en la reconstrucción de estas expediciones de conquista se encuentra otro espacio, fundamental en las representaciones del Nuevo Mundo: la naturaleza.

Ya desde el primer viaje de Cristóbal Colón, estas *nuevas* tierras fueron definidas por lo abrumador, desmesurado, intrincado de su espacio natural, cuyos hombres –*buenos salvajes* o *canibales* en la mirada colombina–, connotaban la medida de la extrañeza de un universo de compleja aprehensión. Para dar cuenta de esta naturaleza indómita, Colón –nutrido en los relatos de viaje medievales– recurre al símil y a la comparación: todo lo nuevo debe tener su correlato en lo conocido; se trata de observar *nuevas tierras con viejos ojos* (Tuninetti, 2001) y de ser capaz de transmitir las imágenes que no quiebren de manera abrupta la posición del sujeto ante sí y ante el mundo. En este sentido, el símil, en su movimiento etnocéntrico, resulta tranquilizador; lejos de atentar contra las fronteras de la identidad, las confirma en sus –de todos modos– lábiles certezas. Así, "lo exótico se hace familiar": de este modo procedería la mirada de las cartas cortesianas y la historia bernaldiana según John H. Elliott (2000). Pero el almirante también se encontrará ante lo deslumbrante e inaprensible de una geografía, una flora y una fauna en verdad *diferentísimas de las del nuestro*, como afirmará Francisco López de Gómara más de medio siglo después. Aquí, el tópico de lo inefable resulta insuficiente, excede además la mirada del viajero que alude a lo diverso (siempre en relación con lo propio), exigiendo una comparación que involucre un juicio de valor. Se acudirán entonces a lo maravilloso y lo exótico, lo mítico y lo demoníaco; la naturaleza americana será objeto de asombro y utopía, hasta

llegar a afirmar indicios ciertos de la existencia del Paraíso Terrenal en América, como señala Colón en su Tercer Viaje (1986: 238). Las representaciones se organizarán a partir del tópico de la abundancia y su contraparte, el tópico de la carencia, en la mirada del conquistador que percibe el espacio americano en términos de beneficios y riquezas, de allí la insistencia con que el término "oro" estructura el primer diario colombino.¹³⁰

Con múltiples desplazamientos y transformaciones, esta perspectiva acerca de la naturaleza americana constituye una mirada fundante sobre el Nuevo Mundo, que nuestras crónicas de tradición occidental se encargarán de refrendar o modificar en el relato de vivencias singulares. La expedición cortesiana a Tenochtitlan también es – en especial, quizás– un viaje. Como tal, los relatos acerca de ella por parte de sus narradores-protagonistas (Cortés y Bernal Díaz en nuestro caso) participan de esta codificación, en las inflexiones del relato medieval y sus transformaciones en el siglo XVI. Claro que no se trata de un viaje *naturalista* ni bucólico; por el contrario, la mirada lleva inscrita la modulación de la conquista, y toda la naturaleza es aprehendida según esta lógica mercantil que organiza cada paso del relato con atención a un objetivo ulterior. En la expedición a Tenochtitlan, el narrador capitán y el narrador soldado se han detenido a ponderar y *saber el secreto* de extraños fenómenos como el volcán Popocatepetl o a rememorar el frío con que las alturas del centro de México sorprendían a los conquistadores; la geografía, la flora y la fauna mesoamericanas son aprehendidas y representadas de acuerdo con esta ambivalente perspectiva de lo semejante y lo diverso (Gerbi, 1975), típica de estos viajeros. En cualquier caso, tanto en la representación del espacio natural como del urbano predomina el símil –todo es semejante a lo español, traducido en nombres y formas conocidas y afines, para un destinatario y un público ávidos de lo exótico, aunque refractarios a lo absolutamente distinto. Por eso, las miradas de estos narradores mensuran, cuentan, inventarían, ordenan y segmentan: aprehenden en una lógica propia, antitética, un referente que – como todo objeto, en cierta medida– se muestra elusivo o diverso.

¹³⁰ Para estos comentarios acerca de las representaciones colombinas del Nuevo Mundo me baso en *Cuatro viajes* de Cristóbal Colón (en la edición de Consuelo Varela; 1986), y en los estudios de Antonello Gerbi, *La naturaleza de las Indias Nuevas* (1975), *El Viejo Mundo y el Nuevo* de John H. Elliott (2000) y *El hombre Colón y otros ensayos* de Ramón Iglesia (1944). David Arnold analiza el tópico de la abundancia en relación con lo que él denomina "la idea positiva de los trópicos", que caracterizaría esta primera mirada colombina, en *La naturaleza como problema histórico* (2000).

Esta operación para narrar el espacio urbano y la naturaleza mesoamericana exhibe otras complejidades en nuestras crónicas mestizas; quizá por eso también algunas ciudades y ciertas referencias geográficas que tanto asombran al conquistador reciben en estas crónicas un espacio textual algo acotado. Ya no se trata de narrar lo desconocido o lo ajeno: ahora se está ante la familiaridad de una memoria que es asumida como propia –aunque también contenga infranqueables distancias–, de una lengua en la que aún palpitan concepciones autóctonas del espacio, donde a lo urbano y natural se suma lo cosmogónico y lo mítico (de allí que, por ejemplo, numerosas representaciones espaciales indígenas incluyan en una misma cartografía lo humano y lo divino, en yuxtapuesta contigüidad). Si la conquista y la derrota atenazan estas memorias en la censura, el silencio y el trauma, de todos modos no alcanzan a quebrar por completo el vínculo con el espacio propio. Con estos complejos materiales construyen sus representaciones las crónicas mestizas; a ellos se deben también algunos silencios, ciertas focalizaciones, jugosas puestas en relieve de espacios sociales, alianzas, diferencias territoriales, enfrentamientos y negociaciones que constituyen la memoria rota, herida, pero aún palpitante de cada comunidad.

En este juego entre el acercamiento y la distancia, entre la diversidad y el símil, entre la apropiación, el lamento y el asombro se constituyen las representaciones espaciales en todo nuestro corpus. Una vez superadas las zonas textuales que narran la conquista de México, buena parte de ellas –menos las historias tlaxcaltecas– se detiene a narrar otro desplazamiento: el viaje a las Hibueras que Cortés encabeza dos años y medio después de la caída de Tenochtitlan. Espacio de la extrañeza, donde lo urbano retrocede y la naturaleza irrumpe, este viaje constituye, en numerosos sentidos, la contracara de la expedición de conquista. Como un *aleph* de múltiples metáforas, las Hibueras configuran el espacio del deseo y de la traición; la oportunidad de la conquista y la aventura contra la ociosidad en México; el punto de convergencia y desajuste entre las representaciones occidentales y las autóctonas; el espacio de lo inconmensurable e imposible; la crueldad, la injusticia y la infamia – como no cesará de reiterar el cronista texcocano ante la muerte de Cuauhtémoc–; el viaje del fracaso y de la pérdida. En este último capítulo de la tesis, quiero detenerme en la representación textual de este espacio extraño; en la descripción de un derrotero que reta las concepciones del *otro* y del *yo* tal como se han venido

desplegando a lo largo del relato de la expedición a Tenochtitlan; en la representación de una naturaleza americana desbordada, oscura y amenazante. Codificada de acuerdo con las características del relato de viajes tanto en la *Quinta carta de relación* como en la *Historia verdadera* (Rodríguez, 2009), articulada también de acuerdo con el orden específico y elíptico del discurso histórico letrado en la *Historia de la conquista de México* y el *Compendio histórico del Reino de Texcoco*, la expedición a las Hibueras pone de relieve los cambios en la subjetividad que esta experiencia y su representación inscriben en cada crónica, en relación especular y antitética con el relato de la expedición a Tenochtitlan.

VII.2 El viaje a las Hibueras: desplazamientos en la subjetividad

"E porque en una sazón acaecen dos o tres cosas
y por no quebrar el hilo de lo uno por decir lo otro,
acordé de seguir nuestro trabajosísimo camino."

BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO

1524. Han transcurrido cerca de tres años desde la caída de Tenochtitlan. Las obras de reconstrucción –en verdad, de construcción de una nueva ciudad sobre las ruinas y cadáveres de la anterior–, iniciadas a fines de noviembre de 1521 bajo las órdenes de Cortés y con la traza de Alonso García Bravo se encuentran ya avanzadas.¹³¹ El ahora gobernador y capitán general de la Nueva España debe enfrentar los retos de la pacificación y la reconstrucción; extender la conquista; buscar nuevas riquezas y nuevas tierras. Por eso, en enero de 1524 despacha una expedición a las Hibueras, comandada por su maestre de campo, Cristóbal de Olid, con el objetivo de llegar a

¹³¹ Con respecto a la construcción de esta *ciudad mestiza*, explica José Luis Martínez: "Sobre las ruinas de la antigua México-Tenochtitlan, bajo la supervisión de Cortés, el alarife Alonso García Bravo, ayudado por Bernardino Vázquez de Tapia y dos indígenas, realizaron la 'traza' de la nueva ciudad. En principio, conservaron la plaza mayor y el emplazamiento de los palacios que la rodeaban por tres lados, y redujeron considerablemente el enorme espacio que ocupaba el conjunto ceremonial de los templos, reservando para la iglesia sólo una cuarta parte aproximadamente, que hoy ocupa la catedral. El conjunto urbanístico de los antiguos mexicanos se adaptaba de manera admirable a las ideas españolas: la plaza mayor al centro, rodeada por la iglesia, los palacios de gobierno y las casas nobles" (1991: 255). En términos geográficos, explica Peter Gerhardt que "Tenochtitlan estaba dividida en cuatro secciones, Atzacualco, Cuepopan o Tlaquechiuhcan, Moyotlan y Teopan o Zoquípan, que bajo los españoles pasaron a ser los barrios de San Sebastián, Santa María, San Juan y San Pablo respectivamente. Los españoles se instalaron en el centro mismo, tomando parte de cada barrio. En años posteriores, a pesar de las órdenes de mantener la segregación racial, las distinción entre barrios indios y no indios no fue estrictamente respetada" (1986: 187).

tierras en las cuales se decía que había mucho oro, y de encontrar un estrecho que uniera los dos mares, sugerido por el navegante Juan de la Cosa ya en el año 1500. Con estas acciones, relatadas en la *Cuarta carta de relación*, Cortés subraya sus *servicios* al rey (sintagma que se reiterará a lo largo de toda la carta), y refuerza sus iniciativas emprendedoras y de conquista.: "...porque tengo mucha información que aquella tierra es muy rica como porque hay opinión de muchos pilotos que por aquella bahía sale estrecho a la otra mar, que es la cosa que yo en este mundo más deseo topar por el gran servicio que se me representa que dello Vuestra Cesárea Majestad rescebería" (Cortés, *Cuarta carta*, 1993: 476). Pero Olid, en su paso por Cuba (ya que ha tomado la vía marítima), consigue aliarse con el eterno enemigo de Cortés, Diego Velázquez, y entre ambos deciden alzarse con las nuevas tierras y todo lo que Olid encuentre. En la *Cuarta carta*, un Cortés desconocido, arrebatado, fuera de sí incluso, amenaza con prender a Velázquez y envía una avanzada, a cargo de un deudo suyo, Francisco de las Casas, para detener al rebelde.¹³² Luego de numerosas peripecias, Las Casas consigue hallar y ajusticiar a Olid, y emprende el regreso a México. Sin embargo, Cortés, impaciente, tempestuoso, al no tener noticias de la avanzada, "y como de su condición era de gran corazón, aviase arrepentido por aber enbiado al Francisco de las Casas, sino aver ido él en persona" (Díaz del Castillo, 2005: CLXXIV-633), ha decidido encabezar una nueva expedición, que sale de Veracruz en junio. Estará fuera de México, *perdido* en las Hibueras, cerca de dos años, durante los cuales, además, los desmanes en la ciudad se multiplicarán, y sus enemigos operarán ampliamente en su contra, dándolo por muerto e intentando hacerse con sus numerosos bienes.¹³³ A su regreso, los pobladores no lo reconocen: el viaje a las

¹³² "Diego Velázquez, teniente de almirante en ella [la isla de Cuba] había tenido formas con el capitán Cristóbal Dolid, que yo envié a poblar a las Hibueras en nombre de Vuestra Majestad, y que se había concertado que se alzaría con la tierra por el dicho Diego Velázquez, aunque por ser el caso tan feo y tan en deservicio de Vuestra Majestad yo no lo puedo creer. [...] Yo me informaré la verdad y, si hallo ser así, pienso inviar por el dicho Diego Velázquez y prenderle; y preso, invarle a Vuestra Majestad, porque cortando la raíz de todos estos males que es este hombre, todas las otras ramas se secarán, y yo podré más libremente efetuar mis servicios comenzados y los que pienso comenzar" (Cortés, *Cuarta carta*, 1993: 517). Los críticos coinciden en que sorprende esta amenaza de Cortés, ya que no tenía poderes para prender a Velázquez.

¹³³ José Luis Martínez afirma que el viaje a las Hibueras "dura algo más de un año y medio, del 12 de octubre de 1524 al 25 de abril de 1526" (1991: 273). El itinerario siguió la "ruta del Mar del Norte", desde Veracruz, pasando por el Golfo de México, Campeche y el sur, la selva del Petén, Guatemala y Honduras, obligados entonces a cruzar un "laberinto fluvial" —como dice el mismo Martínez— que incluye algunos de los ríos más caudalosos de la zona. En tanto,

Hibueras, el viaje del fracaso, ha producido en él un cambio profundo, inscripto en su cuerpo y fisonomía: en más de un sentido, no hay regreso posible para este capitán transformado por el desplazamiento: "y muchos lo desconocieron, como iba enfermo de calenturas y maltratado de la mar; y a la verdad él había trabajado y padecido mucho, *ansí en el cuerpo como en el espíritu*" (Gómara, 1988: CLXXXVI-264).

Las crónicas del capitán y el soldado, con sus narradores homodiegéticos, contribuyen a poner en escena los elementos diferenciales del relato basado en la experiencia ante aquellos basados en testimonios, fuentes y autoridades, como la *Historia de la conquista de México* de López de Gómara y el *Compendio histórico del Reino de Texcoco* de Alva Ixtlilxóchitl.¹³⁴ En la polémica abierta por el cronista-soldado, el relato del viaje a las Hibueras se perfila como oportunidad crucial para operar en los vacíos, *lagunas* y silencios del texto gomariano, que el historiador mismo anticipa: "Y aunque he procurado mucho informarme muy bien de los propios vocablos y nombres de los lugares que nuestro ejército pasó en este viaje de Las Higueras, no estoy satisfecho del todo. Por tanto, si algunos no se pronuncian como deben, nadie se maraville, pues aquel camino no se huella" (1988: CLXXII-237). Aquí, el detalle prosaico que constituye el cuerpo de la *Historia verdadera* le permite a este narrador-protagonista "anotarse un triunfo" sobre el historiador (Mayer, 1994: 103).¹³⁵ En este sentido, los relatos de la expedición a las Hibueras me permitirán dar cuenta de los cruces entre la retórica del relato de viajes y la historiografía letrada, confrontando las versiones de los narradores-viajeros con las de los historiadores. En estos últimos, el

"los oficiales reales, el factor Gonzalo de Salazar y el veedor Pedro Almindez Chirinos, se habían apoderado del gobierno; habían prendido a Zuazo y a los otros encargados del gobierno; a Rodrigo de Paz, a quien el conquistador había confiado el cuidado de sus bienes, lo atormentaron bárbaramente para que denunciara dónde estaban los 'tesoros de Cortés' y lo hicieron morir en la horca; los bienes de Cortés habían sido saqueados, y se habían corrido la noticia de que Hernán Cortés estaba muerto" (1991: 299).

¹³⁴ La expedición a las Hibueras ocupa la mayor parte de la Quinta carta de relación y en los capítulos CLXXIV a CLXXXVII de la *Historia verdadera*. En tanto, el *Compendio histórico* es la única obra atribuida a Alva Ixtlilxóchitl en la que se relata la expedición a las Hibueras. Se supone que también formaba parte de la *Historia de la nación chichimeca*, pero el manuscrito está trunco. Con respecto a la *Historia de la conquista de México*, el relato de este viaje, intercalado con las noticias y los desmanes de México, ocupa los capítulos CLXXII a CLXXXVII.

¹³⁵ Mayer anota enseguida una salvedad: "Se trata, empero, de un triunfo peligroso. El énfasis en el detalle, a la vez que arroja un foco sobre el autor como supremo editor de los silencios de una narración, también ilumina su cara oculta: la de arrinconado superviviente del silencio impuesto por otros autores, en historias que le hacen elemento accesorio, cuando no es que le eliminan" (1994: 103).

relato de las Hibueras acude a otras codificaciones, en las cuales descripciones, itinerarios y ciudades son presentados de manera más ordenada, sintetizando en certeros trazos derroteros narrados de modo iterativo en las *Cartas de relación* y la *Historia verdadera*, al tiempo que enfatizan negociaciones y luchas de poder antes que fatigas, cansancios, esfuerzos. Así, en el *Compendio histórico del Reino de Texcoco*, la representación de este viaje sirve para profundizar la crítica al capitán y a los españoles en general, subrayando el rol fundamental de los aliados texcocanos, cada vez más desencantados, al tiempo que se suman retratos atravesados por la nostalgia y el lamento. En este contexto, un hito fundamental lo constituye el ajusticiamiento de Cuauhtémoc que Cortés ordena a partir de ciertas versiones de rebeldía y posible motín. Mencionado de manera algo escueta en la *Quinta carta*; desplegado críticamente en la *Historia de la conquista de México*, tanto la crónica bernaldiana como la texcocana reconstruyen pormenorizadamente el evento y ofrecen dos versiones de la ignominia. Es así como las Hibueras se constituyen en el espacio de la crueldad y del absurdo, escenario de la debilidad del capitán, que ordena el ahorcamiento no tanto como castigo ejemplar, sino como resultado de su creciente pérdida de autoridad y de las cada vez más enconadas críticas y murmuraciones de sus soldados.

VII.3 La expedición a las Hibueras y la codificación del relato de viajes

"Antes que la estancia sedentaria, el viaje –el derrotero, la exploración, la migración, el éxodo– se halla en el fundamento mismo del mundo amerindio y también en sus metamorfosis.

El viaje participa, a veces dichosamente y casi siempre con duelo, de la razón de ser de América."

JORGE MONTELEONE

Así como las fronteras del espacio americano son porosas, la crítica coincide en señalar que también lo son los límites del relato de viaje, siempre en el entrecruzamiento entre el viaje, la memoria y la autobiografía. Lo que define al relato de viaje es su indefinición: complejo, contradictorio en cuanto a su inscripción genérica, variable diacrónicamente, capaz de incluir diversos tipos discursivos y textuales, tensionado entre ficción y factualidad, experiencia y escritura, verdad y verosimilitud, este tipo de textos parece resistirse a límites fijos. Más aún, en tanto relato de un desplazamiento (virtual o real, de exploración, migración, exilio, conquista)

parece compartir con su referente cierta expansión de los límites –esperables e incluso concebibles– de la textualidad. Aún a riesgo de caer en el anacronismo, entiendo que el relato de viaje es, en su definición, un tipo textual siempre “fuera de lugar”, es decir, descentrado, a caballo entre géneros, épocas, narradores, intencionalidades diversas. Por eso, sus límites son difusos: más que fronteras, son confines –término habitual en las crónicas del siglo XVI–.

En este marco, lo que caracterizaría el viaje a las Hibueras en la *Quinta carta de relación* y los capítulos correspondientes en la *Historia verdadera* es el relato del desplazamiento a partir de un narrador homodiegético (cronista-viajero); el énfasis en la experiencia y en su verdad; la referencia permanente al transitar, que quiere –aunque no puede– desplegarse en el gesto de nombrar y tomar posesión de un territorio elusivo en su omnipresencia selvática.¹³⁶ Además, y como elemento común a los relatos de viaje coloniales del siglo XVI (tanto a los textos que pueden englobarse casi por completo en dicha categoría como a las secciones incluidas en el cuerpo mayor de una crónica o relación, tal como ocurre con los textos de mi corpus), se presenta la experiencia corporal del Nuevo Mundo, el enfrentamiento –muchas veces brutal– con lo desconocido, y el tesonero impulso de dar cuenta por escrito de este desplazamiento. Si, según Elena Altuna, el relato de viaje es un texto de frontera, entendida ésta como “zona en que ambos espacios entran en contacto” (2004: 329), en mis crónicas el relato de la expedición a las Hibueras aprovecha esta característica textual para representar el dilema de una frontera en constante movimiento, zona de contacto de problemática relación con el espacio *otro*. Esta alteridad topográfica obliga a reevaluar las propias capacidades, las escalas de valor, el rango de lo deseable, incluso las funciones propias dentro de la expedición. Claro, el recorrido –y el forzamiento y la extensión– de los límites caracterizan tanto al referente como al texto; “este recorrido por los límites no deja indemne al texto, que debe amoldarse a

¹³⁶ La hispanista Blanca López de Mariscal señala que estos viajeros inician “su acercamiento a las nuevas tierras mediante una especie de ritual de posesión, que implica una serie de pasos, codificados de antemano”. [...] Transitar implica la referencia constante al trayecto o recorrido [...] que suele ir acompañado por marcadores temporales [...] de tal forma que se percibe al mismo tiempo el tránsito en el tiempo y en el espacio” (2004: 14) No obstante, en las Hibueras, este tránsito dificultoso pareciera estar detenido y contraponer, la mayor parte de las veces, las coordenadas espacio/tiempo, de manera que establecerían una relación antagónica más que complementaria.

los varios discursos que entran en funcionamiento, intentado rodear a lo otro, de allí su permeabilidad genérica" (Altuna, 2004: 329).

También es factible pensar el relato de viaje en tanto subgénero de la autobiografía o de la memoria (Colombi, 2004: 22). En las crónicas que nos ocupan, más que de subgénero podríamos hablar de un marco y una serie de herramientas formales que les permiten a estos cronistas armar sus textos como memorias de experiencias efectivamente vividas, presentándose como narradores-viajeros (en la doble acepción del explorador-conquistador).¹³⁷ En más de un sentido, para el cronista-soldado el relato del viaje a las Hibueras es la oportunidad de brindar un nuevo retrato heroico de sí, al tiempo que enuncia abiertamente las críticas al capitán. Redelinea así su propia imagen y le otorga un relieve de acuerdo con su entorno; en este relato protoautobiográfico el narrador "se constituye en testigo de sí mismo y toma a los demás como testigos de lo que su presencia tiene de *irreemplazable*" (Gusdorf, 1991: 9). Bernal Díaz reitera ese gesto de modo constante frente a un entorno entre natural y humano en el cual se destaca por su inteligencia, valor y persistencia. El viaje y sus "pruebas" le son esenciales –y funcionales– para su enaltecimiento personal. Además, si el viaje es un sistema digresivo en sí, que admite todo tipo de interpolación y detalle, dicha estructura –aunque en incipiente conformación en el siglo XVI–, sirve al tipo de relato que el cronista-soldado necesita plasmar, sobre todo por la enorme confusión que caracteriza el derrotero durante los veintidós meses que pasan fuera de México, y es acorde con los modos en que encara la escritura, a partir de la anécdota y el detalle, en coincidencia con ciertas características de la novela moderna –tal como señala María E. Meyer respecto del Quijote–, es decir, con nuevos modos de escribir, de concebir el relato de la experiencia pasada o el mundo ficcional, en cada caso. Así, "las Hibueras son a Bernal

¹³⁷ Al respecto, Gusdorf señala que "el género autobiográfico está limitado en el tiempo y en el espacio; ni ha existido siempre ni existe en todas partes. Si las *Confesiones* de san Agustín ofrecen el punto de referencia inicial de un primer éxito fenomenal, vemos enseguida que se trata de un fenómeno tardío en la cultura occidental y que tiene lugar en el momento en que la aportación cristiana se injerta en las tradiciones clásicas" (1991: 9.) Más allá de estas consideraciones, entiendo que lo fundamental en esta definición genérica es el mundo de ideas al que refiere, en transformación a partir de estas experiencias de contacto y descubrimiento. Como afirma Jorge Monteleone, "el continente americano no era, en puridad, el Nuevo Mundo: cuando Colón llega a la isla de Guanahani, es el mundo el que se vuelve Nuevo" (1998: 148).

lo que la cueva de Montesinos a don Quijote: una arriesgada incursión narratológica en terreno desconocido" (Mayer, 1994: 95).

En otro sentido, tanto en las *Cartas de relación* como en la *Historia verdadera* el viaje a las Hibueras es presentado a partir de la dimensión de lo cotidiano, con un importante énfasis en el plano de lo experiencial: el cansancio, la fatiga, el hambre, la frustración, las heridas y enfermedades que acechan el propio cuerpo, con riesgo de desaparecerlo en la selva.¹³⁸ Si en la expedición a Tenochtitlan lo cotidiano se articula con la dimensión de lo heroico (Rodríguez, 2008), en la expedición a las Hibueras la segunda retrocede, se diluye o desaparece ante la desoladora magnitud de una progresiva e inexorable pérdida. En cierto sentido, se trata también del relato de un naufragio, ya no en el mar, sino en la inmensidad desoladora de la selva y la montaña, sus ríos y ciénagas, representados como infinitos en ambas crónicas. Sus inflexiones nos remiten a las tristes imágenes de los naufragos de la expedición de Nicuesa, allí donde la muerte es lugar común; el alimento, imposible (más aún, donde el cuerpo de otro o el propio cuerpo se torna alimento); el hambre y el dolor, modulaciones constantes de un derrotero circular, casi maniaco. Comparte además con estos relatos el desajuste entre las expectativas –la apoteósica salida de Tenochtitlan– y los resultados: la muerte de buena parte de la comitiva, incluida la mayoría de los indígenas que los acompañan y dos frailes, y el regreso a México con las manos vacías: sin Olid, sin oro, sin poblaciones sojuzgadas, con escasas ciudades fundadas, sin los principales indígenas, Cuauhtémoc y Tetzlepanquétzal, ejecutados en la provincia de Acalan. La retórica del relato de viajes funcionará aquí organizando la trama en las distintas etapas del itinerario (la partida o despedida, la travesía, el regreso), en torno de la voz del narrador-viajero que cuenta porque ha vivido y recuerda; que narra también el padecimiento para justificar la pérdida, transformando el sufrimiento y la tenacidad en servicio a la Corona, a partir de una retórica persuasiva que las *Cartas de relación* nunca abandonan, aún a pesar de la tragedia.

¹³⁸ Jimena Rodríguez da cuenta del funcionamiento de la dimensión cotidiana del relato de viajes en la *Historia verdadera*, y las marcas textuales de las *fatigas* y *esfuerzos*. Estas crónicas "comparten entonces los parámetros del relato de viajes medieval pero, a diferencia de estos, la reconstrucción textual del itinerario se articula en torno a los esfuerzos y peligros a los que se ve sometido el explorador para llevar a cabo su empresa. Las dificultades del viaje son una marca textual propia del relato de viajes en el siglo XVI" (2009: 9).

VII.3.2 El narrador viajero

Ahora bien, ¿en qué medida podemos decir que quien relata la expedición a las Hibueras en la *Quinta Carta* y en la *Historia verdadera* es un viajero-explorador, además de un conquistador? En su artículo "El relato de viaje americano y la redefinición sociocultural de la ecumene europea", Miguel Alberto Guerin define al viajero como aquél que

"produce un texto en que se presenta a sí mismo como el que ha sufrido fatigas, ha corrido peligros y aún ha hecho erogaciones, con el objeto de poder ver para informarse, de poder interrogar para comprender lo visto y de poder ejercitar su espíritu crítico para discernir la verdad de lo maravilloso. [...] El texto del relato de viaje debe evidenciar que los conocimientos del mundo que refiere se adquirieron inicialmente mediante la experiencia sensible, aunque no provengan exclusivamente de ella" (1992: 5).

Así, la expedición a las Hibueras relatada por Hernán Cortés y por Bernal Díaz pone en escena la preeminencia del relato a partir de lo visto y lo vivido; cansancios, fatigas, peligros y la enorme capacidad (colectiva) "de españoles excepcionales para soportar lo insoportable y seguir fieles a su designio, así sea éste insensatez y suponga el sufrimiento y la muerte de muchos, con tal de no rectificar la decisión inicial: cuestión de honor y señorío", como anota José Luis Martínez (1995: 272). La trama de estas dos crónicas ofrece a los narradores la posibilidad de reforzar cierta identidad colectiva del español, definida esta vez en relación con las pruebas que se les presentan, en el "quijotismo de la aventura permanente".¹³⁹ De hecho, de este modo ha sido leída por la crítica la justificación cortesiana de su viaje: "...me pareció que ya *hacía mucho tiempo que mi persona estaba ociosa* y no hacía cosa nuevamente de que su Magestad se sirviese a cabsa de *la lesión en mi brazo*, aunque no muy libre de ella, me pareció que debía entender en algo" (Cortés, *Quinta carta*, 1993: 526). Claro que, en la focalización de ambas crónicas, la *Quinta carta* pondrá el acento en las decisiones (y padecimientos) del capitán, siempre relatados con decoro –aunque aquí algunas escenas de patetismo cobren un lugar inédito frente a los relatos de la expedición a Tenochitlan, por ejemplo–, mientras que la *Historia verdadera* iluminará, una vez más, el *nosotros* de los soldados, poniendo en cualquier caso especial énfasis

¹³⁹ Mariano Picón Salas hace esta referencia y anota, además: "más que la empresa comercial, el español casi ama más la aventura de buscar la riqueza que la especulación económica. Para tener preeminencia es por lo que anhela el oro" (1985: 59).

en la figura del narrador-protagonista. En este sentido y como mencioné más arriba, el relato del viaje a las Hibueras en la *Historia verdadera* es especialmente útil en el enaltecimiento de esta primera persona narradora, cuya estampa se afianza a medida que los padecimientos aumentan y la figura del capitán disminuye en admiración, habilidad o astucia. Claro que esto no excluye la mirada (piadosa o indiferente) sobre los miles de indígenas muertos en la expedición, o sobre los padecimientos de hombres menos preparados –como los frailes que los acompañaban–, pero sirve para focalizarse en los juicios y las capacidades de los soldados de Cortés, ya que las dotes de mando y la inteligencia del capitán son puestas en duda capítulo a capítulo y padecimiento a padecimiento, al tiempo que se engrandece el personaje del soldado.¹⁴⁰

Apreciaciones como éstas tienen peculiar resonancia cuando pensamos que este "discurso narrativo del fracaso" (Pastor, 2008) actualiza un desplazamiento del texto y de la autofiguración del sujeto que escribe porque recuerda, en el marco de una representación distinta del espacio americano. En efecto, si desde los diarios de Colón la abrumadora naturaleza americana es un ingrediente ineludible del imaginario sobre el continente, el viaje a las Hibueras pondrá en primer plano el espacio natural (antes que el urbano, casi ausente aquí); la dificultad del enfrentamiento con el medio, que a cada paso se presenta hostil e inmisericorde, modificando las connotaciones del par naturaleza-cultura que tan bien había funcionado para describir las acciones llevadas a cabo en el centro de México.¹⁴¹ Los extranjeros se enfrentan con mucha

¹⁴⁰ Conmuevo, por ejemplo, el relato de la muerte de los indios, incluido en el capítulo CLXXVI: "indios de los de Michoacán y mexicanos morían, otros muchos caían malos y se quedaban en el camino, como desesperados" (Díaz del Castillo, 2005: 644). En el capítulo anterior, el narrador ya había apuntado: "y mandó Cortés que les fuésemos a buscar por los montes [a los moradores de un pueblo que encontraron abandonado] que fue cosa bien desconsiderada y sin provecho aquello que mandó" (Díaz del Castillo, 2005: CLXXV-639). La falta de consideración por sus soldados (y por todo lo dejado atrás para seguirlo) agravada por el fracaso de cada decisión del capitán, se reiterarán como par en el desarrollo de toda la expedición.

¹⁴¹ Explica Beatriz Pastor con respecto a la *Carta de Jamaica* de Colón: "Por primera vez en la representación del Nuevo Mundo, aparece una naturaleza poderosa, irreductible y no mitificable. El referente europeo y el modelo ideal quedan cancelados por esta naturaleza violenta, *distinta* –insiste una y otra vez Colón– de todo lo conocido. Y por primera vez se anuncia un tema que va a ser una de las constantes fundamentales del discurso narrativo del fracaso, y cuya importancia se prolongará, con variantes innumerables, hasta la literatura hispanoamericana actual: la derrota del hombre por la naturaleza y su impotencia total ante ella" (2008: 221). En esta línea se inscribiría –con algunas variantes– la *Quinta carta de relación*.

más facilidad y holgura al *otro* en civilización, donde Cortés puede desplegar su destreza comunicativa y semiótica, que a lo ingente y despiadado de la naturaleza americana, que es lo que también aprovechan los naturales para escaparse, si bien la mayoría de ellos perece junto con los españoles. Así, las Hibueras presentan el espacio de una fuerza natural incontrolable (mosquitos, serpientes, agua, vegetación, ciénagas) y que, en estos relatos, funcionaría como antagonista del paisaje humano (urbano, civilizado) característico de las descripciones de los desplazamientos por el centro de México. Si toda identidad se define frente a la alteridad, el viaje a las Hibueras habilita distintos modos de la autorepresentación, donde los sujetos se definen no tanto frente al *otro* –mucho menos distante ahora que la percepción ha sido atravesada por la experiencia de la conquista del centro de México– como frente a la naturaleza y lo desconocido.¹⁴²

VII.4 La partida

En octubre de 1524, la comitiva al mando de Cortés abandona la ciudad de México, dispuesta a atravesar una desconocida ruta terrestre que los conduzca hasta las lejanas y enigmáticas Hibueras.¹⁴³

"Salí desta gran ciudad de Tenuxtítan a doce días del mes de octubre del año de mill y quinientos y veinte y cuatro años con alguna gente de caballo y de pie

¹⁴² Como indica María Christen Florencia "En esta expedición [el grupo de menos relieve] es el de los indios. Aunque sus acciones determinen parte de los sufrimientos de los españoles, la mayor parte de las veces no son decisivas". En efecto, fundamentales en las primeras cartas de relación y en la *Historia verdadera* hasta la caída de Tenochtitlan, en los relatos del viaje a las Hibueras los indígenas se desdibujan, casi no ocupan lugar en el relato en comparación con las referencias al espacio, y sólo ingresan en términos de su funcionalidad: sirven para guiarlos, o para conseguir comida –cuando no mueren o escapan– más que como compañeros de expedición. Incluso la figura de Cuauhtémoc se desdibuja, y sólo es referida en el momento de su muerte, escena que el cronista-soldado aprovecha para subrayar la injusticia de lo hecho y el desacuerdo con el capitán, como veremos enseguida.

¹⁴³ Explica Jimena Rodríguez que "en el siglo XVI, el único recorrido terrestre conocido y explorado hacia el sureste seguía la costa del Pacífico o Mar del Sur (Oaxaca, Tehuantepec, Guatemala). Éste era preferible a la ruta que de la costa del Golfo de México atraviesa el istmo de Tehuantepec porque la zona era de muy difícil acceso, debido a la cantidad de ríos, esteros y terrenos pantanosos. Esta es la causa por la cual la expedición de Cristóbal de Olid es marítima, de Veracruz a Puerto Carenas (hoy Habana) y de allí a las Hibueras (hoy Honduras). Francisco de las Casas, que viaja para ajusticiar a Olid, también llega por mar a las Hibueras. De igual manera, cuando Cortés emprende su regreso a la ciudad de México lo hace por mar –ciertamente la ruta más rápida–, pero envía al resto de la gente que lo acompañaba por el camino seguro del Mar del Sur" (2008: 233):

que no fueron más de los de mi casa y algunos deudos y amigos míos, y con ellos Goncalo de Salazar y Peralmíndez Chirino, fator y veedor de Vuestra Majestad, y llevé ansimismo conmigo todas las personas principales de los naturales de la tierra" (Cortés, *Quinta carta*, 1993: 527).

En esta instancia, la contención descriptiva característica de la prosa del capitán se debe también a la peculiaridad de su *locus de enunciación*: cuando escribe la *Quinta carta* ya ha regresado de las Hibueras; conoce los resultados desastrosos de una expedición por todos resistida, en la que insistió, porfiado, y donde perdió hombres, caballos, bienes, buena parte de su propia fortuna en la rencorosa búsqueda de un muerto.¹⁴⁴ Debe enfrentar, además, los desmanes ocurridos en México durante su ausencia, y se encuentra ya ante los comienzos del juicio de residencia. Por eso, enmarca la partida en una detallada explicación del orden en que dejó la ciudad, refiriendo tanto las autoridades nombradas como las ordenanzas para la buena administración. A partir de aquí, la trama del viaje intenta acomodarse a una organización topográfica y cronológica: sigue, siempre que es posible, un itinerario marcado en jornadas y poblaciones. No obstante, muy pronto esto se vuelve demasiado confuso; el narrador atiende entonces a ciertos acontecimientos asombrosos o pavorosos, así como a elementos singulares del terreno: la naturaleza americana, en su desmesura de montes y selva, le permitirá reconstruir el espacio a partir del asombro y volver a ejercer, aunque sólo sea por un momento, esa mirada de profunda curiosidad convertida en servicio al rey, para *saber el secreto de aquellas tierras*.

Frente a esta descripción mesurada de la *Quinta carta*, tanto la historia gomariana como la bernaldiana apuntan que los preparativos para el viaje fueron majestuosos, incluso desproporcionados, propios de un rey que se desplaza por Europa antes que de las peculiaridades de la geografía americana. Se despliega así, en una enumeración que acentúa la hipérbole que definía ya desde el comienzo la expedición, el lujo de la desmesurada comitiva de hasta tres mil indios, además de oficiales, tenientes, frailes; muchos "principales" indígenas, entre ellos Cuauhtémoc—; camareros, cirujanos, pajes, mozos de espuelas, cazadores de halcones, "grandes vajillas de oro y plata" y hasta una "gran manada de puercos, que venía comiendo por

¹⁴⁴ De hecho, así lo plantea abiertamente en la *Quinta carta*: "Y concebido en mi pecho el fruto que de mi ida se seguiría, pospuestos todos trabajos, peligros y costas que se me ofrecieron y representaron y los mas que se me podían ofrecer, me determiné de seguir aquel camino como antes que saliese de la ciudad lo tenía determinado" (Cortés, 1993: 531).

el camino" (Díaz del Castillo, 2005: CLXXIV-634), protagonistas de no pocas rencillas y resquemores cuando el hambre comienza su asedio, "pues a la necesidad de hambre no ay ley" (Díaz del Castillo, 2005: CLXXV-642).

En una trama articulada a partir de las pautas del relato historiográfico letrado, que no se guía tanto por el itinerario del viaje como por la focalización diferencial de personajes importantes, disputas e intrigas, López de Gómara describe la partida en dos capítulos diferentes. En el CLXXII, "De cómo salió Cortés de México contra Cristóbal de Olid", brinda el marco general que articula las referencias temporales y espaciales; las ordenanzas y los preparativos para dejar encaminada la ciudad, en claro vínculo intertextual con las cartas cortesianas. Agrega asimismo los datos fundamentales acerca de los principales que acompañan al capitán: la organización de la comitiva, entre la previsión, la sospecha y la astucia: "Acordó llevar con él todos los señores y principales de México y Culúa *que podían alterar la tierra y causar algún bullicio en su ausencia*, y entre ellos fueron el rey Cuahutimoc, Couanacochoin, señor que fue de Tezcuco; Tetepanque Zatl, señor de Tlacopan; Oquici, señor de Azcapuzalco; Xihuacoa, Tlcatlec, Mexicalcinco, *hombres muy poderosos para cualquier revolución estando presentes*" (1998: 237). La extensa enumeración se explica en la diégesis porque justifica la decisión del capitán, y se articula, capítulos más adelante, con la muerte de Cuauhtémoc. Esta primera descripción se entrelaza con la narración de los desmanes de Estrada y Albornoz (cap. CLXXIII "De cómo se alzaron contra Cortés en México sus tenientes"), en una trama que focaliza las intrigas de poder, colocando en un segundo momento la expedición efectiva. La comitiva, con todo su despliegue, se retrata en CLXXV: "De la gente que Cortés llevó a las Higueras", donde, luego de asegurarse *lengua* (el capitán nunca pierde de vista el componente diplomático de su expedición de conquista), Cortés hace *alarde* y cuenta "ciento cincuenta caballos, y otros tantos españoles a pie *muy en orden de guerra*, para servicio de los cuales iban tres mil indios y mujeres" y "una piara de puercos", "cuatro piezas de artillería", "tres carabelas" para llevar todos los bastimentos "costa a costa hasta el río de Tabasco, y él tomó el camino por tierra, con pensamiento de no desviarse mucho de la mar" (1998: 242).

En la *Historia verdadera*, la partida –entendida como acto inaugural asumido por todo viajero y también como inicio de la escritura– condensa las características del relato posterior, contrarias a la norma letrada respecto de la escritura de la historia –

brevedad, concisión, síntesis—. Aquí, el orden del discurso remeda cierto desorden de la remembranza antes que la lógica sintagmática a la que la escritura somete al recuerdo. De este modo, si bien la enumeración es estrategia habitual en las descripciones, con usos diferenciados de acuerdo a la intencionalidad del enunciador —representación de la mirada de quien mide, inventaría y evalúa futuras posesiones, y también construcción de una imagen de experticia—,¹⁴⁵ en los relatos del viaje a las Hibueras funciona, en primer lugar, señalando la posición de Cortés en la Nueva España, esa autoridad que debe ser exhibida también mediante el fasto y la desmesura, algo propio de todo gran gobernante. En esta crónica, la *partida* resulta ser panorama ajustado de cierto estado de situación posterior a la toma de México-Tenochtitlan y, en su antitética colocación, patético reverso del fracaso posterior. Además, la estructura de la trama (que en este punto sigue la historia gomariana) pone en evidencia la distancia entre el deseo y lo real, engaño de los sentidos que vicia este emprendimiento desde sus inicios y que es uno de los motivos del fracaso. En efecto, ya en el capítulo CLXXIII de la *Historia verdadera* (que abre esta narración), el narrador retoma a quien será uno de los ejes de la expedición, Cristóbal de Olid, explicando su traición —también para justificar las acciones posteriores de Cortés—.¹⁴⁶ El narrador-viajero opera entonces como el historiador, reestructurando el orden de la historia al adelantar la muerte de Olid a manos de los amigos de Cortés, dato que los expedicionarios sólo conocieron un año y medio después de iniciado el trayecto. Si en este punto sigue la trama gomariana, dicho manejo de la materia narrada también

¹⁴⁵ Este tipo de usos de la descripción y la enumeración son expuestos por John Tallmadge en "Voyaging and the Literary Imagination" (1979).

¹⁴⁶ En este capítulo se detalla que las poblaciones por las que luego pasaría Cortés son prósperas y se anticipa el desastre de Hibueras, entrelazado con la gran molestia de Cortés ante la rebelión de Olid, posible base de su apresurada partida posterior: "Luego [Cristóbal de Olid] se fue desde el Triunfo de la Cruz, tierra adentro, a un buen pueblo que en aquel tiempo estaba muy poblado, y avía otros muchos pueblos en aquella comarca; el qual pueblo se dize Naco, que ahora está destruido él y todos los demás. E esto digo porque yo lo vi e me hallé en ello, y en San Gil de la Buena Vista y en el río Pechín y en el río Bahama, y lo e andado en el tiempo que fui con Cortés, según más largamente diré cuando venga su tiempo y lugar" (2005: CLXXIII-629). Pareciera, entonces, que Cortés no puede olvidar la afrenta que la rebelión de Olid implica, mucho más cuando ya ha debido declararla ante el rey. Para peor Olid, instalado en Naco, "desde allí embiaba a hacer entradas a otras partes" (2005: CLXXIII-629), es decir, realizaba todos los gestos de quien se propone conquistar y poseer. Cuenta Bernal Díaz: "Como Cortés supo que Cristóbal de Olid se había alzado con la armada a favor de Velásquez, gobernador de Cuba, estaba muy pensativo; y como era animoso y no se dejaba burlar en tales casos, y como ya había hecho relación de ella a Su Majestad, como dicho tengo, en la carta que le escribió..." (2005: CLXXIII-629).

agudiza la tragedia de lo que se referirá en los capítulos inmediatamente posteriores, donde se detallan los padecimientos de un grupo que había partido en busca de un fantasma... En este sentido, Cristóbal de Olid es sombra, móvil y motor del viaje, tanto más potente cuanto más inasible y escurridizo. Símbolo del arrojo que hizo posible la conquista de México, pero también de las intrigas y luchas de poder que asfixian al derrotero cortesiano, Olid representa el peligro y el pretexto, y su rebelión incita en Cortés el ansia de venganza, más aún cuando su rebelión amenaza su poder. En la *Historia verdadera*, esta imagen espectral nubla la vista del capitán, impidiéndole ver la peligrosidad de lo que deja atrás, en la ciudad de México, y que será otro de los motivos de su desgracia una vez retornado de las Hibueras.

Por último, Alva Ixtlilxóchitl, acorde con el tono de todo el *Compendio histórico*, organiza otra salida: coloca en primer plano al capitán Ixtlilxóchitl, haciendo alarde de su ejército de veinte mil hombres y seleccionando a quiénes lo acompañarán, en movimiento análogo al de Cortés pasando revista a su comitiva. En este sentido, la expedición a las Hibueras le permite profundizar la construcción de la simetría entre ambos capitanes, enalteciendo en especial al primero. En estas primeras escenas, las referencias a Cuauhtémoc se inscriben también en la anticipación y funcionan subrayando el lamento y la crítica, iluminando desde otro ángulo las consecuencias de las rencillas y deslealtades entre los españoles: "Demás de que todos [los naturales] estaban muy tristes y quejosos, en ver que sus reyes y señores les llevaba Cortés a tan lejas tierras y casi presos, imaginando ellos que los llevaba para *matar a traición*, como les sucedió sobre esto" (Alva Ixtlilxóchitl, 1997: I-495). En la historia texcocana, las Hibueras serán, ante todo, el espacio del lamento y la queja, la ruptura de la pretendida alianza entre españoles e indígenas aliados: territorio del desencanto.

Ya fuera de la ciudad de México, la comitiva continúa avanzando y armándose, en una suerte de despedida dilatada que lleva a Cortés por caminos y ciudades conocidas, donde es agasajado y provisto de apoyos y bastimentos: "Pues el gran recibimiento que le hicimos con arcos triunfales y con ciertas emboscadas de cristianos e moros, y otros grandes regocijos e invenciones de juegos, y aposentamos lo mejor que pudimos, así Cortés como a todos los que traía en compañía" (Díaz del Castillo, 2005: CLXXIV-636). Allí se suma el soldado Bernal a la expedición, no sin demostrar, a posteriori, hartazgo, con un tono de reproche que no hace sino

incrementarse a lo largo de todo el relato.¹⁴⁷ Recién a partir de esta villa de Coatzacoalcos comenzarán a internarse por derroteros desconocidos o apenas vislumbrados, oscuros, fantasmáticos en un punto, guiados por la información de los mercaderes o *pochtecas* y por las *pinturas* de los indígenas de la zona. Antes de la travesía efectiva, el derrotero hacia las Hibueras es una representación en un lienzo autóctono, que todas las crónicas consignan con distinto grado de detalle: "...y me hicieron una figura en un paño de toda ella por la cual me pareció que yo podía andar mucha parte della, en especial hasta allí donde me señalaban que estaban los españoles" (Cortés, *Quinta carta*, 1993: 530); "En este pueblo de Iztapa se informó Cortés de los caciques y mercaderes de los naturales del mismo pueblo el camino que avíamos de llevar; y aun les mostró un paño d'enequen que traía de Guacaqualco donde benian señalados todos los pueblos del camino por donde abíamos de ir hasta Güeyacala. [...] Y allí dixeron que todo lo más de nuestro camino avía muchos ríos y esteros, y para llegar a otro pueblo que se dize Tamaztepeque avía otros tres ríos y un gran estero, y avíamos d'estar en el camino tres jornadas" (Díaz del Castillo, 2005: CLXXV-640).¹⁴⁸

Los *mapas* y *pinturas* correspondían a los trayectos realizados por los mercaderes o *pochtecas* en la zona; presentaban importante grado de detalle e

¹⁴⁷ "Y luego mandó [Cortés] que todos los vecinos de Guacaqualco fuésemos con él, que no quedaron sino los dolientes. Ya e dicho otras vezes qu' estava poblada aquella villa de los conquistadores más antiguos de México, y todos los más hijodalgo que se abían hallado en las conquistas pasadas de México; y en el tiempo que abíamos de reposar de los grandes trabajos, y y procurar de aver algunos bienes y grangerías, nos manda ir jornada de más de quinientas leguas. Y todas las más tierras por donde ibamos, de guerra, y dexamos perder quanto teníamos, y estuvimos en el viaje más de dos años e tres meses" (Díaz del Castillo, 2005: CLXXV-637).

¹⁴⁸ En verdad, el término *mappa*, que comienza a utilizarse de manera extendida en el siglo XVI, remite específicamente al mundo occidental y suele estar asociado con las técnicas de la cartografía renacentista, con un tipo específico de organización cognitiva del espacio (latitudes, longitudes, perspectiva geométrica) y con la figura de quien lo produce, el cosmógrafo, fuertemente vinculado con lo administrativo institucional (Padrón, 2002). No obstante, a los efectos de analizar estas referencias a representaciones autóctonas del espacio en los relatos del viaje a las Hibueras, retomo la definición de "mapa" propuesta por Brian Harley, que entiendo es útil para pensar el cruce entre estas representaciones: "Los mapas son representaciones gráficas que facilitan la percepción espacial de elementos, conceptos, condiciones, procesos o eventos" (citado en Padrón, 2002: 44). Utilizo esta noción de "mapa" y me sirvo también de las apreciaciones de Walter D. Mignolo, quien sugiere hablar en forma general de *representaciones del territorio* ("territorial representations": 1997-219).

indicaban las principales poblaciones casi hasta el límite con Nicaragua.¹⁴⁹ De una manera indirecta, ambos cronistas-viajeros dan cuenta del funcionamiento de estos *paños*, que deben ser *leídos* a partir de los saberes de las poblaciones autóctonas acerca del terreno, los ríos y esteros, y las jornadas de viaje, vitales para el aprovisionamiento de toda expedición. No obstante, en estas primeras descripciones del capitán y el soldado funciona la referencia general y el tranquilizador similar, modo de aprehender y asimilar las representaciones autóctonas que les traerá no pocos problemas, ya que serán leídas, en la *Historia verdadera*, como inflexión del engaño. Una vez más, es la crónica texcocana la que brinda una noción más ajustada del tipo de lectura necesaria para dar cuenta de este mapa, al tiempo que lo utiliza para organizar una escena donde los "reyes" texcocano y mexica aún presentan cierto grado de ascendencia sobre las poblaciones locales, estableciendo un espacio de mediación entre éstas y Cortés, también en función de saberes compartidos respecto de esta *lectura* de las representaciones territoriales:

"Los señores de Tabasco y Xicalanco, oyendo lo que los reyes [Ixtlilxóchitl y Cuauhtémoc] les enviaban a mandar, *luego mandaron pintar todo el camino y lugares por donde habían de ir*, y acabada la pintura *se la enviaron con hasta diez caballeros muy prácticos para que dieran razón del dibujo y pintura*, los cuales llegados a dar su embajada por parte de sus señores, mostraron el dibujo y se les envió mandar que hiciesen donde estaba pintado, todo el camino que hay desde Xicalanco hasta Nacoynito y aun hasta Nicaragua. Visto esto por Ixtlilxóchitl y los demás señores se lo mostraron a Cortés, el cual se holgó mucho y se los agradeció a los de Tabasco y Xicalanco" (Alva Ixtlilxóchitl, *Compendio histórico*, 1997: I-497).

La perspectiva del *Compendio* es posible en virtud de un *locus de enunciación* que recupera la tradición indígena y sus modos de representación, e inscribe una operación crucial: el mapa no llega solo, sino que es enviado *con hasta diez caballeros muy prácticos para que dieran razón del dibujo y pintura*. Las representaciones territoriales autóctonas eran complejas: inscribían datos topográficos y glifos poblacionales; muchas veces también incluían referencias temporales e históricas, e

¹⁴⁹ Amplía y detalla la *Historia de la conquista de México*: "Luego aquellos señores [...] después de haber muy bien entendido el intento de Cortés, le dieron un dibujo de algodón tejido, en que pintaron todo el camino que hay desde Xicalanco hasta Naco y Nito, donde estaban los españoles, y aun hasta Nicaragua, que es a la mar del Sur, y hasta donde residía Pedrarias, gobernador de Tierra Firme; cosa bien de mirar, porque tenía todos los ríos y sierras que se pasan y todos los grandes lugares y las ventas a do hacen jornadas cuando van a las ferias" (1988: CLXXV: 242).

incluso hacían alusión a una concepción espacial que entrecruzaba lo terrenal y lo divino, el tiempo histórico y el tiempo mítico, en complejo cruce absolutamente opaco para estos fastidiados expedicionarios.¹⁵⁰ Por eso, debían ser leídas y representadas oralmente por especialistas: su sentido se configuraba en esa interpretación, que incluía además referencias inscriptas en la memoria de la comunidad, lectura de los distintos planos, colores y ubicaciones de los personajes; características específicas y glifos de cada población. Si el cronista texcocano, en el entramado de historias y memorias que constituye su *Compendio*, es capaz de dar cuenta de estos modos de la representación y la producción de sentido, así como de ciertos funcionamientos sociales específicos, las crónicas de los narradores-viajeros (conquistadores y exploradores), a pesar de su apelación a la experiencia, inscriben el objeto pero son incapaces de plasmarlo en su funcionamiento, poniendo en escena una lectura errónea por parte del conquistador que, no obstante, es leída como engaño en la crónica del soldado:

"Y con maíz tostado y otras legumbres hizimos mochila para los tres días creyendo que era como lo dezían. Y por echarnos de sus casas dixeron que no avía más jornadas pero avía siete jornadas, y hallamos los ríos sin puentes ni canoas, y ovimos de hazer un puente de muy gordos maderos por donde pasaran los cavallos, y todos nuestros soldados y capitanes fuimos en cortar la madera y acarrearla; y los mexicanos ayudaban lo que podían. Y estuvimos en hazella tres días, que no teníamos qué comer sino yerbas y unas raíces de unas que llaman en esta tierra quequexque, montesinas, con las quales abrasaron las lenguas y bocas" (Díaz del Castillo, 2005: CLXXV-640).

En verdad, es probable que los expedicionarios no hayan sido capaces de interrogar con propiedad el mapa, decodificándolo de acuerdo con perspectivas y modos de medición propios, inadecuados para la representación del espacio selvático

¹⁵⁰ Si bien la mayor parte de los mapas prehispánicos se ha perdido –sólo se conservan cinco, de tradición mixteca, en distintas bibliotecas de Europa–, sí existen numerosas pinturas y mapas *mestizos*, a partir de los cuales se han reconstruido las características de las representaciones territoriales autóctonas prehispánicas. Explica Miguel León Portilla que "se trata de mapas-paisaje desprovistos de escala en los que, con dibujos convencionales, aparecen los principales accidentes geográficos de una determinada región: montañas, barrancas, ríos, cuevas, litorales, así como animales, plantas, seres humanos, poblaciones y caminos. Casi siempre se expresan con glifos toponímicos los correspondientes nombres de pueblos, ciudades y aun de algunos accidentes geográficos. [Estos códices incluyen] escenas geográficas", un amplio registro de unidades geográficas con sus correspondientes glifos e incluso la representación pormenorizada de cierta "geografía sagrada [...] ámbito donde actúan hombres y mujeres y viven también animales y plantas, pero en la que la presencia de los dioses también se deja sentir" (2005: 190). León Portilla también refiere la existencia de ciertos *mapas cósmicos*, a los que asocia con los libros beatos medievales.

de las Hibueras. Además, como señala Ángel Delgado Gómez (1993), parecen haber pasado por alto que las jornadas realizadas por los *pochtecas* eran fluviales, en canoas, mientras que ellos se movían por tierra, en un derrotero mucho más lento y azaroso dado el inhóspito y cerrado terreno. Este desajuste se traslada también a los instrumentos: Cortés reseña que lleva una aguja de marear para orientarse, pero ésta resulta finalmente inútil en el derrotero selvático, y deben moverse siguiendo cambiantes y dudosos rastros: "...me fue forzado partirme por la necesidad que allí teníamos y seguir por su rastro sin otra guía, que era asaz notorio camino seguir el rastro que llevaban por las ciénagas" (*Quinta carta*, 1993: 543).

Recapitulando: estas referencias a las pinturas y lienzos de las poblaciones locales exhiben el desajuste en la forma de aprehender el espacio entre la mirada del viajero y la autóctona e inauguran un derrotero marcado por el engaño o la sospecha sobre las poblaciones indígenas; el hambre y la fatiga; la constante lucha contra los elementos –en especial, el elemento acuoso–, representada aquí en la construcción de numerosos puentes, muy mentados en todas las crónicas. En un sentido literal y metafórico, los relatos de los cronistas-viajeros delinean una travesía circular (de regreso al punto de partida, México, pero también de derroteros circulares en la lógica extraña y oscura de la selva), y laberíntica, en la espesura fluvial, escandida por la vegetación y las ciénagas, que avanzan sobre los cuerpos de los expedicionarios apropiándose los, abrasándolos, ahogándolos, derrotándolos... Invirtiendo, en abrumadora paradoja, el signo de la conquista.

VII.5 La travesía

"Podrá ser que a muchos no aplacerá la lectura de este viaje de Cortés, porque no tiene novedades que deleiten, sino trabajos que espanten."
FRANCISCO LÓPEZ DE GÓMARA

En todas nuestras crónicas, el relato del viaje a las Hibueras escenifica la confrontación entre el espacio abstracto, las cartografías occidentales, los modos autóctonos de la representación del espacio y la experiencia de la geografía americana narrada, en los textos de los protagonistas, como sobrecogedor desorden. Aquí, no obstante, se percibe una importante diferencia entre la tradición del relato histórico y el relato de viaje, cifrado en la experiencia. En efecto, en la *Quinta carta* y la *Historia verdadera*, la trama de la travesía está signada por el desorden y la confusión,

donde todo es reiterativo e impreciso, como si el narrador volviera a perderse en los vericuetos del relato sintagmático de la misma manera en que se perdió el expedicionario durante el viaje. En cambio, los relatos letrados de López de Gómara y Alva Ixtlilxóchitl apuestan al orden y a una ajustada estructuración de la trama (más en el caso del primero, en verdad). Estas historias domestican la naturaleza discursivamente; le imponen la lógica sintagmática y consecutiva del relato letrado; utilizan todas las inflexiones de la elipsis, la síntesis, la metonimia, así como el énfasis en la nominación de poblaciones y personajes para construir una estampa de los *trabajos que espantan*, sin detener por ello la escritura de la historia.

En cualquier caso, nuestras crónicas construyen el espacio de las Hibueras como un personaje más, de características humanas: crueldad, inmisericordia, resistencia, capacidad para sorprender, constante metamorfosis. A lo largo de toda la expedición se establece una guerra abierta entre el hombre y el medio, de la cual sólo unos pocos afortunados (y esforzados) saldrán con vida. Acorde con este poderoso antagonista, la *Quinta carta* nos ofrece un retrato distinto del capitán: desmedido, confuso, iracundo o entristecido, es decir, una imagen que exhibe en sí el impacto de la frustración y del fracaso, aunque nunca los declare como tales. Si es cierto que Cortés es "infatigable como siempre, organiza misiones de exploración y de reconocimiento, averigua derroteros y se afana en la búsqueda de agua y víveres" (Pastor, 2008: 223), su *Quinta carta* se configura a través de una retórica que podríamos llamar del sufrimiento y el desengaño, donde el propio cuerpo escandido, doliente es la medida del enemigo con que deben enfrentarse día a día: la naturaleza centroamericana. En términos de la autorepresentación de Cortés personaje, es posible hablar de un capitán debilitado ya desde los primeros párrafos de la carta, en los que insiste sobre sus padecimientos y heridas –su brazo enfermo, por ejemplo–. Pero el desplazamiento no es sólo respecto de un cuerpo ahora omnipresente, marcado por el mismo espacio que se proponía conquistar: también se insinúa en la insistencia y reiteración de ciertos gestos en los cuales el capitán solía ser diestro durante la expedición a Tenochtitlan y cuya eficacia va disminuyendo progresivamente. La *Quinta carta* retrata entonces un capitán que escribe numerosas cartas, que no obtienen respuesta o no llegan a destino: su voz escrita se pierde en la espesura de la selva, buscando un muerto, o expediciones de avanzada que también perecen en el camino, o principales indígenas que se esconden o se hacen negar,

temerosos de las crueldades españolas –en especial, luego de la ejecución de Cuauhtémoc. Aún capitán y gobernador, Cortés ordena, organiza y provee, sólo para asistir más tarde al absoluto desconocimiento de su autoridad y a la traición lisa y llana. Esta fragilidad o, mejor aún, esta posición desfavorable, se traslada al locus de enunciación y al vínculo con el Rey. La epístola desarrolla así una enfática hipérbole de la *captatio benevolencia* y la insistencia en los apelativos más variados: Vuestra Celsitud, Vuestra Majestad, Vuestra Excelencia, en una reiteración que connota el llamado de atención a un destinatario cada vez más reacio o lejano. A esto se suma una acusada reflexión metatextual donde el tópico de lo inefable y lo inenarrable parece por un momento detener el relato o poner en duda abierta las posibilidades representacionales de la palabra escrita:

"Son cosas que es bien que Vuestra Celsitud las sepa a lo menos por no perder yo el estilo que tengo, que es no dejar cosa que a Vuestra Majestad no manifieste, *las relataré en suma lo mejor que yo pudiere, porque decirlas como pasaron, ni yo las sabría sinificar ni por lo que yo dijese allá se podrían comprender. Pero diré las cosas más notables y más principales* que en el dicho camino me acaecieron, *aunque hartas quedarán por acesorias*, que cada una dellas podría dar materia de larga escritura" (Cortés, *Quinta carta*, 1993: 526).

La afirmación excede los tópicos: ya no es sólo una cuestión de retórica, sino una vivencia del referente, la naturaleza americana, presentada como intransferible, estructurando dos espacios contrapuestos: el *aquí* de América y el *allá* de Europa. *Significar* y *comprender*, las dos operaciones cognitivas fundamentales para dar cuenta de la experiencia son aludidas aquí como imposibilidad; el símil que permitía describir lo nuevo, incluso lo asombroso, es ahora herramienta empequeñecida ante una vivencia que se insinúa como inasible para el relato. Este tipo de afirmaciones delinea la imagen de un capitán *herido*, con *fisuras*: desplazamiento que se profundizará a medida que el relato avance.

También en la *Historia verdadera* la entereza de Cortés se desdibuja a medida que la expedición transcurre. Si en las primeras jornadas el capitán aún es autoridad incontrastable ("ya estábamos todos apercebidos con nuestras armas y cavallos, porque no le osávamos decir que no", Díaz del Castillo, 2005: CLXXV-638), aparecen luego elementos negativos (muy atemperados durante la primera parte de esta relación): dudas, padecimientos físicos y enfermedades que lo llevan casi a la muerte; un ánimo melancólico y taciturno; cierta inquietud acentuada por la sensación de estar

moviéndose siempre hacia ninguna parte, o hacia un lugar donde la desgracia no tiene límite. Claro que un verdadero "soldado español" no se rendiría sin pelear y, ante la violencia de los elementos y el desaliento de Cortés, la imagen de Bernal se enaltece hasta convertirse en guía y salvador de los escasos supervivientes.¹⁵¹ Es él, junto con otros *valientes* –así los llama– como Gonzalo de Sandoval, quien consigue comida para todos en varias oportunidades, e incluso aquél con quien el capitán debe negociar para obtener alimentos: "Dexemos de hablar en esta hambre; y diré cómo la misma noche que acabaron de hazer la puente llegué yo con mis tres compañeros e con ciento y treinta cargas de maíz y ochenta gallinas, y miel y frisoles y sal y huevos y otras frutas; y como llegué de noche ya qu'escurecía, estaban todos los más soldados aguardando el bastimento, porque ya sabían que yo avía ido a traerlo" (2005: CLXXVI-645). Allí se refieren también los juicios de los soldados, quienes espetaban al mayordomo y al despensero de Cortés, cuando éstos reclaman por los víveres del capitán, "Buenos puercos avéis comido vos y Cortés" (2005: CLXXVI-645), en una escena que da cuenta de la pérdida de autoridad de Cortés e incluso de su desborde (los soldados se abalanzan sobre los bastimentos y nada queda para el extremeño, quien "supo cómo se lo avían tomado y que no le dexaron cosa ninguna, renegava de la paciencia, y pateava"; Díaz del Castillo, 2005: CLXXVI-645).

En un tono articulado en la retórica del patetismo, las Hibueras se configuran como el espacio del hambre y el desorden; las tropas vuelven a lo básico para la supervivencia, no escuchan razones, desobedecen y desesperan. Se conforma así el espacio de la desarticulación del orden militar y social; las jerarquías se subvierten; las amenazas de amotinamiento acechan a Cortés; todo se transforma e invierte: "Y andaba desto tanto murmullo entre la gente que casi ya me lo osaban decir a mí, y como los viese tan desmayados –y en la verdad tenían razón, por ser la obra que emprendíamos de tal calidad– porque ya no comíamos sino raíces de hierbas, y viese esta murmuración que entre los españoles andaba, mandéles que ellos no entendiesen en la puente, que yo la haría con los indios" (Cortés, *Quinta carta*, 1993: 556). El hambre se convierte en tópico y tema que articula esta expedición con otras,

¹⁵¹ De hecho, mucho le debe Bernal Díaz a este viaje: aquí es donde recibe el principal encargo del capitán, quien lo pone a cargo de una expedición de pacificación: "Y luego me mandó a mí que fuese por capitán de treinta españoles con tres mil indios mexicanos a unos pueblos qu'estaban de guerra, que se dezían Cimatan. [...] Y si no quisiesen venir que les diese guerra; y para ello me dio poder y sus instrucciones, las quales tengo oy día firmadas de su nonbre y de su secretario Alonso Valiente" (2005: CLXXV-638).

fracasadas, como la de Cabeza de Vaca.¹⁵² La frecuencia de la aparición del término "hambre" en todas nuestras crónicas, así como de giros que lo denotan ("ni tener bastimento alguno", "sin hallar otra cosa que comer") establecen una letanía de la carencia (el tópico de la carencia, reverso del tópico de la abundancia que caracterizó las primeras imágenes del centro de México) y transforman el carácter del viaje, que muta al desencanto: de la conquista y exploración a la supervivencia. En este marco, será la crónica texcocana la que alumbra sucesivas y distintivas capas del *hambre*, experiencia que le permite al narrador enaltecer las figuras autóctonas y rebajar a los españoles, al tiempo que prepara un retrato armonioso y esforzado de Cuauhtémoc y otros principales, que alcanzará su clímax en la ejecución del primero:

"...en donde padecieron los naturales grandísima miseria y hambre, y aun sus reyes y señores, que si no eran yerbas y frutillas silvestres, no comían otra cosa. Esto era tan malo de hallar que apenas les cabía bocado. A los señores por grandísimo regalo les daban sus vasallos ciertos granos de maíz que quitaban a los caballos de los españoles, que eran tales que estimaban más a las bestias que no a los reyes y grandes señores" (Alva Ixtlilxóchitl, *Compendio histórico*, 1997: 1-499).

En la misma línea, este versátil espacio cuenta además con la ventaja de su extensión y capacidad de mutación: de la selva se pasa al pantano, a la sabana, a los esteros o al mar. Cuando los hombres comienzan a conocer el terreno y descubrir sus debilidades, la naturaleza cambia y los enfrenta a nuevos retos: "en cierta manera, los múltiples espacios de las Hibueras forman uno solo cerrado [...] donde todo se ha invertido" (Christen Florencia, 2004: 22). La naturaleza obliga al despojamiento – cuando no arranca directamente los múltiples bienes inútiles que portan; entre ellos, la vajilla de oro y plata– y empuja hacia lo primigenio, representado, en el límite, por la antropofagia por parte de los indígenas mexicanos: "Acaesció estando allí [en Iztapan] que un mexicano se comió una pierna de otro indio de aquel pueblo, que fue muerto a cuchilladas" (Gómara, 1988: CLXXV-243). En *Tristes trópicos* (1955), Claude Lévi-Strauss diferencia la antropofagia ritual de aquella impulsada por el hambre: esta diferencia no se les escapa a los expedicionarios, si bien Cortés no duda en castigarlos por semejante *pecado*. El capitán también utiliza el escarmiento como

¹⁵² David Lagmanovich lee los *Naufrajos* de Alvar Nuñez en este sentido, relacionándolos con la picaresca: "A lo largo del relato, el vocabulario del hambre y de la comida inadecuada es un motivo permanente, que de alguna manera anticipa –curiosamente– la explotación del tema en la novela picaresca" (1993 41).

táctica para acercarse a uno de los principales de las poblaciones ribereñas, de quien espera obtener información y bastimentos: vuelve a relucir, por unos momentos, la astucia cortesiana.¹⁵³ "Y después que obo acabado el sermón, mandó Cortés por justicia quemar un indio mexicano por la muerte de los indios q' comieron, puesto que supo que todos eran *culpantes* en ello, porque pareciese qu' hacía justicia y qu'él no sabía de otros culpantes sino el que quemó" (2005: CLXXVII-647). A diferencia de las descripciones en Tenochtitlan, aquí el relato no toma un tinte de temor ante la atrocidad, sino que consigna un hecho, repudiable pero, hasta cierto punto, comprensible debido al hambre. Cortés sabe que debe mantener cierto orden y marcar un límite que no debe ser traspasado; por eso, el castigo sostiene el precario *statu-quo* y la organización jerárquica de la expedición. En la *Historia verdadera*, conciente del impacto que la sanción produce en los "culpantes", Hernán Cortés utiliza su autoridad y finge no saber, en una nueva demostración de destreza comunicativa, conocimiento de la conducta humana e importancia de su rol, tal como no deja de apreciarlo el narrador.

En este marco, el viaje a las Hibueras se va configurando como un desplazamiento sin caminos ni recorridos previamente trazados, virgen del orden exploratorio occidental, donde la naturaleza se resiste a la lógica extraña de los españoles y esconde o confunde sus señales. Así se perfila, no sin dificultades, un movimiento en el que el territorio presenta engañosos índices, que insinúan la presencia de su objeto pero, al final, muestran su ausencia: no hay tal camino; se han desplazado en círculos; detrás de la selva sólo hay más selva o sabana o mar – siempre, muerte–. Abatido, Cortés, ese gran lector de signos, está atento a los indicios, pero los rastros son confusos o extraños; los expedicionarios que parten no regresan; la comitiva camina en círculos; la selva presenta una oscuridad tal que no les deja ver las estrellas, con las que podrían guiarse:

¹⁵³ "Y ofrecióse que un español halló que un indio de los que yo de Temixtitán llevaba conmigo estaba comiendo un pedazo de carne de un indio que mataron en aquel pueblo cuando entraron en él y vínomelo a decir. Y en presencia de aquel señor le hice quemar, dándole a entender a dicho señor la cabsa de aquella justicia, que era porque había muerto aquel indio y comido dél, lo qual era defendido por Vuestra Majestad y por mí en su real nombre les había seido requerido y mandado que no lo hiciesen; y que así por le haber muerto y comido dél le mandaba quemar, porque yo no quería que matasen a nadie, antes iba por mandado de Vuestra Majestad a amparallos y defendellos, así sus personas como sus haciendas, y hacerles saber cómo habian de tener y adorar un solo Dios, que está en los cielos" (Cortés, *Quinta carta*, 1993: 545).

"Tanta era la espesura y alteza de los árboles que aunque subían en algunos no podían descubrir ni un tiro de piedra. [...] Y como vi el desatino que tenían, hice volver la gente atrás a una cienaguilla. [...] Y allí estuvimos aquella noche con harto trabajo de hambre, y poníanosla mayor la poca esperanza que teníamos de hallar poblado, tanto que la gente estaba fuera de toda esperanza, más muertos que vivos" (Cortés, *Quinta carta*, 1993: 550).

Toda la comitiva se transforma: son ahora personajes espectrales (*más muertos que vivos*), que no ven, que han perdido la esperanza de salvación, que deben volver hacia atrás y detenerse, *desatinados*, aguardando un milagro. En este contexto, el personaje de Cortés se ve modificado; es menos hábil, menos astuto, desesperado y desesperanzado; la naturaleza se le presenta opaca y resistente, *crystal azogado* imposible de doblegar o conquistar. No obstante, la transformación debe ser matizada; Cortés nunca pierde del todo su estatura, al menos, no en la *Quinta carta*. Se trata de un desplazamiento en la imagen del capitán, no de una mutación profunda: mucha de la porfía que lo ha llevado hasta allí y de su capacidad para ver más allá aún incluso en las peores circunstancias consigue salvarlos cuando todo parece perdido. Si en principio también él se encuentra desatinado, y los hace regresar, luego de esa aciaga noche se recupera, hace sacar una aguja de marear y organiza una avanzada que finalmente encuentra un pueblo desolado y quemado, menos las casas de sus ídolos, donde hallan alimentos para ellos y para sus caballos, e incluso sosiego para la vista, "en la ribera del río, *que era muy hermosa*. Y con este refrigerio se olvidó algo del trabajo pasado" (Cortés, *Quinta carta*, 1993: 551).

Los cambios no se inscriben sólo en los cuerpos y ánimos de los expedicionarios; el viaje también es un derrotero que transforma el terreno, escandido de cadáveres de indios y españoles que mueren en ríos, cenagales, pantanos, consumidos por la sed, la fatiga y las enfermedades. Con insistencia, los expedicionarios van dejando sus marcas en los árboles, donde escriben "Por aquí pasó Cortés en tal tiempo [para que] si viniesen otras personas en nuestra busca, supiesen cómo íbamos adelante"; Díaz del Castillo, 2005: CLXXV-641, en un gesto de cultura inscripto –tatuado– en la naturaleza, en la misma vegetación selvática que oculta el sol. Más aún, este relato presenta con peculiar énfasis un protagonista central de la conquista, el cuerpo, y exhibe otras inflexiones de esa *retórica del cuerpo* ya desplegada para narrar las batallas. Maltratado, dolido, cansado, enfermo, comido, quemado: cuerpo-cadáver y cuerpo-deshecho. Significa además la dimensión más humana y brutal del desplazamiento: a pie, donde "el cuerpo padece y mensura el

camino. [...] La naturaleza, entonces, dista de ser dominada, se está, como por un momento, fuera de la cultura" (Monteleone, 1998: 243). Porque se depende por completo del propio cuerpo –y, muchas veces, se está sujeto o atrapado en él– sólo es opción viable la resistencia y el movimiento permanente. Esta necesidad configura un viaje tensionado entre la orden de avanzar siempre, tal como insta el capitán, y el impulso del retorno. No obstante, a medida que se internan en el territorio, no hay – literalmente– vuelta atrás: la selva se cierra tras ellos como pesada pared verde detrás de la cual acecha la muerte.

Así, en virtud de la adversidad y desesperación, todo cambia de signo: el cuerpo propio y el ajeno; lo aceptable y lo repudiable; las jerarquías y autoridades. No es de extrañar entonces que también sufran un crucial cambio de sentido esos otros protagonistas fundamentales de la conquista: los caballos. Objeto de curiosidad y temor en Veracruz y Tlaxcala; fundamentales en la guerra y en los desplazamientos en el centro de México; imprescindibles incluso en la toma de Tenochtitlan, a medida que iban segando sus canales, en las Hibueras se transforman en torpes animales, sepultados "hasta las orejas" en las ciénagas. Más que contribuir al desplazamiento, son preocupación y estorbo en un espacio cerrado, de tupida vegetación, oscuro y pantanoso. Si las ciénagas preocupan a Cortés es, sobre todo, por los caballos que se ahogan en ellas; cuando pasan a la sierra, el cronista-soldado relata que transitan por piedras "que cortaban como navajas [...] e hicieron tanto daño aquellas piedras a los cavallos, y como llovía resvalaban y caían y cortábanse piernas y brazos, y mientras más abaxo íbamos, peores pedernales avia. [...] Allí se nos quedaron ocho caballos muertos" (Díaz del Castillo, 2005: CLXXVIII-654). En contadas ocasiones el capitán los utiliza para sorprender o atemorizar a los naturales; no obstante, éstos ya se encuentran temerosos de los extranjeros, por eso abandonan sus poblados, los destruyen o queman, internándose en el monte: "La causa de que estos lugares estaban despoblados es, según las historias, que corrió la fama por toda la tierra de la cruel muerte que Cortés dio a los reyes y señores" (Alva Ixtlilxóchitl, *Compendio histórico*, 1997: I-506). El temor da lugar a la destrucción y a la desolación (pueblos-fantasma), quitándole al capitán la posibilidad de dialogar y negociar con el *otrá*, su principal arma, la diplomacia, más preciosa aún puesto que transitan por territorios en los cuales Malinche vivió como esclava y cuya lengua conocía a la perfección.¹⁵⁴

¹⁵⁴ Tomo estos datos acerca de Malinche de Martínez (1991) y Miralles (2004b).

La transformación de los caballos implica un desplazamiento y una regresión: de lo prosaico nuevamente a la divinidad y la leyenda. En la zona del Petén, en tierras del *cacique* maya Canec, uno de los caballos se lastima una pata y Cortés debe dejarlo al cuidado de este principal: "en este pueblo quedó un caballo que se hincó un palo por el pie y no pudo andar. Prometiome el señor de lo curar. No sé lo que hará" (Cortés, *Quinta carta*, 1993: 576). No obstante las curaciones, el caballo muere; Cánec, temeroso de que el capitán regrese, manda a fabricar una estatua de madera y barro con su figura. Cuenta Ángel Delgado Gómez que "esta fue colocada en un lugar prominente de la pirámide mayor, y acabó siendo adorada entre las deidades de Tayasal. Allí la encontraron años después los franciscanos Juan de Orbita y Bartolomé de Fuensalida cuando llegaron en su misión evangelizadora. Escandalizado por tamaño caso de idolatría, fray Juan la hizo añicos con una piedra" (1993: 576). El animal se convierte en deidad y de allí en leyenda: la historia del *caballo morcillo* atraviesa la literatura latinoamericana y es retomada incluso por Alfonso Reyes en su ensayo *Hablemos de caballos* (Martínez, 1991: 438). Si en la batalla de Cintla caballo y jinete configuran una especie de unidad monstruosa, entre lo divino y lo terrenal, que les asegura la victoria, en las Hibueras el caballo se desembaraza de su jinete y se convierte en deidad, contracara de la concepción de los *teules* o dioses con que los españoles eran percibidos –según Bernal Díaz– en las primeras instancias de la conquista.

Si en las Hibueras todo se desplaza y se transforma, una de las mutaciones principales la sufre el agua (ese elemento en constante movimiento); fundamental recurso de supervivencia; componente crucial que definía la ciudad de Tenochtitlan y la guerra, y que, como vimos en el capítulo pasado, debió ser eliminado para asegurar la derrota. Si en la ciudad el agua era ordenada en canales y lagos, significada asimismo con una valencia sagrada que articulaba movimiento y ciclo vital, en las Hibueras se transforma en el signo de la desmesura: caudalosa e indómita, se interpone, infatigable, ante el avance terrestre de los extranjeros. Aquí, como en la expedición a Tenochtitlan, el capitán insiste en la tierra: un derrotero terrestre, una expedición a pie, aunque se trate de trayecto más difícil y extenso. Los naturales, en cambio, todo el tiempo señalan el agua: sus mapas marcan jornadas fluviales; los *pochtecas* se mueven en canoas; el tiempo y el espacio se miden sobre la base del

elemento acuoso.¹⁵⁵ En las Hibueras, el agua siempre es enemiga de los extranjeros, por exceso o por falta: los expedicionarios sufren lluvias ingentes y prolongadas; sin embargo, durante extensos tramos no encuentran agua potable para saciar la abrasadora sed; en otros, se presentan ríos de ferocidad y extensión nunca vistos: los españoles *desmayan* ante la necesidad de cruzarlos. En otra de sus valencias, el agua *contamina* la tierra y produce el cieno ("tierra corrompida con la humedad y el tiempo", *Aut*, 1729: 346), donde se hunden caballos y hombres; cruzarlos exige *harto trabajo* y enorme riesgo: "Dimos luego en una gran ciénaga, que turó bien tres tiros de ballesta, la cosa más espantosa que jamás las gentes vieron, donde todos los caballos desensillados se sumían hasta las orejas sin parecerse otra cosa, y en forcejear a salir sumiáanse más, de manera que allí perdimos del todo la esperanza de poder escapar caballos ninguno" (Cortés, *Quinta carta*, 1993: 557).

En este *laberinto fluvial*, el territorio es transformado por los supervivientes gracias a un "prodigio de ingeniería humana" que también sirve como medida del tiempo: los puentes. Parte central del relato del desplazamiento, éstos presentan la concepción occidental aplicada al espacio americano y un saber que se adapta para domesticar lo salvaje, en su desmesura. También serán símbolo de esfuerzo y valor, y perdurarán por años, conocidos como "los puentes de Cortés", metonimia que oculta el colectivo que los hizo posibles: "Cortés hizo una puente de trecientos pasos, en que entraron muchas vigas de treinta y de cuarenta pies, y pasó una gran ciénaga" (Gómara, 1988: CLXXV-243); "Bolbamos a Cortés que comenzó de caminar y en dos días llegó al río, que ya otra vez e dicho, y luego puso diligencia en hazer una puente; y fue con tanto trabajo y con maderos gruesos y grandes que después de hecha se admiraron los indios de Alcalá del aver de tal manera puestos los maderos, y estuvo en hazella cuatro días" (Díaz del Castillo, 2005: CLXXVI-644). Asimismo, son metáfora perfecta del relato que los convoca: organización y aprehensión de un espacio *otro* en el que se dejan marcas perdurables; nominación y posesión; mediación entre dos extremos sólo distinguibles por la contingencia del conocimiento o el desconocimiento

¹⁵⁵ Cánec, uno de los principales mayas, come con Cortés y le da información acerca de los españoles que envió en una expedición de avanzada, "y me dijo que él me daría guía para que me llevasen adonde estaban, pero que me hacía saber que el camino era muy áspero, de sierras muy altas y de muchas peñas, que si de había de ir por la mar, que no me fuera tan trabajoso. Yo le dije que ya él vía que para tanta gente como yo conmigo traía y el fardaje y caballos que no bastaran navíos, y que me era forzado ir por tierra" (Cortés, *Quinta carta*, 1993: 575/6).

y bajo los cuales anida el peligro. El puente y el agua –turbia, oscura, cenagosa, amenazante, violenta– es el par que describe buena parte de la travesía, en una tensión que no parece tener fin para los agotados constructores. Si “no hay viaje sin relato” (Monteleone, 1998: 11), la escritura intenta funcionar aquí también como elemento de orden para el desorden del extravío, y mide en jornadas, puentes, indios, poblaciones, la magnitud –soterrada– de la tragedia.

En cambio, en la crónica texcocana, las escenas de construcción de los puentes funcionan representando aquello que las crónicas de tradición occidental obturan o rebajan: el extraordinario esfuerzo de los naturales, las enormes privaciones que soportan con estoicismo, su honor y valentía ya que “jamás se quejaron ni mostraron flaqueza” (Alva Ixtlilxóchitl, *Compendio histórico*, 1997: I–500). Así, se retrata a los principales mexicas y texcocanos de acuerdo a los parámetros del discurso caballeresco (Adorno, 1998), para que funcionen también como imagen especular e invertida de la crueldad y avaricia de los españoles. “Sería necesario escribir un libro entero para escribir y hacer relación de los trabajos que padecieron Ixtlilxúchitl, Quauhtémoc, Cohuanacochtzin y los demás señores y sus vasallos en sólo el tiempo que se ocuparon en hacer este puente sin las demás referidas atrás, y en lo que se sigue, y en esto se puede conocer ser mentira lo que les levantaron a Quauhtémoc y los demás señores” (Alva Ixtlilxóchitl, *Compendio histórico*, 1997: I–500). En esta crónica, los puentes son metáfora del esfuerzo y la lealtad de los indígenas, contracara de la injusticia con que Cortés ejecutará luego a Cuauhtémoc, evento que ingresa de inmediato en la trama del *Compendio*.

Por otra parte, si lo dicho y lo elidido definen la naturaleza de todo texto y, con más énfasis, el natural proceso de selección y ordenamiento que el relato de un viaje pasado impone, detectar estos silencios aquí permite develar los trabajos de la memoria y ciertas intencionalidades así inscriptas. En efecto, frente al relato de las numerosas vicisitudes y las triunfantes llegadas de Bernal Díaz, el lector no deja de preguntarse, por ejemplo, hacia dónde se dirige el soldado en busca de comida, ya que el texto sólo narra los momentos de espera, desaliento y desesperación... Hay allí una curiosa elisión que esconde ciertos saberes y tácticas que engrandecerían aún más la imagen del soldado. No puede leerse aquí una imposible modestia por parte del narrador protagonista sino, más bien, cierta consciente elección en términos de relevancia y configuración identitaria. Para decirlo con claridad: si la identidad se

define de modo relacional, esta selección textual muestra que la imagen del narrador protagonista se define por diferencia en el ámbito de sus congéneres y compañeros, y en función de un antagonista claro: Cortés. Si bien Bernal Díaz nunca se atreve a tanto como a equipararse al capitán –su admiración y su experiencia de soldado no lo admitirían–, en el viaje a las Hibueras es donde estas figuras más se acercan y se enfrentan, en la medida en que la imagen del soldado crece y la del capitán decrece, atribulado por los padecimientos y las pésimas noticias provenientes de México.¹⁵⁶

Los textos escenifican entonces una tensión entre el *aquí* de la expedición y el *allá* de México que limita la narración, complicada por la imposibilidad sintagmática de aludir a cuestiones que ocurren en forma paralela. Por eso, la estructura de la *Historia verdadera*, siguiendo aquí la trama de la historia gomariana, intercala capítulos con noticias de la ciudad o de otras expediciones, que tienen un enorme impacto en Cortés y sus hombres y que influyen en el derrotero. Asimismo, acentúan la imagen de un capitán siempre incómodo, a caballo entre dos tiempos, dos espacios, y múltiples conspiraciones y problemas, donde la duda y la vacilación serán sorprendente característica. En su reverso, el temor de un capitán desconocido, algo extraviado, lo llevará –en la trama de la *Historia verdadera*– a decidir una ejecución por todos lamentada: el fin del gran tlahtoani mexicana.

VII.5.2. La muerte de Cuauhtémoc: el espacio de la disputa

De prisa, en un día,
pasó la flor de la guerra.
Tu palabra, Cuauhtémoc,
tu flor, nariguera, insignia de oro,
resplandecen con luz de amaneceres.
CANTARES MEXICANOS

En todas nuestras crónicas, un evento fundamental detiene el relato del viaje iterativo e hiperbólico: el *ajusticiamiento* de Cuauhtémoc y de otros principales que lo acompañan (Tlacatlec y Tetepanquezatl, según refiere Gómara; aunque otros dicen que fueron dos). Esta decisión, a todas luces desproporcionada y errada según refiere

¹⁵⁶ En el capítulo CLXXXV, Bernal Díaz cuenta: "Y de que Cortés la hubo leído [la carta del licenciado Zuazo con noticias sobre la situación en la ciudad de México] tomó tanta tristeza que luego se metió en su aposento y comenzó a sollozar, y no salió de donde estaba hasta otro día por la mañana, que era sábado, y mandó que se dijese misas de Nuestra Señora muy de mañana" (2005: 640).

incluso el cronista soriano, funciona en estos textos –menos en la *Quinta carta*, claro– como acontecimiento fundamental de la crítica al capitán y de la disputa acerca de su ejercicio del poder; también como evento clave para dar cuenta de una creciente debilidad y pérdida de autoridad, rebajando su figura y enalteciendo una vez más –al menos en la *Historia verdadera*– las de sus soldados y capitanes.

En su dimensión histórica, el suceso tiene lugar en la provincia de Acalan. Las crónicas de tradición occidental son *curiosamente* imprecisas: Cortés no refiere fecha ni lugar; tampoco Bernal Díaz especifica la locación exacta. López de Gómara señala de manera más general fecha aproximada y provincia, pero es Alva Ixtlilxóchitl quien, siguiendo sus fuentes "los naturales, y las pinturas, cantos e historias de esta tierra", utiliza la cronología occidental y refiere que ocurrió el "martes de carnestolendas", es decir, el 28 de febrero, en Tuxkha–Teotílac (dato que también refrenda el manuscrito chontal).¹⁵⁷ Tampoco existe coincidencia acerca de cuántos fueron los ejecutados, más allá de Cuauhtémoc y Tetelepanquétzal, ni del método (ahorcamiento, garrote, descuartizamiento), ni de los motivos específicos por los cuales Cortés decidió la ejecución: complot, falsas acusaciones, temor del capitán. Es evidente que se trata de un hecho controversial, que despertó agudas críticas y gran temor entre los naturales. En nuestro corpus, Cortés brinda la narración más despojada, justificando sus decisiones; Gómara sigue la versión cortesiana pero, en tono distinto al de buena parte de su *Historia*, no esconde la enfática desaprobación; Bernal Díaz, además de criticar al capitán, aprovecha la escena para profundizar la distancia entre éste –temeroso, perdido, cruel incluso– y una piadosa figuración de sí mismo. Por último, Alva Ixtlilxóchitl provee la crónica más desemejante y enfática contra Cortés y los españoles en general, introduciendo una escena de diálogo entre los principales indígenas en la cual el subtexto autóctono opera con toda su potencia. Por partes, entonces.

El capitán organiza un relato que remeda el caso de Cholula, donde la sospecha de un complot y la delación por parte de uno de los naturales dan lugar a la matanza. Aquí, se trata de Messicalcingo, "ciudadano honrado de esta cibdad de Tenuxtítan [que] vino a mí una noche muy secretamente y me trujo cierta figura en un papel de lo desta tierra" (*Quinta carta*, 1993: 565). La escena se inaugura a partir de

¹⁵⁷ Tomo estas informaciones contrastivas del exhaustivo trabajo de Jorge Gurria Lacroix, quien reúne todas las fuentes conocidas (occidentales e indígenas) que refieren este hecho en *Historiografía de la muerte de Cuauhtémoc* (1976).

un diálogo secreto entre este hombre principal (eso significa en la época "ciudadano honrado") y Cortés, quien ahora aparece dominando tanto la lengua como la representación pictográfica de este Messicalcingo (luego llamado Cristóbal, es decir, bautizado, según explica el capitán), nuevamente *salvado* por la lealtad de ciertos naturales contra las malas artes de otros "bulliciosos", como califica a Cuauhtémoc. Se descubre así una conspiración entre los señores principales de Tenochtitlan, Texcoco, Tacuba y Tlatelolco (quienes viajan en la expedición como prisioneros) para acabar con todos los españoles –así los de Cortés como los de Olid, indica esta carta– "y así serían señores como antes lo eran" (*Quinta carta*, 1993: 563). Cortés no duda en calificar la noticia de alta "traición contra mí y contra los españoles" (*Quinta carta*, 1993: 563) y manda prender a los principales, a quienes hace confesar sus planes.

En tanto, la *Historia de la conquista de México* sigue esta versión, pero la trama del capítulo (titulado "La muerte de Cuauhtémoc") se organiza en una vacilación que va de la abierta traición de los principales a la crítica de la decisión cortesiana, distanciando la voz del narrador de la del capitán por medio del modalizador "según Cortés" para identificar con claridad al responsable de los dichos. La codificación del relato histórico permite poner en escena un acontecimiento específico, pero también emitir un juicio de valor al respecto, en la medida en que toda historia también presenta una valencia crítica y moralizante. El historiador abre el capítulo afirmando "Cuauhtimoc, afligido de tener guarda, y como tenía *aliento de rey*, y veía a los españoles alejados de socorro, flacos del camino, metidos en tierra que no sabían, pensó matarlos por vengarse, especial a Cortés, y volverse a México apellidando libertad, y alzarse por rey, como solía ser" (1988: CLXXIX-248), pero la conspiración era "tan cierta, según Cortés, que no podían negarlo. [...] Tras esta confesión les hizo proceso y dentro de breve tiempo se ahorcaron por justicia Cuahutimoc, Tlacatlec y Tetepanquetzal". No obstante, Cortés "debiera guardarlo vivo como oro en paño, que era el triunfo y gloria de sus victorias" (1988: CLXXIX-249). Incluso en su retórica letrada, siempre contenida y elegante en sus elipsis, el evento se muestra, al menos, desde una perspectiva ambivalente, tanto en la descripción de este gran señor, con *aliento de rey*, y en la admonición acerca del accionar del capitán, como en la afirmación de la traición y la venganza. En la descripción de Cuauhtémoc que se ofrece de inmediato (el elogioso retrato de un *rey*, aún cuando infiel), la ejecución aparece asociada, por contigüidad, a la codicia española, y a la violenta tortura; ambas,

a la *infamia* del capitán y el enaltecimiento del valor de su oponente, el *tlahtoani* mexicana:

"Fue Cuahutimoc *valiente hombre*, según de la historia se colige, y en todas sus adversidades *tuvo ánimo y corazón real*, tanto al principio de la guerra para la paz, cuanto en la perseverancia del cerco, y ansí cuando le prendieron, como cuando le ahorcaron, y como cuando, porque dijese del tesoro de Moteczuma le dieron tormento, el cual fue untándole muchas veces los pies con aceite y poniéndoselos luego al fuego; pero *más infamia sacaron que no oro*" (1988: CLXXIX-249).

Sin embargo, el capítulo comparte con la versión cortesiana la referencia a todos los pasos "legales" que definieron el proceso: luego del testimonio de Mexicatzin, se interrogó a los acusados; se obtuvieron confesiones que fueron confrontaron entre sí; a partir de allí y de la delación se decidió la sentencia. Dichas alusiones pormenorizadas aseguran la legalidad del accionar del capitán, aún cuando no lo justifiquen por completo. Esta línea, aunque con una perspectiva mucho más crítica, es seguida por la *Historia verdadera*, que afirma: "Digamos cómo Guatemuz, gran cacique de México, y otros principales mexicanos que iban con nosotros, *avían puesto en pláticas o lo ordenavan* de nos matar a todos y bolverse a México, y que llegados a su cibdad, juntar sus grandes poderes y dar guerra a los que en México quedavan en México e tornarse a levantar" (2005: CLXXVII-648). La traición se afirma, aunque también se atempera –no queda claro si eran amargas quejas, expresiones de deseo o planes efectivos–; la delación aparece en el centro del relato, "Y quien lo descubrió a Cortés fue dos grandes caciques mejicanos que se dezían Tapia y Juan Velázquez. Este Juan Velázquez fue capitán general del Guatemuz quando nos dieron guerra en México" (2005: CLXXVII-648), estableciendo un retrato de la lealtad y la traición entre los principales indígenas. Además, al tiempo que da cuenta de cierta comprensión de la organización político-guerrera mexicana (de su descripción de Velázquez se entiende que se trataba del *cihualcóatl* de Cuauhtémoc), exhibe también luchas de poder entre estos "caciques", crueles maneras de la traición que le aseguraban al delator, debido a su "lealtad" al capitán, ciertas posiciones (subalternas) de preeminencia entre los naturales, una vez eliminados los señores principales... En cualquier caso, la *Historia verdadera* pone en escena un Cuauhtémoc que niega su participación en la supuesta conspiración, pero que aún así es apresado

y ejecutado, "y fue esta muerte que les dieron muy injustamente dada e pareció mal a [todos] los que [veníamos] en aquella [jornada]" (2005: CLXXVII-649).¹⁵⁸

Por último, las tres crónicas insisten en ciertas positivas consecuencias de esta decisión cortesiana, asociando en un punto este hecho a la matanza de Cholula ya mencionada: a la crueldad o la impiedad sigue el temor de los naturales, pero también el abandono de las idolatrías y la aceptación de la *palabra divina*. "Aoxpálon quedó espantado de aquel castigo de tan grandísimo rey; y de temor, o por lo que Cortés le había dicho acerca de los muchos dioses, quemó infinitos ídolos en presencia de los españoles, prometiéndoles de no honrar más las estatuas de allí adelante, y de ser su amigo y vasallo de su rey" (Gómara, 1988: CLXXIX-249). Estamos nuevamente ante las justas causas de la guerra: la idolatría, la traición, el ataque o la amenaza de los naturales. En este marco, el escarmiento, el castigo ejemplar es presentado por Cortés como un mal menor –atendiendo a sus consecuencias– y aceptado de ese modo (aunque no justificado) en las crónicas del historiador y del cronista-soldado.

La distancia fundamental con estas versiones es presentada en el *Compendio histórico del Reino de Texcoco*, incluso desde el punto de vista de la organización de la trama. Ya desde el comienzo, esta relación muestra ciertos desplazamientos en los retratos de los principales: un Cortés impiadoso y cruel; un capitán Ixtlilxóchitl lamentoso, sufriente por la manera en que son tratados los principales mexicas, y en especial su pariente, Cohuanacoch, señor de Texcoco, quien también viaja prisionero. Todo en el relato del viaje a las Hibueras prepara el acontecimiento central, la muerte de Cuauhtémoc, anticipado por numerosas recriminaciones previas, desplegado ampliamente, retomado a posteriori para polemizar con las versiones de los cronistas españoles y de otras crónicas indígenas. Así, en el *Compendio*, la expedición a las Hibueras es, sobre todo, el viaje hacia la infamia y la ignominia, el espacio de ruptura definitiva de la alianza entre españoles y aliados indígenas; también la zona de reconocimiento de la subalternidad y la pérdida por parte del capitán texcocano. En este relato de la muerte de Cuauhtémoc, la traición no tiene cabida; sí la delación y la

¹⁵⁸ Por otra parte, en una zona de la crónica donde la primera persona del soldado protagonista toma cada vez mayor envergadura, la muerte de Cuauhtémoc sirve para marcar sus enormes distancias respecto de los juicios del capitán, así como cierto trato preferencial, y de primera mano, con los principales indígenas: "E verdaderamente yo tuve gran lástima del Guatemuz y de su primo por avelles conocido tan grandes señores, y aun ellos me hazian horra en el camino en cosas que se me ofrecian, en especial en darme algunos indios para traer yerva para mi cavallo" (2005: CLXXVII-649).

crítica a este Mexicalcínco, un "indio que le traía [a Cortés] siempre los mensajes de todo lo que se hacía y decía en el ejército, que nunca faltan revoltosos en el mundo, y malas lenguas que cortan más que agudas navajas" (1997: I-502). Pero la delación también es puesta en duda, e instigada por Cortés, quien manipula a su informante "murieron estos señores sin culpa; mas a la verdad *finjiendo Cortés todas estas cosas* por quitarse de embarazo y que no quedase señor natural en la tierra" (1997: I-503). La escena que da lugar a la artimaña del capitán remeda, en pavorosa simetría, el supuesto malentendido y la injusticia y crueldad de la matanza del Templo Mayor, aquella vez, a cargo de Pedro de Alvarado: en esta crónica, la crueldad parece ser una característica de los españoles en general antes que atributo específico del capitán.

Aquí, todo ocurre durante las fiestas de carnestolendas (carnaval), que coincide con ciertas festividades indígenas, en una muestra de la superposición de celebraciones que define las hábiles tácticas de acomodamiento y pervivencia de las culturas autóctonas: "Demás que ellos solían hacer ciertas fiestas por este tiempo, según su antigua costumbre, hicieron grandes alegrías este día y la noche [...] y así estaban todos contentos, y los reyes estaban en buena conversación burlándose los unos a los otros" (1997: I-501). Esta bucólica escena inaugura un diálogo –opaco para el capitán, puesto que se producía en lengua náhuatl– que el cronista afirma tomar "de las pinturas, cantos e historias de estas tierras" (1997: I-505). En esta extensa escena, el subtexto indígena se entrecruza con la retórica occidental; cada uno de los principales *habla* (en discurso directo), anhelando un poderío perdido; la crítica amarga y el lamento, que se vuelven sobre el propio pasado y sobre el presente como un castigo y un presagio: "nuestra soberbia y discordia nos entregaron a manos de estos extranjeros para padecer los largos y ásperos caminos, las hambres, fríos y otras mil calamidades que padecemos, desposeídos de nuestros reinos y señoríos, y olvidados de nuestra regalada patria como si fuera nuestra enemiga" (1997: I-501). El *nosotros* y el *ellos* se definen aquí con trazo firme; los *extranjeros* son el *otro* que usurpa y convierte a lo propio en enemigo.

No obstante, este lamento se entrecruza con el imaginario cristiano, que nunca es puesto en duda y que transforma incluso la naturaleza de las metáforas –recurso clave en el funcionamiento del nahuatl–. Las "antiguas costumbres" se asocian entonces a los "falsos dioses" y a una nueva cosmovisión, que organiza la idolatría pasada en términos de "horribles tinieblas" y "abismos del infierno" (1997: I-501).

También aquí, la focalización con que se construye esta escena resulta ambivalente, puesto que este repudio se entrelaza no tanto con las figuras de los españoles como con el pasado texcocano y sus reyes, en esa *tradición inventada* que el *Compendio histórico* insiste en configurar: "¡Oh sapientísimos reyes Nezahualcóyotl y Nezahualpilli, cómo fuera para vosotros este tiempo dichoso tan alabado y ensalzado pues tanto lo deseasteis ver y nos contradijisteis nuestros errores" (1997: I-502). El tiempo de la *palabra divina*, de la *religión verdadera* se hallaba prefigurado en el pasado autóctono; si los principales indígenas resisten humillaciones y padecimientos es en virtud de esa cosmovisión cristiana que, como no podía ser de otro modo, nunca es denostada. Por eso, la ejecución de los *reyes* remeda también la crueldad e injusticia de todo martirologio, refrendada además en la imagen de estos principales como inocentes víctimas que caminan, uno a uno, al patíbulo:

"El día siguiente, que fue el martes de carnestolendas, tres horas antes del día fue llamando los reyes y señores por su orden *sin que uno supiese del otro ni nadie*, porque no se alborotasen y corriese riesgo Cortés y los suyos; los fue ahorcando de uno en uno, primero, al rey Quauhtémoc, y luego a Tetlapanquezatzin y a los demás" (1997: I-503).

La oscuridad de la noche, el sigilo, el engaño subrayan la infamia del acontecimiento; la escena condensa el apetito destructivo del capitán y sus españoles, y funciona en la trama como hito articulador de toda la historia autóctona posterior a la derrota, de la cual el cronista se reconoce heredero. La trama vuelve entonces hacia el presente; el tono reprobatorio reviste los reclamos, entre la nostalgia, el lamento, la queja, el enfrentamiento con otras comunidades: el complejo *entrelugar* del aliado indígena:

"Y Cortés los mató sin culpa, sólo porque la tierra quedase sin señores naturales [...] él siempre procuró de matar a los señores y *aun a sus nietos*, y obscurecer sus hechos y darse a sí solo la gloria; porque si se mira bien, si él sólo y sus compañeros sujetaran toda la tierra, fuera imposible, y cuando eso fuera, no merecían tanta honra; cuanto más él tuvo muchos más amigos que enemigos, y aun no se pueden decir enemigos a los que tienen este nombre, porque los mismos españoles les dieron ocasión, y aun no tan solamente obscurecen el ayuda que tuvieron de los de Tezcucó, Tlaxcala, y otras partes, sino que apocan tanto a los vencidos, que es vergüenza y fuera de toda verdad y razón" (*Compendio histórico*, 1997: I-505).

Pero las consecuencias fatales no afectan sólo a los principales indígenas: la *Historia verdadera* nos ofrece la lastimosa escena de un capitán profundamente *desatinado*, perdido y a tientas luego de la ejecución:

"También quiero dezir que como Cortés andava mal dispuesto y aun muy pensativo e descontento del trabajoso camino que llevávamos, e como abía mandado a ahorcar a Guatemuz e a su primo, señor de Tacuba, y e avía cada día hambre, y que adolescian muchos españoles, y morían muchos mexicanos, pareció ser que de noche no reposava de pensar en ello y salíase de la cama donde dormía a pasear en una sala donde avía ídolos, que hera aposento principal de aquel poblezuelo, adonde tenían otros ídolos, y descuidóse y cayó más de dos estados abajo y se descalabró en la cabeza, y calló, que no dixo cosa mala ni buena sobre ello, salvo curarse la descalabradura; y todo lo pasava y sufría" (2005: CLXXVII-650).

La transformación (la decadencia) de Cortés es aquí total. En escena fantasmática, espectral, un capitán insomne por la culpa o el desasosiego es incapaz de dormir; en la oscuridad, rodeado de los *ídolos* que lo cercan o acechan, Cortés pierde pie, se descalabra, pierde su centro (¿venganza de los dioses mexicas?), se descuida –él, que solía estar siempre *muy apercebido*–, y cae. La caída, en un sentido bíblico también, alumbrando la culpa y el pecado de este personaje, desconocido capitán que, otrora locuaz y valiente, ahora sólo atina a callar y padecer. No sólo eso: también es significativo que Cortés se *descalabre la cabeza*: caracterizado siempre por su inteligencia, racionalidad, previsión, capacidad de observación, el viaje a las Hibueras lo ha sometido a la oscuridad, el agotamiento, la frustración, la herida y la ruptura, alumbrando en él profundos cambios. El capitán no ve, camina trastabillando –o en círculos, como tantas veces recorrieron la selva–, carece de iniciativa o toma reprobables decisiones. En la trama de la *Historia verdadera*, la caída significa la culpa y es alegoría de la caída de la imagen del capitán ante sus soldados. A partir de aquí, se decide el retorno: finalmente las Hibueras se abandonan y todos los ojos vuelven a posarse en la ciudad abandonada dos años atrás, una reconstruida –pero aún deseada y rememorada– México-Tenochtitlan.

VII.6 Finales: el encuentro y el retorno

"Ellos, los hombres que mueren, pueden hacer e imaginar para sí mismos una significación en estos hechos."

FRANK KERMODE

Al comienzo de este apartado me referí a las Hibueras como expiación y compulsión, connotaciones leídas en la conflictiva figuración de Cortés que todos los relatos proponen. Si, como señala José Luis Martínez, en las cartas al Rey "Hernán Cortés apenas deja traslucir su frustración, su tristeza y sus propios quebrantos", estos son recogidos y minuciosamente anotados por Bernal Díaz del Castillo, "sensible a las cosas humanas" (1997: 272–3). Señalé el ánimo de venganza y la molestia de Cortés frente a la rebelión de Olid; quisiera aquí referirme a la hipótesis de Inga Clendinnen respecto de los verdaderos móviles cortesianos. Tomando la *Historia verdadera* y las *Cartas de Relación*, la historiadora analiza la reacción de los tlaxcaltecas contra los mexicas y adelanta la hipótesis de los cambios que esta enconada defensa mexica de la ciudad pudo haber producido en la mentalidad cortesiana, así como también en sus motivos posteriores para abandonar la Nueva España y dirigirse hacia el fracaso de las Hibueras:

"Cortés fue modificado por su experiencia en México y ese cambio tuvo que ver con el obstinado y, a ojos de los españoles, profundamente irracional rechazo o incapacidad de los mexicas para rendirse. [...] Creo que su perspectiva se vio modificada debido a la experiencia del sitio. Allí, vio la 'crueldad feroz y antinatural' [de los tlaxcaltecas], una indiferencia contra natura hacia el sufrimiento, hacia la muerte: una radical demostración de 'otredad' y de la imposibilidad cognitiva y práctica de manipularlos. Todorov ha llamado a Cortés un maestro de la comunicación humana. Aquí, el maestro ha encontrado sus límites" (Clendinnen, 1993: 41).

Más allá de cierto carácter hipotético de esta interpretación y de una lectura de escenas que es preciso enmarcar en sus vínculos con el discurso bélico, escatológico y bíblico, interesa retomar esta hipótesis porque permite pensar que el enfrentamiento con los propios límites ante el *otro* lleva a un alejamiento (espacial y temporal) que es también un repliegue hacia ciertas ideas de lealtad, justicia, orden, incluso escala de mando, y la puesta en escena de una ficción de poder que el propio territorio se encarga de despedazar. Si al principio el narrador de la *Historia verdadera* no se cansa de detallar los fastuosos recibimientos en todas las poblaciones ("Pues ya partidos de México de la manera que he dicho, saber yo decir los grandes recibimientos y fiestas

que en todos los pueblos por donde pasaba se le hacían fue cosa maravillosa", tampoco deja de apuntar los consejos brindados por "todos los conquistadores viejos amigos de Cortés qu' quedaban en Méjico", quienes mucho temían que, con su partida, "se alzaré toda Nueva España", e incluso los malos agüeros que parecieran marcar la partida, puestos en boca, claro está, del factor Gonzalo de Salazar, a quien Cortés amonesta cariñosamente: "¡Adelante, mi sobrino! Y no creáis en agüeros, que será lo que Dios quisiere" (todas las citas son del capítulo CLXXIV: 636). Así, desde el comienzo los textos se pueblan de recriminaciones y advertencias, malos agüeros y peores noticias respecto de la situación en México, lo que no consigue detener el obstinado avance del capitán. A posteriori, la memoria rescata y organiza en términos indiciales informaciones fragmentarias que, reunidas de este modo, por acumulación y enumeración, funcionan como enunciados anticipatorios y también como justificado lamento por un fracaso que se revela, en la lógica de la trama, evitable e innecesario.

Es más, esta sumatoria de noticias y consejos contrarios al viaje delinea una imagen de Cortés muy distinta a la que la *Historia verdadera* nos tenía acostumbrados: el capitán está sordo, no escucha, se abstrae en sus pensamientos. La taciturna introspección de Cortés aumenta y se agudiza a medida que los acecha la "mala fortuna" (2005: CLXXIV: 635). Al respecto, interesa seguir la afirmación de John H. Elliott, quien sostiene que, promediando la conquista, llegan a Cortés las ideas erasmistas, a través de los franciscanos, que dejan una consistente impronta en su pensamiento. Es en este marco –y en la utopía de una nueva sociedad cristiana erigida más allá de los males occidentales– donde Cortés encuentra el impulso para retomar sus exploraciones, y así se dirige a las desastrosas tentativas de las Hibueras. Pero esta experiencia también lo modifica, y Elliott lee en la *Quinta Carta* "el tono de un hombre que ha atravesado una profunda prueba espiritual, la cual le ha dejado, a un tiempo, conciente acerca de su escasa valía y del poder infinito de Dios" (1967: 56).¹⁵⁹

El viaje a las Hibueras obligaría entonces a volver a medir las posibilidades de la voluntad frente al territorio y sería, también, una experiencia que reorienta la mirada sobre el *otra*, el *yo* y la propia fe. Quien emprende el regreso es un sujeto "flaco y mal dispuesto y quebrantado de la mar y muy temeroso de ir a la Nueva España, por temor

¹⁵⁹ El texto de referencia general ineludible al respecto, que Elliott también utiliza, es *Erasmus y España* de Marcel Bataillon (1996).

no le prendiesce el factor" (2005: CLXXVII: 650): un capitán desconocido. Este temor de Hernán Cortés, que el narrador de la *Historia verdadera* subraya en varias ocasiones, lo enfrenta finalmente con sus soldados, en un momento en que acciones y señales cambian de sentido. Así, en las instancias finales, cuando ya han emprendido el regreso a México, frente al mandato de poseer y poblar que le llega a Cortés de la mano del "Espíritu Santo",¹⁶⁰ la airada respuesta de los soldados, que sólo quieren regresar "a las tierras de México que ganamos" (2005: CLXXVII: 651). Las jerarquías se subvierten, los ánimos se encienden, y el texto se llena de referencias a las cartas cruzadas entre soldados y capitán, con la mediación –bien intencionada, aunque poco eficaz– de Gonzalo Sandoval, encargado de persuadir a ambos bandos. A medida que el narrador se deja llevar por el reclamo, la queja y hasta la ira respecto de las palabras de Cortés, aumenta el desorden y la digresión en el texto, ya que, además, éste debe dar cuenta de sucesos que ocurren en tres lugares en forma simultánea.

El retorno es, para Cortés, la resistencia al regreso y, para sus soldados, el deseo de volver a la quimérica ciudad de México, donde esperan recuperar haciendas, indios, incluso mujeres e hijos. Ocurre que la ciudad ha dejado de ser el "paraíso perdido" para el capitán, quien parece ser el único que ve con claridad las complicaciones y los peligros que allí los acechan. Aún más allá de las intenciones del narrador de la *Historia verdadera* (que subraya todo el tiempo la aparente sinrazón de Cortés y su temor frente a los enemigos en la urbe), el texto despliega la complejidad del nuevo ordenamiento posconquista, donde los conquistadores viejos tienen cada vez menos espacio. Los soldados, incapaces de percibirlo, proyectan sobre el capitán –no sin razón– el cansancio y el fracaso, pero la solución alternativa, que avizoran como una entrada triunfal a Tenochtitlan, ya es sólo una utopía. En lugar de ello, Cortés envía a un criado suyo, Martín de Dorantes, con cartas "y poderes para Pedro d'Albarado y Francisco de las Casas y Pedro de Alvarado, si obiesen vuelto a México, para que fuesen gobernadores de la Nueva España, hasta que Cortés fuese" (2005: CLXXVIII-687). Para hacerlo, organiza una estratagema que utiliza el disfraz y saca

¹⁶⁰ "Y pareció ser el Espíritu Santo le alumbró de no ir por entonces aquel viaje: sino que conquistase y poblase aquellas tierras. Y luego [envió cartas] rogándonos que no pasásemos más adelante y que conquistásemos y poblásemos la tierra, porque el buen ángel de la guarda se lo a metido y alunbrado en el pensamiento" (2005: CLXXVII: 651).

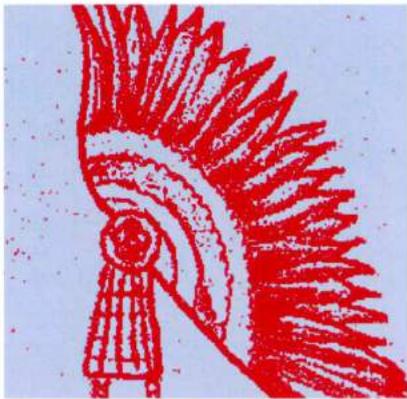
provecho de los cambios que el trayecto a las Hibueras ha producido en los cuerpos de los sufrientes expedicionarios. Cuenta la *Historia verdadera*:

"Luego, se *disfrecó* Martín de Dorantes *porque no le conociesen* y quitó sus vestidos, y tomó otros como de labrador, porque así le fue mandado por [Cortés], y aún llevó [echos] los bestidos desde entonces. *Y con todas sus cartas y poderes bien ampliados y liados en su cuerpo de manera que no hiziesen bulto*, iba a más a andar por su camino a pie, que era suelto peón; y quando llegaba a los pueblos de indios que abía españoles, *metíase entre los indios* por no tener pláticas ni le conociesen, y ya que no podía menos que tratar con españoles, *no le podían conocer, porque ya abía dos años e tres meses que salimos de México y le habían crecido las barbas*" (2005: CLXXXVIII: 688).

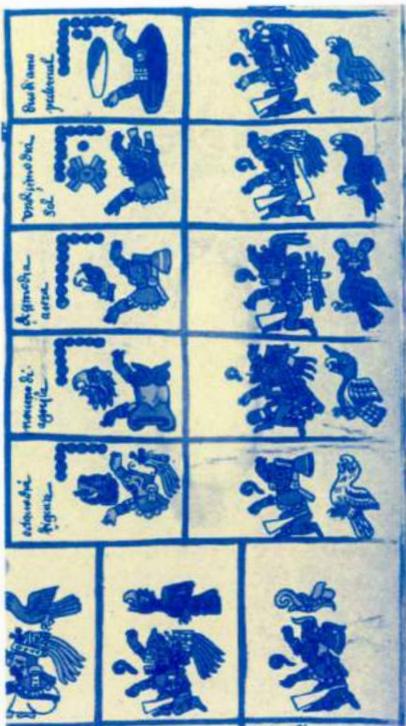
El criado se confunde con el indio; el enemigo es, ahora, el español; las facciones se agudizan cada vez más y las consecuencias de las malas decisiones – abandonar México, ceder el poder a personajes inescrupulosos– precipitan la caída. Lo destacable en esta cita, además, es la puesta en escena de una nueva realidad que se ha vuelto contra los intereses de los conquistadores viejos, pero que el capitán, no recuperado aunque, al menos, "de regreso", sabe leer e intenta manipular, como en los inicios de la conquista. Esta distancia marca también la diferencia entre Cortés y sus soldados, la capacidad de lectura de uno y de otros e, incluso, la facultad de usar *desviadamente* las consecuencias de la expedición –la distancia, puesto que Cortés está en Trujillo; la confusión producida por la defectuosa comunicación; las marcas de estos años de exploración y vagabundeo en el cuerpo de Dorantes– para intentar torcer la situación a su favor.

De este modo, se configura un viaje quimérico (definido por el desajuste: de medios, motivos, preparativos, itinerarios) y un retorno imposible. Las Hibueras determinan también el fin del viaje para los conquistadores-exploradores: a su regreso, Cortés se dedicará a litigar, será sometido a juicio de residencia y cerrará con estos relatos su *Quinta Carta*. Los supervivientes buscarán honores, encomiendas o tan sólo el regreso a los hogares. En este derrotero también se ha deslizado el sujeto, tal como las cartas de Cortés, leídas en sucesión, lo muestran, y como el mismo Bernal Díaz lo afirma. Ocurre que, gestado en las ansias de gloria y venganza, este viaje escenifica un profundo desencuentro: entre Cortés y sus "vengadores"; entre Cortés y sus hombres, y entre los soldados mismos, diferenciados por sus pertenencias territoriales en la patria de origen. De modo más general, también presenta el desencuentro entre el

hombre y su deseo: si al principio se anhela el poder y la gloria, luego sólo se busca agua, comida, o la posibilidad (poco probable) de regresar con vida a todo lo que se ha dejado atrás: encomiendas, casas, familias, tal como no se cansa de señalar Bernal Díaz. En la crónica de Alva Ixtlilxóchitl, se trata del desengaño y el lamento por una alianza que aparece a todas luces perjudicial para las poblaciones autóctonas, en un entramado de memorias atravesado por décadas de poco exitoso reclamo, del cual se hace eco la historia texcocana. En las crónicas de tradición occidental, este viaje actualiza la ambición del retorno a la ciudad (para siempre) perdida, donde todo se desarrollará ahora según una lógica que les es extraña, a la que ni siquiera Cortés – con su proverbial astucia– puede vencer. El desplazamiento y el desajuste adquieren cabal inscripción, una vez más, en la voz del narrador de la *Historia verdadera*: "Y si miramos en ello, en cosa ninguna tuvo ventura después que ganamos la Nueva España, e dizen qu' son maldiciones qu' le echaron" (2005: CVI-282).



Conclusiones



El sonido y el silencio

"Tú, como todos, eres lo que ocultas. Debajo
del palacio tornasolado, flor calcárea del mar
o ciudadela que en vano
tratamos de fingir con nuestro arte,
te escondes indefenso y abandonado.
Artífice o gusano: caracol
para nosotros tus verdugos.
[...]

Cómo tiembles de miedo a la intemperie,
expulsado
de los dominios en que eras rey
y te veneraban las olas.
De nuevo Moctezuma ante Cortés
que llega de otro mundo y viene armado
por los dioses de hierro y fuego.
[...]

Cuando termine su eco
perdurará sólo el mar
que está muriendo desde el principio del tiempo.
Es plenitud su clamoroso silencio."

JOSÉ EMILIO PACHECO
"Caracol"

¿Qué significa narrar la experiencia? ¿Cómo es posible la representación por medio de la palabra escrita? Más perturbador aún: ¿cómo se cuenta el fin? ¿Existe metáfora posible para evocar lo inesperado, lo catastrófico imprevisible? ¿Cómo cambia la forma de simbolización en este cruce, en su entramado? ¿Cómo representar lo ausente por violentado, por borrado o silenciado, por muerto?

Hasta aquí, hemos asediado el sentido en algunos fragmentos de cada crónica, escenas paradigmáticas o periféricas, elegidas, entre tantas otras posibles, para mostrar, a través de la metonimia o de la metáfora, la pregnancia de la *voz de los muertos*, que otorga densidad, profundidad, dimensión histórica a la propia voz. En cada una de nuestras crónicas, la memoria, la subjetividad, la representación de cuerpos y espacios (propios y ajenos) se organizan a partir de la voluntad, el esfuerzo, la búsqueda, el diálogo con el pasado y la experiencia. Nuestros cronistas muestran una voluntad escrituraria y un énfasis en la transmisión de aquello que se sabía perdido –debido al paso del tiempo y a los implacables mecanismos del olvido–, y que nos interpela porque nos presupone en cada huella, en cada *inscripción*. Si toda

lectura crítica es también una relectura del *yo*, el trabajo con estos textos nos ha ido constituyendo como críticos y como lectores, entrelazados con las voces de otros, tan lejanos como próximos, tan distantes y ajenos como cercanos en la voluntad, el deseo, la escritura.

De la mano de la nostálgica evocación de Alfonso Reyes, de su bellamente poética representación del Anáhuac, podemos afirmar que frase a frase, hilo a hilo, lazo a lazo nos hemos ido sumergiendo "en aquel paisaje, no desprovisto de cierta aristocrática esterilidad, por donde los ojos yerran con discernimiento y la mente descifra cada línea y acaricia cada ondulación" (Reyes: 1986). Acariciar con la mirada lo que se arrebatará luego; interrogar, descifrar, *saber el secreto*: todas actitudes de conquista que hemos ido marcando en sus apariciones, donde cada línea pone en escena un proceso de comprensión, de aprendizaje, de inestable comunicación entre mundos y sujetos diversos.

En este marco, la inscripción escrituraria de la corporalidad propia y ajena (ya sea que se trate de una corporalidad monstruosa, desgarrada, mutilada, agobiada, despojada, codiciosa o triunfante), también la corporalidad interpolada, perdida o desgarrada del manuscrito trunco exhiben la elusiva materialidad de la palabra escrita, del *deseo de lo real*, así como la potencia del relato para evocar la vivencia pasada... y la honda hendidura del silencio, de lo incompleto. En esa hendidura es que se constituye el sentido: en el cruce, en el quiebre, en la fisura. No tanto en la afirmación resuelta de lo que cada cronista vio, escuchó o cree, como en la transformación, el hiato, el resquicio por el cual ingresa lo innarrable. Ocurre que estas crónicas –como todo relato- y la lectura crítica propuesta hasta aquí se configuran en el entramado y la tensión entre callar y/o decir, narrar y/o elidir. Este movimiento ambivalente no se resuelve hacia uno u otro polo: antes bien, se mantiene tenso y vital en cada nueva escena. Es este movimiento el que hace posible la escritura y es ésta, en tanto movimiento –el trazo–, la que hace posible el relato.

Recordemos: el movimiento, *ollin*, que vislumbramos en representaciones de enfrentamientos, viajes y ciudades, es el signo vital que reúne las dimensiones de la vida y la muerte en dinámico complemento. En el mundo mesoamericano, el movimiento es viento y es sonido, representado por Ehécatl, una de cuyas manifestaciones es el caracol. En nuestras crónicas, el caracol es el sonido y el silencio: en sus valencias metafóricas nos permite anudar la voz del soldado y la del

poeta contemporáneo; la representación de las batallas (con los *caracoles* y *atanbores* que aterraban a los soldados) y la presencia de esos sonidos *otros* –otras lenguas– que las crónicas mestizas eligen focalizar.

Lo que *se dice* son las voces plurales de los soldados (y la voz única del soldado-personaje) en la crónica bernaldiana; también las versiones autóctonas y particularistas de la historia, complejamente transcriptas a partir de la mediación y la traducción por parte del letrado bilingüe en las crónicas mestizas. Éstas intentan recuperar otros modos de la memoria y su discurso (oral, performativa, kinésica, sensible), obliterada a partir de la experiencia de conquista y en brutal proceso de metamorfosis. Resuenan también otras lenguas, con distinto grado de precisión y despliegue según el oído (y el interés y la atención) de cada cronista. Las imágenes sonoras identifican también cierto tipo de narrador y de sensibilidad: recordemos que, para el soldado-cronista, el mercado de Tlatelolco es, en buena medida, un rumor majestuoso, un *ordenado sonido* que condensa, en aparente oxímoron, lo admirable en lo *otro*, el tópico de lo indecible, también el deseo y la codicia en la mirada propia. Si la *lengua compañera del imperio*, el castellano, constituye la textura específica de estos relatos, las sugerentes modulaciones de la lengua náhuatl, inscriptas en nombres propios, gentilicios, toponímicos, resuenan con otra respiración, imponiendo nuevas prosodias. De este modo, de manera explícita o solapada, ingresan los ecos lejanos de una voz plural y colectiva –el relato autóctono– cuya enunciación se producía en la puesta en movimiento, y que ahora pervive porque ha sido capaz de trasladarse hacia el texto, en un desplazamiento que es inscripción y supervivencia: el *ollin* con que comencé este enunciado. Así, estas crónicas inscriben, no sólo en tema y contenido, en representaciones de personajes y figuras, sino también en la forma (sintagmática, morfológica y fonética) el encuentro y el violento choque, el cruce entre lenguas que significa la imposición, la desigualdad, la transformación.

Esta red de lecturas que fuimos tramando a lo largo de siete capítulos muestra que cada texto y cada locus enunciativo tiene lugar en la polémica y la disputa, por eso estas historias también tienen el ritmo del reclamo, la argumentación y el encono: la prosodia de un combate verbal por el sentido de un pasado, que opera en el presente como intento de restitución y de sutura. Organizar, escena tras escena, la trama de relaciones entre estos textos nos permitió alumbrar también la otra dimensión constitutiva de todo relato: el silencio. En buena medida, esta tesis se escribe a partir

de éste: suponiéndolo, asediándolo, recelándolo. Latentes y quedas –como el sonido del mar en el caracol–, comienzan a vislumbrarse ciertas voces olvidadas y personajes difuminados: la vivencia esforzada y la experiencia sensible del soldado para el discurso letrado; la voz de los *lenguas*, referidos de manera directa sólo en contadas ocasiones y, no obstante, soportes y portadores de sentidos cruciales para aprehender al otro en la conquista; las voces de grandes personajes autóctonos (Cuauhtémoc, Motecuhzoma, Xicoténcatl), transformadas brutalmente en diálogos donde resuena la tradición del relato épico o de la arenga antes que la percepción del *tlahtoani* asombrado o derrotado. También la voz del *macehual*, elidida o innarrable, de acuerdo con las modulaciones de la historia autóctona.

En esta dimensión, las crónicas se conforman en virtud de lo innarrado, lo innarrable y lo desnarrado, donde operan el decoro y las reglas de la historiografía letrada, distintos ideales de escritura y de lengua, polémicas, intereses y reclamos.¹ En estas modulaciones del silencio también se define, de manera diferencial, cada narrador, así como distintos modos de la escritura, la memoria y la subjetividad. El enunciador de las *Cartas de relación* (con sus desplazamientos de la primera a la quinta), opera a partir de lo innarrado, con un férreo manejo del relato y de la trama, que deja escaso espacio para lo inesperado, gracias a una meticulosa configuración, tan controlada como astuta, allí donde el narrador también señala al autor, connotándolo con sus atributos. En tanto, el cronista de la *Historia verdadera* se define en la negación de lo innarrable y lo innarrado, en una resistencia tenaz a la ausencia y la sustitución que definen la naturaleza misma de la representación. Para este narrador, no parece haber nada innarrable: en esa apuesta operan el detalle y la iterativa parataxis de su trama. También se resiste a lo innarrado: buena parte de sus referencias metatextuales funcionan exhibiendo la trabajosa construcción de una trama que se niega a la elipsis porque se niega al fin.

En tanto, para los narradores de las crónicas mestizas –sin perder de vista sus significativas diferencias–, el discurso se configura en la narración de lo innarrado: en la elipsis u olvido de las crónicas de tradición occidental. Estas historias, muchas veces enfrentadas entre sí, se erigen contra el silencio y contra lo ominoso innarrable que

¹ Stuart Swartz (2000) y Enrique Flores (2003) aluden a estos silencios y a estos personajes silenciados; me baso en ambos para esta zona de la conclusión. Con respecto a las nociones de lo innarrable, lo innarrado y lo desnarrado (unnarrable, unnarrated y disnarrated), véase Prince (1988) y Parr (1992).

el trauma de la conquista ha convocado (Gruzinski, 1995; La Capra, 2005). Operan con fuentes autóctonas que son heridas y son restos: memorias rotas –lo dijimos ya–, transformadas a partir de nuevos ordenamientos discursivos y cognitivos: el cuestionario, otras concepciones de la palabra, otra lengua, otras tecnologías de la representación. En todas ellas está inscripta la ruptura y la pérdida (tematizada en el lamento por lo destruido, metonímicamente connotado en las pinturas indígenas quemadas y los saberes desaparecidos), pero también la porfiada pulsión de la supervivencia. De allí que el movimiento principal de estas crónicas sea apelar a una narrativa de la continuidad, entre las estructuras cognitivas autóctonas y las estrategias de reparación del trauma. En este marco tienen lugar los usos del pasado por parte de las comunidades indígenas, de las que estas crónicas mestizas también son portavoces. El pasado opera en el presente como argumento y herramienta, sostiene el reclamo, sustenta –con cierto grado de precariedad- las identidades colectivas sometidas al tembladeral del cambio. De ahí la atención a las transformaciones: sujetos oscilantes, desplazados, ambivalentes, en busca de una *armonía imposible*, alumbran estas narrativas.

Entonces, si todas las crónicas de este corpus ponen en escena, en distinta medida, la queja y la nostalgia, y se escriben a partir o en contra del silencio, es en la reconstrucción crítica de la trama discursiva que las hizo posibles donde se centra nuestro aporte, iluminando modos *del decir y lo dicho*, también lo obliterado y lo indecible por radicalmente *otro* (la cosmovisión religiosa indígena es ejemplo paradigmático). Se escucha, luego, el rumor quedado o el sonido lejano tras la clara enunciación de cada crónica. De esta manera, memorias e historias buscan volver inteligible el pasado, brindar sentido al desencuentro, la destrucción y el cambio. Porque esa es otra de las características de todo relato: el sentido inscripto en la narratividad. Es allí también donde estas crónicas exhiben la voluntad y el cambio.

Si el *sentido de un final* es brindar un final que de sentido al relato, estas crónicas se escriben, por contrapartida –irónicamente incluso–, temiendo ese final o recelándolo. De la totalidad de este corpus, sólo la *Historia de la conquista de México* acude a un final cerrado, ‘tranquilizador’, que inscribe en la muerte del personaje principal, Hernán Cortés, el fin de la historia y de la escritura, y el significado de

ambas.² En cambio, la *Quinta carta de relación* exhibe un cierre que no es un final: luego de la desastrosa experiencia de las Hibueras, el narrador planifica nuevas conquistas y así cierra su texto; poniendo en escena el deseo de una conquista sin fin y la nunca clausurada búsqueda del reconocimiento real.

En tanto, la *Historia verdadera*, la *Historia de Tlaxcala* y la *Historia de la nación chichimeca* no terminan ni concluyen: interpolados, rotos, con folios arrancados o perdidos, los manuscritos mismos exhiben, en su materialidad, la ausencia de un final. En la *Historia verdadera*, el narrador no ha podido poner fin al relato ni a la reescritura, interrumpido sólo con la muerte. El final del manuscrito Guatemala promete un nuevo capítulo que nunca se produce, un listado de arzobispos que, más que importancia diegética, posibilita la escritura sin fin, aunque al mismo tiempo priva a la crónica bernaldiana de una conclusión.³ En buena medida, el narrador de la *Historia verdadera* no quiere ni puede terminar; su legado –este texto– queda inconcluso en un gesto que es también apelación a la ampliación del sentido en el *curioso lector*.

Por último, la *Historia de Tlaxcala* y la *Historia de la nación chichimeca* están truncas o incompletas; sus páginas finales han desaparecido, perdidas en el derrotero rocambolesco de siglos de viajes entre bibliotecas del Nuevo y el Viejo Mundo. En cualquier caso, esta materialidad violentada remite, en evidente metáfora, a la red desgarrada referida por los *Anales de Tlatelolco* ("golpeábamos en tanto los muros de adobe y era nuestra herencia una red de agujeros"), y también al trauma que implica una constante vuelta hacia el pasado. Las crónicas mestizas despliegan su sentido en ese cruce: escritas contra el trauma, contra el silencio ominoso, como apuesta futura y parcial restitución, en cualquier caso llevan inscriptas las marcas de la ruptura y la violencia, la huella de ese silencio que señaló, en las memorias autóctonas, el fin de Tenochtitlan: "Nadie hizo alarde de miedo. Nadie chistó una palabra".

² "Puso en sus reposteros y armas *Indicium Domini apprehendit eos, et fortitudo ejes corroboravit brachium deum*: letra muy a propósito de la conquista; y por haber yo comenzado la conquista de México en su nacimiento, la fenezco en su muerte" (Gómara, 1988: CCLII-337).

³ "Y he dicho lo mejor que he podido de todos los gobernadores que ha habido en toda esta provincia de la Nueva España, bien es que diga en otro capítulo de los arzobispos y obispos que ha habido" (2005: CCXIV)

Se llega así al final, negándose al fin. A una escritura (de tesis) que es cierre y es comienzo, ambivalente y dual, resuelta y expuesta –caracol de *clamoroso silencio*. Como todos, este trabajo también es lo que oculta y sugiere. Nuevos derroteros, marcados por el trazo de la productiva noción de las tramas discursivas, nos llevarán a seguir desovillando lazos entre discursos de tradición indígena y occidental en el mundo mesoamericano y también, por qué no, en el andino. Se trata de alumbrar nuevas tramas, aún en la certeza de que, como afirma el poeta, José Emilio Pacheco, "aquel mundo ya sólo existe en la memoria que inventa".

México DF, agosto de 2006 – Buenos Aires, febrero de 2010

Mapas

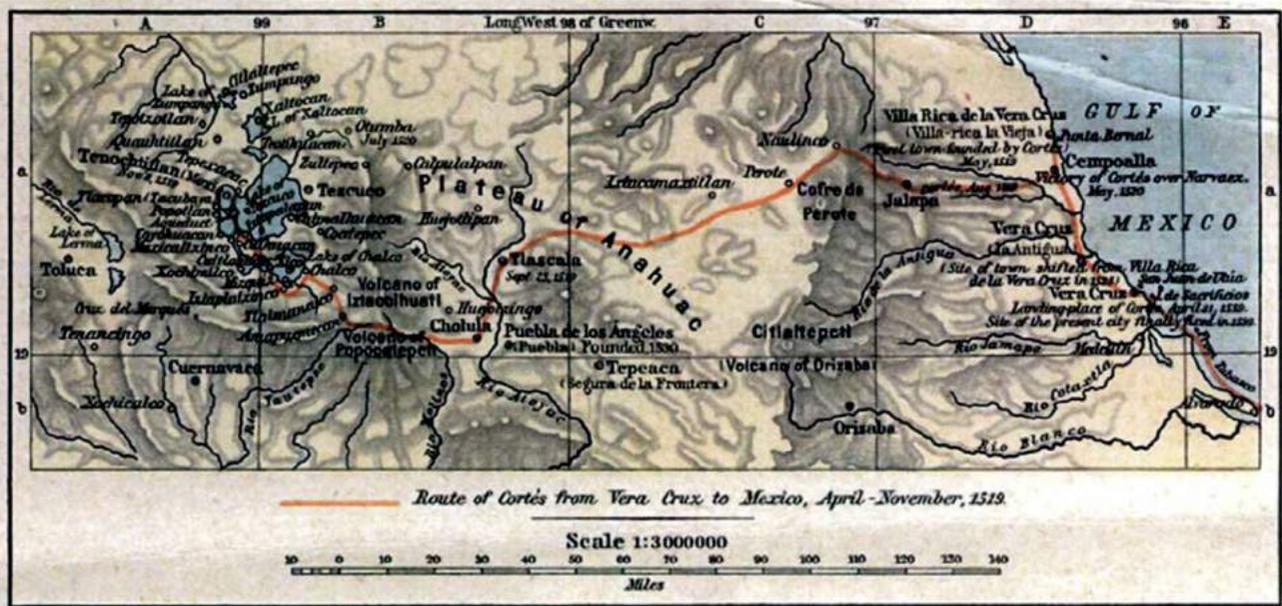
Representación de la Triple Alianza.



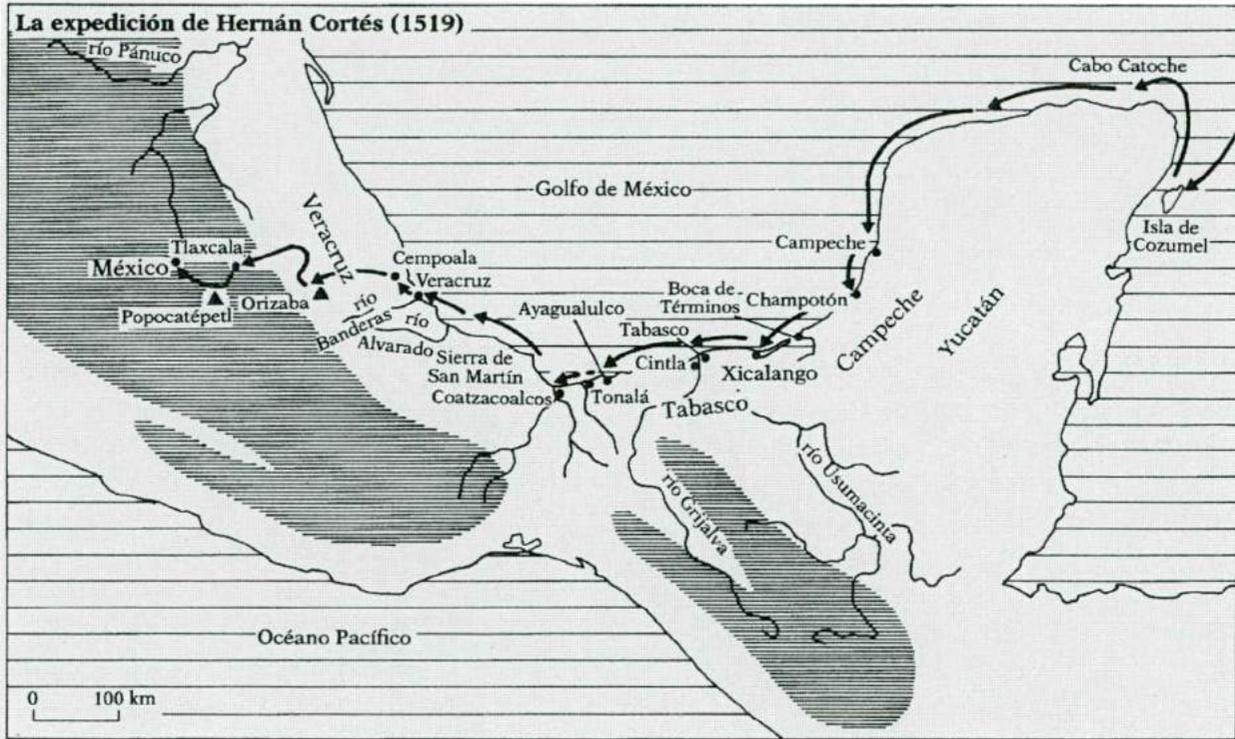
México antes de la conquista
 Tomado de Historia del Nuevo Mundo de
 Carmen Bernard y Serge Gruzinski, 1995



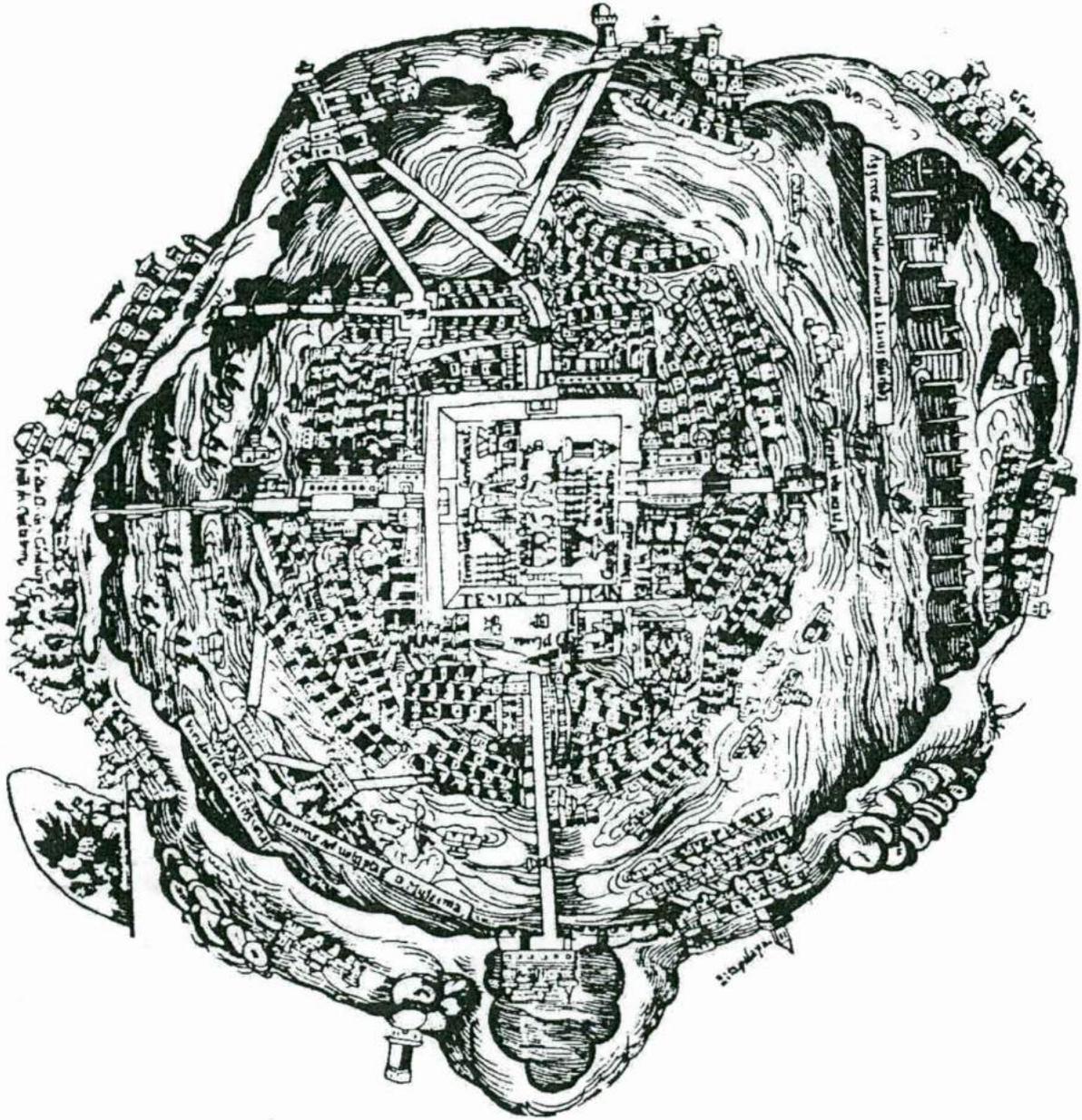
La Conquista de México (1519-1521).



La expedición de Hernán Cortés (1519).
Tomado de Historia del Nuevo Mundo de
Carmen Bernand y Serge Gruzinski, 1995



Mapa de Tenochtitlan atribuido a Hernán Cortés.
(Segunda carta de relación, Nuremberg, 1524)



Movimiento militar de Hernán Cortés alrededor de Tenochtitlan
Mapa de Orozco y Berra, tomado de la edición de las Cartas
de relación de Hernán Cortés, a cargo de Manuel Alcalá.



La expedición a las Hibueras (1524-1526).



Bibliografía

BIBLIOGRAFÍA

Fuentes primarias (sólo las citadas en la tesis)

Alva Ixtlilxóchitl, Fernando de (1997 [1975]) *Obras históricas*, edición facsimilar; edición, estudio introductorio y apéndice documental por Edmundo O' Gorman; prólogo a la edición facsimilar Miguel León Portilla, México: Instituto Mexiquense de Cultura; UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas.

----- (1984) *Historia de la nación chichimeca*, edición a cargo de Germán Vázquez, Madrid, Historia 16.

----- (1965 [1891]) *Obras históricas de don Fernando de Alva Ixtlilxóchitl*, edición y notas por Alfredo Chavero; prólogo de José Ignacio Dávila Garibi, México, Nacional.

Cortés, Hernán (1993) *Cartas de relación*, edición de Ángel Delgado Gómez, Madrid, Castalia.

----- (1986) *Letters from Mexico*, traducidas y editadas por Anthony Padgen, prólogo de John H. Elliot, New Haven-London, Yale University Press.

----- ([1960] 2004) *Cartas de relación*, edición de Manuel Alcalá, México, Porrúa.

----- (1969) *Codex Vindobonensis. Österreichische Nationalbibliothek*, introducción y bibliografía de Charles Gibson, Geleitwort, Joseph Stummvoll.

----- ([1770] 1998) *Historia de la Nueva España escrita por su esclarecido conquistador Hernán Cortés, aumentada con otros documentos y notas por el ilustrísimo señor Don Francisco Antonio de Lorenzana, Arzobispo de México*, edición facsimilar, México, Porrúa.

Díaz del Castillo, Bernal (2005) *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España (Manuscrito Guatemala)*, edición crítica de José Antonio Barbón Rodríguez, México, El Colegio de México, Universidad Nacional Autónoma de México, Servicio Alemán de Intercambio Académico, Agencia Española de Cooperación Internacional.

----- (2000) *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, introducción de Miguel León Portilla (sobre la edición de Carmelo Sáenz de Santa María), Madrid, Destín.

----- (1992) *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, introducción y notas de Luis Sáinz de Medrano, (sobre la edición de Carmelo Sáenz de Santa María), Madrid, Planeta.

----- (1982) *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, edición de Carmelo Sáenz de Santa María, Madrid, Consejo de Investigaciones Científicas.

----- (1955) *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, ed. Joaquín Ramírez Cabañas, México, Porrúa.

----- (2005) "Probanza de méritos", en *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España (Manuscrito Guatemala)*, edición crítica de José Antonio Barbón Rodríguez, México, El Colegio de México, Universidad Nacional Autónoma de México, Servicio Alemán de Intercambio Académico, Agencia Española de Cooperación Internacional.

----- (1955) "Probanza de méritos", en *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, ed. Joaquín Ramírez Cabañas, México, Porrúa.

López de Gómara, Francisco (1977) *Historia de Indias y conquista de México*, ed. Facsimilar de la de Zaragoza, 1552; presentación de Edmundo O' Gorman, México, Conduxem.

----- (1979), *Historia de la conquista de México*, Ed. Jorge Gurría Lacroix, Caracas, Ayacucho.

----- (1979), *Historia general de Indias y Vida de Hernán Cortés*, ed. Jorge Gurría Lacroix, Caracas, Ayacucho.

----- (1988) *Historia de la conquista de México*, México, Porrúa.

Muñoz Camargo, Diego (1998) *Historia de Tlaxcala*, paleografía, introducción, notas, apéndices e índices analíticos de Luis Reyes García y Javier Lira Toledo, Tlaxcala, Gobierno del Estado de Tlaxcala.

----- (1986) *Historia de Tlaxcala*, prólogo de Germán Vázquez. Madrid: Historia 16.

----- (1982) *Descripción de la ciudad y provincia de Tlaxcala de las Indias y del Mar Océano para el buen gobierno y ennoblecimiento dellas*, edición de René Acuña. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas.

----- (1984 [1580-1585]) *Relaciones Geográficas del siglo XVI*, Tomo 1. Edición y paleografía de René Acuña. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Antropológicas.

----- (1978 [1892]) *Historia de Tlaxcala: crónicas del siglo XVI*, notas de Alfredo Chavero. México, Innovación.

Otras fuentes consultadas:

Aguilar, Francisco de (2003) *Relación breve de la conquista de la Nueva España*, en Germán Vázquez Chamorro (ed.), *La conquista de Tenochtitlan*, Madrid, Dastin.

----- (1977) *Relación breve de la conquista de la Nueva España*, edición, estudio preliminar, notas y apéndices por Jorge Gurría Lacroix, versión paleográfica por Beatriz Arteaga Garza, México, UNAM.

Alvarado Tezozómoc, Hernado de (2001) *Crónica mexicana*, ed. Gonzalo Díaz Migoyo y Germán Vázquez Chamorro, Madrid, Dastin.

----- (1980) *Crónica mexicana*, ed. Manuel Orozco y Berra, México, Porrúa.

----- ([1949] 1998) *Crónica mexicáyotl*, trad. Adrián León, México, UNAM-IIH.

Anales de Tlatelolco (2004) edición y traducción de Rafael Tena, México, Conaculta.

Anales de Tlatelolco. Unos annales históricos de la nación mexicana y Códice de Tlatelolco (1948), versión y notas de Heinrich Berlin, resumen e interpretación del código de Robert H. Barlow, México, Antigua Librería Robredo de José Porrúa.

Casas, Bartolomé de las (2006) *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, edición de José Miguel Martínez Torrejón, Alicante, Universidad de Alicante.

Castillo, Cristóbal del (2001) *Historia de la venida de los mexicanos y de otros pueblos e Historia de la conquista*, traducción y edición de Federico Navarrete, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia.

- Cervantes de Salazar, Francisco (1971) *Crónica de la Nueva España*, ed. Manuel Magallón, Madrid, Atlas.
- Colón, Cristóbal (1986) *Los cuatro viajes. Testamento*, ed. Consuelo Varela, Madrid, Alianza.
- Chimalpain Cuauhtlehuantzin, Domingo Francisco de San Antón Muñón (1998) *Las ocho relaciones y el memorial de Culucán*, traducción y paleografía de Rafael Tena, México, Conaculta.
- Durán, Fray Diego ([1980] 2002) *Historia de las Indias e la Nueva España e Islas de Tierra Firme*, estudio preliminar de Rosa Camelo y José Rubén Romero, dos vols., México, Conaculta.
- Fernández de Oviedo, Gonzalo (1959) *Historia general y natural de las Indias*, Madrid, Atlas.
- Garcilaso de la Vega, Inca (1978) *Comentarios Reales*, ed. Aurelio Miró Quesada, Caracas, Ayacucho.
- Landa, Diego de (1994) *Relación de las cosas de Yucatán*, México, CONACULTA.
- Núñez Cabeza de Vaca, Álvar (1992) *Los Naufragios*, Enrique Pupo-Walker (ed.), Madrid, Castalia.
- Sahagún, fray Bernardino de ([1954] 1992) *Historia general de las cosas de la Nueva España*, ed. Ángel María Garibay, México, Porrúa.
- Sahagún, fray Bernardino de (1979) *Códice florentino. Manuscrito 218-20 de la Colección Palatina de la Biblioteca Medicea Laurenziana*, 3v., México, Secretaría de la Gobernación-Archivo General de la Nación.
- Sahagún, fray Bernardino de (1989) *Historia general de las cosas de la Nueva España*, primera edición íntegra del texto castellano del manuscrito conocido como *Códice florentino*, introducción, paleografía, glosario y notas por Alfredo López Austin y Josefina García Quintana, 2v., México, Conaculta-Alianza.
- Sahagún, fray Bernardino de (1986) *Coloquios y doctrina cristiana*, México, UNAM.
- Sepúlveda, Juan Ginés (1996) *Tratado sobre las justas causas de la guerra contra los indios*, México, FCE.
- Tapia, Andrés de (2008) *Relación de la conquista de México*, ed. Fernando Tola, México, Axial.
- (2003) "Relación de algunas cosas de las que acaecieron al muy ilustre señor don Hernando Cortés, marqués del Valle, desde que se determinó ir a descubrir en la Tierra Firme del Mar Océano", en Vázquez Chamorro, Germán (ed.), *La conquista de Tenochtitlan*, Madrid, Dastin.
- (1971) "Relación hecha por el señor Andrés de Tapia sobre la conquista de México" en García Icazbalceta, Joaquín (ed.), *Colección de documentos para la historia de México*, primera edición facsimilar, tomo II, México, Porrúa.
- Toribio de Benavente, "Motolinía" (1988) *Historia de los indios de la Nueva España*, introducción y notas Giuseppe Bellini, Madrid, Alianza.
- (1985) *Historia de los indios de la Nueva España*, introd. Georges Baudot, Madrid, Castalia.
- Vázquez de Tapia, Bernardino (2003) "Relación de méritos y servicios del conquistador Bernardino Vázquez de Tapia, vecino y regidor de esta gran ciudad de Tenuxtitlan México", en Vázquez Chamorro, Germán (ed.), *La conquista de Tenochtitlan*, Madrid, Dastin.

Bibliografía crítica

- Acuña, René (1981) "Estudio preliminar" a la edición facsímil del Manuscrito de Glasgow de la *Descripción de la ciudad y provincia de Tlaxcala de las Indias y del Mar Océano para Buen Gobierno y ennoblecimiento dellas* de Diego Muñoz Camargo, México, UNAM.
- Adams, Percy G. (1983) *Travel literature and the evolution of the novel*, Lexington, Kentucky University Press.
- Adorno, Rolena (1988a) "El sujeto colonial y la construcción cultural de la alteridad", *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, XIV-28, Lima, primer semestre: 55-58.
- Adorno, Rolena (1988b), "Nuevas perspectivas en los estudios literarios coloniales hispanoamericanos", *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, XIV-28, Lima, 2do semestre: 11-37.
- Adorno, Rolena (1988c), "Discourses on Colonialism: Bernal Díaz, Las Casas and the Twentieth Century Reader", *Modern Language Notes* (103-II): 239-258.
- Adorno, Rolena (1991) "Todorov y De Certeau: la alteridad y la contemplación del sujeto", *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, XVII-33, Lima, 1er semestre: 51-58.
- Adorno, Rolena (1992) "Los debates acerca de la naturaleza del indio", *Revista de Estudios Hispánicos* (19), 47-66.
- Adorno, Rolena (1992b) "The Discursive Encounter of Spain and America. The Authority of Eyewitness Testimony in the Writing of History", *The William and Mary Quarterly*, Third Series, 49-2: 201-228.
- Adorno, Rolena (1995) "Textos imborrables: posiciones simultáneas y sucesivas del sujeto colonial", *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, XXI-41, Lima, 1er semestre, 33-49.
- Adorno, Rolena (2001) "Reconsidering colonial discourse", *LARR*, 28: 135-145.
- Ainsa, Fernando (1992) *De la Edad de Oro a El Dorado. Génesis del discurso utópico latinoamericano*, México, FCE.
- Alcalá, Manuel (1950) *César y Cortés*, México, Jus.
- Alcalá, Manuel ([1960] 2004) "Nota preliminar" a Hernán Cortés, *Cartas de relación*, México, Porrúa.
- Alonso, Amado (1953) *Estudios lingüísticos. Temas hispanoamericanos*, Madrid, Gredos.
- Altuna, Elena (2002) *El discurso colonialista de los caminantes. Siglos XVI-XVIII*, Ann Harbor, Michigan: Centro de Estudios Literarios "Antonio Cornejo Polar" y Latinoamericana Editores.
- Altuna, Elena (2004) "Relaciones de viajes y viajeros coloniales por las Américas", *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, XXX-60, Lima-Hannover, 2do. Semestre: 1-19.
- Altuna, Elena (2009) *Retórica del desagravio. Estudios de cultura colonial peruana*, Salta, CEPIHA.
- Alvar, Manuel (1970) *Americanismos en la Historia de Bernal Díaz del Castillo*, Madrid, RFE.
- Amor y Vázquez, J (1961) "Apostilla a la quema de las naves por Cortés", *Hispania*, 42-3: 45-52.
- Anadón, José (1992) "Colonialismo lingüístico y defensa del indígena: el concepto *bárbaro*", en Iris M. Zavala (comp.), *Discursos sobre la invención de América*, Atlanta-Amsterdam, Rodopi: 173-209.
-

- Anderson Imbert, Enrique (1954) *Historia de la literatura latinoamericana*, México.
- Angenot, Marc (1982) *La parole pamphlétaire*, Paris, Payot & Rivages.
- Añón, Valeria (2008a) *Identidad, espacio y memoria en crónicas de la conquista de México. El caso de Bernal Díaz del Castillo*, Tesis de maestría, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras.
-
- Añón, Valeria y Pablo Alabarces (2008b), "Subalternidad y representación: de subjetividades, retórica y poder", en Pablo Alabarces y María Graciela Rodríguez (orgs.), *Resistencias, sumisiones, mediaciones. La cultura popular en la argentina contemporánea*, Buenos Aires, Paidós Argentina, 2008.
- Auerbach, Erich ([1942] 2006) *Mimesis. La representación de la realidad en la literatura occidental*, trad. I. Villanueva y E. Imaz, México, FCE.
- [Aut.] (1974) *Diccionario de Autoridades*, 3 vols., edición facsimilar, Madrid, Gredos.
- [Aut.] (1732) *Diccionario de Autoridades*, en *Real Academia Española*, www.buscon.rae.es.
- Ardao, Arturo (1980) *Génesis de la idea y el nombre de América Latina*, Caracas, Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos.
- Arnold, David (2000) *La naturaleza como problema histórico. El medio, la cultura y la expansión de Europa*, México, FCE.
- Arrom, Juan José (1990) *Imaginación del Nuevo Mundo: diez estudios sobre los inicios de la narrativa hispanoamericana*, México, Siglo XXI Editores.
- Baigorria, Jesús (2004) "La mediación lingüístico-cultural en las crónicas de Indias", *Histal*, enero, s/p.
- Bajtín, Mijail ([1987] 1994) *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento. El contexto de Francois Rabelais*, trad. Julio Forcat y César Conroy, Madrid, Alianza.
- Bandelier, Adolph (2003) "El arte de la guerra" en Lewis H. Morgan y A. Bandelier, *México antiguo*, prólogo de Jaime Labastida, México, Siglo XXI Editores-Conaculta-INAH.
- Barbón Rodríguez, José A. (1987) "Gonzalo de Illescas, Paulo Jovio y la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*", AA.VV., *Homenaje a Álvaro Galmés de Fuentes*, vo. 3, Madrid, Gredos.
- Barbón Rodríguez, José A. (2005) "Fuentes de la *Historia verdadera*: Manuscritos" en Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España (Manuscrito Guatemala)*, edición crítica de José Antonio Barbón Rodríguez, México, El Colegio de México, Universidad Nacional Autónoma de México, Servicio Alemán de Intercambio Académico, Agencia Española de Cooperación Internacional.
- Barkai, Ron (1984) *Cristianos y musulmanes. El enemigo en el espejo*, Madrid, RIALP.
- Barthes, Roland (1994a [1968]), "El efecto de realidad" en *El susurro del lenguaje*, trad. C. Fernández Medrano, Barcelona, Paidós.
- Barthes, Roland (1994b [1964]) "El discurso de la historia" en *El susurro del lenguaje*, trad. C. Fernández Medrano, Barcelona, Paidós.
- Bartra, Roger (1992) *El salvaje en el espejo*, México, Era/ FCE.
- Bataillon, Marcel (1963) "Hernán Cortés, autor prohibido" en *Libro jubilar de Alfonso Reyes*, México, Porrúa.
- Bataillon, Marcel y André Saint-Lu (1985) *El padre Las Casas y la defensa de los indios*, Madrid, Sarpe.
-

- Bataillon, Marcel (1996) *Erasmus y España. Estudios sobre la historia espiritual del siglo XVI*, México, FCE.
- Baudot, Georges (1981) "La percepción histórica del drama demográfico de México en el siglo XVI", *Quinto Centenario*, Madrid, Universidad Complutense, Facultad de Historia (1), 3-24.
- Baudot, Georges ([1992] 2004) "México, la ciudad que nadie esperaba" en *Pervivencia del mundo azteca en el México virreinal*, México, UNAM.
- Baudot, Georges ([1995] 2004) "Nezahualcóyotl: príncipe providencial en los escritos de Fernando de Alva Ixtlilxóchitl", en *Pervivencia del mundo azteca en el México virreinal*, México, UNAM.
- Baudot, Georges (2001) "Malintzin, imagen y discurso de mujer", en Margo Glantz (coord.), *La Malinche, sus padres y sus hijos*, México, Taurus.
- Beckford, Sarah H. (1995) "Con sal, ají y tomates: las redes textuales de Bernal Díaz en el caso de Cholula", *Revista Iberoamericana*, 170/171: 147-160.
- Belenger, Ernest (2002) *El imperio de Carlos V. Las coronas y sus territorios*, Barcelona, Península.
- Bénat-Tachot, Louise (1999) "La historia general de las Indias de Francisco López de Gómara: identificación de las fuentes y elaboración textual", Ignacio Arellano y JA Rodríguez Garrido, *Edición y anotación de textos coloniales hispanoamericanos*, Madrid, Iberoamericana, Frankfurt am Main, Vervuert.
- Benjamin, Walter ([1936] 1991) "El narrador" en *Para una crítica de la violencia y otros ensayos. Iluminaciones IV*, trad. Roberto Blatt, Madrid, Taurus.
- Bernand, Carmen y Serge Gruzinski (1996) *Historia del Nuevo Mundo. Del descubrimiento a la conquista. La experiencia europea, 1492-1550*, trad. María Antonia Neira Bigorria. México, FCE.
- Bethel, Leslie (ed.) (1984) *The Cambridge History of Latin America*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Beverly, John (1987) *Del Lazarrillo al Sandinismo. Estudios sobre la función ideológica de la literatura española e hispanoamericana*, Minneapolis, The Prisma Institute.
- Bhabha, Homi (1986) "The other question: difference, discrimination and the discourse of colonialism", Peter Hulme, Margaret Iversen y Diane Loxley (eds.), *Literature, Politics and Theory*, London, Methuen.
- Bizarri, Hugo (1990) "Non omnis moriar. Sobre la fama del sabio en la Edad Media castellana", *Thesaurus*, XLV-1:174-179.
- Boruchoff, David A (1997) "Beyond Utopia and Paradise: Cortés, Bernal Díaz and the Rethoric of Consecration" en Foster, Merlin y Altamiranda (comps.). *Spanish American Literature*, New York, Garland Publishing.
- Brading, David (1998) *Orbe indiano*, trad. Juan José Utrilla, México, FCE.
- Brody, Robert (1997) "Bernal's Strategies", Foster, Merlin y Altamiranda (comps). *Spanish American Literature*, New York, Garland Publishing.
- Brotherston, Gordon y Gallegos, Ana (1990) "El Lienzo de Tlaxcala y el Manuscrito de Glasgow", *Estudios de cultura náhuatl*, núm. 20, 117-149.
- Brotherston, Gordon (1992) *La América indígena en su literatura: los libros del Cuarto Mundo*, trad. Teresa Ortega y Mónica Utrilla, México, FCE.

- Brotherston, Gordon (2001) "La Malinche de los códices" en Margo Glantz (comp.), *La Malinche, sus padres y sus hijos*, México, Taurus.
- Bueno Bravo, Isabel (2007) "La guerra mesoamericana en época mexica", *Estudios de cultura náhuatl*, México, IIH-UNAM, 37: 253-274.
- Bueno Bravo, Isabel (2006) "La guerra naval en el valle de México", *Estudios de cultura náhuatl*, México, IIH-UNAM, 36: 199-224.
- Caillet Bois, Julio (1941) "La primera carta de relación de Hernán Cortés", *Revista de Filología Hispánica*, III: 50-54.
- Camelo, Rosa y José Rubén Romero (2002) "Estudio preliminar" a Fray Diego Durán, *Historia de las Indias de Nueva España e Islas de Tierra Firme*, México, CONACULTA.
- Camelo, Rosa (2004) "La matanza de Cholula", *Arqueología mexicana*, México, 52-57.
- Carman, Glen (2006) *Rhetorical Conquests. Cortés, Gómara and Renaissance Imperialism*, Indiana, Purdue University Press.
- Carnosa Hermida, Begoña (1998) "Un acercamiento temático y estructural a la carta de Boscán a la duquesa de Soma", *Lemir* (3).
- Carrasco, Pedro (1976) "Los linajes nobles del México antiguo" en Pedro Carrasco y Joanna Broda (eds), *Estratificación social en la Mesoamérica prehispánica*, México, SEP-INAH.
- Carreño, Alberto (1948) "Los restos de Hernán Cortés", *Revista de Indias*, 31-32: 581-618.
- Carreras López (2000) "Una revisión de la *Historia de la conquista de México* de Francisco López de Gómara", *Cuadernos hispanoamericanos*, Madrid, noviembre (605) 17-28.
- Carrera Stampa, Manuel (1968) "Relaciones geográficas de la Nueva España, siglos XVI y XVIII", *Estudios de Historia Novohispana*, II: 233-261.
- Carrizo Rueda, Sofía (1997) *Poética del relato de viajes*, Kassel, Reichenberger.
- Castillo, Víctor (1991) "Estudio preliminar" a Antonio Muñon Chimalpain, *Memorial breve acerca de la fundación de la ciudad de Culhuacan*, estudio, paleografía, traducción, notas e índice analítico de Víctor Castillo, México, UNAM.
- Castro, Américo (1966) *La realidad histórica de España*, México, Porrúa.
- Cazés, Dann (2007) "La metarreflexión historiográfica en la obra de López de Gómara: la historia como biografía" en Karl Kohut (ed.), *Narración y reflexión. Las crónicas de Indias y la teoría historiográfica*, México, El Colegio de México.
- Clendinnen, Inga (1993) "Fierce and Unnatural Cruelty: Cortés and the Conquest of Mexico", en Greenblatt, Stephen (comp.), *New World Encounters*, Berkeley, University of California Press.
- Clendinnen, Inga (2000) *Aztecs: An interpretation*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Clendinnen, Inga (2003) *Ambivalent Conquests. Maya and Spaniard in Yucatan, 1517-1570*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Colombi, Beatriz (2004) *Viaje intelectual. Migraciones y desplazamientos en América Latina (1880-1915)*, Rosario, Beatriz Viterbo.
- Colombi, Beatriz (2006) "El viaje y su relato", *Latinoamérica*, México, UNAM-CCYDEL (II-43), 11-36.
- Colombi, Beatriz (2009) "Bernal Díaz del Castillo", *Literatura Latinoamericana I*, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, clase V, mimeo.
-

- Concha, Jaime (1986), "Réquiem por el buen cautivo", *Hispanérica*, (15), 3-15.
- Cornejo Polar, Antonio (1994) *Escribir en el aire*, Lima, Horizonte.
- Cornejo Polar, Antonio (1994b) "Mestizaje, transculturación, hibridez: los riesgos de las metáforas", *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, Lima-Berkeley, XX-40: 368-37.
- Cornejo Polar, Antonio (1996) "Una heterogeneidad no dialéctica: sujeto y discurso migrantes en el Perú moderno", *Revista Iberoamericana*, vol. LXII, 176-177, julio-diciembre, 837-844.
- Cortínez, Verónica (2000) *Memoria original de Bernal Díaz del Castillo*, México, OAK.
- Covarrubias, Sebastián de (1995 [1611]) *Tesoro de la lengua castellana o española*, Madrid, Castalia.
- Crosby, Alfred W. (1991) *El intercambio transoceánico. Consecuencias biológicas y culturales a partir de 1492*, México, UNAM.
- Chartier, Roger (1997) *Pluma de ganso, libro de letras, ojo viajero*, trad. Alejandro Pescador, México, Universidad Iberoamericana.
- Chartier, Roger ([1989] 2002) *El mundo como representación*, trad. de Claudia Ferrari, Barcelona, Gedisa.
- Chartier, Roger (2000) "Figuras del autor" en *El orden de los libros*, Barcelona, Gedisa.
- Chartier, Roger (2001) "El poder, el sujeto, la verdad. Foucault lector de Foucault" en *Escribir las prácticas*, trad. Horacio Pons, Buenos Aires, Manantial.
- Checa, Jorge (1996) "Cortés y el espacio de la conquista. La *Segunda carta de relación*", *MLN*, 111:2, *Hispanic Issue*, 187-217.
- Chicote, Gloria (1995) "Oralidad y escritura en la literatura medieval: una ecuación sin resolver", *Incipit*, 15: 275-286.
- Chicote, Gloria (2003) "La lexicalización de la experiencia: el romancero en la prosa historiográfica de Bernal Díaz del Castillo", *Romance Quarterly*, Otoño (50-4), 269-279.
- Chicote, Gloria (2006) "Cultura popular y poesía narrativa medieval: contactos productivos", *Orbis Tertius*, 12: 1-6.
- Christen Florencia, María (2004) "El viaje a las tinieblas. La expedición a las Hibueras según Bernal Díaz del Castillo", en Luz Elena Zamudio (coord.), *Espacio, viajes y viajeros*, México, Aldus-UAM.
- Dalmaroni, Miguel *et al* (2009), *El proyecto de investigación literaria. Materiales para su elaboración*, Paraná, Universidad Nacional del Litoral.
- De Certeau, Michel (1993 [1978]) *La escritura de la historia*, trad. Jorge López Moctezuma, México, Universidad Iberoamericana.
- De Certeau, Michel (2000 [1990]) *La invención de lo cotidiano. 1. Artes de hacer*, versión corregida y aumentada de Luce Giard, trad. Alejandro Pescador, México, Universidad Iberoamericana.
- Delgado Gómez, Ángel (1993) "Estudio introductorio" a Hernán Cortés, *Cartas de relación*, Madrid, Castalia.
- Doiron, Normand (1988) "L'art de voyager", *Poétique* (73), 83-107.
-

- Domínguez García, Javier (2006) "Santiago Mataindios: la continuación de un discurso medieval en la Nueva España", *Nueva Revista de Filología Hispánica*, enero-julio, México, El Colegio de México, LIV-1: 33-56.
- Ducrot, Oswald (1994) *El decir y lo dicho*, trad. Sarah Vasallo, Buenos Aires, Hachette.
- Dussel, Enrique (1992) *1492. El encubrimiento del Otro*, Madrid, Nueva Utopía.
- Duverger, Christian (1973) *La flor letal. Economía del sacrificio humano*, México, FCE.
- Eco, Umberto (1990 [1977]) *Cómo se hace una tesis*, trad. Lucía Baranda y Alberto Clavería Ibáñez, México, Celta-Gedisa.
- Eco, Umberto ([1972] 1987) *Lector in fábula*, trad. Ricardo Pochtar, Barcelona, Lumen.
- Elliott, John H (1967) "The mental world of Hernán Cortés", *Transactions of the Royal Historical Society*, Londres, Quinta serie, (17), 41-58.
- Elliott, John H. (1986) "Cortés, Velásquez and Charles V" en Hernán Cortés, *Letters from Mexico*, traducidas y editadas por Anthony Padgen, New Haven-London, Yale University Press.
- Elliott, John H. (1991) "España y América en los siglos XVI y XVII", en Leslie Bethel (ed.), *Historia de América Latina*, tomo II, Barcelona, Crítica.
- Elliott, John H. (2000 [1970]) *El Viejo Mundo y el Nuevo*, trad. Rafael Sánchez Antero, Madrid, Alianza.
- Esteve Barba, Francisco ([1964] 1992) *Historiografía indiana*, segunda edición corregida y aumentada, Madrid, Gredos.
- Fernández, Adela (1985) *Dioses prehispánicos de México. Mitos y deidades del panteón náhuatl*, México, Panorama editorial.
- Flores Farfán, José A. (2006) "La Malinche, portavoz de dos mundos", en *Estudios de cultura náhuatl*, 36: 117-137.
- Florescano, Enrique (2000) *Memoria indígena*, México, Taurus.
- Florescano, Enrique (2002) "Los paradigmas mesoamericanos que unificaron la reconstrucción del pasado", *Historia Mexicana*, 52-2: 309-359.
- Free, Michel, Ramona Naddaff y Nadia Tazi (eds.) (1992) *Fragmentos para una historia del cuerpo humano*, Madrid, Taurus.
- Foucault, Michel ([1963] 2003) "¿Qué es un autor?" en Nara Araujo y Teresa Delgado (selección y apuntes introductorios), *Textos de teoría y crítica literarias. Del formalismo a los estudios poscoloniales*. México, Universidad Autónoma Metropolitana (Unidad Iztapalapa) y Universidad de La Habana (Facultad de Filosofía y Letras).
- Foucault, Michel (2000) *Arqueología del saber*, trad. Aurelio Garzón del Camino, Buenos Aires, SXXI editores.
- Frankl, Víctor (1962) "Hernán Cortés y la tradición de las Siete Partidas", *Revista de Historia de América* (53-54), 9-74.
- Frankl, Víctor (1963) *El Antijovio de Gonzalo Jiménez de Quesada y las concepciones de verdad y realidad en la época de la Contrarreforma y el Manierismo*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica.
- Frankl, Víctor (1963b) "Imperio particular e imperio universal en las *Cartas de relación* de Hernán Cortés", *Cuadernos Hispanoamericanos*, 165: 443-472.
-

- Frenk, Margit ([1997] 2005) *Entre la voz y el silencio. La lectura en tiempos de Cervantes*, Mexico, FCE.
- Fuentes, Carlos (1990) "Épica vacilante de Bernal Díaz del Castillo", *Valiente mundo nuevo*, México, FCE.
- Funes, Leonardo (2009), *Investigación literaria de textos medievales: objeto y práctica*, Buenos Aires, Miño y Dávila.
- Funes, Leonardo (2008) "Elementos para una poética del relato histórico" Amaia Arizaleta, ed., *Poétique de la chronique: L'écriture des textes historiographiques au Moyen Âge (péninsule Iberique et France)*. Université de Toulouse-Le Mirail,
- Funes, Leonardo (2007a) "Lidiando con el efecto Funes: en torno de la posibilidad de una historia literaria", *Revista Orbis Tertius*, La Plata, Universidad Nacional de La Plata (XI-12).
- Funes, Leonardo (2007b) "Introducción" a *Poema del Mio Cid*, (versión modernizada sobre versión propia del texto antiguo y notas de Leonardo Funes), Buenos Aires, Colihue.
- García, Gustavo (2001) "Posturas testimoniales en la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*", *Revista de Humanidades: Tecnológico de Monterrey* (ITESM, México), 10: 65-84.
- García Bedoya, Carlos (2000) *La literatura peruana en el período de estabilización colonial*, Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- García Icazbalceta, Joaquín (1866) *Colección de documentos para la historia de México*, México, Librería JM Andrade.
- García Icazbalceta, Joaquín (1999) *Colección de documentos para la historia de México*, edición digital basada en la edición de 1866, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.
- García Pelayo, Manuel (1996) "Juan Ginés de Sepúlveda y los problemas jurídicos de la conquista de América", en Sepúlveda, Juan Ginés, *Tratado sobre las justas causas de la guerra contra los indios*, México, FCE.
- García Quintana, Josefina (2003) "Fray Bernardino de Sahagún", en Romero Galván, José Rubén (coord.), *Historiografía novohispana de tradición indígena*, México, UNAM-IIH.
- Garibay, Ángel María ([1953] 1992) *Historia de la literatura náhuatl*, México, Porrúa.
- Genette, Gerard (2001) *Umbrales*, trad. Susana Lage, México, Siglo XXI Editores.
- Gerbi, Antonello (1975) *La naturaleza de las Indias Nuevas. De Cristóbal Colón a Gonzalo Fernández de Oviedo*, trad. Antonio Alatorre, México, FCE.
- Gerhardt, Peter (1986) *Geografía histórica de la Nueva España, 1519-1821*, trad. Stella Mastrangelo, México, UNAM.
- Geertz, Clifford (1987 [1973]) *La interpretación de las culturas*, trad. Alberto L. Bixio, Barcelona, Gedisa.
- Gibson, Charles ([1967] 1986) *Los aztecas bajo el dominio español (1519-1810)*, trad. Julieta Campos, México, Siglo XXI Editores.
- Gibson, Charles ([1952] 1991) *Tlaxcala en el siglo XVI*, trad. Agustín Bárcena, México, FCE.
- Gibson, Charles (1950) "The identity of Muñoz Camargo", *The Hispanic American Historical Review*, Duke UP, 30: 198-207.
- Giletti Benso, Silvia (1997), "La figura del intérprete en el mundo andino", *Actas de Jalla Tucumán 1995*, Tucumán: Proyecto "Tucumán en los Andes" (II), 257-264.

- Gilman, Stephen (1961) "Bernal Díaz del Castillo and Amadís de Gaula", *Studia Philologica II. Homenaje a Amado Alonso*, Madrid, Gredos.
- Giménez Moreno, Wigberto y Luis González (1972) "Historiografía prehispánica y colonial", *Enciclopedia de México*, 12 vols., México, 1972, vol. VI.
- Ginzburg, Carlo ([1978] 1991) *El queso y los gusanos*, trad. Francisco Martín, Barcelona, Muchnik.
- Ginzburg, Carlo ([1986] 1999) *Mitos, emblemas, indicios*, trad. Carlos Catroppi, Barcelona, Gedisa.
- Glantz, Margo (1989) "Poesía y erotismo" en Georges Bataille, *Lo imposible*, México, Premia.
- Glantz, Margo (1992) "Ciudad y escritura: la ciudad de México en las *Cartas de relación* de Hernán Cortés", en *Borriones y borradores*, México, Ediciones del Equilibrista.
- Glantz, Margo (1993) "El cuerpo escrito y el texto escrito o la desnudez como naufragio" en Margo Glantz (comp.), *Notas y comentarios sobre Alvar Nuñez Cabeza de Vaca*, México, Grijalbo-Conaculta.
- Glantz, Margo (2001a) "La Malinche: la lengua en la mano", en *La Malinche, sus padres y sus hijos*, México, Taurus.
- Glantz, Margo (2001b) "Doña Marina y el capitán Malinche", en *La Malinche, sus padres y sus hijos*, México, Taurus.
- Glantz, Margo (coord.) (2001) *La Malinche, sus padres y sus hijos*, México, Taurus.
- Gonzalbo Aizpuru, Pilar (2000) *Historia de la educación en la época colonial. El mundo indígena*, México, El Colegio de México.
- González Echevarría, Roberto (1980) "The Life and Adventures of Ciprión, Cervantes and the Picaresque", *Diacritics*, 10, núm. 3: 15-26.
- González Echevarría, Roberto (1984) "Humanismo, retórica y las crónicas de la conquista" en Roberto González Echevarría (comp.), *Historia y ficción en la narrativa hispanoamericana*, Caracas, Monte Ávila.
- González Echevarría, Roberto (2000) *Mito y archivo*, trad. Virginia Aguirre Muñoz, México, FCE.
- González Torres, Yolótl (2002) *El sacrificio humano entre los mexicas*, México, FCE.
- Greenblatt, Stephen (1998) "La circulación de la energía social" en Jonathan Dollimore *et al*, *Nuevo historicismo*, Madrid, Arco.
- Greenblatt, Stephen (1991) *Marvelous Possessions. The Wonder of the New World*, Chicago, University of Chicago Press.
- Greer Johnson, Julie (1983) *Women in Colonial Spanish American Literature*, Wesport, Greenwood Press.
- Grimal, Pierre (2006) *Diccionario de mitología griega y romana*, trad. Francisco Payarols, Buenos Aires, Paidós.
- Grüner, Eduardo (2001) *El sitio de la mirada*, Buenos Aires, Norma.
- Gruzinski, Serge (1994) "Las repercusiones de la conquista: la experiencia novohispana" en Carmen Bernand (comp.), *Descubrimiento, conquista y colonización de América a quinientos años*, México, FCE-CONACULTA.
-

- Gruzinski, Serge (1995 [1988]) *La colonización de lo imaginario*, trad. Jorge Ferreiro, México, FCE.
- Gruzinski, Serge (1999) *La guerra de las imágenes. De Cristóbal Colón a Blade Runner*, trad. Juan José Utrilla, México, FCE.
- Gruzinski, Serge (2000) *El pensamiento mestizo*, trad. Enrique Folch González, Buenos Aires, Paidós.
- Guedea, Virginia (coord.) (2004) *El tiempo en Mesoamérica*, México, UNAM.
- Guerin, Miguel Alberto (1992) "El relato de viaje americano y la redefinición sociocultural de la ecumene europea", *Dispositio*, XVII-42: 1-19.
- Guglielmi, Marina (2002) "La traducción literaria" en Armando Gnisci, *Introducción a la literatura comparada*, Barcelona, Cátedra.
- Guha, Ranajit ([1983] 1997) "Sobre algunos aspectos de la historiografía de la India colonial", en Silvia Rivera Cusicanqui y Rossana Barragán, *Debates poscoloniales, Debates poscoloniales: una introducción a los Estudios de la Subalternidad*, traducción de Raquel Gutiérrez, Alison Spedding, Ana Rebeca Prada y Silvia Rivera Cusicanqui,, La Paz, Sefhis/Aruwiyri.
- Gurría Lacroix, Joaquín (1978) "Estudio introductorio" a Francisco López de Gómara, *Historia de las Indias*, Caracas, Ayacucho.
- Gurría Lacroix, Jorge (1977) "Estudio preliminar" a Francisco de Aguilar, *Relación breve de la conquista de la Nueva España*, México, UNAM.
- Gurría Lacroix, Jorge (1976) *Historiografía de la muerte de Cuauhtémoc*, México, UNAM.
- Gusdorf, Georges (1991) "Condiciones y límites de la autobiografía", *Anthropos*, Suplemento "Autobiografía" (29), 9-18.
- Guzmán, Eulalia (1958) "Introducción" a *Relaciones de Hernán Cortés sobre la invasión de Anáhuac*, México, Anáhuac, 1951.
- Hall, Stuart (2003) "¿Quién necesita identidad?" en Stuart Hall y Paul du Gay (comps.) ([1996] 2003) *Cuestiones de identidad cultural*, trad. Horacio Pons, Buenos Aires, Amorrortu.
- Halbwachs, Maurice ([1950] 1997) *La mémoire collective*, Paris, Albin Michel.
- Halbwachs, Maurice (2005) *Memoria individual y memoria colectiva*, Córdoba, UNC-Centro de Estudios Avanzados.
- Hanke, Lewis (1942) *La lucha por la justicia en la conquista de América*, trad. Ramón Iglesia, Buenos Aires, Sudamericana.
- Hanke, Lewis (1974) *La humanidad es una. Estudio acerca de la querrela que sobre la capacidad intelectual y religiosa de los indígenas americanos sostuvieron en 1550 fray Bartolomé de Las Casas y Juan Ginés de Sepúlveda*, México, FCE.
- Hartog, Francois (2007 [2003]) *Regímenes de historicidad*, trad. Norma Durán y Pablo Avilés, México, Universidad Iberoamericana.
- Hassig, Ross (1995) *Aztec Warfare. Imperial Expansion and Political Control*, Norman, University of Oklahoma Press.
- Hassig, Ross (2005) "La guerra en la antigua Mesoamérica", *Arqueología mexicana*, México (84), 10-14.
- Hernández de León Portilla, Ascensión (ed.), (1997) *Bernardino de Sahagún. Diez estudios acerca de su obra*, México, FCE.

- Herren, Ricardo (1992) *Indios carapálidas*, Buenos Aires, Planeta.
- Hulme, Peter ([1986] 1992) *Colonial Encounters: Europe and the Native Caribbean, 1492-1797*, London and New York, Methuen.
- Iglesia, Ramón ([1942] 1972) *Cronistas e historiadores de la conquista de México*, México, Sep/setentas.
- Iglesia, Ramón ([1944] 1994) *El hombre Colón y otros ensayos*, México, FCE.
- Inohue, Yukitaka (2000) "Tesis sobre el culto al dios único en la época prehispánica según dos cronistas del centro de México", *The Journal of Intercultural Studies*, 27: 209-222.
- Jakobson, Roman (1997) "Sobre los aspectos lingüísticos de la traducción" en Dolores López García, *Teorías de la traducción. Antología de textos*, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha.
- Jay, Martin ([2005] 2009) *Cantos de experiencia. Variaciones modernas sobre un tema universal*, trad. Gabriela Ventureira, Buenos Aires, Paidós.
- Jiménez, Nora Edith (2000) *Francisco López de Gómara*, México, El Colegio de Michoacán-INAH.
- Jiménez Padilla, Blanca y Samuel Villela Flores (2003) "Rituales y protocolos de posesión territorial en documentos pictográficos y títulos del actual estado de Guerrero", *Relaciones. Revista del Colegio de Michoacán*, 24, 095: 95-112.
- Jitrik, Noé (1992) *Historia de una mirada*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor.
- Johansson, Patrick (1992) "Yocuicatl. cantos de guerra y guerra de cantos", *Estudios de Cultura Náhuatl*, México (22).
- Johansson, Patrick (1993) *La palabra de los aztecas*, México, Trillas.
- Johansson, Patrick (2000) "Escatología y muerte en el mundo náhuatl precolombino", *Estudios de cultura náhuatl*, 31: 149-183.
- Johansson, Patrick (2004) *La palabra, la imagen, el manuscrito. Lecturas indígenas de un texto pictórico en el siglo XVI*, México, UNAM.
- Kabatek, Johannes, ed. (2001) *Lengua medieval y tradiciones discursivas en la Península Ibérica: descripción gramatical, pragmática histórica, metodología*. Frankfurt a. Main, Vervuert-Iberoamericana.
- Keen, Maurice, ed. (2005) *Historia de la guerra en la Edad Media*, trad. Asunción Rodríguez Guzmán, Madrid, Océano.
- Klor de Alva, Jorge (1993) "El discurso nahua y la apropiación de lo europeo" en Gutiérrez Estévez, Manuel, Miguel León Portilla, Gary H. Goseen, y Jorge Klor de Alva, eds., *De palabra y obra en el Nuevo Mundo*, Madrid, Siglo XXI Editores, vol. II.
- Kobayashi, José María ([1974] 2002) *La educación como conquista: empresa franciscana en México*, México, El Colegio de México.
- Kohut, Karl (1980) "El humanismo castellano del siglo XV: replanteamiento de la problemática", *AIH, Actas VII*, 639-647.
- Kohut, Karl (1989) "El humanismo español y América en el siglo XVI", *AIH, Actas XI*, 465-483.
- Kohut, Karl, ed. (2007) *Narración y reflexión. Las crónicas de Indias y la teoría historiográfica*, México, El Colegio de México.
-

- Lafaye, Jacques (1999) *Sangrientas fiestas del Renacimiento: la era de Carlos V y Solimán el Magnífico*, México, FCE.
- Lafaye, Jacques (2000) *Quetzalcoátl y Guadalupe*, México, FCE.
- Lafaye, Jacques (2002) *Albores de la imprenta*, México, FCE.
- Lagmanovich, David (1993 [1978]) "Los *Naufragios* de Álvaro Núñez como construcción narrativa", en Margo Glantz, (comp.), *Notas y comentarios sobre Álvaro Núñez Cabeza de Vaca*, México, Grijalbo-Conaculta.
- Lapesa, Rafael (1969) "La ruptura de la *consecutio temporum* en Bernal Díaz del Castillo", *Anuario de Letras*, México (VII) 73-83.
- Larsen, Neil (1993) "En contra de la des-estetización del 'discurso' colonial", *Revista de crítica literaria latinoamericana*, XIX-37, Lima, 1er semestre, 335-342.
- Le Breton, David (1995) *Antropología del cuerpo y modernidad*, trad. Paula Mahler, Buenos Aires, Nueva Visión.
- Le Goff, Jacques (1991) *El orden de la memoria*, trad. , Barcelona, Paidós.
- Le Goff, Jacques (1994) *Lo maravilloso en el Occidente medieval*, trad. Alberto Bixio, Barcelona, Gedisa.
- Lefebvre, Henri (2001) *The Production of Space*, trad. Donald Nicholson-Smith, Oxford & Cambridge, Blackwell.
- Lefebvre, Henri ([1970] 1983) *La revolución urbana*, Madrid, Alianza.
- Leitner, Claudia (2001) "El complejo de la Malinche", en Margo Glantz (comp.) *La Malinche, sus padres y sus hijos*, México, Taurus.
- Lejeune, Philippe (1991) "El pacto autobiográfico", *Anthropos*, Suplemento "Autobiografía" (29) 47-61.
- León Portilla, Miguel (1959) *La visión de los vencidos*, México, UNAM.
- León Portilla, Miguel (ed). (1978) *Literatura del México antiguo*, Caracas, Ayacucho.
- León Portilla, Miguel (1984) "Introducción" a Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Madrid, Dastin.
- León Portilla, Miguel (1984b) "Mesoamérica antes de 1519" en Leslie Bethel, (ed.) *The Cambridge History of Latin America*, Cambridge, Cambridge University Press, tomo I.
- León Portilla, Miguel (1993) "Imágenes de los otros en Mesoamérica antes del encuentro", en Gary H. Gossen, J. Jorge Klor de Alva, Manuel Gutiérrez Estévez, Miguel León Portilla (eds.), *De palabra y obra en el Nuevo Mundo*, tomo I, Madrid, Siglo XXI Editores.
- León Portilla, Miguel (1997) *El destino de la palabra. De la oralidad y los códices mesoamericanos a la escritura alfabética*, México, El Colegio Nacional-FCE.
- León Portilla, Miguel (1999) *Bernardino de Sahagún: pionero de la antropología*, México, UNAM y El Colegio Nacional.
- León Portilla, Miguel (2000) "Introducción" a Díaz del Castillo, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Madrid, Dastin.
- León Portilla, Miguel (2003 [1980]) *Toltecatoytl. Aspectos de la cultura náhuatl*, México, FCE.
- León Portilla, Miguel (2005) "Cartografía prehispánica e hispano indígena de México", *Estudios de cultura náhuatl*, 36: 185-197.

- León Portilla, Miguel (2006 [1959]) *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*, México, UNAM.
- Leonard, Irving (1996 [1949]) *Los libros del conquistador*, trad. Mario Monteforte Toledo, México, FCE.
- Levi-Strauss, Claude (1955) *Tristes trópicos*, trad. Noelia Bastard Buenos Aires, Eudeba.
- Levi-Strauss, Claude ([1962] 2003) *El pensamiento salvaje*, trad. Francisco González Arámburu, México, FCE.
- Lewis, Robert (1986) "Retórica y verdad: los cargos de Bernal Díaz a López de Gómara" en Merlin H. Forster y Julio Ortega, *De la crónica a la nueva narrativa mexicana*, México, Oasis.
- Lida, María Rosa (1952) *La idea de la fama en la Edad Media castellana*, México, FCE.
- Lienhard, Martín (1982) "La crónica mestiza en México y el Perú hasta 1620: apuntes para su estudio histórico-literario", *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, IX-17, Lima, 1er semestre, 105-115.
- Lienhard, Martín (1990) *La voz y su huella*, La Habana, Casa de las Américas.
- Lienhard, Martín (1992) *Testimonios, cartas y manifiestos indígenas. (Desde la conquista hasta comienzos del siglo XX)*, Caracas, Ayacucho.
- Lienhard, Martín (1998) "Las prácticas textuales indígenas. Aproximación a un objeto de estudio", en *Revista Iberoamericana*, julio, 152-157.
- Limón Olvera, Silvia (2003) "Los códices transcritos del altiplano central de México", José Rubén Romero Galván (coord.), *Historiografía novohispana de tradición indígena*, México, UNAM-IIIH.
- López Austin, Alfredo (1980) *Cuerpo humano e ideología*, 2 vols., México, UNAM.
- López Austin, Alfredo (1998) *Hombre-dios. Religión y política en el mundo náhuatl*, México, UNAM-IIIH.
- López Austin, Alfredo y Leonardo López Luján (1996) *El pasado indígena*, México, FCE -El Colegio de México.
- López Austin, Alfredo y Luis Millones (2008) *Dioses del Norte, Dioses del Sur. Religiones y cosmovisión en Mesoamérica y los Andes*, México, Ediciones Era.
- López de Mariscal, Blanca (2004) *Relatos y relaciones de viaje al Nuevo Mundo en el siglo XVI*, Madrid, Ediciones Polifemo y Tecnológico de Monterrey.
- Lorandi, Ana María (2003) *Ni rey, ni ley ni hombre virtuoso*, Buenos Aires, Gedisa.
- Lynch, John (2000) *Carlos V y su tiempo*, trad. María Pons, Barcelona, Crítica.
- Madariaga, Salvador de (1948) *Hernán Cortés*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Málaga, Maite y Ana Pulido (2004) "Días de guerra. Vivir la conquista" en Pilar Gonzalbo Aizpuru (coord.), *Historia de la vida cotidiana en México, tomo 1: Mesoamérica y los ámbitos indígenas de la Nueva España*, México, El Colegio de México-FCE.
- Malvido Miranda, Elsa (1992) ""¿El arca de Noé o la caja de Pandora? Suma y recopilación de pandemias epidemias y endemias en Nueva España, 1519-1810", en Enrique Cárdenas de la Peña (coord.), *Temas médicos de la Nueva España*, México, Instituto Cultural Domecq.
- Maravall, José Antonio (2001) *Estudios de historia del pensamiento español. Tomo II: la época del Renacimiento*, Madrid, AECl.
-

- Maravall, José Antonio (1986) *Antiguos y modernos: visión de la historia e idea del progreso hasta el Renacimiento*, Madrid, Alianza.
- Maravall, José Antonio (1961) "Ejército y Estado en el Renacimiento", *Revista de Estudios Políticos*, 117/118: 5-45.
- Martín Baños, Pedro (2005) *El arte epistolar en el Renacimiento europeo*, Bilbao, Universidad de Deusto.
- Martinell, Emma (1992) *La comunicación entre españoles e indios: palabras y gestos*, Madrid, Mapfre.
- Martínez, Ana (1990) "Las pinturas del *Manuscrito de Glasgow* y el *Lienzo de Tlaxcala*", *Estudios de cultura náhuatl*, núm. 20, 141-162.
- Martínez, José Luis (1989) "Las crónicas de la conquista de México", *Historia mexicana*, XXXVIII/4: 677-699.
- Martínez, José Luis (ed.) (1990) *Documentos cortesianos*, 4 tomos, México, FCE.
- Martínez, José Luis (1991) *Hernán Cortés*, México, FCE.
- Martínez, Tomás E. (1987) "La Habana de Bernal Díaz: la memoria como transgresión", *Revista Iberoamericana* (140), julio-septiembre, 541-546.
- Martínez Marín, Carlos (2003) "El registro de la historia" en José Rubén Romero Galván (ed.) *Historiografía novohispana de tradición indígena*, volumen I de *Historiografía mexicana*, dirigida por Rosa Camelo y José Rubén Romero Galván, México, UNAM-IIH.
- Márquez Villanueva, Francisco (2004) *Santiago: trayectoria de un mito*, Barcelona, Bellaterra.
- Matos Moctezuma, Eduardo (1998) *Vida y muerte en el Templo Mayor*, México, FCE.
- Mayer, María E. (1994) "El detalle de una 'historia verdadera': Don Quijote y Bernal Díaz", *Bulletin of the Cervantes Society of America* (14-2), 93-118.
- Mazzotti, José Antonio (1996) *Coros mestizos del Inca Garcilaso. Resonancias andinas*, Lima, FCE.
- Mc Caa, Robert (1995^a) "Spanish and Nahuatl Views on Smallpox and Demographic Catastrophe in Mexico", *The Journal of Interdisciplinary History*, 25: 397-431.
- Mc Caa, Robert (1995^b) "¿Fue el siglo XVI una catástrofe demográfica para México? Una respuesta basada en la demografía histórica no cuantitativa", trad. Carlos Aguirre, *Cuadernos de historia*, diciembre, 15: 123-136.
- Mendiola Mejía, Alfonso (2003) *Retórica, comunicación y realidad. La construcción retórica de las batallas en las crónicas de la conquista*, México, Universidad Iberoamericana.
- Messinger Cypress, Sandra (1991) *La Malinche in Mexican Literature: From History to Myth*, Austin, University of Texas Press.
- Messinger Cypress, Sandra (2008) "La Malinche as Palimpsest", en Díaz del Castillo, Bernal, *The True History of the Conquest of New Spain*, introducción y notas de David Carrasco, USA, University of New Mexico Press.
- Mignolo, Walter D. (1981) "El metatexto historiográfico y la historiografía indiana", *Modern Language Notes* (96), 358-402.
- Mignolo, Walter D. (1982) "Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista" en Luis Inígo Madrigal, *Historia de la literatura hispanoamericana. Tomo I: Época colonial*, Madrid, Cátedra.
-

- Mignolo, Walter D. (1986) "La historia de la escritura y la escritura de la historia", Merlin Foster y Julio Ortega (eds.) *De la crónica a la nueva narrativa mexicana*, México, Oasis.
- Mignolo, Walter D. (1986b) "La lengua, la letra, el territorio (o la crisis de los estudios literarios coloniales)", *Dispositio* (XI, 28-29), 137-160.
- Mignolo, Walter D. (1987) "El mandato y la ofrenda. *La Descripción de la Ciudad y Provincia de Tlaxcala* de Diego Muñoz Camargo y las relaciones de Indias", *Nueva Revista de Filología Hispánica* 35 (2): 451-484.
- Mignolo, Walter D. (1989) "Afterword: from colonial discourse to colonial semiosis", *Dispositio*, XIV-36/38, The University of Michigan, 334-7.
- Mignolo, Walter D. (1995) "Decires fuera de lugar: sujetos dicentes, roles sociales y formas de inscripción", *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, XXI-41, Lima/Berkeley, 9-32.
- Mignolo, Walter D. (1995b) *The Darker Side of the Renaissance. Literacy, Territoriality and Colonization*, Ann Arbor, University of Michigan Press.
- Miralles Ostos, Joaquín (1988) "Prólogo" a Francisco López de Gómara, *Historia de la conquista de México*, México, Porrúa.
- Miralles, Juan (2004a) "Introducción" a William H. Prescott, *Historia de la conquista de México*, trad. Rafael Torres Pabón, España-México, Machado Libros-Océano, pp. 17-22.
- Miralles, Juan (2004b) *Hernán Cortés. Inventor de México*, 3ª edición, Barcelona, Tusquets.
- Monsiváis, Carlos (2001) "La Malinche y el malinchismo" en Margo Glantz (comp.) *La Malinche, sus padres y sus hijos*, México, Taurus.
- Monteleone, Jorge (1998) *El relato de viaje. De Sarmiento a Umberto Eco*, Buenos Aires, El Ateneo.
- Morse, Richard (1976) *Las ciudades latinoamericanas*, México, Sep-setentas.
- Mundy, Barbara (1998) "Mapping the Aztec Capital: The 1524 Nuremberg Map of Tenochtitlan. Its Source and Meanings", *Imago Mundi*, 50: 11-33.
- Mustapha, Monique (1999) "Apuntes para una edición crítica de la *Historia general de las Indias* de Francisco López de Gómara. Problemas textuales y bibliográficos", Ignacio Arellano y JA Rodríguez Garrido, *Edición y anotación de textos coloniales hispanoamericanos*, Madrid, Iberoamericana, Frankfurt am Main, Vervuert.
- Navarrete Linares, Federico (2001) "Estudio preliminar" a Cristóbal del Castillo, *Historia de la venida de los mexicanos y otros pueblos e Historia de la conquista*, traducción y edición de Federico Navarrete, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Navarrete Linares, Federico (2003) "Las *Historias* de Cristóbal del Castillo", en José Rubén Romero Galván (coord.), *Historiografía novohispana de tradición indígena*, México, UNAM-IIH.
- Navarro Antolín, Fernando (2000) "La retórica del discurso. La *cohortatio*: tradición clásica y pervivencia", *Cuadernos de Filología Clásica y Estudios Latinos*, 19: 79-124.
- Nora, Pierre, dir. (1984) *Les lieux de memoire*, tomo I, París, Gallimard.
- O' Gorman, Edmundo ([1958] 2004) *La invención de América*, México, FCE.
- O' Gorman, Edmundo ([1975] 1997) "Estudio introductorio", a Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, *Obras históricas* (edición facsimilar); México: Instituto Mexiquense de Cultura- UNAM-IIH.
- O' Gorman, Edmundo (1979) "Prólogo" a Fernando de Alva Ixtlilxochitl, *Nezahualcoyotl Acolmiztli (1402-1472)*, México, Biblioteca Enciclopédica del Estado de México, pp. 11-21.

- Ong, Walter J. ([1982] 1987) *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*, trad. Angélica Scherp, México, FCE.
- Operé, Fernando (2001) *Historias de la frontera: el cautiverio en la América hispánica*, México, FCE.
- Orozco y Berra, Manuel (1938) *Historia de la dominación española en México*, México, Antigua Librería Robredo.
- Oudijk, Michel (2002) "La toma de posesión: un tema mesoamericano para la legitimación del poder" *Relaciones*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 91: 95-131.
- Oviedo y Pérez de Tudela, Rocío (1990) "Renacimiento y veracidad: reflejo y evolución en tres cronistas de Indias", en Giuseppe Bellini (coord.), *L'America tra reale e meraviglioso scopritori, cronisti, viaggiatori: Atti del convegno di Milano. Estratto. Consiglio nazionale delle ricerche, Progetto strategico "Italia-America Latina"*, Roma: Bulzoni: 99-108.
- Pacheco, José Emilio (2000) *Tarde o temprano. (Poemas 1958-2000)*, México, FCE.
- Padgen, Anthony (1988 [1982]) *La caída del hombre natural. El indio americano y los orígenes de la etnografía comparativa*, trad. Belén Urrutia Domínguez, Madrid, Alianza.
- Padrón, Ricardo (2002) "Mapping Plus Ultra: Cartography, Space and Hispanic Modernity", *Representations*, 79: 28-60.
- Pastor, Beatriz ([1983] 2008) *Discurso narrativo de la conquista de América*, La Habana, Casa de las Américas.
- Pastor, Beatriz (1998) "La razón utópica del Inca Garcilaso" en Mabel Moraña, *Indigenismo hacia el fin del milenio*, Pittsburgh, Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana.
- Pastor, Beatriz (1999) *El jardín y el peregrino. El pensamiento utópico en América Latina (1492-1695)*, México, UNAM.
- Pastrana Flores, Miguel Ángel (2003) "Códices anotados de tradición nahua", en Romero Galván, José Rubén (coord.), *Historiografía novohispana de tradición indígena*, México, UNAM-IIIH.
- Pastrana Flores, Miguel Ángel y Limón Olvera, Silvia (2003) "Códices transcritos con pictografías", en Romero Galván, José Rubén (coord.), *Historiografía novohispana de tradición indígena*, México, UNAM-IIIH.
- Paz, Octavio ([1950] 1994) *El laberinto de la soledad*, México, FCE.
- Peirce, Charles S. ([1972] 1987) *Obra lógico semiótica*, trad. Ramón Alcalde / Mauricio Prelooker, Madrid, Taurus.
- Pereyra, Carlos (1941) *Hernán Cortés*, Buenos Aires, Espasa Calpe.
- Picón Salas, Mariano ([1945] 1985) *De la conquista a la independencia*, México, FCE.
- Pierini, Margarita (1994) "La mirada y el discurso: la literatura de viajes", en Ana Pizarro (org), *América Latina. Palabra, literatura y cultura*, Sao Paulo, Editora Da Unicamp, Vol. II.
- Poupeney Hart, Catherine (1992) "Literatura colonial hispanoamericana: en torno a la reorganización de un área disciplinaria", *Scriptura*, 8-9: 27-36.
- Pratt, Mary Louise (1997) *Ojos imperiales*, trad. Ofelia Castillo, Bernal, UNQ.
- Prescott, William H ([1843] 2004) *Historia de la conquista de México*, trad. Rafael Torres Pabón, España-México, Machado Libros-Océano.
-

- Pupo Walter, Enrique (1986) "Creatividad y paradojas formales en las crónicas mexicanas de los siglos XVI y XVII" en Merlin H. Forster y Julio Ortega (eds.), *De la crónica a la nueva narrativa mexicana*, México, Oasis.
- Pupo Walker, Enrique (1982) *La vocación literaria del pensamiento histórico en América*, Madrid, Gredos.
- Rabasa, José (1993) *Inventing America*, Norman, Oklahoma University Press.
- Rabinovich, Silvana (2009) "Alteridad", en Mónica Szurmuk y Robert McKee Irwin (eds.), *Diccionario de Estudios Culturales Latinoamericanos*, México, Siglo XXI Editores.
- Rama, Ángel (1984) *La ciudad letrada*, Montevideo-Hannover, NH-Ediciones del Norte.
- Ramírez Cabañas, Joaquín (1955) "Prólogo" a Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, México, Porrúa.
- Real Academia Española: Banco de datos CORDE [en línea] *Corpus diacrónico del español*, <http://www.rae.es> [2009].
- Reale, Analía y Vitale, Alejandra (1995) *La argumentación. Una aproximación retórico-discursiva*, Buenos Aires, ARS.
- Reyes, Alfonso (1986) *Visión de Anáhuac en Antología general*, edición de José Luis Martínez, Madrid, Alianza.
- Reyes, Alfonso (1948) *Letras de la Nueva España*, México, FCE.
- Reyes García, Luis (1998) "Introducción" a Diego Muñoz Camargo, *Historia de Tlaxcala*, México, Gobierno del Estado de Tlaxcala–CIESAS–Universidad de Tlaxcala.
- Reynolds, Winston A. (1959) "The Burning Ships of Hernán Cortés", *Hispania*, 42-3: 317-324.
- Ricard, Robert ([1947] 2004) *La conquista espiritual de México*, trad. Ángel Ma. Garibay, México, FCE.
- Rivas Yanes, Alberto (1994) "La narración de hechos bélicos en el *Amadís* y en la *Historia verdadera* de Bernal Díaz del Castillo: nueva aproximación a las relaciones entre crónicas de Indias y libros de caballerías", *Actas del XXIX Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana*, Barcelona, PPU.
- Rivera Garza, Cristina y Nohemy Solórzano-Thompson (2009) "Identidad", Mónica Szurmuk y Robert McKee Irwin (eds.), *Diccionario de Estudios Culturales Latinoamericanos*, México, Siglo XXI Editores.
- Roa-de-la-Carrera, Cristián (2001) "La historia de las Indias y los límites del consenso: Gómara en la cultura del imperio", *Colonial Latin American Review*, 10-1, 69-86.
- Roa-de-la-Carrera, Cristián (2005) *Histories of Infamy. Francisco López de Gómara and the Ethics of Spanish Imperialism*, Canadá, University of Colorado Press.
- Rodríguez, Jimena (2008) *Procedimientos de escritura de relatos de viajes en crónicas de la conquista*, México (Tesis doctoral, El Colegio de México).
- Rodríguez, Jimena (2009) "Fatigas y esfuerzos: marcas textuales del relato de viajes en crónicas de la conquista", *Espéculo. Revista Electrónica de Estudios Literarios*, 42, julio-octubre.
- Rodríguez, Jimena (2009b) "Tamorlán y Moctezuma. El encuentro con un gran señor en la mirada de los viajeros de los siglos XV y XVI", *Revista Medievalia*, IIFIL-UNAM, en prensa.

- Rodríguez, Jimena (2010) "Caminar por la mar incógnita: las naos a California y el punto de vista del navegante", *Revista Espaciotiempo*, 6, en prensa.
- Rodríguez Prampolini, Ida ([1948] 1990) *Amadises de América. Hazaña de las Indias como empresa caballeresca*, México, Academia Mexicana de la Historia.
- Rodríguez Garrido, José (1995) "La identidad del enunciador en los comentarios reales", *Rev. Iberoamericana*, 172-173.
- Romero, José Luis (2009) *Las ciudades latinoamericanas*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores.
- Romero, José Luis ([1973] 2001) *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores.
- Romero Galván, José Rubén (2002) "La ciudad de México y la conquista: un nuevo signo", *Actas de las XXII Jornadas de Historia de Occidente*, México, UNAM-IIH.
- Romero Galván, José Rubén (2003a) *Historiografía novohispana de tradición indígena*, volumen I de *Historiografía mexicana*, dirigida por Rosa Camelo y José Rubén Romero Galván, México, UNAM-IIH.
- Romero Galván, José Rubén (2003b) *Los privilegios perdidos. Hernando Alvarado Tezozomoc, su tiempo, su nobleza y su crónica mexicana*, México, UNAM.
- Romero Galván, José Rubén (2003c) "Hernando Alvarado Tezozómoc", en *Historiografía novohispana de tradición indígena*, volumen I de *Historiografía mexicana*, dirigida por Rosa Camelo y José Rubén Romero Galván, México, UNAM-IIH.
- Romero Galván, José Rubén (2003d) "Chimalpain Cuauhtlehuanitzin", en *Historiografía novohispana de tradición indígena*, volumen I de *Historiografía mexicana*, dirigida por Rosa Camelo y José Rubén Romero Galván, México, UNAM-IIH.
- Romero Galván, José Rubén (2003e) "Fernando de Alva Ixtlilóxchitl", en *Historiografía novohispana de tradición indígena*, volumen I de *Historiografía mexicana*, dirigida por Rosa Camelo y José Rubén Romero Galván, México, UNAM-IIH.
- Romero Galván, José Rubén (2004) "La ciudad de México: los paradigmas de dos fundaciones", *Estudios de Historia Novohispana*, México, UNAM-IIH (20) 14-32.
- Romero Galván, José Rubén (2007) "Memoria, oralidad e historia en dos cronistas nahuas", *Estudios de cultura náhuatl*, 38: 165-182.
- Rose-Fuggle, Sonia V. (1989) "Bernal Díaz del Castillo cuentista: la historia de doña Marina", en *Actas de la Asociación Internacional de Hispanistas*, 10: 939-946.
- Rose, Sonia V. (1990) "El narrador fidedigno: problemas de autoacreditación en la obra de Bernal Díaz del Castillo", *Literatura mexicana* (1, 2) 327-348.
- Rose-Fluggle, Sonia (1991) "Bernal Díaz del Castillo frente al otro: doña Marina, espejo de princesas y damas", en *La représentation de l'Autre Dans l'espace iberique et ibero-americain*, París, La Sorbonne Nouvelle, 1991, 77-87.
- Rosenblat, Ángel (1954) *La población indígena y el mestizaje en América*, 2 tomos, Buenos Aires, Nova.
- Rosenblat, Ángel (1962) *El castellano de España y el castellano de América. Unidad y diferenciación*, Caracas, Universidad Central de Venezuela.
- Rosenblat, Ángel (1967) *La población indígena de América. Viejos y nuevos cálculos*, México, El Colegio de México.
-

- Rossi, Paolo (2003 [1991]) *El pasado, la memoria, el olvido*, trad. Guillermo Piro, Buenos Aires, Nueva Visión.
- Rozat Dupeyron, Guy (1993) *Indios imaginarios e indios reales en los relatos de la conquista de México*, México, Tava Editorial Veracruzana.
- Ruggiero Romano (1978) *Los conquistadores*, trad. Liliana Ponce, Buenos Aires, Huemul.
- Sáenz de Santa María, Carmelo (1959) "Importancia y sentido del Manuscrito Alegria de la verdadera historia de Bernal Díaz del Castillo", *Anales de la Sociedad de Geografía e Historia*, Guatemala, XXXII-5: 15-27.
- Sáenz de Santa María, Carmelo (1982) "Introducción crítica a la *Historia verdadera*" a Díaz del Castillo, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Madrid, Consejo de Investigaciones Científicas.
- Sáinz de Medrano, Luis (1992) "Introducción" a Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Madrid, Planeta.
- Said, Edward (1978) *Orientalism*, London, Penguin.
- Said, Edward ([1983] 2004) *El mundo, el texto y el crítico*, trad. Ricardo García Pérez, Barcelona, Debate.
- Said, Edward (1985) *Beginnings. Intention & Method*, New York, Columbia University Press.
- Said, Edward ([1999] 2000) *Fuera de lugar*, trad. Ricardo García Pérez, Barcelona, Debate.
- Salas, Mario Alberto ([1945] 1984) *Las armas de la conquista*, Buenos Aires, Plus Ultra.
- Santiago, Sylviano ([1971] 2000) "El *entrelugar* del discurso latinoamericano" en Amante, Adriana y Florencia Garramuño (traducción y prólogo), *Absurdo Brasil*, Buenos Aires, Biblos.
- Seed, Patricia (1995) *Ceremonies of Possession in Europe's Conquest of the New World, 1492-1640*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Serrés, Guillermo (2005) *La conquista como épica colectiva. La obra de Bernal Díaz del Castillo*, Madrid, Ediciones del Orto.
- Simeón, Remi ([1977] 1997) *Diccionario de lengua náhuatl*, trad. Josefina Oliva de Coll, México, Siglo XXI Editores.
- Sobrevilla, David (2001) "Transculturación y heterogeneidad: avatares de dos categorías literarias en América Latina", *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, XXVII-54: 21-33.
- Soustelle, Jacques ([1955] 1996) *La vida cotidiana de los aztecas en vísperas de la conquista*, trad. Carlos Villegas, México, FCE.
- Subirats, Eduardo (1994) *El continente vacío. La conquista del Nuevo Mundo y la conciencia moderna*, Madrid, Maya y Mario Muchnik.
- Sullivan, Thelma D. ([1976] 1998) *Compendio de la gramática náhuatl*, México, UNAM-IIH.
- Taboada, Hernán (2004) *La sombra del Islam en la conquista de América*, México, FCE-UNAM.
- TALLMADGE, JOHN (1979) "Voyaging and the Literary Imagination", *Exploration*, MLA, VII: 1-16.
- Tanzi, Héctor José (1973) "El derecho a la guerra en la América hispana", *Revista de Historia de América*, 75/76: 79-139.
- Thomas, Hugh (1994) *La conquista de México*, trad. Víctor Alba y C. Boune, Barcelona, Planeta.
-

- Thomas, Hugh (2003) *El imperio español*, trad. Víctor Pozanco, Barcelona, Planeta.
- Thouvenot, Marc y José Rubén Romero Galván (2009), "Fama, honra y renombre en el mundo náhuatl", *Estudios de cultura náhuatl*, 39.
- Todorov, Tzvetan ([1982] 1999) *La conquista de América. El problema del otro*, trad. Flora Botton Burla, México, Siglo XXI Editores.
- Toscano, Salvador (1946) "Anales de Tlatelolco", *Cuadernos Americanos*, México, mayo-junio, 211-13.
- Tuninetti, Ángel Tomás A. (2001) *Nuevas tierras con viejos ojos*, Buenos Aires, Corregidor.
- Valcárcel Martínez, Simón (1997) *Las Crónicas de Indias como expresión y figuración de la mentalidad renacentista*, Granada, Diputación Provincial de Granada.
- Vázquez Chamorro, Germán (2003) "Estudio introductorio" a *La conquista de Tenochtitlan*, Madrid, Dastin.
- Velazco, Salvador (1996) *Visiones de Anahuac*, México, Universidad de Guadalajara.
- Veyne, Paul (1990) "El individuo herido en el corazón del poder público", en AA.VV., *Sobre el individuo*, trad. Irene Agoff, Barcelona, Paidós.
- Weckmann, Luis (1996 [1983]) *La herencia medieval de México*, México, FCE-El Colegio de México.
- Weinberg, Liliana (2009) "Transculturación", Mónica Szurmuk y Robert McKee Irwin (eds.), *Diccionario de Estudios Culturales Latinoamericanos*, México, Siglo XXI Editores.
- Wey Gómez, Nicolás (1991) "¿Dónde está Garcilaso?: la oscilación del sujeto colonial en la conformación de un discurso transcultural", *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, XVII: 7-31.
- Williams, Raymond (2003) *Palabras clave*, trad. Horacio Pons, Buenos Aires, Nueva Visión.
- Williams, Raymond (1988 [1977]) *Marxismo y literatura*, trad. Pablo di Maso, Barcelona, Península.
- White, Hayden ([1987] 1992) *El contenido de la forma*, trad. Jorge Vigil Rubio, Barcelona, Paidós.
- White, Hayden ([1973] 1998) *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, trad. Stella Mastrangelo, Buenos Aires, FCE.
- Yates, Francis ([1966] 1974) *El arte de la memoria*, trad. Ignacio Gomez de Liaño, Madrid, Taurus.
- Zambrana Ramírez, Alberto (2007) "La retórica de las ciudades: descripción del paisaje urbano en la Segunda carta de relación de Hernán Cortés", *Hipertexto*, 6: 69-78.
- Zamora, Margarita (1987) "Historicity and Literariness: Problems in the Literary Criticism of Spanish American Colonial Texts", *MLN*, 102-2, Hispanic Issue (Marzo): 334-346.
- Zamora, Margarita (1988) *Language, Authority and indigeneous history in the Comentarios reales de los incas*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Zanetti, Susana y Celina Manzoni (1982) "Estudio preliminar" a Díaz del Castillo, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Buenos Aires, CEAL, tomo I.
- Zanetti, Susana ([1995] 1997) *Actas de las II Jornadas de Literatura Latinoamericana*, Tucumán, Universidad Nacional.
-

- Zanetti, Susana (2000) "¿Un canon necesario? Acerca del canon literario latinoamericano", *Voz y Escritura*, Venezuela, Universidad de Los Andes (10), 227-241.
- Zavala, Silvio (1935) *Las instituciones jurídicas en la conquista de América*, Buenos Aires, Junta para ampliación de estudios e investigaciones científicas.
- Zavala, Silvio (1935b) *La encomienda indiana*, Madrid, Helénica.
- Zavala, Silvio (1947) *La filosofía política en la conquista de América*, México, FCE.
- Zavala, Silvio (1981) "Hernán Cortés ante la justificación de su conquista", *Revista de Historia Americana*, N°92, julio-diciembre, pp. 49-69.
- Zavala, Silvio (1985) *Hernán Cortés ante la justificación de su conquista*, México, Porrúa.
- Zumthor, Paul (1989) *La letra y la voz de la "literatura" medieval*, trad. Julián Presa, Madrid, Cátedra.
- Zumthor, Paul (1994) *La medida del mundo. La representación del espacio en la Edad Media*, trad. Alicia Martorell, Madrid, Cátedra.
-



El buen narrador:
de palabras gustosas, de palabras alegres,
flores tiene en sus labios.
En su discurso las consejas abundan,
de palabra correcta, brotan flores de su boca.
Su discurso: gustoso y alegre como las flores;
de él es el lenguaje noble y la expresión cuidadosa.

Cuicátl Mexicano

